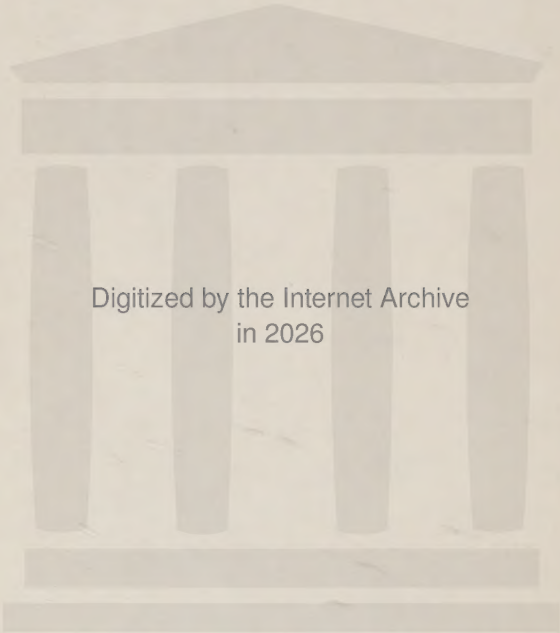
RORA CACERES (EVANGELINA)

UNIV. OF ARIZONA
mn
Caceres, Zoila Auro/Mi vida con Enrique
3 9001 03979 1028

Mi vida con Enrique Gómez Carrillo

RENACIMIENTO



Digitized by the Internet Archive
in 2026

https://archive.org/details/mividaconenrique0000auro

Para Aubin Reuin Vernet
recuerdo de inolvidable
amistad

Aurora Cáceres

Niza Septiembre 28. 1929
5 Rue Giuglia

MI VIDA CON ENRIQUE GOMEZ CARRILLO

OBRAS DE LA AUTORA

PUBLICADAS

Mujeres de ayer y de hoy. Prólogo de Luis Bonafoux (Historia).

Oasis de arte. Prólogo de Rubén Darío (Viajes).

La rosa muerta. Prólogo de Amado Nervo (Novela).

Las perlas de rosa (Novela).

Editores. Garnier Hermanos.—París.

Campaña de la Breña. Memorias del Mariscal Andrés A. Cáceres. Tomo I. Historia de la guerra nacional, año 1881 (Historia).

La Francia religiosa (Historia).

La ciudad del Sol. Prólogo de Enrique Gómez Carrillo (Viajes).

Editores: Rosay Hermanos.—Lima.

EN PREPARACIÓN

Perfiles literarios (Crítica).

Arte pictórico del Perú. Premiado por el Instituto Histórico de Lima (Historia).

Cuentos peruanos (Historia).

Instrucción cívica (Pedagogía).

AURORA CACERES

(EVANGELINA)

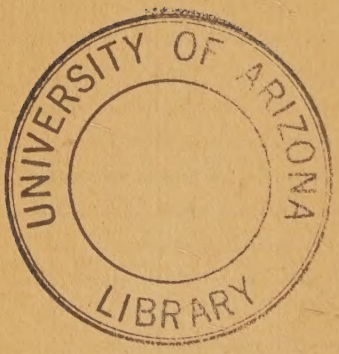
MI VIDA CON ENRIQUE GOMEZ CARRILLO

COMPAÑÍA IBERO-AMERICANA DE PUBLICACIONES (S. A.)

RENACIMIENTO

MADRID
SAN MARCOS, 42

BUENOS AIRES
FLORIDA, 251



ES PROPIEDAD DEL AUTOR
Quedan reservados todos los derechos de reproducción y traducción.
Copyright by Renacimiento.
1929.—Primera edición.

Imp. RENACIMIENTO.—San Marcos, 42.—MADRID

PROLOGO

Al hablar de Enrique Gómez Carrillo hay que considerar dos cosas: la obra literaria en sí y el renombre, un tanto desorbitado, que algunos le están haciendo expiar ahora con ayuda de silencios, también injustos y artificiales. Maestro de *réclame,* fué como esos banqueros paradojales que alcanzan fastuosos beneficios con capital limitado, y más de una vez pareció dar razón a los que decían, entre 1900 y 1910: «¡Si Darío tuviera la habilidad de Carrillo, o si Carrillo tuviera el talento de Darío!»

No hay que desconocer, sin embargo, el mérito y la importancia de su obra dentro de la literatura hispanoamericana. Sería injusto discutirle un puesto de primera fila entre nuestros más altos escritores. A pesar de la falta de convicciones y de apego a nuestra América; a pesar de la zona frívola en que él mismo quiso encastillarse, Gómez Carrillo ha escrito páginas que perdurarán como modelos de elegancia y de estilo. Sus impresiones de viaje, y sobre todo sus crónicas, impregnadas de un parisianismo espumoso que no le impidió seguir siendo *métèque,* serán recordadas en el porvenir. Pocas veces alcanzó

nuestro idioma flexibilidad tan eficaz y relieve tan elocuente como bajo la pluma de este maravilloso descreído para quien sólo tuvo importancia lo insignificante.

Yo no frecuenté nunca mucho a Gómez Carrillo, porque nuestra mentalidad era diferente, como era diferente nuestro campo de acción en las letras. Pero en tres décadas de vida literaria nos hemos encontrado a menudo en Madrid, en París, en Buenos Aires; nos hemos distanciado, nos hemos reconciliado y he asistido de cerca a su vida tumultuosa, vanidosamente ficticia a ratos y a ratos inconfesadamente melancólica.

Era un endemoniado de la literatura, víctima de sus propias jactancias.

Ante todo «hombre de letras»—y hasta hombre de teatro—no descendía jamás de la escena ni perdía su empaque de bulevardero influyente y de esgrimista espectacular. A pesar del cabello gris, perpetuaba, en medio de grupos heterogéneos, la tradición pretérita de los cafés literarios, multiplicando entre el humo de los cigarros, y de los aperitivos, los ruidosos debates inútiles, las vanas cartas de recomendación y las gratuitas represalias que nacían de su carácter desconfiado y quisquilloso. Atado al destino de Sísifo, se creía así dueño de la hora y director de un mundo imaginario. En medio de tan frágiles preocupaciones, hallaba lugar, no obstante, para escribir páginas encantadoras. Porque lo que verdaderamente sorprende en la vida de este bohemio

prestigioso es la contradicción entre el artificialismo del escritor y los chispazos superiores de la obra.

La última vez que nos vimos fué en Niza, pocos meses antes de su muerte. Bajó de un ruidoso automóvil y entró a mi despacho hablando de sus querellas con un editor. La conversación se orientó luego, sin saber cómo, hacia la longevidad, que suele ser en la vida literaria un factor de triunfo.

—Veamos—le dije—cuál de los dos morirá primero....

Y recurriendo a un expediente infantil, cortamos dos tiras desiguales de papel que un amigo presente ocultó en el hueco de la mano. A Carrillo le tocó la más corta. Y fué de ver la sonrisa, a la vez profundamente amarga y forzadamente desdeñosa, con que aceptó el augurio. Dentro de su carácter complicado luchaba la superstición con el escepticismo. Pero a ambas cosas se sobreponía el ansia de esconder las impresiones. Porque Gómez Carrillo, al decir de sus mismos familiares, fué uno de los hombres menos transparentes, menos espontáneos, menos comprensibles que se puede imaginar.

Este libro tiene, entre otros méritos, el de ayudarnos a descifrar un carácter, permitiéndonos llegar hasta el alma del personaje estudiado. Es el Diario personal de Aurora Cáceres, casada católicamente, quien, pese a las vicisitudes, siempre supo mantener una luz de piedad comprensiva y desinteresado amor.

Escritora eminente que ha publicado numerosos

libros con éxito indiscutible, y dama de gran mundo habituada a apreciar los matices y a conocer los secretos del corazón, Aurora Cáceres ha vencido las dificultades con tanto talento y equilibrio, con tan rara orquestación de cualidades, que la obra quedará como documento único al cual tendrán que referirse cuantos hablen mañana de Gómez Carrillo.

El público, goloso siempre de confidencias cuando se trata de la vida íntima de los escritores, leerá estas páginas con el interés de una novela y seguirá a través de los comentarios y de la correspondencia que Gómez Carrillo mantuvo, primero con la novia ilusionada, y después con la esposa de la cual debía divorciar, las alternativas de luz y de sombra que definen un temperamento. Algunas anécdotas son altamente significativas. Las refiere Aurora Cáceres con tan mansa sobriedad y al mismo tiempo con tan elegante elocuencia, que cautivan al lector y se graban en la memoria. En otros pasajes brilla una emoción contenida que se comunica al espectador. Y decimos «espectador» porque el relato es como una ventana abierta por la cual abarcamos el panorama de dos vidas. Todo ello sin asomo de cínica ostentación o de complacencia en el escándalo. La autora no pierde un instante la altiva dignidad. Y es este feliz enlace del abandono con la reticencia lo que da a los capítulos una sana contextura que contrasta a veces con las mismas incidencias que en ellos se refieren.

La muerte anula todas las discordancias. Al prologar un libro sobre Gómez Carrillo (que me hostili-

zó a menudo con aspereza) no quiero tener un recuerdo para las desafinaciones de ayer. Nuestros pobres orgullos y nuestras heridas de amor propio se desvanecen ante el destino inexorable que nos arrastra a todos hacia la tumba, dejando apenas un penacho espiritual sobre lo que fuimos. Que sólo expresen estas líneas un aplauso para Aurora Cáceres y un homenaje para el gran escritor.

MANUEL UGARTE.

Niza, marzo 1929.

I

ALEGRIA SONORA

Julio 1902

Recibí una carta del director de *El Liberal* de Barcelona: me dice que en lo sucesivo le envíe mis artículos por el conducto del corresponsal de París, E. Gómez Carrillo, conforme es costumbre, quien tendrá la satisfacción de ponerse a mis órdenes.

Al mismo tiempo, Enrique Gómez Carrillo me escribe pidiéndome que le diga cuándo podré recibirle, y que vendrá en persona a recoger mis correspondencias. Firma: ¡su admirador!

¿Gómez Carrillo...? ¿Quién podrá ser...?

¡Qué tonta soy!; pues no puede ser otro sino el joven escritor del que tanto hablan.

Todo el mundo pondera su talento, sí, ahora recuerdo perfectamente; es el autor de una novelita endiablada que se llama: *Del amor, del dolor y del vicio.*

¡Qué original es este título! No se parece a los que generalmente se emplean en las novelas; cursis, desde luego, y que de igual modo convienen a una novela, a un vals o a un frasco de perfumes: *Los amantes de Teruel, Los dos esposos, Pablo y Virginia, Al fin solos, Tú y yo, Amor ardiente.* ¡Ja! ¡ja! Todo es igual.

¡Qué angustias las que pasé para leer esta novela! *Del amor, del dolor y del vicio.*

Yo le habría suprimido lo *del vicio;* esa palabra es fea

por el significado que tiene y mejor sería ni nombrarla en la literatura, para que todo fuese hermoso y no hubiese nada de chocante.

Si supieran en casa que la he leído, no sé lo que mamá habría hecho conmigo.

¡Ja, ja, ja! Río con sólo recordar la pasada que le hice a mi cuñado; como es tonto no cayó en ello. Mi hermana estaba ayudándole a vaciar una maleta que acababa de traer de su viaje de París.

Lo primero que apareció, apenas levantó la tapa, fué la novela de Gómez Carrillo; la colocó en el suelo, diciendo: «Este libro no lo deben leer señoritas ni aun señoras; cuidado con tocarlo. El autor tiene un gran talento, todo París habla de él».

Inmediatamente me ofrecí a ayudarle a desembalar y cuanto encontré a mano lo coloqué encima de la novela; minutos después el libro desapareció, y yo con él. Me encerré en mi dormitorio, tomando la precaución de cerrar con llave la puerta, y lo leí; no, lo devoré.

Antes que hubiesen terminado los ajetreos de la maleta, el libro estaba en su sitio, sin que lo notase mi cuñado.

Algunas cosas no las entiendo, otras no me gustan, como que causan vergüenza.

Será porque lo leí muerta de miedo; el susto de que me descubriesen me hacía temblar; igual terror sólo se debe sentir cuando se comete un delito.

No puedo negar que mi falta es grave; pero en parte la culpa la tiene mi cuñado; me fué imposible dominar mi curiosidad después de su prohibición, hecha con toda la seriedad dogmática de un cura que predica desde el púlpito, y al que no es permitido dirigirle observación alguna.

A cualquiera le provoca leer a un autor cuando advierten que es un badulaque y con talento.

Me gustaría conocer a Gómez Carrillo; eso sí, por nada le diría que he leído su novela.

Debe ser él de quien me contaron que se había ocupado de mí, claro que sin saber quién era yo; porque se refería a mi seudónimo: Evangelina.

No he leído lo que escribió, pero me dijeron que su ar-

tículo se publicó en el *Album Minerva*, de Guatemala.

No me decido a creer que mis primeros cuentos hayan merecido un comentario; aunque bien pudiera ser.

* * *

Dentro de la carta de Gómez Carrillo ha puesto su retrato... ¿Por qué?

La fotografía es azul, color simpático, ¡vaya una ocurrencia!, como si fuese muy buen mozo; tampoco se puede decir que es feo. No me gusta que tenga la cabeza despeinada y el pelo todo alborotado; está sentado delante de su escritorio con la pluma en la mano, actitud que no encuentro elegante, pero sí cursi y pretenciosa.

Parece que tuviese las manos enguantadas; ¡retratarse escribiendo con guantes!, ¿a quién se le ocurre?

Tendrá todo el talento que quieran, pero no es *chic;* además, con la mala reputación que le dan: he oído decir que es un perdido...

¿Cómo será cuando se le hable?

La conversación con un escritor joven y tan inteligente como él, debe ser muy entretenida y distinta a la de los señoritos elegantes que yo trato.

¿Y si me gusta, y si yo le gusto...? No, no me conviene; mejor es que no le reciba; luego, si papá lo supiera se disgustaría.

Contesto a su carta: «Siento no poder recibirle porque estoy en un pensionado de señoritas que rigen las monjas, donde no es permitido recibir la visita de señores; además, la semana próxima me llevan a un convento de Berlín para estudiar el alemán.»

* * *

No tardo en recibir otra carta.

(Un sello.) «Consulado General de Guatemala».

«París, 7 de agosto de 1902.—Mi muy distinguida amiga:

Le ruego encarecidamente que a vuelta de correo, si le es posible, me envíe unas cuantas líneas para el *Album de Minerva*. La nota adjunta le explicará a usted de lo que se trata. Le ruego que, si lo tiene a bien, me envíe asimismo su retrato.—Con mis agradecimientos anticipados reciba la expresión de mi consideración.

E. Gómez Carrillo

»132, Faubourg Poissonnière.—Si puede usted mandarme su retrato se lo agradeceré.—Es para el *Album*.»

Me pide mi retrato. ¿Será para conocerme? Yo sé que una señorita de buena sociedad no da su retrato a ningún joven o, por lo menos, que no debe darlo; pero Gómez Carrillo me advierte que es para el *Album*.

Sólo conozco las *Revistas*: el *Album* debe ser algo más importante, más imponente.

Qué bien principio mi carrera literaria. Quiero ser profesional y no quedarme en aficionada, que viene a ser el último gato de la procesión.

Muy bien. ¿Y el retrato, lo mando o no lo mando?

Como acaban de hacerse unas pruebas que han gustado mucho a cuantos las han visto, elijo el mejor retrato y se lo envío.

Si no fuese porque me voy a Berlín, casi no podría resistir la tentación de recibirle; pero, afortunadamente, me acuerdo de que se retrató con guantes... y desisto.

No debe ser tan badulaque como dicen: a juzgar por el sello de su carta, si no es él el cónsul, será, por lo menos, canciller, y estos puestos implican siempre respetabilidad.

Señor Gómez Carrillo, verá usted mi fotografía; pero a mí no me verá usted nunca. Me mandan seguidamente a Berlín, y de allí iré al Perú.

* * *

1906

Estoy en preparativos de viaje para salir del Perú ha-

cia Europa. Abro la caja donde guardo el pequeño archivo de mis recuerdos literarios, entre los que se encuentra la fotografía azul que no había vuelto a mirar: el color cálido no ha desaparecido a pesar del tiempo que ha transcurrido desde que la recibiera.

¿Por qué se me ocurrió antes que Gómez Carrillo se retrató escribiendo con los guantes puestos?

He confundido las sombras, una mano está en la penumbra y lo que veo ahora es únicamente la mancha de la fotografía. De cursi no tiene nada, absolutamente nada; al contrario, es sumamente simpático.

El pelo en desorden le agracia la cara sonriente; es una originalidad de artista. No cabe duda que fuí tonta al no haber querido conocerle en París.

He debido recibirle aunque hubiese sido sólo una vez, lo que no podía haber tenido consecuencia alguna, puesto que las monjas me llevaron a Berlín, y así, aunque me hubiese gustado, esto nada significaba desde que no habría vuelto a verle.

¿Si le encontraré cuando llegue a París?

Hace más de dos años que no nos escribimos; no era posible continuar escribiéndole desde que suspendí las correspondencias a *El Liberal*.

Ni se acordará que existo.

* * *

Hace pocos días que estoy en París: he leído una crónica de Gómez Carrillo; aunque no llevase su firma le habría reconocido por el estilo: es lo mejor que yo conozco en literatura castellana; siempre encuentra la novedad de la frase, siempre sorprende con lo imprevisto y envuelve el conjunto de elegancia, de sonoridad; más que una lectura parece que se hablase con él.

Es imposible negar que está de moda; en toda Sudamérica, y en España, no se diga, continuamente publican importantes artículos alabándole; además, goza la fama de ser muy valiente.

Se ha batido en duelo varias veces, saliendo siempre vencedor, como que es espadachín y tirador de primer orden; así debe ser todo escritor para que lo respeten, y no como aquellos que no asumen la responsabilidad de lo que dicen, y al contrario, se esconden cuando los buscan.

* * *

No puedo negarlo, tengo la obsesión de Gómez Carillo; raro es el día que no leo algo escrito por él o que de él escriben.

Lo más admirable son las alabanzas que le prodigan célebres escritores franceses y extranjeros.

Uno de sus libros, que he oído criticar por uno de tantos a quienes lastima la gloria ajena, como si fuese una ofensa dirigida a las mediocridades, es *La Rusia actual*.

Para afianzar mi propio juicio, recurro a lo que de esta obra han escrito los notables autores franceses Paul y Víctor Margueritte:

«Y puesto que hablamos de libros, hay uno que, traducido al francés, hubiera merecido agradar igualmente a los viejos señores respetables de la Academia Francesa, a las lindas mujeres del jurado de la *Vie heureuse* y a los escritores, todavía jóvenes, de la Academia Goncourt.

Este libro está escrito en una lengua y lleva un nombre que no tiene nada de desconocido para los lectores de la Prensa. Nos referimos a *La Rusia actual*, de Gómez Carrillo.

¡La Rusia actual! Qué vasto y sombrío tema, que resuena con un ruido de toque de arrebato, de descarga de fusilería, de gritos de rabia y de dolor en esta hora en que el inmenso Imperio moscovita se estremece en una agonía viviente, en el alumbramiento laborioso de la libertad.

Allá lejos, muy lejos de nosotros, pasan cosas temibles, aspiraciones confusas, tumultuosas; como las olas del océano se levantan, hombres de buena voluntad, se agrupan, discuten reformas, proyectos de ley, hombres furiosos saquean las casas, estallan tumultos, arden barrios enteros de ciudades.

La autocracia, pesado coloso de hierro y de oro con pies de barro, tambalea y se yergue, en medio de la oleada enorme de un pueblo formado por veinte pueblos, cuyos deseos confusos y voluntades diversas se confunden en un mismo sentimiento de secular servidumbre, sacudida al fin en un mismo arranque de liberación hacia el incierto porvenir.

Lo que se agita allá lejos, ¿cómo saberlo exactamente? Las noticias no llegan sino truncadas, falsificadas, agrandadas a veces, con frecuencia debilitadas.

Habría que ir a darse cuenta de ello, ver con los ojos propios, oír con sus propios oídos, sentir con el alma propia, el espectáculo más conmovedor, el más complejo, el más extraño que hay en este momento en el mundo.

¡Cuántos han tenido esta curiosidad febril, cuántos han soñado este viaje, y con qué simpático interés debemos acoger a los que vuelven, pálidos aún y los ojos llenos de inolvidables visiones a los que reaparecen, pensativos por lo que han visto, como Dante, a quien se señalaba diciendo: «He ahí al hombre que vuelve del infierno»!

El señor Gómez Carrillo ha regresado de ese país desconocido. Marchó como paseante, como curioso, como artista, como escritor delicado, diletante un poco abierto a las emociones matizadas, amasadas con el afinamiento cerebral que caracteriza al hombre de las razas latinas, a quien una milenaria herencia ha puesto cualidades de análisis tan seguros como sutiles, un don de visión coloreada, un don tornasolado de expresión.

Este temperamento de escritor, este carácter de artista, lo ha explicado finamente al lector en un brillante prólogo a *La Rusia actual* el señor Vicenti, director de *El Liberal* de Madrid, que acompañó a Gómez Carrillo en su viaje.

Ya en Francia Marcel Lami, a propósito del delicioso libro titulado *Algunas pequeñas almas de aquí y de otras partes,* había trazado este espiritual retrato:

«Gómez Carrillo posee en grado extraordinario el don divino, el don casi inhallable de la fantasía, una fantasía ligera que os orienta, os divierte y os encanta. Esta fantasía tan rara, tan contrastada, Carrillo la emplea en su vida, en sus libros, en su conversación. Ha nacido en lejanos

países y por eso es cronista de *El Liberal* de Madrid. Es escritor español, y por eso es ingenio francés; francés hasta la médula de los huesos, hasta el punto de haber escrito el libro exquisito *El alma encantadora de París*.»

Había duda de que este humorista, a quien el universo se aparece como un teatro de fantoches o como un *ballet* de la Opera, sintiera con la seriedad necesaria el drama movido, pintoresco o terrible en que iba a esconderse mezclado como espectador.

A esta cuestión responde *La Rusia actual* con la vivacidad de las sensaciones, el carácter de emoción intensa de que está lleno el libro.

Gómez Carrillo no nos disfraza nada del trágico problema que ofrece nuestra curiosidad a nuestra ansiedad, esa transformación de un gran pueblo, en quien las sacudidas morales tienen la repercusión inmensa de un torrente o un derrumbamiento de hielos sobre la extensión de ese imperio sin fin. No ha ocultado nada de las impresiones de miseria que dan los trabajadores a juzgar por estas líneas punzantes tituladas: «Los trabajadores del hielo».

Después de unos cuantos días de temperatura primaveral, he ahí de nuevo el frío intenso y seco; en el horizonte resplandece con luces mortecinas de cirio un sol de forma fantasmagórica. El cielo está verde, deliciosamente verde, como un lago, como un *fjord* apacible, con suavidades sedosas en su matiz... Y metidos en nuestros abrigos, vamos por las calles sin rumbo fijo, saboreando la cruel voluptuosidad del soplo polar que muerde el rostro y con sutilezas de aguja penetra por el cuello, por las mangas. Bajo nuestros pies, la nieve cruje vidriosa. Es la buena nieve que endurece las aguas de los canales y que convierte el Neva en mina de témpanos.

—¿Queréis venir? Es muy curioso.

Allá vamos, y apenas comenzamos a contemplar el espectáculo, una inmensa melancolía nos invade. Ante penas como éstas, se comprende la exaltación piadosa del alma rusa. Son infiernos helados los que el poeta tiene a la vista sin cesar. Y hay en estos trabajadores tal tristeza, tal abatimiento, tal miseria que con sólo verlos toda dureza

sentimental se funde. Metidos entre pieles sucias y peladas, con las manos enguantadas en sacos de lana, extraen la nieve en témpanos cuadrados. Al golpe de sus picos saltan, hirientes, duras como cristales, las heladas astillas. A veces, en las rudas caras, entre los arreboles del frío una mancha algo más encendida aparece: es sangre, sangre que se coagula, sangre que se endurece. Y el pobre trabajador, impasible, sin un gesto, sin una crispación, se detiene un punto. Siente la herida. Con un puñado de nieve se lava. Luego otra vez a la labor.

¡Los trabajadores del hielo!

No comprende uno por qué el Gobierno ruso se empeña aún, cuando quiere atormentar a alguien, en mandarlo a las minas de Siberia. Con hacerle cortar témpanos en el Neva, tendría bastante para saciar la más voraz venganza. Porque no hay entre las penas dantescas un jardín de suplicio comparable a esta blanca llanura.

Más lejos asistimos a una intensa visión de angustia, la obsesión de la Siberia, página de un verdadero poeta y un noble corazón. O también una entrevista con la señora Gorki, la mujer del célebre escritor, nos muestra a ésta presa de la hostilidad, de las sospechas, de las desconfianzas.

Cuando Carrillo le dice: «la espontaneidad con que en Francia, en España, en Italia, en Bélgica los escritores han pedido la libertad del gran novelista», ella murmura, desilusionada:

—Sí, en todas partes, menos aquí.

Ultima palabra, último símbolo.

Sobre los armenios ¡qué otra página conmovedora! Y tantas otras, como ese retrato al agua fuerte de Pobierotroff. La compasión, el horror, la humanidad llena de este valeroso libro.

El mismo hombre que sabe comprender, sabe pintar: no ha querido, sin embargo, dejarnos con la impresión de tan punzantes problemas. Y sabe encantarnos con anotaciones cortas y exquisitas de paisajes, como en el museo de Madrid, donde, al lado de los espantosos Riberas, nos detenemos.

La canción de la nieve, por ejemplo, pone su intermedio

de blancura y de silencio en el libro. O bien la marcha rápida de los trineos.

Hace días que no nieva. El termómetro no baja de cero. Entre el hielo que, fundido, forma un lodazal sin orillas, los trineos se arrastran difícilmente. Los techos, despojados de sus blancas cubiertas, gotean con una monotonía desesperadora. Esta clemencia repentina del clima ha cambiado por completo el aspecto de la ciudad, poniendo a la vista lo que ayer estaba oculto, derritiendo los mantos albos de las estatuas, limpiando los opacos cortinajes de las vidrieras. ¡Y es lástima, os lo aseguro, es una inmensa lástima!

«Porque así como Nápoles dora sus sordideces con sol, San Petersburgo esmalta con nieve sus miserias».

Después siguen amplios paisajes, en que describe el número y el lujo de los palacios, la arquitectura en columnitas de mármol, en techumbres de oro, en muros de basalto: los asombrosos palacios que entre dos tugurios de callejuela alzan su fachada de piedra roja con cariátides de ónix y puertas de bronce. Y estas plazas son tan amplias que podrían maniobrar en ellas ejércitos enteros.

Gómez Carrillo, como se ve, y como uno se convence al leer su libro, ha merecido más que el elevado aprecio de los literatos; nos ha dado a conocer esa Rusia de ayer y de hoy, que no será la de mañana. Ha fijado el minuto que pasa entre el fin de un viejo mundo y el advenimiento de un mundo nuevo.

Por eso su libro adquiere un interés colectivo que va más allá del círculo de lectores selectos. Es una voz cuyo eco ligero es digno de repercutirse en eco sonoro, en la vasta muchedumbre que lee, que piensa y a quien, a título humano, nada de lo que es humano le es ajeno.

II

PRECURSORAS INQUIETUDES

1906

No sé qué hacer para que Gómez Carrillo no ignore que estoy en París; me gustaría conocerle personalmente, porque como a literato lo conozco de tal modo que podría repetir de memoria las más bellas páginas de sus libros; no me canso leyéndole, y siempre me parece descubrir, a través de una diafanidad luminosa, su alma imperativa, su fantasía, que desconoce la penumbra de las sombras oscilantes.

* * *

No tengo ninguna noticia directa de Gómez Carrillo; no me decido a escribirle, porque como antes me excusé para no recibir su visita y corté la correspondencia que sostenía con él, temo ahora, no sólo serle indiferente, sino que aun no desee verme. Esperaré; tal vez se presente una oportunidad favorable, y buscándola llegará.

Si no fuera porque voy al teatro con frecuencia pasaría noches horribles: en mi pasado, la muerte, lo irreparable, y en el presente, anhelos incomprensibles.

* * *

La baronesa de Wilson, conocida escritora española, ha

venido a visitar a papá, a quien no encuentra porque se ha ido a Roma, dejándome en el hotel con mi hermana y mis sobrinitos. Mejor que no esté aquí papá, porque la baronesa no le es simpática; me dijo que esta señora había ido al Perú, llevando un secretario, lo que consideraba incorrecto, puesto que viajaba sin su familia.

Ahora ya está anciana y no tiene secretario; además, a mí me es muy simpática, como todas las mujeres que escriben.

Me cuenta que ha visto a Gómez Carrillo, quien le preguntó si yo continuaba en el Perú, y ella le contestó que yo acababa de llegar a París y le dió mis señas.

La baronesa es sumamente bondadosa, y ha escrito libros muy importantes sobre América.

* * *

Todas las cartas que recibo me parece que han de ser suyas. Hace una semana que espero inútilmente, sin poder resignarme a no conocerle.

¿Por qué no le mandaría un recado con la baronesa? Lejos de eso, ni acerté a darle las gracias por haberle dicho que yo me encontraba en París y cuál era el hotel donde estoy alojada; no sé por qué me sentí turbada cuando oí el nombre de Gómez Carrillo; creo que hasta enrojecí.

* * *

Me forjé la ilusión de que me escribiría y los días transcurren en el silencio; seguramente aunque ha pasado tanto tiempo recuerda mi negativa y tal vez temerá que ahora suceda lo mismo.

* * *

He recibido correo del Perú; en un número de *El Comercio* encuentro un artículo en el que me ocupo de Gómez Ca-

rrillo, lo pongo dentro de un sobre, le escribo dos líneas y se lo envío. Como papá no está aquí, no tengo el temor de que la contestación llegue a sus manos; de lo contrario... buena reprimenda me esperaba.

* * *

Al fin recibo cuatro líneas de él; no se imaginará cuánto las deseaba.—Yo también hace años que admiro su talento.

Su carta dice: «43, rue Laffite. —Mi muy distinguida amiga:

»Doy a usted las gracias más sinceras por sus bondadosas frases. Ya las había yo leído en *El Comercio*.

»Hace años que tengo un gran deseo de presentar a usted, personalmente, la expresión de mi respetuosa admiración, y si usted me hace la merced de indicarme un día y una hora en que no la moleste, iré a llevarle mis últimos libros y mis homenajes.

»Soy de usted obediente y humilde servidor q. b. s. p.

E. Gómez Carrillo.»

III

COQUETEOS INGENUOS

Mañana debe venir. ¿Si sufrirá desilusión al conocerme? Haré cuanto pueda para que no sea así; primero voy al peluquero, para que mi pelo rubio esté brillante y bien ondulado, luego la *manicure*.

¿Qué vestido me pondré? Es lástima que esté de luto; pero como dicen que el color negro me hace parecer más blanca de lo que soy, no estaré mal con el último traje que me han hecho, «la princesa» que está muy bien entallada y adornada con encajes blancos que mitigan la tristeza del duelo.

Bajo a la salita del hotel, donde he de recibirle. ¡Qué lástima que no tenga casa, ni una habitación adornada con elegancia y refinamiento, a propósito para el artista que va a venir! Elijo la silla en que me voy a sentar, a la que llega una luz suave y favorable; asimismo la que voy a ofrecer a Gómez Carrillo, al frente de la mía.

Acostumbrado como está a las parisienses, que son elegantes y saben embellecerse, ¿qué le pareceré yo?

* * *

Al fin le conocí. Me siento aturdida, sin acertar a combinar pensamiento alguno; en mi cerebro se ha formado un laberinto del que nada lúcido se transparenta; ni siquiera recuerdo lo que hemos hablado.

Algo formidable sacude mi alma. Si me preguntasen si estoy alegre o triste, no sabría qué responder; con todo, no puedo negar que el placer que he sentido al conocerle es inmenso. Enrique, y digo Enrique porque en nuestra entrevista no se oyó aquello de: «Señorita Cáceres», «señor Gómez Carrillo».

Desde el primer momento me llamó Aurora, y yo Enrique.

Me parece un hombre seductor y enteramente distinto a los que siempre he tratado; lejos de tener presunción alguna, la sencillez y franqueza de su conversación hace que uno se sienta cerca de él, como sucedería con una persona que se ha conocido toda la vida. Cuando le dirijo una alabanza por su obra literaria no se excusa ni aparenta modestia, lo que generalmente se estila en sociedad.

El deja de sonreír—tiene una sonrisa muy dulce—y su fisonomía adquiere una expresión seria; luego, sin pronunciar palabra, inclina la cabeza agradeciendo el cumplido.

Lo que quiere decir que ya lo sabe; y es natural que lo sepa, porque el mundo entero celebra su talento.

¡Qué vida tan agitada! Los compromisos periodísticos, los libros que escribe, y además, las invitaciones y banquetes; como que van a dar uno en su honor, en el Restaurante Español.

Le digo que hago colección de *menus* y que guarde el suyo, sólo por darle pretexto para que me escriba o vuelva a verme.

Se comprende que una existencia tan atareada como la suya lo tenga en ese estado de nerviosidad que no le permitía estar tranquilo en el asiento.

Su visita fué corta y al pedirle que la repitiese contestó afirmativamente; pero que sólo vendría cuando le indicase el día y la hora, lo que me prueba que en realidad desea verme, porque ha podido decir: «con sumo placer» para llenar una fórmula social, y venir cualquier día en el que seguramente, no me habría encontrado.

Es muy original, con una personalidad enteramente suya; tal vez todos los escritores que se encuentran en el apogeo de la gloria sean como Enrique, mas lo que parece difícil

es que, siendo tan jóvenes como él gocen de igual reputación.

—¿Qué te ha parecido?—le pregunto a mi hermana.

—Que si te gusta debes estar encantada, porque ha recibido el *coup foudre.*

—¿Crees?

—Si no lo podía disimular; jamás he visto a ninguna persona en mayor estado de excitación.

—¿Verdad que es *chic?* Al despedirse besa la mano pero no lo hace por fórmula, como los franceses; la mía me la besó de veras, finamente.

* * *

Es de noche; me siento triste cuando debía tener motivo de alegría; al acostarme beso la cinta del ataúd del que fué mi novio y murió en el Perú, en vísperas de nuestro matrimonio.

Hace tres años que esta cinta cuelga de la cabecera de mi cama.

Me enjugo las lágrimas que asoman a mis ojos antes de quedarme dormida.

* * *

¿Cuándo vendrá Enrique? Apenas hace dos días que estuvo aquí, y aunque mucho desee volver a verle, no es propio que una señorita le escriba llamándole; por lo menos tendré que esperar una semana. ¡Cuánto me disgusta tener que esperar!

* * *

Enrique es como yo, o yo soy como él, que para el caso es igual, pues me apercibo que no le gusta esperar. Me ha escrito una cartita muy corta.

«Mi distinguida amiga: ¿Recibió usted *La maison du pêcheé*, de Marcelle Tynaire? El día que tuve el honor de ver a usted le escribí rogándole se la mandara, en la seguridad de que usted preferiría guardarla con dedicatoria de la autora.

»Hoy envío a usted una novela mía, que tampoco es una obra para señoritas. Pero no es a la señorita, sino a la escritora eminente, a quien la envío. El artículo adjunto es el de que hablé a usted.

Rogándole me ponga a los pies de su señora hermana me repito su más humilde y obediente servidor q. l. b. l. p.,

E. Gómez Carrillo.»

Más de diez veces he leído esta carta, queriendo adivinar entre líneas el *coup de foudre* de que me habló mi hermana.

Soy poco aficionada a forjarme ilusiones. Enrique es amigo mío; solamente amigo.

Marcelle Tynaire no me ha enviado *La maison du Péché*. ¿En dos días cómo se ha dado tiempo Enrique para hablar con ella?

El artículo a que se refiere es digno de competir con su libro *Quelques petites ames d'ici et d'ailleurs*. Max Nordau escribe: «Ha hecho usted una bella obra. Hay un encanto helénico en la prosa de sus poemas. Herodías, Luciano mismo no renegaría de usted. Qué profundos interiores esconden esos pequeños monumentos maravillosos: «Los parisienses de Steinlen» o «La risa de María Guerrero». ¡Cuánto arte, poesía, sensibilidad y frescura! Marcel Lami le hace a usted justicia; pero aun hay en usted un aspecto que el prologuista no ha evidenciado; esto es, la comprensión de todas las manifestaciones de la belleza, vuestra vibrante simpatía por toda emoción verdadera, prefiriendo las inconscientes, lo que hace de usted el más fino, el más armonioso reproductor de lo bello que existe actualmente en el mundo civilizado...»

Todo lo que se diga en elogio de este libro resulta pálido reflejo de la belleza que contiene, porque en el cofre de

las joyas literarias contemporáneas resalta como una perla de divino oriente el libro de Enrique.

* * *

Después de haber pasado largos años de inconsolable tristeza, cuando creía no volver a sentir las alegrías que halagan la vida la amistad de Enrique me hace feliz; nadie me ha comprendido mejor que él al tratarme como a escritora y no como a señorita de sociedad, porque si algo amo en la vida es la profesión literaria, en la que es permitido pensar, sentir y decirlo todo libremente.

* * *

2 abril 1906

No transcurre un solo día sin que piense en Enrique. ¿Dónde estará, cuál es su vida?

Debe pasar el día íntegro escribiendo...

Tocan a mi puerta. Es el correo. ¡Otra carta suya! Como las anteriores, muy lacónica.—No, es el *menu* del banquete que le dieron en el Restaurante Español: ha escrito en el reverso: «Mi querida amiga: Aquí tiene usted el menu que desea para su colección. Si hubiera usted venido a la comida, Willete habría puesto en esta página blanca una silueta de usted, a quien los fotógrafos no lograrán jamás eternizar con todo su encanto de mirada y de sonrisa.

»Crea usted en mi admiración—doble ahora, puesto que es por la belleza como por el talento—y en mi respeto.

E. Gómez Carrillo.»

* * *

Ayer le escribí agradeciéndole el envío de sus libros y le digo que venga a verme, mas como no recibo respuesta inmediata, me siento alarmada.

Algo le sucede; si me fuese posible correría a su casa a preguntar a la portera por él.

¡Qué locuras se me ocurren! Mi hermana jamás querría acompañarme y yo nunca salgo sola a la calle.

¡Dios mío! ¡Cómo desechar las ideas dolorosas que me afligen! ¡Cuánta angustia causa la duda!

La culpa es mía, solamente mía, por haber tardado tantos días en escribirle.

Dejo de un lado escrúpulos tontos. y aunque cometa una indiscreción, aunque proceda incorrectamente, le escribo una segunda carta.

* * *

¡Qué dicha! Ya tengo la respuesta: «Mi querida y admirada amiga: Juntas recibo hoy su carta del viernes y su carta de ayer. Esto se lo explicará usted cuando le diga que estoy en el campo, en Marlotte, desde el jueves pasado.

»Hoy es demasiado tarde, puesto que usted ha de salir a las cinco. Pero mañana, salvo contraorden de usted, tendré el placer muy grande, créalo usted, de ir a verla a las cuatro.

»El gusto que usted puede tener en hablar conmigo no se compara al mío cuando la veo a usted. Su amigo y admirador

E. Gómez Carrillo.»

IV

ALBORES TEMBLOROSOS

1906

Casi todos los días viene a verme contento y alegre y yo le espero prefiriendo sus visitas a toda clase de compromisos y diversiones, y lo que tengo que hacer lo suprimo; en suma, no hago nada que no sea esperarle, siendo mi única ocupación leer sus libros; algunos acápites me parecen divinos: «Las flores son santas. Tienen vida, tienen amores, tienen caprichos, tienen deseos. A veces por no dejarse separar del tallo en que nacieron se deshojan y mueren. Otras veces, al ver pasar una mariposa bonita, se inclinan hacia ella, tratan de acariciarla, se estremecen de placer. Los escultores las han representado en los santuarios de Nikko con todas sus caprichosas metamorfosis, con todos sus esplendores divinos. Hay un plafón de crisantemos divinos, de hortensias, de lotos y de lirios, que hacen la más deliciosa sinfonía de tonos pálidos que puede soñarse, de rosa desfalleciente, de azul celeste y de verde. En el centro, una corola inmensa se transforma en mujer. Pero aun rápidamente sería imposible describir todos los plafones. Los hay de vigas doradas y esculpidas que hacen juegos de sombras enigmáticas en el fondo blanco; los hay de fénix pintados entre ramas floridas; los hay de hidras verdes, que se retuercen sobre escudos de oro; los hay de medallones minúsculos cincelados y esmaltados como joyeles de precio. ¡Y qué decir de los muros de laca! Uno solo, el que en el santuario de Iyemitsu rodea el altar, es tan maravilloso, tan

rico, tan perfecto, que aun la imaginación más ardiente se lo pintaría menos bello de lo que es en realidad. Figuraos un biombo esculpido por grandes artistas, cubierto de cobres que fueran encajes de metal, un biombo de diez metros de alto y de cincuenta o sesenta de extensión, figuráoslo rutilante de oro, brillante de laca, frisado de colores, y tendréis una idea de lo que es, pero una idea vaga y débil...»

Es un descriptivo vigoroso, insuperable. Y pensar que existe tanta gente que, lejos de admirarle, sólo se ocupa en exagerar sus defectos.

* * *

Son las doce de la noche y estoy leyendo acostada en mi cama; algo muy suave acaricia mi cabeza; apercibo la cinta funeraria, que se descuelga sobre mi frente con su duelo marchito. ¡Cuántos días que la había olvidado!

Es preciso que piense en guardarla: el médico me dijo en Lima que fomentaba un recuerdo penible y hasta ahora no le he obedecido; además, expuesta a la intemperie concluirá por destruírse.

Continúo leyendo: «Los pavos reales arrastran sus plumajes, que toman proporciones fabulosas y que se tiñen de oros y...»

Al despertarme al siguiente día, veo que he dormido abrazada al libro.

* * *

Enrique es muy bondadoso; sin duda comprende la inmensa alegría que me causa su presencia.

Dejar sus ocupaciones para venir a entretener a una señorita tonta, porque aunque me dice lo contrario, acostumbrado como está a las parisienses, que tienen mundo, que saben y poseen el arte de seducir, ¿qué puedo parecer yo?

Le extraño de tal modo que su carta de ayer me contraría profundamente.

Me dice: «Mi querida amiga: Yo mismo le traigo a usted otra carta para excusarme. Son ya las nueve; estoy a media hora de su casa y me siento enfermo, con la cabeza hecha un infierno.

»Le ruego que salude en mi nombre a su hermana y que me crea su más devoto y sincero servidor q. l. b. l. p.,

E. Gómez Carrillo.»

* * *

Más que enfermo se me ocurre que está colérico. ¿Si le habré dado motivo de queja sin saberlo?

Le dije el otro día que me gustaría conocer su casa, que la habitación en que escribe debe ser un recinto de arte exquisito. Sonrió y guardó silencio; a la mañana siguiente me envió un artículo del admirable poeta Amado Nervo, al que agregó este encabezamiento: «Querida amiga: Para que pierda usted los deseos de conocer mi casa le envío este artículo de Amado Nervo, que acabo de recibir—pero es una calumnia tanto *desmueblamiento*—. Su amigo y admirador

E. Gómez Carrillo.»

Amado Nervo escribe: «Gómez Carrillo pertenece ya a la Legión de Honor. Acaban de concederle *ce petit bout de ruban rouge*, que tanta significación tiene en Francia.

Con este motivo, ayer, de paso por la rue Laffitte, subí a saludarlo a su alegre, luminoso y... poco amueblado tercer piso.

—Mientras no pueda tener un mobiliario espléndido—me dijo—he resuelto no tener más que esto—y me mostraba un sofá, un escritorio, una cama, un lavabo y... una petaca de viaje.

—Además—añadió filosóficamente—en París nunca sabe uno dónde vivirá el día siguiente.

—Y luego—dije yo—, ahora acaba usted de llegar del Japón, de ese gran país de las casas sin muebles.

Pero, en cambio, qué profusión de recuerdos en los mu-

ros, tapizados de retratos, de japonerías, de cartas postales y de grabados, etc.

Entre los retratos, las celebridades de ayer, de anteayer y de hoy, con sendas dedicatorias o firmas autógrafas.

Y, sobre todo, muchas mujeres, de las que han vuelto loco a París una noche, un día, una semana, un mes...

Cleo de Merode le dedica su carita oval y sus bandós modernistas; madame du Gast, sus pomposas y firmes *epaules* rosadas; Sarah Bernhardt, su perfil judío; la Rejane, su busto elegante; la Otero su asendereada beldad; Liane de Paugy, su fisonomía discutiblemente literaria...

—¿Sabe usted—le digo—que algunos escritores dignos del *prix Monthion* se han escandalizado de su cinta?

—Sí, hallan que mi vida es precisamente la de San Luis Gonzaga.

En efecto, Gómez Carrillo no practica las virtudes teologales, aunque es muy capaz, por lo que ve a la tercera de ellas, de dar libremente su dinero a quien lo ha menester, en un momento de buen humor. No ayuna ni usa cilicios, se acuesta un poco tarde, se muere por las mujeres bonitas, le gusta comer con champaña, no se escandaliza de nada y... «ha amado mucho». No tiene ni de la vida ni de la moral un concepto muy austero que digamos; no cree en los apostolados literarios... y jamás escribe novelas de tesis. Es elegante y superficial en su obra como un ala dorada de mariposa, como un rizo de agua que corre, como una espuma sonrosada, como el leve acorde de un piano, como el *moire* fugitivo del Sena, como una imagen galante en un espejo.... como todo lo que es bello y fugitivo en la vida.

Yo creo que el Gobierno francés no ha querido premiar con la Legión de Honor la virtud de Gómez Carrillo, sino su obra literaria, y por eso me sorprende el escándalo de los *prix Monthion*.

Gómez Carrillo ha divulgado en América y en España la belleza y el poder prestigioso de la moderna literatura francesa. Ha sido lo que se decía de Gutiérrez Nájera y lo ha sido con más exactitud: «un plenipotenciario intelectual de Francia ante América». El ha llevado a nuestros nervios todas las vibraciones, todos los estremecimientos, todas las emociones, todas las angustias del viejo mundo intelectual.

Fué él nuestro primer guía en este laberinto del pensamiento literario moderno; un guía afable, distinguido en su estilo ligeramente escéptico, un cicerone sonriente, irónico, bien informado y *bonnenfant.*

Y luego, ¡ha tenido de tal suerte el tacto del artículo furtivo, de la crónica diaria, de la noticia ligera, de esa actualidad salpicada de un vago perfume y de un poquillo de oro... como el sutil polvillo que levantan las *victorias* de las duquesas, de las actrices y de las cocotas en las avenidas del *Bois.* ¡Ha sentido y comprendido tan bien a París!

Sus libros, sin meollo indigesto, sin «fines docentes», sin moraleja, siempre divertidos y siempre mundanos, con tal o cual resabio de melancolía, de amor y de ensueño... como en la vida, estan y estarán llamados al éxito.

Sus *Quelques petites ames d'ici et d'ailleurs* han logrado embelesar a todo el mundo: *ce n'est rien... et pourtant c'est tout...* Más de veinte escritores franceses las han elogiado cálidamente.

—Esto se debe—me dice Gómez Carrillo con la más fina de sus sonrisas—a que no temen que yo les haga la competencia.

Gómez Carrillo trabaja mucho. Después de su *Rusia actual,* viene ya otro libro: *De Marsella a Tokío,* y en el intervalo ha tenido tiempo de publicar un volumen: *Entre encajes,* del cual me dice en su dedicatoria:

«Este es el más frívolo de mis libros», y se conoce que ha escrito la palabra «frívolo», mejor que con un rasgo, con una caricia de la pluma...»

Enrique tiene razón: Amado Nervo exagera; su artículo revela la ficción literaria para impresionar al lector.

En el escritorio de Enrique hay preciosidades, que ha traído del Japón: una colección de máscaras de marfil de samurayes, que ríen o lloran, y otras feroces, que amenazan la muerte; además, una serie de estampas antiguas dibujadas por artistas eximios que representan a las Gheshas, vendedoras de te, al lado de mesitas diminutas, y a bailarinas con abanicos de filigranas de plata y oro que los abren con gracia sugestiva, cual un poema de las vanidades femeninas niponas. Esto y más me ha contado Enrique.

V

¡FELICIDAD! ¿DONDE ESTAS?

1906

Si existe algo horrible en la vida es la tristeza.. Yo me creía ya consolada; la presencia de Enrique me hacía olvidar todo mi pasado doloroso: la espantosa tragedia de la muerte repentina de mi novio, en el momento en que reía contando anécdotas a su familia, que le acompañó durante la penosa enfermedad que sufriera. Lo creí desmayado, corrí a su lado y doblegó la cabeza entre mis manos; había muerto. Me complacían en todo lo que pedía: llamaron a un médico y le pusieron una inyección, cuando ya era cadáver.

La ausencia de Enrique me permite que rememore el cuadro tristísimo que principiaba a borrarse de mis recuerdos, como los paisajes vistos entre las neblinas que esparce el tiempo; es cierto que la soledad invita a meditar. Entre nuestras indias hay más supersticiones que entre gitanos; ellas creen que hablar de la muerte entre enamorados es llamarla.

Mi novio tuvo la fatal ocurrencia de decirme un día en que se comentaba el rápido olvido del esposo que había muerto: «Si yo muero no lleves luto más de dos años». Me apresuré a responderle: «Guardaría el luto toda mi vida», por lo que insistió: «No, con dos años se debe conformar el amante más exigente».

Ya hace tres que me visto de negro.

Quisiera vivir siempre de su recuerdo; dicen que sólo se

ama una vez; cuando se lo pregunto a mi corazón, enmudece y sólo palpita ante la presencia de Enrique, quien ejerce en mí una atracción que me asombra.

El es la vida; su ingenio transforma las fantasías en realidades seductoras.

Es cierto lo que Manuel Machado ha escrito: «Hay en sus ojos una tristeza vaga y larga... que no se disipa ni con el champaña, ni con las chicas de Montmartre».

Me parece que un hombre del talento de Enrique se canse de esa vida y no le haga feliz. Con todo, me gustaría conocer Montmartre; debe ser muy divertido.

Su sonrisa tiene una melancolía indescifrable. Para mí es no sólo mi alegría, mi consuelo, mi felicidad, sino también mi mejor amigo. ¿Lo será siempre?...

Me comunica su entusiasmo para continuar escribiendo, para que me consagre por entero a la carrera literaria; me obsequia con sus libros y también con los que se editan en París de mayor resonancia.

* * *

Pasan dos, tres días de silencio, de tristeza; no viene y no escribe. ¿Será mi destino sufrir, sufrir siempre, sufrir eternamente?...

* * *

Son las cuatro de la tarde, hora en que suele venir Enrique. Bajo al *hall* del hotel, que está desierto de igual modo que la salita; estoy de espaldas a la puerta, delante de la mesa, pretextando que reviso diarios, pero mi pensamiento anda lejos, muy lejos, hacia la rue Laffitte, siguiendo una ruta de infinita melancolía.

Súbitamente aparece él: mi sorpresa es extraordinaria; como si le viese en un ensueño mi boca sonríe de gozo y en las pestañas las lágrimas tiemblan. Siento profunda turbación, el corazón me palpita con violencia, cortándome

todo aliento; no acierto a decir palabra; si hubiese un abismo me arrojaría en él.

Sus grandes ojos, de mirada enigmática, están fijos en mí; exclama: «Mi Aurora». Me besa las manos, que abandono entre las suyas, y luego el beso sube y llega a los labios.

* * *

Ayer se fué sin hacerme promesa alguna, ni decirme siquiera que me ama. Hoy me escribe: «Querida amiga: Hoy mismo tengo el gusto de enviar a usted dos libros de Paul Acker, en los cuales encontrará interviús de escritores y de escritoras que pueden ayudarla en su labor.

»Personalmente hubiera querido llevar a usted esos tomos. Pero después de pensar en mi situación actual, he decidido adelantar mi viaje a Marlotte y marchar mañana lunes.

»Con su inteligencia admirable y con su instinto femenino usted ha comprendido perfectamente lo que pasa en mi alma desde hace algunas semanas. Usted misma me dijo ayer que en adelante le sería imposible recibirme. Esto solo bastaría para imponerme el alejamiento. Pero aun sin esto hay algo que me ordena que huya de la avenue Friedland, y este algo es el instinto de conservación de todas las almas.

¿Por qué he de ser tan hipócrita de un modo inútil?

Lo que yo quisiera ocultar usted lo sabe. Mas lo que usted no sabe es que le seré deudor toda mi vida del último día de amor, de dicha, de locura, de alegría íntima. Perdone usted mi modo franco de hablar. Es a la escritora a la que me dirijo. A mi hermana intelectual. Ella sabe que las manos blancas que ayer se abandonaron entre las mías, no eran indiferentes. Y como yo creo que en mi vida ha sonado al fin el momento de matar el sentimentalismo, me encuentro feliz de llevar a mi retiro de corazón mi último recuerdo divino.[1]

»Pascal dice: *qu'une vie est belle quand elle commence par l'amour et quelle finit par l'ambition.*

»Yo tengo treinta y dos años. Pero he vivido un siglo. He vivido todos los placeres y todas las penas. He vivido la locura, el vértigo, la opulencia, la miseria. el mal, el bien, el amor, la vergüenza, el peligro. He vivido la muerte y he vivido la vida.

»Lo único que desconozco es el juicio, la labor tranquila, el sacrificio largo y la paciencia. Esto, que es lo que Pascal llama *l'ambition*, será de hoy más mi existencia, gracias a usted, que por obra de la Providencia ha venido a indicarme con su sonrisa algo desdeñosa mi futuro camino de Damasco.

»Sin usted habría continuado dos, cinco, diez años aún mi ruta escabrosa. Labios femeninos me sonríen todavía.

»Pero después de haber estado cerca de los labios de usted las demás no me interesan. Prefiero, pues, alejarme de todo placer, puesto que el que ni a desear me atrevo no es mío.

»¡Ah!, ya sé que usted no creerá esto.

»¿No importa! Usted dirá: «mentiras». Y yo mismo no sé si son verdades eternas. Pero lo que sí sé, es que son verdades de hoy, hondas y amargas—o dulces—verdades actuales.

»Un minuto hasta creí que usted me amaba. Fué una ilusión que, reflexionando, hoy rechazo. Su alma viuda, siempre pendiente del amor muerto, no puede sentir amor.

»Y aunque pudiera, lo que de mí le han dicho la detendría en las puertas de mi alma.

»¡Y sin embargo!...

»Escríbame usted, Aurora; escríbame cuando pueda. Su respetuoso amigo

ENRIQUE.»

* * *

Se marcha a Marlotte. ¿Dónde está Marlotte?

Se me ocurre que es en el fin del mundo, un desierto del que no volverá, donde ni siquiera le llegarán mis cartas, y que se aleja de mí para siempre.

Tomo la pluma, que corre sobre el papel; las palabras se

escapan, mi pensamiento vuela, no sé lo que le digo, y sin leer lo que acabo de escribir envío mi carta al correo.

* * *

Otra carta suya. ¡Qué gran aliento siento! Tranquiliza mis temores, ya no sale de París. ¿Le habré dicho que le amo? Si es así, será cierto, porque ayer le escribí sin escrúpulos, sin reflexionar.

Si se lo he dicho, mejor; haber pasado por ese trance de tener que decir: sí.

«Aurora, mi Aurora: Su carta tan tierna y tan transparente acaba de cambiar por completo, y quizás para siempre, la orientación de mi vida. Yo no creí, cuando comencé a sentirme atraído por usted, llegar jamás a inspirarle más que una simpatía intelectual. Creí, sí, que su cerebro era hermano del mío. No creí lo mismo de su alma. Y ahora que usted, con una franqueza poco común entre mujeres, viene a decirme que me ama, todo un horizonte se abre para mi existencia. ¡Usted es mi Aurora! A la claridad de sus ojos veo, desde hace dos horas, mirajes paradisíacos. Veo la realización de una de esas uniones en donde hermanan la inteligencia y el amor, en donde los seres llegan a formar verdaderamente uno solo, en donde no sólo se siente, sino que se piensa de igual modo, en donde la labor es común, las preocupaciones idénticas, los gustos unos...

»Y así sueño, así sueño, ante su carta, hasta que una línea me detiene y ¿por qué negarlo? «Vivo del recuerdo de un amor muerto», me dice usted con su divina sinceridad. Y yo me pregunto si esta vez, como tantas otras el muerto será más fuerte que el vivo, si la sombra vencerá a la realidad.

»Por mi parte, el alma que pongo a sus pies, es un alma que no conserva ningún recuerdo. Sus manos han borrado las huellas que manos locas hicieron.

»Como una resurrección, un himno de pureza apasionada canta dentro de mí estrofas casi infantiles. Mis labios no

se cansan de besar su nombre. Mi curiosidad busca en las líneas escritas por usted los misterios de todos los gestos humanos. Y no sabe usted cuán hondamente siento todo lo que hay de bondadoso en el solo hecho de adoptar para firmar el hombre que yo le doy a usted y que no es el que los demás le dan.

»Mi Aurora, no tema usted jamás ni una mentira ni un engaño. Yo creo en usted ciegamente. No sé por qué, pero creo. De su vida íntima nada sé. No sé ni aun lo que en general se sabe de todo el mundo, datos vagos. Pero sé que un instinto sagrado me dice que usted y yo estábamos predestinados a encontrarnos, a amarnos y que aun la muerte misma de quien supo cautivar su alma fué decretada por la Providencia pera decidir nuestro amor.

»¿Le extraña a usted verme en París después de haberle dicho que me marchaba?

»La verdad es que confusamente yo esperaba noticias de usted. No quería resignarme a la idea de que usted contestaría con el silencio a mi franca confesión. Ahora veo que hice bien en no alejarme, pues su carta habría tardado un día más en llegarme y un día perdido para la dicha es como un crimen contra nosotros mismos. En París me quedaré, pues, y aquí espero sumiso las órdenes de usted. Su voluntad será hecha.

»Lo que deseo es que me explique usted ciertas palabras misteriosas—deliciosamente misteriosas—de su carta. Esta, por ejemplo: «En el camino de Damasco llegará usted a la meta»; ¿no le había dicho yo que mi camino de Damasco era usted? Y esta otra: «todo es cuestión de voluntad».

»Pero no, no me explique usted nada. Cuando tome usted la pluma para escribirme, deje usted hablar a su alma sola, sin que su razón intervenga; déjela que me hable como sus divinos ojos me hablaron el sábado, como su imagen en mi corazón me habla hoy.

»Me dice usted que es mejor no verse. ¿De veras? Sus escrúpulos no pueden durar, ni deben existir.

»Yo temía que mi vida pasada, de locura, y de locuras, fuera un escollo para su amor. Puesto que usted me dice que no, nada puede ya oponerse a mi amor. ¿Es cier-

to?... ¿O estoy delirando desde que comencé a escribir?

»Usted escríbame aunque sea dos palabras, «las palabras que mi alma espera». Ya ve usted si el amor es egoísta, ni siquiera me he ocupado de su enfermedad. ¿Qué tiene usted, Aurora? Supongo que ya pasó. pues hoy, en mi dicha, no puedo ver nada que no sea alegre y feliz.

»¡Adiós, Aurora! Cuánto trabajo me cuesta no escribir a usted más. Adiós, deme usted sus manos para que las bese devotamente.

»Suyo de verdad para siempre, su

ENRIQUE.»

* * *

Las visitas de Enrique se repiten como antes. Me parece sumido en profunda melancolía y no acierto a consolarle.

Vagas conversaciones de posible matrimonio se bosquejan y yo las evito. Nuestra amistad dulce y suave adquiere las proporciones de un problema complejo del cual probablemente vendrá su tristeza.

Cuando lo veo sufrir siento que todas mis energías se evaporan y que mi voluntad se doblega.

¡Cuánta pequeñez y qué cúmulo de tonterías amargan la existencia! No me animo a decirle a Enrique que vuelva y paso los días sin verle por no dar tema a los corrillos de la gente del hotel, que ya principiaba a sonreír al vernos juntos; además, mi hermana encuentra incorrecto que le reciba con demasiada frecuencia.

Otra carta suya.—«Aurora: Menos entusiasmo, menos ternura y menos fe encuentro en su segunda carta. Sin duda la turbación de su alma es natural. Pero en usted, fuerte de voluntad y de inteligencia, esas inquietudes ante la mirada de una hermana o las sonrisas de los camareros es incomprensible.

»Mas puesto que usted lo dispone, ante su voluntad me inclino. No la veré. No importa. Lo único que importa es que yo sepa que usted me ama, que piensa en mí. El amor hace milagros. Entre los dioses desterrados o destronados,

entre todos los dioses de todas las religiones, el único dueño del mundo. Ante él, místicamente me arrodillo y oro, invocando el nombre de usted... Si El me protege nada de la vida y nada en la vida puede turbar mi bienaventuranza.

»Pero el tono de su carta me entristece. Me habla usted con una sonrisa que no cuadra con un alma enamorada. Me habla usted de mis retratos, me habla usted de mi papel... Sólo de su corazón no me habla usted, Aurora, porque esos escrúpulos, esos temores, esas timideces nada tienen que ver con el corazón de usted, ardiente e ingenuo, tan ingenuo, tan ardiente como el que yo le entrego a usted lleno de fe y de esperanza.

»No; nada me dice usted de sus pensamientos secretos; nada de sus sueños y sus ensueños; nada de sus íntimas ilusiones; nada de lo que tan dulce me sería saber. Para mí, como para los demás, cierra usted su jardín secreto con una tapia en donde florecen como enredaderas esas sonrisas entrelazadas de gravedades y de raciocinios.

»Sin duda, Aurora, si reflexionamos, el porvenir de nuestro amor no es envidiable. Ofrecer a usted que comparta conmigo una existencia azarosa, expuesta a todas las tormentas e insegura cual la de un jugador, sería una locura. Para usted hay un futuro lleno de espléndida serenidad. Usted puede y debe esperarlo todo. ¿Yo?... Sí, yo soy ambicioso como el que más y creo en un triunfo definitivo de mi vida. Pero antes Dios sabe por cuántas tormentas habré de pasar.

»Si tuviera usted diez y ocho años yo le diría que podemos ir a la iglesia, o en la calle vernos o pasear y sonreírnos. A nuestra edad eso sería ridículo. Lo único digno es que yo la visite a usted o que usted me visite a mí.

»Pero no tengo yo esperanza de que usted se decida a subir mis cinco pisos, puesto que no vence los escrúpulos.

»En fin, crea usted que termino esta carta más triste que ayer, con menos fe que nunca.

»Y crea que toda mi vida, de cerca o de lejos, la adoraré como nadie nunca la adoró. Su

ENRIQUE.»

VI

CONVULSIONES DEL ALMA

1906

Salgo con mi hermana y paso por la rue Laffitte, donde vive Enrique, y le digo a la portera que suba y le entregue una carta mía.

En la noche me envía la pneumática siguiente: «Aurora de mi alma: Como me decías que estabas con tu hermana no me atreví a bajar a saludarte. Además, la verdad, casi no habría podido. Esta mañana en mi sala de armas quise saltar por encima de dos sillas, y como aun estaba con la cabeza cansada, me caí a caballo en ellas y me hice daño. Pero esto no importa. Ya pasará. En todo caso hoy no saldré sino para ir a comer en casa de un amigo y mañana sólo para mandar por telégrafo un artículo que mi director me pide. En todo caso, a las doce del día te escribiré para decirte lo que haya. Ahora tengo una fiebre muy intensa y sufro. ¡Oh!, curiosa *nature humaine;* acabo de escribir un artículo sobre la admirable Isabel Eberrharat y estoy contentísimo de él.

»*Si mon livre parait demain tu auras le premier exemplaire. Jesuis heureux de ce que tu de dis danse...*

»Perdóname; es la fiebre la que me hace escribir en francés. Te adoro. Estoy contento, feliz, de que hayas confesado la verdad a tu hermana; si ella nos protege es seguro que tu padre consentirá en lo que querramos, ¿no es cierto? En mi nombre, humildemente, dale las gracias por haber reído, por haber aprobado, por haber venido. Porque en el fondo

sólo venir contigo hasta mi puerta, es hacer el ademán divino de traerte.

»¡Ah, si esta noche el tiempo fuera hermoso—y los milagros los hace el amor—y tú quisieras llegar hasta mi casa! Tu hermana te daría permiso si recuerda que es virtud visitar a los enfermos. ¿Y si ella misma viniera contigo? Subir una montaña le hará gran bien a la salud.

»Te adoro, mi Aurora, mi vida, ¡mi todo! Te adoro más que ayer; ayer te adoraba más que la víspera, y me pregunto si es posible que mañana te adore más que hoy. Pero no. Hoy mi amor ha llegado a la cima; te adoro, te adoro. Tu

ENRIQUE.»

Mi aflicción fué tan grande al leer estas líneas que no pude disimularla; el célebre pintor peruano Daniel Hernández se encontraba presente, y como me preguntase si había recibido alguna mala noticia le conté que Enrique debía estar muy enfermo, porque su carta denunciaba el delirio de la fiebre y lo que más me apenaba era que pasase la noche solo, sin asistencia médica. ¡Cuánto agradecí su bondad! Se ofreció a acompañarme y, con él, mi sobrino Andrés.

Hernández permaneció en la primera habitación, el chico se entretuvo viendo los grabados de una revista y yo pasé al dormitorio, donde, afortunadamente, se encontraba Pierre Jean, joven amigo de Enrique, conocido en las letras francesas, como crítico de arte.

Me manifestó que acababa de entrar hacía pocos minutos y que realmente encontraba mal a Enrique, por lo que pasaría a su lado toda la noche.

La alegría de Enrique al verme fué inmensa. Me decía bellas frases de amor, tan poéticas que las escuchaba como debieron escuchar las damas antiguas a los romanceros trovadores. Le prometí ser suya para siempre, ser su esposa; allanar las dificultades que se presentasen y acortar el tiempo del noviazgo lo más que se pudiese.

Pierre Jean, bondadoso y discreto, escribía al pie de una

mesa; al despedirme le dije que me casaba muy pronto con Enrique.

* * *

Despierto y me siento poseído de una dicha desconocida, embriagada de felicidad. Si Enrique no hubiese hecho alarde de ser bohemio, si él mismo no hubiese contribuído a darse mala fama, no tendría el menor temor de que papá se opusiese a nuestro matrimonio.

Debo escribirle aunque me inspire temores su contestación. En fin, no dudo que terminará por ceder.

* * *

El correo de la mañana me trae una carta de Enrique: «Aurora de mi alma: Hace dos horas que salió usted de aquí y aún estoy en el mismo sitio; aún repito las mismas palabras; aún me siento ebrio del mismo perfume, me estremezco al recuerdo de sus labios, de mis labios. ¡Lo que es el alma humana! Ayer si me hubieran dicho que usted vendría y que usted me diría divinas palabras de amor, habría yo jurado que eso bastaba a mi dicha. Y hoy que la he visto a usted aquí me creo más desgraciado que ayer y que nunca y más desgraciado que todo el mundo, pues querría aún verla siempre junto a mí.

»¿Y usted, mi Aurora?

»Otra cosa que querría es ver el fondo de su alma, como veo el fondo de la mía. ¡Y decir que usted que es tan gran artista podría explicármela de una manera deliciosa!

»Sólo que sin duda le parezco a usted demasiado exigente, ¡y con razón!, porque usted con una sencillez de heroína de poema antiguo, como Laura la de las manos tendidas hacia su amante, como todas las que desdeñan la coquetería vacía, usted, mi Aurora, ha venido a mí, y dejándose guiar por su corazón, sin oír raciocinios ni escrúpulos, ha recogido mi pobre alma perdida y la ha divinizado; a usted no sólo

debo considerarla como la reina de mi alma, sino también como la salvadora de mi alma. Cuando la vi por primera vez me hallaba a punto de cometer una locura definitiva. Para mi prestigio bohemio, tal vez eso me habría servido. Pero mi vida íntima, mi sentimentalidad secreta hubieran luego sufrido toda la existencia. Un día le contaré a usted mi historia funambulesca. Y usted verá entonces que providencialmente vino usted a mí, Laura de las blancas manos tendidas, a darme la noción definitiva de la verdadera vida y del verdadero amor. Usted es mi primer amor completo. Usted es también mi último amor.

»Ante Dios y ante mi madre, por quien conservo un amor supersticioso, le juro que si usted no es mía enteramente y para siempre, no seré yo nunca de ninguna otra mujer.

»Pero, ¿será usted después de la aurora el pleno día de mi ventura?

»Aurora, Aurora, te adoro y soy tu esclavo.

Tu

ENRIQUE.»

* * *

La Virgen ha escuchado mi plegaria. Enrique está mejor y ha venido a verme. Me ha ofrecido ir a casa de su médico, el doctor Demolenes.

* * *

Paso la noche leyendo *L'âme japonaise*, libro dedicado al doctor Demolenes, que es la traducción del texto castellano *El alma japonesa;* la ternura con que Enrique me demuestra su cariño me cautiva. En la primera página de su libro ha escrito: «A mi Laura, el primer ejemplar de este libro, ¡que es el único que escribo solo! Su esclavo para toda la vida».

El libro en español es más de mi gusto que el francés, no obstante que la traducción no puede ser mejor y que con-

tribuye considerablemente a aumentar el prestigio literario de Enrique en Francia.

Los más célebres escritores franceses rara vez cuentan con mejor prensa que *L'âme japonaise*.

Jean Moreas, el reputado autor de *Yfigenie*, dice: «es un monumento de intensidad artística descriptiva.

Emile Fagut, considerado como el mejor crítico, ha escrito: «respira por todas partes, no sólo su sinceridad, sino también la reflexión más concienzuda. Es un libro más sustancial y más documentado que sin serlo con frecuencia los más gruesos volúmenes»...

Loti no lo hubiera hecho mejor.

Jules Claretie lo considera: «la obra de un observador, que es, a la vez, pintor y poeta».

El poeta y crítico de arte Gustavo Khan opina que entre «lo que se ha escrito en Europa con las cartas de Kipling es lo mejor informado, lo más hermosamente poético y más intuitivo que se ha escrito sobre el país del Nipón».

No continúo anotando los nombres de los escritores que rinden merecido tributo al libro de Enrique porque son tan numerosos que sería de no acabar nunca.

* * *

En estos dos días dispongo de muy poco tiempo porque tengo que ocuparme de ir a tiendas para comprar los encargos que hace mamá.

* * *

El alma japonesa es, en suma, la continuación *De Marsella a Tokío*, prologado por el maravilloso poeta Rubén Darío; estas páginas son admirables, como que para bien interpretar la prosa de Enrique se necesita ser poeta. Me encanta leer lo que dice Rubén Darío: «En ciertos capítulos hay brillos de marfiles, suavidades de sol, espejos de seda,

labor de incrustaciones, cinceladuras delicadas... Mi querido Enrique, siga siendo soñador y poeta... Sonría, cante sus músicas de prosa que danza... haga ambas cosas su labor de diarista para el día y su labor de artista para siempre».

No se equivoca Rubén Darío: si existe un libro que será eterno, monumento perdurable por su intensidad emocionante, es *El alma japonesa.*

* * *

He invitado a Enrique para ir al Palace a tomar te, y también a unas amigas que desean conocerle.

Estoy indignada, furiosa; ¿qué se imagina, que voy a soportar semejante plantón?

Yo esperándole, y el señorito ni asomos.

Cree que con una carta pneumática basta... ¡vaya si es tonta la disculpa!

«Aurora de mi alma: El doctor Demolenes me escribe diciéndome que vendrá hoy a las cuatro de la tarde a verme y a darme las gracias por la dedicatoria de *L'âme japonaise.* Me es, pues, imposible ir al Palace.

»Y por qué negártelo. Estuviste ayer tan fría, tan alejada de mí, que prefiero no verte cuando estés con otros... ¡No sabes cuánto me molestó la actitud de señor X... con su cara de asno vigilante!

»Te adora tu

ENRIQUE.»

* * *

Apenas me levanto le escribo: es preciso que sepa que no me dejo tratar de ese modo.

* * *

Enrique no ha vuelto ni recibo noticias de él. ¿Se habrá resentido conmigo? Sin duda mi carta le habrá ofendido; tal vez no fué al Palace porque no estaría bien de salud. ¡Y yo que le escribí duramente!

Le envío otra carta, a la que me contesta: «Mi Aurora adorada: Recibo tu carta en el momento de marcharme. ¡Si yo hubiera podido adivinar que aún me querías!

»He pasado el día seguro de que yo era para ti un indiferente y claro que esto no ha contribuído a calmar mi estado actual, que el mismo doctor Demolenes considera como grave para el porvenir de mi equilibrio nervioso y de mi salud mental. En fin, eso me tiene sin cuidado. El día que sea necesario no esperaré ni la muerte ni la larga agonía cerebral; la vida me parece poco adorable.

»¡Contigo, sin embargo! ¡Ah! Yo había hecho un bello sueño de dulzura, de amor, de hermandad. ¡Ahora, ante tu declaración categórica de desilusión, ante tu carácter, ya mi ensueño se ha esfumado a medias! No importa; a pesar de todo te adoro tanto como el primer día que te lo dije, pero con tristeza.

»No puedo dejar de partir esta noche, pues ya Tible ha salido de Bruselas y me ha dado cita en Namur, donde llega a las doce de la noche y donde debe dejar a su mujer.

»Juntos volveremos a París pasado mañana por la noche. Por telegrama te diré a qué hora llegaremos. Tú escríbeme mañana o pasado a mi casa y yo encontraré tu carta al volver y sabré lo que en mi ausencia has pensado, has soñado, has deseado.

»¡Ah, mi Aurora, mi Aurora! No sabes cuán enfermo estoy! Me espantan los médicos con visiones de semilocuras. Me hablan de anemia cerebral posible, de neurastenias crónicas agudas Y hasta mis duchas frías, uno de los pocos placeres que yo tenía, me las suprimen imperiosamente. Y nada de alcohol; «es cuestión de una semana», me dicen.

»¡Ah! Si esto hubiera esperado siquiera seis meses, tú me habrías dado aliento para soportar tanta pequeñez sin irritarme, y de noche, cuando me despierto, tú me habrías puesto tus divinas manos para calmarme.

»Te adoro, mi Aurora, y puesto que tú cierras los ojos y no quieres reflexionar, yo haré lo mismo. Seamos uno del

otro para siempre y pongamos nuestro porvenir en manos de Dios.

»Te adora tu

ENRIQUE »

* * *

Paso horas de desesperación; no acierto a consolar a Enrique, ni sé lo que hago y menos lo que debo hacer. «El día que sea necesario no esperaré ni la muerte ni la larga agonía cerebral; la vida me parece poco adorable». Leo detenidamente esta frase, y bien claro deduzco que la idea del suicidio asoma a su cerebro. He oído decir que gran parte de los suicidios se deben a un estado neurasténico. Siento horrible inquietud porque Enrique es capaz de quitarse la vida.

Dos días sin verle, y los cuentos contra Enrique aumentan, y la chismografía de gente que no le conoce crece; como que es fácil ser juez cuando no se juzga la propia causa.

Al saberse que me caso con Enrique se va a levantar contra mí una tempestad. ¡Pobre alma de artista tan mal comprendido!

Aunque los críticos sean personas muy distinguidas y honorables, mal pueden opinar sobre la vida de un escritor los que casi nunca leen un libro. Si voy a escuchar lo que se les ocurre decir ya tendré de qué volverme loca.

* * *

Mi hermana me llama, debo salir con ella a hacer compras.

En el boulevard recibo la grata sorpresa de encontrar a Enrique. ¡Qué alegría verle aún antes de su partida!

Me pareció más simpático que otras veces: el color café del terno que lleva le favorece, lo mismo que el sombrero hundido en la copa, y de alas dobladas. Con el sombrero puesto se le ve mejor que con la cabeza descubierta, porque disimula el desorden del pelo.

Tiene un aspecto de original despreocupación que encuadra en el boulevard, donde luce gallardamente.

Lástima que no tenga una buena fotografía porque él es mejor que todos sus retratos.

Como no era propio detenerse largo rato, cambiamos pocas palabras; le dije que tenía muy buen semblante, que el color de sus vestidos le sentaba muy bien. Ha reído ingenuamente como un niño mimado; también le hice saber que su carta me ha afligido tanto que me puse a llorar.

En la noche antes de partir, la ternura de su alma le dictó las líneas siguientes:

«Mi Aurorita adorada:

»Desde que me dejaste en la puerta del café hasta ahora, momento de ir a recogerme, no he dejado de pensar la mitad de un segundo en ti. Mi tarde ha sido paradisíaca. Tus labios me sonríen aún con su sonrisa divina y tus ojos admirables me acarician.

»¡Y decir que he pasado antes dos días crueles!

»Ahora me pregunto por qué no me apresuré la otra noche a decirte la verdad. Si lo hubiera hecho, no habría fomentado en mi alma todo el dolor y toda la amargura que me dictó mi carta de esta mañana.

»¡Dios santo! ¡Cuán triste es la tristeza!

»Pero, ¡cuán venturoso es el consuelo!

»Tú has sabido con tus manos vendar inmediatamente la herida y, por ello, bendita seas.

»Esta carta es para pedirte perdón por haberte hecho llorar. Tus lágrimas me queman ahora. Tus ojos no deben sufrir nunca; son ojos de amor, de consuelo, de bondad y de pasión. Son mis ojos.

»Te adora tu

ENRIQUE.»

* * *

Una pneumática de Enrique me anuncia que ya está de vuelta:

»5 tarde.
»Mi Aurora:
»Al salir de la estación te envío toda mi alma.
»Esta noche, a eso de las nueve, iré a verte.
»Te adoro».

Me encanta el carácter de Enrique, que no me hace esperar; sin ceremonias ni tonterías. Son las siete y media y apenas si voy a tener tiempo de comer, de cambiar de vestido y de darme brillo a las uñas. Como le gustan mis manos hago cuanto puedo para que parezcan bien.

* * *

El viaje a Bélgica ha operado un cambio notable en su salud; se siente mejor de los nervios. Por estar ocupadísimo no se ha quedado mucho tiempo conmigo.

Me dice que nuestro matrimonio debe realizarse cuanto antes y que debo pensar en pedir el consentimiento a papá.

No quisiera casarme tan pronto como él desea, por lo que evito contestarle afirmativamente. Mañana volverá y seguro que ha de insistir sobre el mismo asunto. Si no fuera porque cuando me habla su semblante revela profunda melancolía, ya le habría dicho que esperase.

Me ha traído varios artículos, en los que cuenta que ya ha abandonado la vida bohemia, debido a la amistad con Vicenti, quien es cual un padre y al que Enrique respeta.

* * *

Continúa sumamente triste. Al preguntarle por qué sufre, me contesta que está neurasténico y que no debo alarmarme porque es una crisis que pasará.

Desde que nos comprometimos le recibo en la salita particular que tenemos mi hermana y yo.

No quiere sentarse en ninguna silla ni en el sofá, sino

sobre los cojines que pone en el suelo; me cuenta que en sus viajes a Oriente ha tomado esta costumbre.

Me causa pena verle en esa actitud humilde, a mis pies, él que merece un trono que guarde armonías con su gloria literaria.

Lo que más me aflige es que habla muy poco y se pone a llorar; luego, apenas se repone de esta súbita congoja, se levanta y se despide tristemente.

A veces creo que no volverá, mas siempre viene, sin dejar de verme un solo día.

* * *

El estado agudo de sus nervios principia a declinar.

Parece muy animado y me cuenta que pasa los días en Marlotte, en la agradable compañía de la familia de los hermanos Paul y Víctor Margueritte.

Atribuye su mejoría a la apacibilidad del campo y a la influencia benéfica que ejercen los árboles en su temperamento.

* * *

¡Qué suerte! Continúan los días serenos.

La vida al aire libre le ha procurado un rápido alivio, al extremo de sentirse enteramente bien.

* * *

Estoy contentísima, espero a comer a Enrique; así su visita se prolongará más tiempo. Es tan amena y espiritual su conversación que me hace reír, causándome gran alegría; sobre todo, me gusta oírle tratar el tema de las japonerías, que en sus labios resulta tan entretenido como una conferencia de Tristán Bernard.

Hago colocar una silla para él, y la mesa la adorno con flores.

Enrique no viene, y me envía la carta pneumática siguiente:

«Mi Aurora adorada: Medina *exige* que vaya a comer con él, pues quieren unas señoras conocerme—como curiosidad, como si fuera yo un jabalí o un loro raro. Voy. Me promete que saldré antes de las nueve. Esto es mentira. En todo caso, con mi carácter las señoras creerán que soy no jabalí ni loro, sino oso.

»He pasado una noche terrible. Ahora estoy mucho más enfermo que ayer. Siento un temblor en el alma, una llama que me quema las sienes y una angustia que me oprime el alma. Y en medio de todos estos males, tú imagen pasa, sonríe, me inspira inquietudes, me calma, luego me turba, luego se desvanece y vuelve, y permanece a mi lado. En toda mi vida he tenido tres o cuatro crisis como ésta. Esperemos que pasará pronto y que me dejará como las otras: alegre, riéndome de mí mismo...

»No sé si ir a Bruselas y a Milán en seguida, o si esperar. No sé nada, no tengo ni voluntad, ni alientos. Lo único que sé es que te adoro con toda mi alma. Mañana iré a verte.

»Te adora tu

ENRIQUE»

* * *

¿Será posible—me pregunto—que prefiera comer con esas señoras y no conmigo? Debo resignarme, porque don Crisanto Medina es el encargado de Enrique para pedirme en matrimonio y es natural que le complazca.

* * *

Han resuelto que primero vendrá don Crisanto Medina a hablar con mi hermana, por encontrarse papá ausente.

No acierto a explicarme por qué, lejos de causarme alegría que se cumplan todas las formalidades que se acostumbran en estos casos, el compromiso oficial me produce inusitada angustia.

* * *

Enrique en todos sus actos, bajo cualquier aspecto que se presente, siempre procede con la mayor corrección, con una hidalguía propia de la gente bien nacida. No puede negar su origen noble, ni su parentesco con familias distinguidas de la nobleza de Madrid.

Me cuenta que firmaba su apellido como es: Carrillo de Albornoz; pero que suprimió de Albornoz, porque hay un poeta muy malo de ese apellido, con el que no quiso que lo confundieran, y que ahora desearía llamarse Carrillo simplemente, pues en Francia una palabra sola suena mejor.

Cuando estuvo en Madrid, su tía la duquesa de Nájera, dama de honor de la Infanta Isabel, le escribió llamándole para conocerle; pero él no fué por no ser adicto a la Corte. Me ha dicho, que para cultivar las relaciones de parentescos bastaba la correspondencia que sostenía con su padre.

Es lástima que Enrique se haya apartado del círculo que debería frecuentar; aunque es natural que prefiera el de los célebres escritores franceses, que son sus amigos.

* * *

Don Crisanto Medina debe venir, y aunque ya estoy advertida, Enrique ha querido en esta ocasión darme la oportunidad de proceder libremente.

Sin tiempo ni humor para meditar, leo: «Mi Aurora, mi Aurora: He hablado con Medina. Te escribo delante de él. El irá mañana, a eso de las tres de la tarde, a tu casa. El cree que es mi porvenir entero—el porvenir de mi alma—el que juego. El cree en mi dicha futura.

»En todo caso, Aurora, debo por última vez hablarte con

franqueza. Al casarte conmigo te expones a todas las tempestades de la vida.

»Yo seré para ti un amante, un hermano, un admirador, un amigo. Pero, ¡y la vida!... Si no tienes miedo de vivir un día como viven en Madrid las mujeres de los escritores—un día de desgracia—acepta. Si reflexionando crees que no debes aceptarlo, dilo a Medina cuando llegue.

»Yo, tranquilo, después de haberte dicho:

»Aquí estoy, soy tuyo, tranquilo te digo:

»¡Hasta mañana!

»Te adoro

ENRIQUE »

»¡La carta que escribas a tu padre la leeremos juntos!»

* * *

Don Crisanto, como suelen llamarle sus amigos, ocupa una alta situación social; es Ministro Plenipotenciario de Guatemala en París. Ha logrado tener la mayor estimación entre el Cuerpo Diplomático, del que forma parte hace largo tiempo.

Es un hombre bondadoso, honorable, querido y respetado; amigo desde su juventud del papá de Enrique, a quien pondera no sólo por su talento, sino también por su acrisolada honradez.

Se comprende que considere a Enrique como si fuese su hijo, y que le complazca en lo que le pide.

* * *

Después de haber hablado don Crisanto con mi hermana, me llaman a la sala. Está gozoso y feliz al pensar que Enrique se va a casar conmigo. Le parece que mi carácter, un tanto despreocupado, armonizará con el de Enrique.

El corazón abierto de don Crisanto se presta a la confianza, de modo que se conversa y se bromea alegremente.

Le pido informes de la familia de Enrique, los que no pueden ser más favorables. Me cuenta que viven en Guatemala, donde nació Enrique: la madre es francesa, considerada como la mujer más virtuosa y buena que existe sobre la tierra; las hermanas, todas muy bien casadas con personas de alta figuración social, y el padre, señor Agustín Gómez Carrillo de Albornoz, un historiador reputado, cuya honorabilidad durante su larga vida no ha sido empañada por la más leve sombra.

Don Crisanto se despide, dejándome gratísima impresión, lo que me explica que Enrique sienta por él gran cariño.

* * *

Un obsequio de Enrique, ¡qué lindo!: un cofre inmenso, todo blanco, que contiene perfumería de *La Perle*, que está a la moda. Nada falta: polvos de cara, de dientes, loción, perfume y jabones, todo blanco y con artísticos envases. Parece que fuese adivino, porque ha acertado enviándome lo que más debía gustarme.

* * *

Está contentísimo; comentamos alegremente la visita de don Crisanto.

Queriéndonos los dos, ¡qué nos importa lo que diga el mundo!

* * *

Es cosa decidida, me caso. Y como en desfile de beatíficas visiones, por mi mente pasan una serie de matrimonios desdichados, unidos eternamente por la Iglesia:

amores de juventudes e infortunios en la madurez de la vida; inseparables sufrimientos, cuya ruptura es imposible. Y así viven y corren los años bajo el yugo indisoluble.

¡No quiero imaginarme que el mío pudiese llegar a ser uno de éstos!

La causa principal de toda desavenencia entre casados consiste en que el marido deja de querer a su mujer y se enamora de otra; o que la mujer deja de querer a su marido y se enamore de otro.

Mañana le hablaré de esto a Enrique; prefiero colocarme en el peor de los casos y saber anticipadamente lo que él piensa; así prevenida, aceptaré el yugo conyugal con mayor confianza aún de la que me inspira Enrique.

Si continúo divagando voy a terminar por pasar la noche en vela; mejor es que me acueste y vaya a dormir. Mañana es mañana; nuevo día y nuevas esperanzas.

* * *

Los malos pensamientos de anoche me acosan de nuevo: así, tan pronto como veo a Enrique, le digo: «Necesito que me hagas una declaración: Si sucediese que un día dejases de quererme y te enamorases de alguna mujer, prométeme que, lejos de engañarme, tendrías la franqueza de decírmelo. En este caso yo te daría tu libertad, sin dejar de ser amigos.» Su fisonomía revela extrañeza al escucharme, mas yo continúo: «A mí podría ocurrirme lo mismo, y te prometo tener la entereza de decírtelo y no mentir.» Al llegar a este punto no pude continuar, porque a Enrique, no sólo le sorprendían mis palabras, sino que le disgustaban, por lo que me apresuré a disimular mi locución, agregando: «Te hablo así únicamente por lo que a ti se refiere, pues yo estoy segura de que no variaré. Tú eres mi último amor, y estoy segura de que, si lo pierdo, no podré volver a querer a nadie en la vida.»

Ya un tanto apaciguada la mala impresión que le habían causado mis palabras, me preguntó sonriendo: «¿Qué

harías?» «No sé; entraría en un convento, huiría del mundo...»

Un beso dió fin a este diálogo.

* * *

Sólo han transcurrido pocos días: don Crisanto estuvo aquí, y Enrique me propone que nos casemos inmediatamente, sin esperar más tiempo que el indispensable para tramitar las gestiones de ley. Piensa suprimir las amonestaciones de la Iglesia y las publicaciones de la Alcaldía.

La razón que me da para convencerme es que acaba de firmar un contrato, según el cual debe dar la vuelta al mundo en jira periodística, lo que le obligará a ausentarse, por lo menos durante un año, y que no desea separarse de mí.

¡Cuánta congoja me causa esta precipitación! Me siento abrumada, sobrecogida, sin valor para resignarme a la ausencia de Enrique durante un año, y al mismo tiempo me fascina la ilusión de realizar un viaje por tierras desconocidas.

* * *

Según las indicaciones de Enrique, escribo a papá, y él, después de revisar mi carta, la lleva al correo.

Me indica detalladamente todo lo que debo hacer para sustituír los papeles que me faltan.

Desea que, cuando llegue papá, todo esté listo para casarnos.

* * *

La rapidez con que Enrique ejecuta los trámites ma-

trimoniales es sorprendente; se encuentra en un estado de febril actividad.

* * *

Espero la respuesta de papá; supongo que sea favorable, mas si no quiere que me case, por mucho que yo sufra no me opondré a su voluntad. No soy capaz de desobedecerle por nada del mundo.

Con la autorización de la pobre mamá no podré contar nunca, pues cuando se casó mi hermana tampoco la tuvo. Mamá desea que jamás me case.

* * *

Estoy más contenta que la misma alegría: recibí contestación de papá; no se opone al matrimonio y me dice que, puesto que estoy bien informada respecto a la conducta de Enrique, el cual ya se ha formalizado, y dadas mis aficiones literarias, cree que al lado de un escritor seré feliz.

¡Pobre papá! Como me vió sufrir a la muerte de mi novio, pensando en que pueda ser dichosa no se atreve a dirigirme la menor observación; pero se me ocurre que Enrique no satisface sus aspiraciones. La despreocupación de éste, y su desdén por los formulismos sociales, seguramente que no han de agradar a papá.

Después de todo, éstos son detalles y pequeñeces en los que no vale la pena pensar.

* * *

Enrique me ofrece un porvenir halagador: viajar alrededor del mundo, escribir sobre las maravillas que voy a conocer y estar con él, ¡que me adora!; ¿que me ado-

ra? No puedo dejar de creerlo, porque me lo dice todos los días: de palabra y por escrito.

* * *

Como Enrique es cónsul de Guatemala en Hamburgo, allí reside; lo que no obsta para que la mayor parte del tiempo lo pase en París. Cuando por cualquier motivo se requiere su presencia en el Consulado, toma el tren y llega a tiempo para cumplir con sus deberes consulares.

Ya estoy advertida; así, no me sorprende la carta que al instante recibo:

«Aurora de mi alma: He visto al alcalde, y hemos convenido que, con un certificado como el borrador que te mando, todo puede arreglarse. Si el certificado quiere hacerlo Ayulo, es tanto mejor. Y para eso basta que dos personas vayan a declarar y a jurar que eso es cierto.

»Recibo una carta desagradable de Hamburgo; parece que hay dificultades para el envío de esas armas, y que bien puede ser necesario mi viaje a Berlín.

»Te escribiré en cuanto llegue. En cuanto tengas ese certificado, mándamelo, para encontrarlo yo al volver y hacerlo legalizar.—Te adora tu

ENRIQUE.»

* * *

Tuvo inevitablemente que ir a Hamburgo; por suerte, el viaje es de corta duración. Me escribe:

«Mi Aurora adorada: Hoy pensaba yo estar en París, y aun estoy aquí. Dentro de media hora me voy a Berlín para firmar en los libros de la oficina central hoy mismo, si es posible, y estar mañana en Hamburgo, o pasado mañana a más tardar, y llegar a París el jueves. Este viaje, que me ha entristecido tanto por tenerme lejos de ti tantos días, me hace gran provecho a la salud. Creo que mis tiránicos nervios están ya en su sitio y que mi

vida va a ser de nuevo como la de todo el mundo. Si tus papeles de la Legación están mañana en casa, yo los haré entregar en cuanto llegue, y dentro de quince días ya podremos no separarnos nunca. No sabes—y yo mismo no sabía—cuánto me duele alejarme de ti. Por todas partes veo tu mirada, tu sonrisa, y tu voz tan suave suena perpetuamente como una obsesión nostálgica en mis oídos. ¡Cuánto!, cuánto te adoro, mi Aurora; o, más bien dicho, *Aurora mía!*

»Ahora, en volviendo a París, estoy decidido a no alejarme de tu lado nunca más, pues mi próximo viaje será cuando nos casemos.

»Escríbeme, para tener, al llegar a Hamburgo, noticias tuyas. Dime muchas cosas de ti, de mí, de nosotros, y quiéreme como yo te quiero, que es locamente. Tu

ENRIQUE.»

* * *

Hubiese querido tener un bonito ajuar, como el que le hicieron a mi hermana, pero Enrique no me da tiempo. Sólo he mandado hacer lo indispensable: mi vestido blanco será una maravilla: todo de encajes de aplicación. Me resigno con gusto a privarme del ajuar, porque la representación de papá de Ministro Plenipotenciario y Enviado Extraordinario en Italia le ocasiona fuertes gastos; además, sostiene a mi hermana, que está enferma; a los hijos de ésta y, para mayor abundamiento, el pago de los diplomáticos tiene un atraso considerable.

Por suerte, ni Enrique ni yo le damos importancia a la cuestión dinero; al contarle que papá seguía la costumbre del Perú, según la cual la mujer que se casa sólo puede contar con los recursos de su marido, me contestó que eso le tenía sin cuidado, siempre que me conformase con lo que el pudiese darme.

Don Crisanto ya le había informado en ese sentido y aun héchole la reflexión de que el casarse conmigo no le reportaría utilidad alguna.

Mejor así; de lo contrario, si yo vislumbro el menor interés, me habría sido imposible creer en el cariño de Enrique, y lo habría sentido inmensamente porque es felicidad muy grande estar convencida de ser amada y merecerle todo al ser amado.

* * *

Enrique me ha traído un anillo precioso: un rubí rodeado de brillantes. Me cuenta que la señora de su amigo C. le preguntó cuál era el anillo con que me había obsequiado, a lo que él le respondió: «Ninguno, porque Aurora tiene muchos»; pero que, como ella le dijese que era costumbre obsequiar a la novia, él, de compromiso, fué a la joyería y compró el que acaba de darme.

Tanto él como yo, no habíamos pensado en los aros de matrimonio. Ahora ya sé cuál es la forma del que le gusta y que me promete usar.

* * *

He tomado a condición un alfiler de corbata para regalárselo a Enrique, pero él lo rechaza; no usa joyas, y sólo después de muchos ruegos llego a saber que lo único de su gusto es una moneda antigua, japonesa, y que la usará colgada de la cadena del reloj.

* * *

Han llegado papá y el tío de Enrique, Tible Machado, Ministro de Guatemala en Inglaterra y Bélgica.

Se ha fijado la fecha del matrimonio para el 6 de junio.

Siento un temblor en el alma: ¿será de inquietud?, ¿será de felicidad?...

VII

AZAHARES AZAROSOS

1906

Los preparativos para el casamiento parece que no tuviesen fin.

Acabo de recibir cuatro palabras de Enrique:

«Aurora de mi alma: Tengo que volver a las tres, hoy, a la *mairie* y pasar luego a ver a mi médico, para saber *oui ou non* me cura estos nervios, que se agravan de día en día.

»A las cuatro y media estaré en tu casa, y si aún no has regresado de casa de tu costurera, volveré a las cinco.

»He soñado toda la noche en ti.—Te adoro. Tu

ENRIQUE.»

Como es natural, prefiero esperarlo; si me sobra tiempo iré a casa de la costurera.

* * *

Mejor no hubiese visto al médico: le ha aconsejado que permanezca en el campo y que no me vea por unos días; además, le advirtió que bien pudiese ocurrírsele, a última hora, no querer casarse, lo que suele acontecer a los neurasténicos, aunque no exista razón alguna.

Enrique está alarmadísimo, pero no yo, porque si la al-

teración del sistema nervioso ejerce influencia decisiva en la voluntad, la de él es casarse lo más pronto posible.

Inútiles son mis ruegos para que espere unos días más, siquiera hasta el 13, que es aniversario de mamá.

* * *

¡Cuánto diera por que sanase pronto de los nervios, que tanto le hacen sufrir!

Si no fuera por las líneas que me envía, a pesar de la pena que me produce su ausencia le habría escrito para que, siguiendo el consejo de su médico, permaneciese en el campo.

«Diez noche.

»Mi Aurora, mi alma: Mañana me será imposible comer contigo, pues tengo el banquete último del «Cercle Molière», y soy el festejado. Pero iré a verte a las cuatro y media de la tarde.

»Me siento muy bien; mucho mejor que todos los días, y hasta con un poco de alegría en el alma. No he ido al campo, por ser tarde y haber estado con gente de Madrid hasta ahora. El lunes me instalaré en Villeinne, y no acudiré a París sino de una a siete, para verte a ti, mi alma.

»Prepara todo lo necesario para casarnos en seguida.— Te adora tu

ENRIQUE.»

* * *

Ha tenido una entrevista con papá, en la que se ha conducido como el más correcto *gentleman*: al entrar se detuvo delante de papá, inclinó la cabeza, haciéndole una venia cortés, y esperó a que le diese la mano. Su conversación ha sido grave y circunspecta. Si se hubiese asenta-

do el pelo, la impresión favorable que causó habría sido completa.

Papá lo encuentra simpático; sólo me ha preguntado, riendo, si la literatura está en oposición con el peine.

* * *

En Francia no se acostumbra, como en el Perú, designar padrinos de matrimonio, sino únicamente testigos; los nuestros serán: el almirante peruano Delvoy, Tible Machado, Víctor Margueritte, Rubén Darío, De Mitty y papá.

* * *

No obstante la prohibición del médico, siempre viene a verme, casualmente, cuando papá ha salido.

Ya todo está listo, y los testigos comprometidos: debo ir con mi vestido blanco a la Alcaldía, donde tendrá lugar la ceremonia civil, y de allí a la iglesia.

Papá ha ordenado un almuerzo, que servirán en una sala reservada del hotel.

Enrique me pide haga agregar un cubierto para un amigo íntimo suyo: L.

VIII

ALUCINACIONES DE AMOR

4 junio 1906

Mi Enrique es el hombre más bueno que existe en el mundo; me ha dado placer inmenso: tan inmenso que hoy me parece haber realizado el sueño más grande de mi vida. ¡Estoy contentísima, y no encuentro palabras que puedan expresar mi felicidad!

¡Enrique, por complacerme, por darme gusto, y con el mejor propósito de enmienda, se ha confesado hoy!

En la tarde hablé con el vicario que nos casará pasado mañana, y me ha dicho que debo estar tranquila, porque ha hecho muy buena confesión.

Mañana vendrá temprano y juntos iremos a la iglesia a recibir la santa comunión.

En todo me complace, en todo me da gusto. Si es admirable por su talento, lo es también por la bondad de su corazón.

¡Dios mío, en tus manos encomiendo mi destino!

* * *

19 junio 1906

Sólo hoy logro realizar el deseo que tenía de principiar a escribir un cuaderno íntimo referente a mi vida de ca-

sada, en el que contaré todas las impresiones diversas y extrañas que siento.

Este cuaderno reflejará el estado de mi alma, llena de verdad, con todas sus tristezas y sus asombros; sí, asombros, y muy grandes, seguramente que he de tenerlos, porque apenas conozco a mi marido.

Enrique es tan violento en sus amores como en sus disgustos, y por una futileza se disgusta.

Me ha prometido dominarse, y ya cuento cuatro días durante los cuales está contento, con su alegría infantil, que lo hace adorable.

Necesito no pensar, rechazar el más leve asomo de duda para poder ser feliz; a su lado a nada aspiro que no sea él.

Sin poder dominarme, cuando me asalta la idea de que deje de quererme me siento triste, infinitamente triste.

La impresionabilidad de su carácter me llena de inquietud; me hace temer que algún día, seducido por la belleza de alguna mujer, llegase a enamorarse.

* * *

Hoy ha alquilado un departamento en el Trocadero, espacioso, alegre, y sus ventanas miran hacia el jardín público.

Estaremos alejados del bullicio de París; así espero, que podremos vivir solos algunos días.

Hasta ahora no lo he logrado: siempre está rodeado de amigos, y con numerosas invitaciones.

* * *

A los dos días de habernos casado ha tenido la delicadeza de escribir a mamá una carta tan cariñosa, que se la agradezco en el alma; le dice:

«Mi muy querida y respetuosa señora: En la dicha muy grande de estos días, lo único que nos ha entristecido es

que usted no se haya encontrado al lado nuestro; pero nuestros pensamientos han sido para usted. Sabiendo de qué manera tan entrañable quiere usted a Aurora, creo que verá con gusto nuestro casamiento, sobre todo cuando vea usted que mi único ideal es hacerla la mujer más feliz del mundo.

»Si un día no lejano mis ocupaciones me permitieran hacer un viaje de algunos meses, los aprovecharía yendo a dar a usted un abrazo. Aurora lo desea con toda su alma, y yo, que no quiero sino lo que ella quiere, lo deseo del mismo modo.

»Considéreme como un hijo muy respetuoso y muy cariñoso, y disponga de mí.

»Su yerno, q. l. b. l. p.,

E. Gómez Carrillo.»

* * *

Ha escrito una crónica para *El Liberal;* me asombra la rapidez de su pluma; nada le perturba: ni el ruido, ni la conversación.

Se ha ido al Café del Boulevard con su amigo L., y sólo, a las ocho de la noche, vendrá a buscarme para ir a comer al *restaurant.*

Desde que hemos llegado a París no falta ninguna tarde al Café, donde se reune con sus amigos y beben el aperitivo, lo que siento por el daño que le hace el alcohol. No me atrevo a decirle la menor palabra en este sentido, porque se disgustaría y seguiría yendo.

* * *

20 junio 1906

Me ha llevado a comer a la *Taverne de Paris*: el aspecto del comedor es alegre, animado por los interesan-

tes frescos de las paredes, a lo que contribuye el decorado festivo del conjunto.

Los frescos son pintados por Wilette, y no desmienten la gracia vaporosa y delicada de sus pinceles.

He conocido a Brandó, quien tomó el café con nosotros. Como sólo conozco a los artistas de nombre, o por sus obras, al tratarlos siento un leve desencanto: «Brandó es un obrero»—me dice Enrique; lo que le da mayor mérito, porque ha obtenido la primera medalla en la Exposición de Arte decorativo.

En el último salón admiré el monumento funerario que exhibe: una gran puerta de bronce, trabajada con imponente austeridad, que indica el límite de lo desconocido; al mismo tiempo conmueve, como una nota de delicada sensibilidad, la corona que cuelga de la perilla, graciosamente combinada con hojas adheridas a un tallo en el que asoman las espinas del dolor, que recuerdan tristemente las que ciñeron las cabezas de los mártires cristianos.

En realidad, Brandó es un hombre sin pretensiones y de apariencia sencilla, mas seduce por la fineza de su espíritu. Su trato, un tanto rústico, contrasta con la suave apacibilidad de su alma.

A las once de la noche fuimos a la *Taverne des Quatre Arts.*

Enrique me dice: «Vas a conocer Montmartre como los ingleses, que se imaginan ver todo y no ven nada»; así fué, en realidad: sólo conocí el café que se encuentra en la entrada, curioso, original, con la construcción de aspecto antiguo.

Las paredes están cubiertas con hermosas obras de arte, entre las que abundan los bocetos, dibujos y esculturas de yeso patinado, con lo que adquieren el color del marfil.

Lo que más me llama la atención es un gran lienzo en el que figuran alegres payasos, que ríen con igual ficción que los verdaderos del circo.

Al ponderar la belleza de este cuadro, Pierre Jean, acertado crítico de arte, a quien ya conocía por ser amigo íntimo de Enrique, me cuenta de este pintor que, por haber sido él mismo payaso, es lo mejor que pinta, pues ha vivido entre éstos antes de consagrarse a la pintura.

Han pasado delante de nosotros algunos cancioneros que se dirigen a la salita inmediata, mas no llegué a escucharlos.

Son los poetas populares, que cantan sus propias inspiraciones. La mayor parte de los que he visto ya cuentan avanzada edad; visten modestamente: sacos negros, de cuellos volteados, corbata Lavallière y grandes sombreros de fieltro.

Estoy sentada cerca de una ventana en cuyos vidrios se ven, pálidamente pintadas, grandes figuras de tamaño natural.

Escucho en la calle un rumor que produce la gente, que se aglomera; por la ventana, entreabierta, miro hacia afuera y distingo a una mujer, vestida de azul y blanco, que se lleva la Policía.

Momentos después se llevan a otra: ésta es de silueta fina, tiene la cabeza descubierta y viste falda corta, color rosa, y blusa blanca, escotada.

Algunas de sus compañeras siguen detrás. Originales los trajes que usan, de percales vistosos, ceñidos al cuerpo.

Otro amigo de Enrique se acerca a nuestra mesa: es el artista Vernet, de aspecto más fino que Brandó. Está haciendo para mí un *pandeloc* que le ha mandado hacer Enrique con las perlas *baroque* que yo le dí. Ahora están de moda, gracias a Lalique, que tuvo la feliz idea de formar con ellas dibujos caprichosos.

Vernet explica cómo va a quedar el *pandeloc;* así, me interesa escucharle.

Siendo la hora avanzada, nos despedimos de los amigos y vamos a casa en coche.

Mi marido me estrecha entre sus brazos con gran cariño; me parece tan enamorado de mí como los primeros días de nuestro matrimonio.

A los abrazos siguen los besos ¡en la calle!...; por suerte casi no se ve gente.

Aunque traté de disimular lo chocada que estaba por sus efusiones en público, sin duda lo notó, porque suavemente me dijo: «Nadie se imaginará, al vernos, que somos casados; la mayor parte de las mujeres que engañan

a sus maridos es por tener quien las acaricie en público y quien las lleve a lugares ocultos. ¡Pobres mujeres, llenas de ilusiones y de deseos, casadas con burgueses!» Y así, con amantes demostraciones de ternura, a las que correspondo con el inmenso cariño que me inspira mi Enrique, llegamos a la casa, donde continúan hasta que me quedé dormida entre sus brazos.

IX

TURISMO INSOSPECHABLE

21 Junio 1906

Almorzando en el *restaurant* que encontramos en el camino, nos sentimos sumamente incomodados por el excesivo calor que se siente en París y resolvimos salir a comer al campo.

En la tarde tomamos el tren para ir a Poissy, donde comimos en un *restaurant* muy bien servido.

Allí encontramos a Ybeles, quien goza de buen nombre como autor dramático, periodista y pintor: vive todo el año, con su mujer y sus hijos, en este lugar, que encuentro delicioso.

La conversación de Ybeles revela su cultura; además, es esmerado en su vestido; en cambio los modales dejan algo que desear.

No sólo admiro, sino que es muy de mi gusto, tener amistad con artistas; pero no puedo dejar de lamentar la diferencia que existe entre éstos y los hombres de gran mundo.

Lástima que no tengan la corrección y el refinamiento de éstos, para que fuesen completos; mas podría asegurar que no llegarán a tenerla porque aman la vida fácil y huyen de la etiqueta.

Mi Enrique es muy superior, y mucho más fino, que sus amigos; después de él, en segundo lugar, coloco a Paul Margueritte, y en tercero a Chambige.

* * *

22 junio 1906

Estamos en el «Restaurant del León», situado en una isla que, aunque apartada, no queda lejana del pueblo.

L. ha venido con nosotros y pasa el día pescando, lo que ama apasionadamente.

Enrique va a París, y yo aprovecho su ausencia para descansar.

Estoy fatigadísima; siento un cansancio, no sólo espiritual, sino corporal.

Por suerte, este lugar incita al reposo por la belleza agreste del campo que corta la corriente silenciosa del río, deslizándose el agua suavemente.

Ojalá que Enrique quisiese permanecer aquí algunas semanas.

Se aproxima la hora del tren en que debe llegar de París, y si no voy a esperarlo a la estación, según L., se disgustará conmigo; por lo que, haciendo un esfuerzo, salgo de mi habitación; a la laxitud que siento se agrega el fastidio de tener que ir acompañada de L.

* * *

23 junio 1906

Ayer me pareció que estaba preocupado, y lo atribuí a que era la primera vez que se separaba de mí durante algunas horas; mas en la noche supe que había tenido un gran disgusto.

Trajo a comer a dos amigos: uno es Debruchard, y el otro un antiguo oficial.

Debruchard es un joven simpático por la franqueza de su carácter, a la que une su valentía intrépida y bulliciosa.

Caminando debajo de los árboles, Enrique se aleja de los amigos y, abrazándome por el talle, me conduce hacia un sendero, donde no pueden escucharle: me cuenta que un antiguo enemigo suyo, al que por haberse negado a batirse en duelo lo había enjuiciado, acababa de escribir

en su periódico que al matrimonio de Enrique debió asistir todo Montmartre, y que me daban el pésame.

Por evitar que este periodista se ocultase se presentaron en la imprenta, sorpresivamente, Debruchard con su amigo el oficial, a preguntarle quién era el autor de esa publicación en contra de Gómez Carrillo, y como se negase a responder, Debruchard le dió una bofetada.

Enrique dice: «En principio no admito que nadie hable mal de mí, y aún quedan pendientes los palos que le he ofrecido darle donde le encuentre.»

Le escuché tranquilamente; no obstante, creo que esperaba de mí una actitud de congoja o de aflicción, que no podía sentir, porque no le doy a este incidente mayor importancia.

Estoy tranquila, puesto que veo todo terminado, y el periodista es un cualquiera.

L. me había dejado entrever algo de lo que ocurría, y aún más, pues estaba temeroso de que sobreviniese un duelo. No dejó de manifestar su asombro por mi serenidad. Le conté que en el Perú los duelos eran terribles, porque cuando uno de los combatientes no quedaba en el campo, por lo menos salía malherido; pero que los duelos de Francia se reducían a un raspetón en el brazo, y que, como Enrique era un espadachín de primer orden, no corría mayor peligro.

El resultado de todo esto es que se han extralimitado en las bebidas. ¡Qué pena tan grande me causa ver a mi marido en ese estado! Espero que no vuelva a cometer esos excesos.

Hoy dejamos el simpático *restaurant* de la isla y vamos al Esturgon, más elegante, ciertamente; con todo, prefiero el anterior, situado en medio de dos brazos del río, con su construcción de posada antigua, que alegra un bello jardín.

* * *

24 junio 1906

He pasado el día delicada de salud, sin poder salir de mi habitación; Enrique no va a París, y me acompaña.

En la mañana escribe su correspondencia para *La Nación*, y me la da para que la lea en voz alta; lo hago con gusto, indicándole lo que se escapa a la pluma.

¡Qué placer tan grande me causa poder contribuír, aunque sea con un detalle, en el trabajo de Enrique!

Las correspondencias para *La Nación*, a pesar de que son extensas y nada banales, las escribe con igual rapidez que las crónicas ligeras. No se imaginan los que le leen el desgaste que debe sufrir su cerebro con una labor excesiva de todos los días.

No sé cómo se da tiempo; diariamente revisa varios periódicos y revistas y uno o más de los nuevos libros que acaban de aparecer; además, las crónicas para *El Liberal* son casi diarias; la de *La Nación*, semanal; las que envía a Caracas también son semanales, y las de la Habana, mensuales, sin contar que siempre tiene algún libro en preparación.

Hoy continúo la lectura de *De Marsella a Tokío*. La primera página es la más simpática para mí; en ella leo: «Para mi Aurora este ejemplar de estas páginas impersonales de mis memorias. Con toda el alma, *Enrique*.»

Dos de los primeros capítulos llevan por título: «Poesía y realidad», «Paisajes y emociones». Estas cuatro palabras abarcan el contenido de todo el libro, porque, aunque trata de viajes, se aparta de la monotonía detallada para divinizar la realidad interpretada a través de la exquisita poesía que emana de sus emociones, y con este peregrino nómada que sigue las huellas del arte esparciendo el bálsamo de la belleza, se obtiene el prodigio de conocer, sin viajar, Ceilán, Indochina, Tokío y Nikko con todo el encanto sentimental que emana de las mañanas apacibles de las evocaciones suntuosas de los templos maravillosos, cuando no se vibra, con palpitante anhelo, ante la bayadera que danza o la trágica figura de la eximia Sadda Yacco.

Su pluma se transforma en un pincel colorista que traza sinfonías con todos los oros que emanan del sol al hablar del rubio tabaco de Oriente, de la fumería de opio Anamita y de «aquellos ojos de ensueño y de misterios, de voluptuosidades y de tristezas».

Simple con ese candor casi infantil que constituye uno de los aspectos más simpáticos de su espíritu cuenta las diferentes fases de la risa japonesa, de las feroces caras de los «samurayes que gesticulan, que se crispan, que se erizan».

Y luego, seduciendo por el contraste, tórnase grave, solemne, hierático al referir la justicia de los samurayes, los ritos majestuosos, la danza sagrada y la religión de la espada.

Fisonomista prodigioso, psicólogo de paisajes, sin cavilaciones ni penetrar en profundidades severas, amablemente desliza la cinta cinematográfica de sus fantásticas visiones.

De Marsella a Tokio ha sido editado después de *L'âme japonaise*, traducción que me disgusta leer, porque en el idioma francés me parece que no fuese escrita por Enrique.

En general las traducciones me son insoportables; será porque no tengo afición a los intermediarios en literatura.

En la tarde cambio de lectura y recorro unas páginas del libro predilecto de Enrique: *Monsieur de Focas*, del cual nunca se separa.

A mí no me sucederá lo mismo.

Me quita el libro de las manos, se acuesta encima de la cama, de la que, por estar delicada de salud, no he podido levantarme, y principia a leer en voz alta.

Entre los libros que estoy hojeando me seducen los de Jean Lorrain, por su belleza literaria.

Enrique la llama atormentada.

Por momentos interrumpe la lectura y se pone a jugar. ¡Vaya un antojo! Se le ocurre simular mordiscos, y mis manos y mi cara tienen que soportarlos. Protesto contra estas manifestaciones de alegría, porque sólo se le ocurre morder cuando está muy contento.

Pretende que su perro le enseñó a morder. Le contesto: «No se me había ocurrido que fueses perro.»

Continuamente recuerda al que perdió, con gran cariño.

L., que tuvo la feliz ocurrencia de pasar el día en París, acaba de llegar y entra en la habitación.

Enrique le cuenta que me ha mordido y que yo le he llamado perro y caballo.

L. lo toma en serio y se indigna, imaginándose que los mordiscos han sido de veras; pero como yo me río, se descubre la broma; con todo, Enrique, muy formal, le dice: «Usted verá»—y se precipita sobre mi cuello, y los simulados mordiscos se vuelven a repetir, mezclándose con caricias.

L. se retira pretextando estar con sueño y tener que levantarse temprano para ir a pescar, lo que le apasiona. A las cinco de la mañana ya está de pie; se mete en un bote, en el que permanece todo el día, hasta las ocho de la noche, hora en que la luz de la tarde comienza a desaparecer, y viene a comer con nosotros.

El sol abrasador no le acobarda, y creo que ni almuerza.

* * *

25 junio 1906

No continúo bien de salud, y tampoco podré levantarme de la cama, como el día anterior; Enrique me acompaña, sin salir de la habitación, en la que se hace servir el almuerzo y la comida.

Ha escrito una crónica sobre Clemenceau, quien acaba de pronunciar un magnífico discurso en la Cámara.

Entre los diversos diarios y revistas que examino encuentro muy interesante el semanario *Le Jaune*, donde se trata hábilmente la cuestión obrera.

De Bitrig ha hablado con ingenio, pero en el procedimiento de las reformas que proclama es demasiado lento.

Al mediodía Enrique se queda dormido, y yo ni siquiera muevo un papel, para que no se despierte, porque como duerme muy pocas horas, el sueño le hace falta.

Cuando recupera el tiempo necesario para lograr un descanso normal, se siente perfectamente: sin inquietudes, tranquilo y gozoso como un chiquillo.

Lejos de París, aislado del café, del *boulevard*, que le

envenena hasta el alma, muy pronto podría recuperar el equilibrio nervioso y gozaría de perfecta salud, disfrutando así de entera felicidad.

El aire del campo parece que le diera nueva vida: una vida juvenil y serena. Aunque él no ignora esta benéfica influencia, va con frecuencia a París, pretextando obligaciones que en realidad no existen.

Ahora trata de ir a Montigny y de cambiar este *restaurant* por otro donde los amos y criados son muy atentos.

No encuentro razón alguna que justifique el viaje a Montigny; sin duda a Enrique le gusta porque queda inmediato a Marlotte, donde están los Margueritte, las Vernet y Chambige, amigas que nos colmaron de atenciones durante los primeros días de nuestro matrimonio, que pasamos en Marlotte. En cambio a mí no me agrada estar obligada a las continuas fiestas y paseos, que me hacen perder el tiempo y resultan algo así como una tiranía que se debe soportar todos los días y agradecerla. Prefiero vivir aquí sola, con toda libertad, pudiendo leer y escribir y aun me sobra tiempo para dar algunas puntadas.

* * *

26 junio 1906

Hoy nos trasladamos a Villennes; vamos por un hermoso camino, orillando el río, que sombrean grandes árboles de tupido follaje.

Nos alojamos en un precioso hotel rústico y solitario.

Se va a París con L., y volvió a la hora de la comida, trayéndome un par de aretes de rubíes.

En la noche vamos a pasear al pueblo.

Ha terminado el día dulcemente, y he tenido la suerte de no ver a L.

* * *

27 junio 1906

Hice una traducción de un cuentecito, que le ha gustado a Enrique y la ha enviado a *El Liberal*.

Esta mañana me ha dicho que me quiere muchísimo; más que cuando nos casamos; que si yo no siento lo mismo, y que si estuviese soltera me volvería a casar con él; le contesto con mayor cariño que el suyo, si fuese posible. Almorzamos debajo de los árboles, mirando al Sena; arrojamos migas de pan a los peces y luego damos un paseo en bote, remando los dos.

En la tarde se va a París; aprovecho estar sola para escribir a mi familia.

Una mañana suave y una noche áspera; volvió de mal humor; no obstante, supo dominarse y no me dijo palabras desagradables, como ha sucedido otras veces.

Me hace notar el progreso que ha alcanzado en la educación de su carácter. ¡Dios permita que le duren tan buenos propósitos!

Es tan leal, tan bueno, tan sincero y abnegado, que si la suerte nos fuese adversa siempre sería feliz a su lado.

Casi todas las mañanas, mientras termino mi tocado, me dedica un momento de lectura, lo que me causa gran placer.

Esta mañana declamó *Los poemas indohispánicos*, de Chocano; por cierto que lo hizo muy mal.

Juzga a Chocano como a un gran poeta, pero de mal gusto.

Como le dijese que esos poemas no me parecían bien, se puso a reír, atribuyéndolo a mi falta de simpatía hacia el poeta.

Aunque bien pudiese existir la razón que Enrique indica, sin dejar de reconocer su mérito, pienso lo contrario; porque no teniendo gran afición a los versos, prefiero la prosa.

* * *

28 junio 1906

Anoche me propuso volver a París para ir en seguida a Bélgica y luego a Hamburgo, lo que acepto porque ya me siento bien de salud.

Llegamos a París en la tarde, y fuimos a comer al «Restaurant Español», con el inseparable L.

* * *

29 junio 1906

Todo el día sin verle. Estuve en tiendas.

Ha principiado la correspondencia para *La Nación*.

Nos hemos dado cita en el «Restaurant Español» a la hora de la comida.

Me ha regalado un precioso alfiler con mis iniciales, trabajado por Brandó, obsequio que casi no puedo agradecerle porque está tan excitado que se disgusta apenas le hablan.

Es de noche, y se ha acostado; mientras escribo estas líneas, lo siento dando puntapiés a la ropa de cama.

Se me ocurre que es porque desea que vaya a su lado; termino unas líneas que estaba escribiendo, y cuando me acerco parece dormido. ¿Estará realmente dormido, o es que aun durmiendo le continúa el fastidio?

Encontré mi camisa de noche tirada en el suelo.

* * *

30 junio 1906

Esta mañana, al levantarme, he estado más cariñosa que de costumbre, para que olvide lo de anoche, con lo que no logro que le pase el mal humor. Se me ocurre entonces hacerle una comedia de celos retrospectivos, que por suerte resultó oportuna: le recordé que en mi presen-

cia había hecho el elogio de una joven, la cual, según sus amigos, había estado, o tal vez estaba, enamorada de él.

La verdad es que yo necesitaba darle una satisfacción, porque en noches anteriores estuve, no sólo indiferente, sino descortés; mientras estuvo leyendo en voz alta las leyendas de la Edad Media, en vez de escucharle me puse a escribir.

Así son las sorpresas que reserva la vida común: él desea leer y yo escribir.

Esta pequeña contrariedad se arregló muy bien, porque ha terminado pidiéndome que le perdonara si había podido disgustarme.

* * *

31 junio 1906

Llegamos a Bruselas a las cuatro de la tarde.

La señora de Tible, tía de Enrique, nos invita a comer; es muy buena persona, pero de carácter displicente, con la apatía propia de los que no gozan de buena salud.

Enrique no pasa bien el día; por suerte no tengo que sufrir ninguna brusquedad; lo disculpo porque ha perdido o extraviado varios papeles de importancia.

Mientras yo cambio de vestido y termino mi *toilette* para ir a la comida que nos ofrece Tible sale a dar un paseo, y cuando volvió ya estaba transformado; me trajo tarjetas postales; además, compró un libro que pensaba leer: *Psicología cerebral*, «para descubrir si estaba loco».

Durante la comida, y toda la noche, su alegría ha sido extrema.

Nos hemos alojado en el Hotel Metropol, que es elegante y confortable. Hace cuatro años que estuve en Bruselas con papá, y esta ciudad me pareció muy triste; en cambio ahora la encuentro alegre, tal vez porque habito un barrio bullicioso y enteramente parisiense.

La plaza me encanta por su belleza festiva, decorada con gallardetes y grandes figuras doradas que esparcen esplendores sobre la piedra ennegrecida de los edificios.

La avenida Luisa, con su doble hilera de árboles y sus elegantes hoteles, aunque no ajena a cierta quietud melancólica, ofrece, para residir, el bien inefable del buen aire y de la luz.

* * *

1.º julio 1906

Salimos en la mañana; por ser domingo, tengo la intención de ir a misa: encontramos en la calle la procesión de la Santa Eucaristía, y Enrique me dice: «Haber presenciado esta procesión equivale a oír la misa; no vayas a la iglesia y quédate conmigo.»

Le dí gusto, a pesar de que me contrarió profundamente, porque me mortifica vivir en pecado.

El desfile Eucarístico inspira piedad y devoción, especialmente por el fervor infantil de los niños que acompañan al Viático, llevado bajo rico palio.

Las niñas están vestidas de blanco, cubiertas de velos también blancos y llevan estandartes con imágenes e inscripciones religiosas; algunas, como ofrenda devota, lucen ramilletes y cestos con flores. Los niñitos tienen las cabezas coronadas y sostienen en las manos cirios encendidos; algunos rezan y detrás, guardando distancia, se escucha a las bandas de música.

Almorzamos, escuchando una buena orquesta, en un *restaurant*, aunque más grande, menos elegante que los de París.

Es un día de regocijo popular: varias Sociedades recorren las calles luciendo sus estandartes, y hombres y mujeres bailan, siguiendo la música del cortejo.

Al mediodía he leído, para que escuche Enrique, *La vie belge*, del notable escritor Camille Lemonnier, y después he traducido un cuento japonés.

Ha invitado a comer a Tible y a su señora en el «Restaurant Royal»; luego fuimos al «Palais d'Eté», que estaba adornado con abundante follaje y alumbrado con lu-

ces de colores; lo encuentro demasiado grande y falto de elegancia.

Representan varios números de variedades, enteramente semejantes y con los mismos artistas que en París.

Enrique está de tan buen humor que en pleno espectáculo se le escapó un beso; por suerte que los tíos no lo notaron; después, hablando tranquilamente, me asegura que seremos muy felices, puesto que hemos pasado en buen entendimiento las primeras semanas de vida común, que son las más difíciles.

X

VAGANDO SUAVEMENTE

2 julio 1906

Estuve todo el día en casa de Tible; por suerte no perdí el tiempo, porque después del almuerzo tuve que escribir un artículo que me ha pedido Tible para un periódico que va a publicar con el fin de defender los intereses políticos de Estrada Cabrera, Presidente de la República de Guatemala; Enrique también ha escrito otro. Apenas termino, la señora Tible me invita a pasear en el Bosque, que es casi tan lindo como el de París, aunque mucho más pequeño. Los árboles tienen la soberanía de las selvas, por su gran tamaño y la abundancia del follaje.

Sólo por complacer a Enrique me resigno a quedarme todo el día en compañía de personas que apenas conozco y a las que de un momento al otro me veo íntimamente vinculada.

La señora Tible es buenísima y digna de la mayor estimación; mas como no tiene ninguna de mis aficiones el tema de la conversación fácilmente se agota y las horas que debemos estar juntas me parece que para ambas resultan pesadas.

Comimos en el Bosque, en el «Restaurant de la Laiterie», debajo de los árboles.

Las luces, la música de la orquesta, y la concurrencia, formada por mujeres elegantes, le dan animación: no obstante, Enrique apenas si habla; sus ojos vagamente se

fijan en el vacío, y ni la charla de Tible, que es muy simpático y de carácter alegre, le distrae.

Como le interrogo con la mirada, me dice en voz baja: «Esta sombra de los árboles me apena.»

Volvimos por una gran calle sombreada por una hilera de suntuosos árboles. Las siluetas de los paseantes apenas se apercibían débilmente iluminadas por la claridad de la luna.

Afectuosamente me tomó del brazo; le pregunté: «¿Estás triste?» «No; estoy disgustado porque esta tarde te fuiste al Bosque sin despedirte de mí, y me apena que no hayas sentido el deseo de verme antes de salir.»

Le respondí: «Tienes razón; pero en ese momento estaba preocupada porque la señora de Tible acababa de recibir un cablegrama en el que le comunicaban bruscamente la trágica muerte de un primo, y, como es natural, la pobre estaba sumamente nerviosa.» Le dí un beso, al que respondió tiernamente, y así desapareció el resentimiento que amenazaba turbar la paz de nuestro amor.

* * *

3 julio 1906

¡Dios mío! Ha amanecido de un humor negro; está insoportable; no sé qué hacer ni cómo tratarle; al fin creo acertar, y opto por no hablarle ni una palabra, conformándome con responder afirmativamente a todo lo que dice, y eso que, cuando está colérico, no anda acertado.

Al mediodía tomamos el tren para ir a Amberes; yo continúo en completo mutismo y me entretengo leyendo la guía de Bélgica.

No tardamos en llegar a Amberes, y después de recorrer las principales calles nos dirigimos a visitar la Catedral. ¡Qué angustias las que pasé!; no quería quitarse el sombrero porque le habían cobrado la entrada. Al dar las monedas que le pedían dijo al sacristán: «Si se paga, esto es un teatro.» Por suerte logré que se descubriera la cabeza sin aumentar su fastidio.

Como yo estaba encantada con la belleza del templo, olvidé mi propósito de guardar silencio, y aunque tímidamente, le dirigí algunas preguntas.

Nada encontró a su gusto, salvo la arquitectura exterior: negó el mérito artístico del célebre cuadro del Descendimiento, de Rubens, porque lo había visto demasiado reproducido en estampas. Las pinturas de los vidrios de las ventanas no valían nada, porque eran modernas, lo mismo que las magníficas esculturas de los confesonarios; ante el púlpito, cuyo maderamen es de un tallado maravilloso, sólo hubo de reconocer que era «bonito» y lo mejor que tenía la iglesia.

El Museo de Antigüedades sólo lo vi por fuera: magnífico castillo de piedra patinada por los años, evocador de civilizaciones remotas.

En la tarde fuimos a casa de la familia Passenbronder, amigos de papá, los que poseen una magnífica galería de pinturas, que me deleita contemplar; nos obsequiaron con dos aguafuertes del reputado pintor flamenco Linen Junior, notable por sus cuadros al óleo, y que tuvo la desdicha de morir en plena juventud, cuando aun se podía esperar más de su talento. Tuvieron la gentileza de invitarnos a comer en el Jardín Zoológico, donde la aglomeración de la gente que fué a escuchar el concierto era extraordinaria.

¡Lástima que Enrique estuviese desdeñoso, porque yo hubiera deseado que el señor Passenbronder le apreciase como lo merece!

Dudo que haya producido buena impresión.

En la noche ya se le había disipado esa rara nerviosidad que lo transforma al punto de no parecer la misma persona.

Estuvo muy afectuoso y me dirigió tiernas palabras de cariño, diciéndome que me adoraba; lo que no es una novedad para mí, porque raro es el día que no me repite lo mismo; con todo, me causa tanto placer escucharle que me parece que no me lo hubiese dicho nunca.

* * *

4 julio 1906.

No ha escrito la correspondencia para *El Liberal*, lo que siento, pues los compromisos contraídos se deben cumplir; pero no me atrevo a hacer la menor alusión en este sentido, porque me da pena que trabaje tanto; no se puede negar que su labor es excesiva; sobrepasa lo que es dable producir a un cerebro humano.

A mí me sería imposible poder escribir en horas o días determinados.

Ha salido en busca de su correspondencia, y yo aprovecho el estar sola para contestar algunas cartas.

Vuelve en compañía de Tible y de A. Pietri Daudet, a quien ha invitado a almorzar. Pietri Daudet es Director de un diario, y su charla, aunque atropellada, tiene amenidad; me ha sido muy agradable oírle referirse al Perú, donde conoce varias personas amigas, lo que no me sorprende porque él es de Venezuela y los que tienen alguna significación en Sudamérica se conocen aunque sea de nombre.

Ayer perdí una perla muy linda y de gran tamaño; lo siento porque no podré reponerla. Enrique se muestra complacido de mi actitud al no demostrar la aflicción que en casos semejantes tienen las mujeres lamentando su desgracia y hablando continuamente sobre el mismo tema.

¿Qué he de hacer, si con lamentos no la he de recuperar?

Ha comprado dos sillas preciosas, de roble tallado, estilo Renacimiento. que las enviarán directamente a París; así se irá amueblando nuestro departamento, aunque modestamente, con arte y originalidad.

* * *

5 julio 1906

Día atareadísimo arreglando maletas: a las cinco tomamos el expreso para ir a Hamburgo.

Me hace notar que soy poco cortés porque no agradezco lo suficiente las atenciones que recibo.

Poco me importan sus observaciones.

Como se trataba de su familia y de sus amigos, creí que era a él a quien correspondía dar las gracias, pero resultó que él tampoco lo hizo; de modo que ambos quedamos mal.

¿Seré yo la que ha faltado a la cortesía? ¿A cuál de los dos corresponde en el matrimonio agradecer las atenciones que reciben los casados?

La verdad es que no estoy muy expedita en el cumplimiento de las fórmulas sociales que incumben a mi nuevo estado, y con el marido que tengo difícilmente acertaré. Jamás se me hubiese ocurrido que me resultase un problema tan complicado y que no acierto a resolver.

* * *

6 julio 1906

A las siete de la mañana llegamos a Hamburgo y nos dirigimos al «Hotel de l'Europe», que es hermoso y confortable; como en el tren no puedo dormir, apenas llego me acuesto para descansar; él va al Consulado de Guatemala, donde ha trabajado toda la mañana.

A la hora del almuerzo viene a buscarme y paseamos por el centro de la ciudad, mas como estoy con dolor de cabeza lo dejo en un café con el Canciller y vuelvo sola al hotel; no siento el menor deseo de conocer la ciudad.

Ha vuelto para almorzar conmigo; se siente intranquilo; no ha podido ni siquiera desayunarse, por no conocer el idioma; asegura que le es imposible vivir aquí, que prefiere vivir en París con cincuenta francos que en Hamburgo con ciento.

Es verdaderamente desesperante tener que residir en una ciudad cuyo idioma no se conoce; sin embargo, como él es Cónsul en Hamburgo, debería permanecer aquí, y ausentándose está expuesto a que lo destituyan.

Ni siquiera cabe en lo posible imaginar que sea capaz

de imponerse la menor contrariedad; prefiere sacrificar cualquiera utilidad, por muy ventajosa que sea.

Por suerte, después del almuerzo ya estaba contento y feliz; hay tanto de infantil en su carácter, que su mal humor, sin duda, provenía de la falta de alimento.

Mientras paseamos me hace reír todo el tiempo: primero ejercitándome la paciencia para que le replique. Lo que es interesante pretende que es feo, cuando no horrible; luego aparenta que sabe hablar el alemán y pronuncia unas cuantas palabras con tal acento que es no sólo imposible entenderle, pero ni siquiera adivinar semejante jerga.

Hoy hace un mes que me casé y me siento no sólo cansada, sino abrumada con la inestabilidad de Enrique; en ninguna parte se encuentra a gusto, y así pasamos los días y las semanas cambiando de ciudades y de hoteles y *restaurants;* a veces entramos a uno, y sin siquiera haberse sentado un minuto se sale en busca de otro.

Se disculpa diciendo que esto se debe a que no tiene casa.

Hace cinco días que me prometió no fumar, y hasta ahora mantiene su palabra; está orgulloso, porque considera que ha alcanzado un triunfo en el ejercicio de la voluntad.

En el hotel nos han dado una habitación que tiene dos camas separadas, lo que provoca nuestra hilaridad, por hacer justamente hoy un mes que estamos casados: esta costumbre alemana difiere enteramente de la francesa; yo opino que ya es tiempo de que termine la luna de miel.

* * *

7 julio 1906

Almorzamos en el «Winter Hause», en una sala original que imita una gruta, donde hay varias portadas de piedra ennegrecida, de aspecto sucio, que disimulan vistosas guirnaldas de flores.

Como yo hablo el alemán, estamos muy bien servidos.

De los edificios que he visto, los más importantes son la Municipalidad y la Catedral protestante; también he paseado por los canales, desde luego menos poéticos que los de Brujas.

En la noche comemos con un amigo de Enrique y el Cónsul peruano, en un hermoso *restaurant*: «Uhlenhorster Farhause».

Se escuchó un magnífico concierto dado por la banda militar, con programa impreso; luego fuimos a un café muy concurrido, frente al hotel donde estamos alojados: una florista se acercó a nuestra mesa y me ofreció un ramo de violetas, que Enrique se apresuró a comprar.

¡La curiosa indumentaria nacional! La mujer llevaba un sombrero que parecía un plato, del cual colgaba un lazo hecho con cola de pescado.

A las doce de la noche tuvimos que retirarnos porque principiaban a apagar el alumbrado público.

* * *

8 julio 1906

De misa, ni que hablar; acabamos de llegar a Colonia y ya anochece. Estamos en el «Dom Hotel», superior al de Hamburgo: durante la travesía el paisaje no ofrece mayor interés; es menos hermoso que el de Bélgica.

Antes de salir almorzamos en un horrible *restaurant* subterráneo situado en la bóveda del «Rat Hause», muy mal alumbrado y cuyas salas, largas y angostas, le daban aspecto fúnebre; tuve a bien no decirlo, porque mi marido ha estado peor que nunca, majadero, insufrible; apenas si le hablo.

Ahora lee en su cama; cuando termine de escribir me acostaré en otra que hay al lado.

Me place la costumbre alemana de separar el lecho matrimonial, porque deseo estar sola.

* * *

10 julio 1906

Un nuevo día de serenidad; ambos estamos tranquilos; como yo tardo en terminar mi *toilette*, él sale, y vuelve trayéndome varios frascos de agua de Colonia y algunas otras cosas como recuerdo del viaje.

La visita al «Dom» me seduce; desde niña anhelaba conocerlo; con tanto oír ponderarlo lo forjaba maravilloso al extremo que temí sufrir una desilusión; no obstante, sucedió lo contrario, porque quedé absorta ante la magnificencia del arte gótico, con toda la pureza de su arquitectura.

Las naves se elevan, así como las numerosas torres, de fina elegancia, y con ellas también se eleva el alma, quedando en suspenso como en una ambición de gloria.

El interior no guarda semejanza con los templos católicos pues la desnudez de las paredes y la falta de imágenes nos hizo suponer un instante que estábamos en una iglesia protestante, hasta que la presencia de una Virgencita disipó la duda; tenía al Niño en los brazos, con todo el amor de la santa maternidad y de tal modo le habían cubierto con la ofrenda de los exvotos, que el oro de la túnica quedaba casi oculto.

Ante ella me arrodillé y le rogué para que me concediese la gracia de hacer feliz nuestro matrimonio, ya que era la primera vez que visitaba esa iglesia.

Enrique, como los muchachos que no pueden seguir caminando cuando ven algún juguete en los escaparates de las tiendas, se detenía en la calle para admirar los preciosos perros que paseaban. Está deseosísimo de comprar uno, pero yo le desanimo por lo que el animalito tendría que sufrir durante el viaje, y nada le digo de las molestias que me ocasionaría.

Las tiendas de Colonia contrastan por el buen gusto con las de Hamburgo, en las que abunda la pacotilla de bazar.

No tardamos en Colonia, y en la noche llegábamos a Bruselas; otra vez el mal humor y, como consecuencia, el mutuo silencio.

Apenas se encontró en la ciudad, su semblante principió a animarse cual si se librase de una cárcel.

La imposición del servicio consular, y el no conocer el idioma, le inspira invencible antipatía por Alemania; en cambio Bruselas es ciudad de su gusto.

Ya creía haber comprendido el carácter de Enrique: el no hablarle y dejar transcurrir el tiempo en silencio era la mejor manera de que sus nervios se normalizasen.

Hasta ahora, de las grandes cóleras pasa a un estado de irritabilidad incontenible; pero esta mañana se me presenta bajo otro aspecto, que me era desconocido. Con gran suavidad y calma, me dice: «Aurora, en la estación de Hamburgo te dije que no debías haber mandado al Canciller que te sacara el paraguas de la maleta, porque sólo se manda a los criados, y desde entonces te has enfadado conmigo, y en la noche de Colonia no me has querido hablar, al extremo de no comprender ciertas cosas (ignoro a lo que alude). La única manera de que mi carácter esté siempre igual es que me porte como anoche: atento y nada más, como son todos los maridos, y de hoy en adelante seré así; tal vez es mejor, porque tú eres de una frialdad terrible; ni cariño, ni una palabra de afecto.»

He amanecido triste, tristísima, con un abatimiento tan grande que no he tenido ánimo para responderle. Pasa tanto en él que no comprendo, y lo peor es que no me atrevo a preguntárselo.

Tal vez esperaba que le hiciese grandes protestas de amor, pero el desaliento, un desencanto insuperable, me impedía la expansión que tal vez hubiese sido, no sólo oportuna, sino necesaria; me concreté a decirle en pocas palabras que no sabía que se pudiese ser cariñosa con quien se mostraba disgustado, y agregué alguna otra banalidad o tontería, que ni siquiera recuerdo.

Creo que el verdadero amor, el amor sincero, no tiene lenguaje ni necesita tenerlo, porque se traduce en hechos, en la conducta abnegada, y que desconoce todo egoísmo entre los que se aman; además, mi naturaleza es concentrada, y aunque quisiera no podría decir palabras de amor a quien, si lo siente, aparenta lo contrario.

Desde esta mañana nos tratamos como dos extraños: él con cortés distanciamiento y yo con frialdad marcada y fingida.

Es injusto cuando se queja de que no me interesa lo que a él se refiere y de que vivo como soñando, llena de recuerdos.

En verdad, ¿qué puede procurarme un interés capaz de llenar la vida?

¿Qué puede existir en este mundo que verdaderamente valga la pena de someterse a un sacrificio perpetuo y a una adoración no interrumpida?

¿Qué halagos, ni qué honores, podrían seducirme, ni siquiera ofrecerme la atracción de lo desconocido, cuando en ellos he vivido desde la infancia?

¿Qué dicha no habré gozado, qué dolor no habré sufrido?...

Se le ocurre que no me interesa su obra literaria, porque no soy un incensario que se mece a cada instante en el altar de su arte o porque no toco a gloria diariamente.

Mi propia labor me absorbe; además, es tan rápido en sus concepciones, tan veloz en producir, y más aún en mandarlo todo al correo, que me falta tiempo para seguirle.

Posiblemente soy un tanto displicente con las personas a quienes me presenta, pero esto se debe a que no me siento atraída hacia los que llevan una vida opuesta a la mía.

Ahora me sería imposible variar, puesto que desde soltera he hablado muy poco con los amigos de mi familia.

Dejaría de ser sincera si, por la conducta que ahora observa Enrique conmigo, desconociese la bondad de su corazón, la nobleza de su alma y lo mucho que me quiere,; pero a veces, sin poder explicarlo, su apasionamiento me produce una rara inquietud.

Cuando le pasa el mal humor ni siquiera recuerda la dureza de sus palabras, que me ofenden; si sus amigos no le hubiesen tolerado y no lo soportasen todas sus genialidades, sabría dominarse y no habría adquirido esa mala costumbre.

Yo me avergüenzo de cualquier acto que revele falta de educación, y lo temo más cuando está con personas de mis relaciones que no lo conocen y que no se dan cuenta de que la falta de formulismo de la mayor parte de los artistas es porque lo desdeñan. Para ellos las imposiciones sociales son como una tiranía inconducente y prefieren vivir una vida natural, ajena a los convencionalismos ficticios, que yo acepto porque, aunque exagerados, constituyen el trato de gentes.

Tible almuerza con nosotros; apenas si tomo un bocado, y guardo casi completo silencio; luego fuimos a tiendas; como de costumbre, compra periódicos y revistas y varias navajas de afeitar, de las que ya tiene tantas que bien puede formar una colección, a pesar de lo cual anda mal afeitado.

Cuando volvemos al hotel, cada uno por su lado, lee.

A pesar de haber aceptado la invitación a comer que me hizo la señora de Tible, no salgo del hotel; estoy fatigada y no tengo ánimo para nada.

El se va solo y disgustado conmigo.

Por mi cerebro cruzan pensamientos sombríos; mi matrimonio me produce el efecto de algo oscilante, de algo inestable.

Se me ocurre lo peor: que mi marido me será infiel, porque es sumamente impresionable y a veces se expresa con entusiasmo de mujerzuelas libertinas y sin conciencia; sólo le basta que sean bonitas o que le parezcan tales.

El día que yo supiese que se ha enamorado de alguna mujer, me separo de él; no soy yo de aquellas que ruegan o que poseen la majadería de la súplica; jamás mi presencia le será odiosa.

Y ya principio a creer que mi presencia le es menos grata que antes.

Vuelve después de las doce de la noche, y sus primeras palabras son: «Mi linda, te he despertado.» Le tendí los brazos y nos hicimos nuevas protestas de amor.

Aunque no le interrogué, a pesar de la gran curiosidad que sentía por saber a qué se debía que volviese a estar amante como antes, me confesó que Tible le había conso-

lado, pues estaba muy triste, diciéndole que la vida podía ser muy feliz y hermosa.

* * *

11 julio 1906

Será porque el día está nublado y que siento que me falta la luz del sol, he amanecido pesarosa; la melancolía, la nostalgia de no sé qué, se apodera de mí.

El sale a comprar diarios y luego va al salón de lectura a escribir para *El Liberal*.

Lo que se le ocurre es verdaderamente singular: desea que aprenda una nueva forma de letra, bien redonda, como la suya, de modo que nuestras cuartillas se confundan y no se pueda distinguir cuáles son las de él o las mías

También quiere que me ejercite en escribir crónicas ligeras, como las suyas.

En lo que se refiere a variar de escritura, trataré de complacerle, a pesar de que me es sumamente odioso este nuevo ejercicio; pero comprendo que tiene razón, porque en las imprentas se quejan de no entenderme.

En cambio renuncio a seguir su orientación literaria, porque mis cuartillas resultarían ridículas caricaturas de las suyas.

El es inimitable; además, mi naturaleza rechaza las imitaciones. Mala o buena, prefiero seguir mi propia inspiración.

He pasado la tarde con la señora de Tible, quien ha tenido la bondad de sacarme en su coche a pasear por el Bosque; después visité San Miguel y San Gual, hermoso templo gótico de grandiosa inspiración, cuyo púlpito, tallado en madera, guarda semejanza con el de Amberes; lástima que las columnas que sostienen las naves sean demasiado pesadas.

* * *

Anoche temblé de susto porque temí que un nuevo resentimiento surgiese entre nosotros.

Le ha encargado a Tible que siempre que cierta amiga que ha tenido le pida dinero, se lo dé.

Al pensar que, sólo indirectamente, sostiene relación con una mujer, me indigné de tal modo que no supe dominarme y secamente le respondí que sólo debía tener obligaciones conmigo, que soy su esposa.

Me sorprendió la serenidad de su espíritu y la calma con que me contestó: «Mis deberes de conciencia son primero que todo; yo tengo una conciencia aparte de los demás, y según ella me conduzco.»

Estaba sumamente apesadumbrado, abatido por lo que esa mujer sin duda le recuerda, y yo, atónita, le miraba sin acertar a comprenderle. Luego me contó lo que esa infeliz significaba en su vida y las locuras que él había cometido: locuras de juventud, de perversidad, de extravagancia... No acierto a calificar su conducta, por mucho que desee disculparle; fué tal mi asombro, tan grande el pesar que sentí...

¡El, a quien yo amaba tanto, había sido capaz...!

Espantada por la dolorosa confesión que acababa de escuchar, permanecí inmóvil a su lado, sin acertar a decir palabra. El continuó: «Más he hecho: he perturbado conciencias, pero eso no lo puedo remediar; lo que pueda remediar con dinero, lo haré siempre.»

Hablaba lentamente, con voz apagada, y algunas lágrimas se escapaban de sus ojos.

Conmovida hasta lo íntimo del corazón, al verle doblegado y sufriendo, tuve al mismo tiempo la inmensa satisfacción de saber que estaba arrepentido de los extravíos pasados y sólo atiné a decirle: «En tu lugar, yo haría lo mismo que tú. Te quiero mucho, muchísimo», y mis labios secaron sus lágrimas. «Eso quisiera, Aurora, que tuviera fe en mí, que siempre pensaras lo mismo que yo pienso; sí, quiéreme mucho.»

* * *

12 julio 1906

Aprovecho la última tarde que permanecemos en Bruselas para visitar el Museo de Pinturas; ¡lástima que tuviese tan poco tiempo disponible!

En la planta baja, que contiene las obras de escultura, me detuve un instante ante dos trabajos de Rodin para correr luego hacia las salas de pintura y contemplar los maravillosos lienzos de Haalls, Vandayc y Rubens; no menos importantes, aunque de pequeñas proporciones, son los de la sabia escuela flamenca: realista y exuberante demostración del goce y satisfacción de la vida.

La escuela española se encuentra dignamente representada con cuadros de gran tamaño, entre los que figura, con austera sobriedad, un Ribera y otros que son los inmortales del arte pictórico, y que no alcanzo a contemplar porque el itinerario del viaje no me da tiempo.

A las seis nos encontramos en la estación, y poco tiempo después desembarcamos en Brujas, habiéndome recreado durante el trayecto el halagador paisaje que ofrece la campiña belga, esmeradamente cultivada, como una tierra de promisión.

¡Brujas!, ¡ciudad de encantos y de seducciones artísticas, inspiradora de entusiasmos y de bellas páginas literarias!

¡Con cuánta alegría la abarcaron mis miradas, cuán poderosa llegó hasta mi alma la poesía que la envuelve!

Sus graciosas casitas flamencas, que sin pretensiones, modestamente, sólo alcanzan a la altura de dos pisos, guardan la proporción que conviene a la estrechez de sus calles, y los canales, orillados por árboles que se miran en sus aguas, reflejan a la luz de los faroles fantásticas y misteriosas sombras.

Aunque la luna se ocultaba velada, tenía resplandores que bañaban pálidamente las calles solitarias, y en ese silencio de la ciudad dormida, de «Brujas la muerta», como suelen llamarla, paseábamos, meditando en los tiempos remotos: en lo que ha existido hace siglos y que nos es desconocido; en las poderosas civilizaciones derrumbadas. Y así, vagando dulcemente, corté el mutismo a que el

deleite contemplativo nos sometía, preguntándole: «¿Crees que cuando transcurra el tiempo, en un porvenir lejano, considerarán este siglo tan atrasado como nosotros juzgamos ahora las épocas anteriores al Renacimiento?»

Me pareció satisfecho de que acudiese a su erudición, y con tono un tanto dogmático me respondió: «Las civilizaciones se detienen al llegar a cierto límite, y después vuelven atrás. Poco hemos progresado: el vapor, la agricultura, eso es todo lo positivo. Las demás ciencias no avanzan, y los sabios, después de una existencia de investigaciones, mueren desilusionados.»

Yo, sin ser sabia, quedé también un tanto desilusionada de la erudición de mi marido, y su filosofía me pareció de almanaque; demasiado vulgar para ser suya; tal vez le juzgo así porque siempre espero de las sorpresas de su ingenio que responda con lo imprevisto.

La vieja torre, Le Beffroi, cuya construcción data del año 700, se dibujaba solemne, y el carillón, entonando el repique festivo de sus notas agudas como un tilinteo de cristales salpicados por la lluvia, nos advirtió la hora; así, emprendimos la ruta del hotel; de lo contrario, hubiésemos continuado vagando indefinidamente: de tal modo es seductora Brujas en noche de luna.

* * *

13 julio 1906

La capilla du Saint Sang, que lleva este nombre por guardar la sangre preciosa de Nuestro Señor Jesucristo, traída por la segunda Cruzada, es una maravilla del arte gótico; aunque interiormente la han modernizado, conserva un curioso púlpito antiguo, que semeja el globo terrestre entreabierto.

¡Con cuánto fervor he rezado pidiendo a Dios por la Divina Sangre derramada que conceda salud y larga vida a mi queridísima mamá!

El museo del hospital Saint Jean posee los lindísimos cuadros de Halls, entre los que se encuentra el renombrado de la Virgen de la Manzana.

A pesar de ser Enrique poco aficionado a la pintura, resulta un guía inmejorable.

* * *

Nunca pude imaginar la magnificencia del edificio de la Municipalidad, en el que se aúnan la arqitectura romana con la gótica.

De la iglesia del Salvador sólo me parece interesante la hermosa construcción exterior.

El Museo de Encajes posee una interesante colección de los más finos ejemplares trabajados en Bélgica; allí se encuentran recortes y blondas del antiguo Flandes, tupidas valencianas, los sedosos encajes de Brujas y los ampliamente transparentes de Bruselas.

Enrique se impacienta porque yo tardo contemplando las vitrinas que guardan los primorosos muestrarios de este arte, en el que la aguja dibuja filigranas. Cuando está en su estado normal es tan atento que, lejos de apurarme, se pasea por el patio y espera.

El Beduinaje, con su puente, que parece que le unicse al mundo de los vivos; su lago de amor, el huerto y las casitas de las damas recogidas llamadas Beduinas, tiene la paz y dulcedumbre de lo que declina hacia el final de la existencia; allí se ve la ancianidad risueña y laboriosa: había una octogenaria que aún hacía encajes.

En coche, y sin detenernos, recorrimos las antiguas portadas de Gand, de Ostende, Marachalex y Saint Croix, en las que abundan los torreones que recuerdan las medievales fortalezas; también paseamos a la orilla del río, donde se encuentran las miniadas casitas labriegas, a cuyas puertas las campesinas hacían encajes.

Fuimos a comer a Ostende, y la serenidad de la tarde, a la hora en que el sol moría, permitió andar por la bella playa arenosa que el mar respetaba reventando las olas distantes, sin llegar a molestar.

Conocido es Ostende como uno de los lugares a la moda donde el mundo elegante se reune de igual modo que en San Sebastián o Biarritz; y como todos los balnearios ele-

gidos por el mundo del dinero y del placer, tiene un magnífico Casino, suntuosos hoteles, y el lujo ostensible, con el entronamiento de su esplendor.

Por suerte, mi amado guía está alegre, incomparable; travieso como un chico: en el tren, al volver a Bruselas, me quiere demostrar que él es un hombre valija, pretendiendo meterse dentro de la red destinada al equipaje; reímos de tal modo, que si alguien nos hubiese observado nos habría creído una pareja de tontos.

* * *

14 julio 1906

Hoy es el último día que se pasa en Bélgica, y antes de tomar el tren vamos a visitar una exposición de industrias, que sólo tiene de notable la sección de encajes. Enrique me compró un lindo pañuelo de Brujas.

El viaje es incómodo por la aglomeración de pasajeros, lo que molesta a Enrique y lo pone de mal humor.

Unas veces con motivo, como ahora, y otras sin él, es lo cierto que vivo en un sobresalto continuo, como al que le sorprende un chubasco imprevisto.

* * *

Llegamos a París a las once de la noche; el infalible amigo L. espera en la estación. Por ser el aniversario patrio, la ciudad está de fiesta, bulliciosa, vocinglera y festiva, como todos los años.

Me acosté a las dos de la mañana, leyendo los numerosos recortes que *L'Argus de la Presse* ha enviado de todas partes del mundo, alabando y haciendo justicia al «genial escritor Gómez Carrillo».

El duerme sin dignarse leerlos; sólo ha visto las firmas y ojeado algunas líneas; luego me los dió, exclamando: «Siempre escriben lo mismo.» Y yo que creía que le causarían gran placer. Luego agregó: «Son los tontos de

América; apenas llegan a París, lo primero que hacen es ir al «Restaurant Español» y no me dejan ni comer.»

* * *

15 julio 1906

¡Qué aburrimiento!; no tengo una criada que abra las maletas, por lo que yo deberé ocuparme de este trabajo, al que no estoy acostumbrada.

* * *

16 julio 1906

Mudamos de casa y, como es natural, aún no ha habido tiempo de buscar sirvienta; deseo gratificar a la portera para que me ayude, pero Enrique no quiere, y como no puedo soportar el desaseo, tomo la escoba para barrer por primera vez en mi vida; él me dice que no haga nada hasta que consiga la criada, lo que me es imposible.

* * *

Se va a almorzar con unos amigos a un *restaurant*, y L. me propone que vaya con él a otro, invitación que me indigna, porque no es bien admitido que una señora se presente en público con ninguna persona que no sea de su familia; además, Enrique no ha debido comprometerse sabiendo que no puedo quedarme en casa; no obstante, conviene en que vaya con L.

No me fué posible dominar mi disgusto, y le respondí que yo no entraba a ningún *restaurant* sino en compañía de mi marido. Me propuso hacer que llevasen el almuerzo a casa.

Ya estoy harta del amigo L.; este hombre es algo así como un pulpo, del que no es posible desprenderse; no

lo puedo sufrir, y como la ocasión es propicia, apenas se retira le digo a Enrique que la actitud de L. queriendo disponer de lo que yo debía hacer, me disgustaba; además, que no me faltaban amigos de mi familia que pudiesen acompañarme.

Me respondió que era enteramente libre de hacer lo que gustase, pero que L. era la única persona que le servía. ¡Vaya una manera de servir!: amigo a medias y lacayo a medias; con lo que gasta con él podíamos estar magníficamente servidos; pero como está seducido con las adulaciones de este individuo, ni siquiera advierte todo el dinero que le cuesta. Yo preferiría que tuviese a sueldo a un buen empleado.

* * *

Entre nosotros ha terminado el día sin dirigirnos la palabra; pero en la noche debo disimular y esforzarme por ser amable, porque ha invitado a comer al conocido escritor español Manuel Bueno y a su señora, ambos muy finos y sumamente cariñosos.

Bueno es exuberante y bombástico en la conversación, que no carece de ingenio y de jovialidad, con lo que su compañía resulta deseable.

La señora es hija de un general español, muy bien educada, y en seguida se comprende que frecuenta buena sociedad.

* * *

20 julio 1906

He pasado tan triste estos días que no he tenido ánimo ni para continuar este diario, y aunque lo hubiese tenido no me habría sido posible escribir porque no sé lo que pasa en mi alma. ¡Qué días horribles!

El 17 se fué a almorzar con sus amigos y tuve que ir sola a un *restaurant* del barrio. Pensé que el amor es una

esencia tan sutil que es imposible evitar que se desvanezca y que el nuestro principia a evaporarse demasiado pronto.

A pesar de que el desorden de la casa, donde se encuentran los muebles amontonados, requiere mi presencia, pues aún continúo sin sirvienta y tengo muchísimo que hacer, me pareció mi casa tan antipática que no la pude soportar: me levanté de la cama muy temprano y no volví hasta las seis de la tarde.

Al verme me dijo: «Creí que te habías ido al Perú.»

Con él estaban el inseparable L. y el apacible Pierre Jean.

Encontré nuevos muebles y varias otras cosas que había comprado: tres sillones estilo Renacimiento, un servicio de te, brillante como el oro, y varias figuras chinas.

Pierre Jean, que es un artista refinado, le sirve de guía en estas compras, y lo hace demostrando el mejor gusto.

* * *

21 julio 1906

Amanece muy contento, dándome bromas como si hubiésemos estado en la mejor armonía.

Yo no puedo olvidar que, sin tener compromiso alguno, haya preferido almorzar con sus amigos, dejándome sola, sin haber estimado ni dado importancia alguna a que yo me hubiese ocupado en la tarea odiosa del aseo de la casa.

Me preguntó si le quería, y le respondí: «Menos.»

Dió un salto de la cama y se puso en pie.

Yo esperaba unas palabras más, una disculpa por su abandono; sus caricias, si no le preocupaba el estado de mi alma, me eran odiosas; y en este instante sentí que realmente no le quería.

Desde este momento nos tratamos con mutua indiferencia; mas como yo continúo de mal humor, no tengo reparo en manifestarle cuánto me disgusta que tan pronto

como me levanto L. se encuentre en casa, antes de haber tenido yo tiempo ni para vestirme.

No me imaginé que se indignase al extremo de ordenarle a L. que no vuelva a la casa. A mí me dice que sus amigos, en adelante, sólo entrarán en su escritorio, cuya puerta permanecerá cerrada, y en cambio yo podré recibir a los míos en el salón y él no verá a ninguno.

Y ahora me pregunto: «¿Qué voy a hacer yo?»

Si sospecho la actitud que iba a tomar, soporto con resignación a ese parásito y no digo nada de él.

La habitación más simpática de nuestro departamento es el escritorio, donde se reunen algnos amigos, cuyas conversaciones son, además de interesantes, ilustrativas. Para mí equivalen a conferencias, en las que intervengo cuando el tema requiere restricciones, como me ocurre alguna vez con Enrique, que no respeta a nadie y se burla de cualquiera.

Una tarde se habla de la familia X, amiga de Enrique, y como se celebrase la belleza de una de las niñas él dijo que era un tipo a propósito para tenerla como a una esclava, desnuda y con cadenas, por lo que le hice notar que, tratándose de una señorita, y amiga suya, su conversación era poco respetuosa; pero no tardó en replicarme, con tal rapidez y audacia, que me dejó sin saber qué pensar y un tanto ruborizada. Según él, esa señorita, al día siguiente de nuestra boda, le había preguntado que si con la mujer casada se pasaba mejor noche que con las otras mujeres.

XI

EL SECRETO DOLOROSO

Entre las personas que vienen con frecuencia, una de las más interesantes es Henri Chambige, de inteligencia refinada y muy sutil en las críticas literarias que escribe.

Nadie supondría la fuerza imaginativa que posee al verle encorvado, envejecido, pequeñito y flaco, con el abundante pelo rubio en desorden y sus grandes mostachos descuidados; sólo los ojos, diminutos y muy azules, atraen por la fuerza de vida intensa que anima esa fisonomía entristecida, agobiada por una neurastenia crónica e incurable.

Su señora, que es su prima, madre de familia excelente, ordenada, económica y que adora a su marido, ha logrado, con esa habilidad propia de las francesas, dominar al ilustre autor de *La débandade* y encarrilarlo dentro del método casero, de lo que él se queja amargamente y se une a Enrique, quien habla contra todas las burguesías que han existido y que existen en el mundo como de una detestable tiranía.

La señora de Chambige me ha contado que su marido había sido mujeriego, conquistador y, además, famoso esgrimista; que si estaba gibado, después de su matrimonio, era por parecer desgraciado.

Y le pidió que anduviese un instante como antes, para que yo lo viese, sin duda porque no pude disimular la risa de incredulidad que me retozaba en los labios; se decidió Chambige a complacerla, y a mi vista se transformó al punto de no reconocérsele: se puso de pie, muy erguido,

con lo que parecía mucho más alto; se retorció los bigotes, peinándose el pelo hacia atrás, y sonrió con gesto imperativo y provocante, paseando a lo largo de la habitación.

Enrique sacó los sables y hubo un asalto en el que Chambige se batió con gran brío y no falto de gracia y elegancia.

Luego se aplanó, jadeando, sobre el escaño tapizado, y me dijo: «Todo eso he sido, pero ya pasó», y volvió a estar taciturno y triste, muy triste, como le vi siempre.

Una tarde, con lágrimas en los ojos, me refirió sus desdichas conyugales, aumentadas por su neurastenia, y tuvo la franqueza de confesarme que en su juventud había tenido la desgracia de matar a una mujer.

Como yo conocía esa historia dolorosa, traté de apartar su imaginación enferma de tan doloroso recuerdo; luego supe que era la primera vez que había hecho alusión a ese delito, cometido en estado casi inconsciente, cuando era estudiante.

Esta página de tragedia y de dolor de la vida juvenil de Chambige, que cuento por ser del dominio público, sugirió a Paul Bourget su célebre libro *Le Disciple*.

Probablemente desde muchacho ha existido en él algún desequilibrio nervioso.

Cuando escribe usa el seudónimo de «Marcel Lami».

* * *

En la tarde de hoy la puerta del escritorio permanece cerrada; paso por el corredor varias veces y oigo las voces de varias personas que conversan mientras que Enrique escribe.

A las seis se va al café a tomar el aperitivo, que es ajenjo, bebida agradable a la vista por sus transparencias de ópalo, pero de gusto y olor detestables; una vez que me lo dió a probar de su copa, por poco me descompuse. No creo que pueda gustarle; si lo bebe es porque Verlaine lo bebía, y también por *épater* a los ingenuos vecinos del café, que se regalan con «Dubonnet».

La Prensa, en general, se ocupa mucho del ajenjo, de-

mostrando el daño que hace a la salud y pidiendo al Gobierno que lo suprima, con lo que yo estaría encantada.

* * *

Ha vuelto a las ocho de la noche, y me dice si quiero que coma conmigo. En el primer momento me sorprende su pregunta, pero no tardo en recordar que hace días, al dejarme sola, le dije que prefería comer con mi hermana, y que suponiendo que, como de costumbre, no volvería hasta las primeras horas de la madrugada, me quedé fuera hasta las once y media de la noche, mas ocurrió lo contrario: lo encontré acostado, y sin hacerme la menor observación se contentó con decirme si, al pasar por delante de la habitación de la portera, había dado mi nombre, a lo que están obligados los inquilinos para evitar que se introduzcan en las casas gentes desconocidas.

* * *

22 julio 1906

Estoy escribiendo a mamá, lo que me causa tan gran pesar que no puedo contener el llanto; Enrique me ve, y ni siquiera me dice por qué lloro.

Un momento después me llama a su escritorio y me pregunta cuáles son las personas a quienes quiero que envíe su libro que acaba de aparecer: *De Marsella a Tokio*.

Escribo una lista de nombres y algunos sobres.

Luego llega Mora, excelente persona que durante algún tiempo le ha servido de secretario: es hombre discreto y de no escaso talento, casado con una francesa, buenísima mujer, sumamente gruesa, que pasa la vida entre la cocina y la máquina de escribir, en la que trabaja hasta la noche haciendo traducciones para la casa editora Garnier, y firma «La Condesa de F.».

Cuenta, riendo, que la única persona gorda que puede soportar «monsieur Carrillo» es a ella.

Son gente sencilla, que quieren a Enrique y no lo explotan.

Enrique sale a la hora del aperitivo y me da a guardar todo el dinero que tiene, reservándose para él sólo cincuenta francos.

Me contó después que, si había sacado el dinero de su cartera, era para no gastar en el café más de una cantidad limitada; pero que se vió obligado a pedir prestado. Le repuse que, de no dominarse en el gastar, lo mejor es siempre llevar el dinero necesario.

* * *

23 julio 1906

Cuando el espíritu está acongojado, y que angustias secretas se esconden en el alma, la presencia del que las causa no es a propósito para despertar anhelos de amor.

Anoche, cuando mi marido entró en el dormitorio, me sentí displicente de tal modo que cerré los ojos simulando que dormía.

En la mañana, como no hiciese la menor alusión a mi falta de atención por no haberle esperado despierta, no tardé en sentirme arrepentida, y le acaricié, sin lograr disipar su resentimiento.

Sólo me dió los buenos días, agregando que anoche me había quedado dormida muy temprano.

¿Se daría cuenta de que aparenté un falso sueño?

Posiblemente; no sé fingir.

¡Y pensar que a las mujeres les conceden el privilegio del engaño!

Al mediodía escribimos direcciones y él juega con los bucles de mi pelo.

En la tarde debe ir a comer al «Restaurant Español», donde se ha dado cita con Blasco Ibáñez; me pregunta varias veces dónde iba a comer yo, y agregó que, si no había elegido *restaurant*, él ordenaría me llevasen la comida a la casa.

Respondí que iba primero a la peluquería y después al hotel donde estaba mi hermana.

Salió disgustado, murmurando algunas palabras que no llegué a oír. Siempre que él me deja para irse con sus amigos he de hacer lo mismo, aunque ahora ya no habrá ocasión, porque mañana salimos para Bayona.

* * *

24 julio 1906

Una tarde soportable, a pesar de que nuestro trato indiferente no ha variado.

El deseo natural de comunicarse las impresiones que nos causaba lo que íbamos viendo, hacía la conversación fácil y continuada.

Una hora a pie bastó para conocer lo que había de mayor interés y que mejor revela la fisonomía de un pueblo.

El muelle, muy grande, se prolonga a la vera del río: varios puentes lo unen con el otro lado de la ciudad, puramente fabril.

Las pequeñas embarcaciones, principalmente de carga, que de continuo surcan el río, producen el efecto de que allí hubiese gran tráfico mercantil.

En la plaza principal hay dos fuentes de piedra ennegrecida, y en el centro se levanta el monumento erigido a la memoria de Gambetta, en el que luce la albura del mármol, hábilmente trabajado.

Ahí nos detuvimos un instante: es afortunado el contraste que ofrece a la luz del día la blancura marmórea del momento con los bloques sombríos de las fuentes, no distantes.

Hay buenos hoteles y múltiples cafés, con las mesitas al aire libre, totalmente ocupadas de gente, lo que produce el efecto animado de los *boulevares* parisienses; con no poca dificultad conseguimos dos sillas para descansar un momento, mientras bebimos el aperitivo, que debió producirnos muy buen efecto porque encontramos la comida inmejorable; después dimos un paseo a pie alrededor de la

plaza, muy de mi gusto; me recordó la costumbre de mi país; sólo faltaba, para que la semejanza fuese completa, la banda de música y las parejas dulcemente enlazadas andando con la lentitud y reposo propios de los espíritus tranquilos.

Hasta ahora, en nuestras conversaciones no habíamos abordado el tema religioso; mas como en nuestro itinerario de viaje se encuentra Lourdes, no tardó en establecerse la discusión promovida por la diferencia de opiniones respecto a la forma anticlerical que pretende dar a sus correspondencias.

Le ruego escriba sin tratar del Lourdes milagroso, y después de mucho abogar por mi causa al fin consigo su promesa de que, si toca este asunto, lo hará someramente.

Son curiosos y dignos de observarse los contrastes que ofrece su espíritu. El es creyente y también le gusta que yo lo sea; pero no tiene simpatía por la Iglesia y nada se le importa hacerme perder la misa.

Para tranquilizarme me ha mostrado su cartera, donde guarda siempre una reliquia que le dió su madre.

Si no se hubiese alejado tan joven del lado de su familia, seguramente que habría tenido amistad con sacerdotes buenos y de talento, cuyo trato hubiera influído beneficiosamente en sus ideas, llegando a ser mejor de lo que es.

* * *

Son las once de la noche, y entramos en el *restaurant*. Me habla dulcemente, haciéndome suaves reproches porque considera que he sido ingrata con su amigo L.

Aproveché esta ocasión para explicarle cuánto me disgustaba la presencia continua de este individuo entre nosotros, queriendo mandar, y hasta disponer lo que yo debía hacer.

Escuchó mis quejas tranquilamente, sin hacerme la menor observación.

Luego tomó un coche, y mientras paseábamos escuchó la más tierna, la más conmovedora declaración de amor

que hasta entonces jamás habían pronunciado sus labios.

Yo estaba absorta, feliz y profundamente conmovida, como soñando con las magias y encantamientos de amores que creía ya desvanecidos.

Su voz parecía haberse transformado, adquiriendo la suavidad de un arpegio conmovedor, haciendo desaparecer los acentos graves y ásperos que aún permanecían en mis oídos cuando repetidas veces me decía: «Te quiero menos que cuando nos casamos.»

Dos amantes que se vuelven a ver después de larga separación no habrían gozado de mayor dicha que la nuestra.

XII

IDILIO CONTEMPLANDO EL MAR

25 julio 1906

Salimos de Bayona sin haber visitado la célebre torre de San Miguel, donde exhiben una colección de esqueletos; por suerte ambos la conocíamos y pude librarme de ver algo que me repugna, como son las osamentas.

Mis aficiones científicas, muy limitadas, no me inducen por ese lado.

Es domingo, y como tenemos que tomar el tren, pierdo la misa, lo que me contraría más que otras veces, pues creo que éste es mi mayor pecado, hasta que vuelva a confesarme y adquiera algunos otros.

* * *

Al mediodía llegamos a Guéthary, preciosa playa no distante de Saint Jean de Luz.

En el hotel de la «Plage» tenemos una linda habitación: desde mi cama, abriendo la ventana, miro el mar y escucho el ruido de las olas, que casi llegan hasta el muro de mi habitación; durante el día el panorama, con su gama de mar acerbo y de sol poniente, tiene un encanto maravilloso; mas la noche es horrible; se desencadena una pavorosa tempestad: truenos, viento y relámpagos que iluminan la habitación con fulgores de incendio. Poco

acostumbrada a las tempestades, que no existen en Lima, estoy asustada, crispada como un gato.

Paso mala noche, sin poder dormir, y amanezco enferma: la cabeza me duele muchísimo, y todo lo que pienso o imagino me parece que tuviese forma real y proporciones de gran tamaño, como si los pensamientos pudiesen crecer adquiriendo un peso formidable imposible de poderlo soportar.

Enrique está alarmadísimo: va a la farmacia varias veces, me trae medicinas y me prodiga sus cuidados.

Al siguiente día me siento un tanto aliviada; la fiebre ha disminuído; yo la atribuyo al susto que me causó la tempestad, con aquel viento horrible que penetraba por las rendijas; mi marido, buenísimo, afectuoso y juguetón, procura distraerme.

Permaneceré sin salir de la habitación. Un día más y quedaré enteramente bien. Me ha traído *Ramuncho*, de Pierre Loti, cuya lectura me hace pasar las horas de encierro sin sentirlas.

El está encantado, bañándose en el mar e interesado en aprender a nadar; apenas me siento mejor, lo acompaño a la hora de almorzar y de comer; nos sirven en la terraza, donde gozamos de un panorama seductor.

Está preparando un nuevo libro sobre el Japón, en el que trabaja toda la tarde, y yo con él, revisando cuartillas y haciendo traducciones, por lo que me dice que el libro lo escribimos juntos.

* * *

28 julio 1906.

Se siente apesadumbrado, sin causa alguna; él mismo me dice que está triste, y me pide que lo acompañe a Bayona; aunque no estoy del todo bien, voy por complacerle. Pasamos la tarde recorriendo las calles y mirando los escaparates; nos detenemos en los portales un instante para tomar un refresco, notando que todos los que por allí pasan hablan español. Será porque me parece estar

en España que me es simpático Bayona, a pesar de que sus nuevas construcciones carecen de interés y las calles son angostas y sucias.

Por suerte aun no ha escrito su crónica para *El Liberal*, lo que le obliga a volver a Guéthary temprano; así podré descansar, pues siento una gran fatiga, que no quiero confesar a Enrique, porque cuando está bueno prefiero soportarlo todo antes que contrariarle en lo más mínimo.

* * *

29 julio 1906

Voy a misa; la iglesia de Guéthary conserva la originalidad de los antiguos templos vascos, en los que no se permite a los hombres estar al lado de las mujeres.

Estos deben ocupar tres galerías superpuestas, que se prolongan a lo largo de las paredes, a manera de anfiteatro.

La pobreza del recinto, la humildad decorativa, va unida a una falta de buen gusto rara en el catolicismo.

La cúpula principal que corona el altar mayor está charramente empapelada imitando un cielo estrellado.

En burdas tarimas, que cobijan nichos ajenos de ornamento alguno, descansan las imágenes sagradas, sin que las ofrendas piadosas las engalanen.

En cambio a la entrada del templo el mercantilismo sorprende y se trasluce en los puestos donde se ofrece a la venta la pacotilla del bazar religioso.

Hasta el sermón me dejó un tanto desilusionada, pues me fué incomprensible porque el sacerdote habló en vasco. Con todo, estoy contenta por haber cumplido con el precepto religioso que obliga a oír misa los días de fiesta de guardar.

Enrique sólo aprecia el aspecto pintoresco y considera que la mejor manera para conocer a las familias de mayor importancia en los pueblos son en las misas de los domingos.

* * *

Estoy muy triste porque acabo de recibir carta de mamá, contestación a la que le envié anunciándole mi matrimonio.

Habría preferido pasar el día sin salir del retiro que provocaba mi tristeza, pero Enrique, tal vez por consolarme, me propone que pasemos la tarde en Hendaya; es un lugar muerto y sin gente.

El tranvía que conduce a Fuenterrabía corre a lo largo de una hermosa avenida de árboles lozanos; preferimos ir a pie por un camino que corta la gama esmeraldina formada por los sembríos, cultivados con esmero.

A lo lejos, el monte agreste distrae la mirada, y así, gozando del aire libre y disfrutando de plácida armonía, no tardamos en llegar a las ruinas de Carlos V, desde las cuales se divisa la hermosa playa de Fuenterrabía.

Al volver a Hendaya no encontramos tren que nos lleve a Guéthary, y debemos esperar en la estación dos horas. tiempo que empleamos en escribir tarjetas postales. Al comprar los sellos de correo, la vendedora y las personas que se hallan reunidas en el quiosco le saludan atentamente, diciéndole que siempre leen con gusto lo que escribe para *El Liberal,* y que todos le conocen de nombre.

Me sentí muy halagada por su popularidad; mas él. al contrario, parecía poco complacido de que gente desconocida le dirigiese la palabra. No tardó en apartarse de sus admiradores, exclamando: «Eso no tiene importancia.»

* * *

Acaba de comprar un libro de Conan-Doyle: *La marque des Quatre,* y lo lee con pasión.

* * *

30 julio 1906

No se puede dudar que pasa por un período de comple-

ta tranquilidad; se siente perfectamente de salud, está feliz y contento, sin esa alegría ruidosa que degenera en extravagancias; el estado de su alma es más bien el de una suave placidez.

Los baños de mar le agradan sobremanera, y hoy está encantado porque ya ha aprendido a nadar, lo que le prometo escribírselo a mi suegra.

Como, aparte de la esgrima, está poco acostumbrado a la vida de los deportes, cree que ha realizado una hazaña.

Hoy nos bañamos a la misma hora; no me imaginé que hubiese aprendido a nadar en este corto tiempo; sólo que no es intrépido y permanece siempre a la orilla, de modo que no me pudo seguir, porque, como yo nado desde chica, me gusta ir mar adentro, donde no hay piso para flotar fácilmente y sentirme como una hoja de papel encima de una montaña de agua.

¡Qué hombre tan desvergonzado! Cuando sale del mar me apercibo de que se ha puesto un *maillot* tan corto y ceñido al cuerpo que parece desnudo. A él nada se le importa, y creo que lo hace a propósito porque sabe que está bien formado.

Días después conversábamos con madame Laffitte, mujer del propietario del hotel, del impudor de los vestidos de baño, y le conté que en la playa todos miraban a Enrique, a lo que él replicó que conmigo ocurría lo mismo, porque todos me miraban. Madame Laffitte refirió que el tema de la conversación en el balneario eran mis pantorrillas, por lo que temí que Enrique se disgustase y me dijese que me pusiese pantalones largos, como las mujeres casadas usan en el Perú por complacer a los maridos, lo que me hubiera contrariado; no tanto por lo que dejasen de ocuparse de mí, pues no puede desagradarme que me encuentren bien, sino porque, no teniendo el movimiento de las rodillas libre, no podría nadar. Yo estaba un tanto ruborizada, y más que todo temerosa, pero él, despreocupadamente, contestó: «Eso no tiene importancia.»

El tiempo transcurre en deliciosa monotonía y con una apacibilidad de espíritu seductora; él también lo reconoce, pues ha dicho que es la primera vez en su vida que

pasa tantos días contento y sin pensar en moverse ni en volver a París.

Vivimos sometidos a un reglamento voluntario y casi conventual: en la mañana, el baño; luego se escribe; después del almuerzo, él duerme un rato, pero generalmente escribe y yo le sigo en la misma labor.

Los paseos de noche me seducen, porque la luz de la luna transforma este lugar con encanto misterioso, como si fuese algo remoto y desconocido que incita a soñar halagando la fantasía.

Con frecuencia, para dar tregua al trabajo de la pluma, vamos a Saint Jean de Luz, balneario apacible habitado por muchos españoles, cuya playa es más bella que la de Guéthary y con algunas rocallas donde las olas traviesas esparcen lluvias de espumas.

El Casino no carece de elegancia, y a él acude el mejor público que pasa allí la temporada de verano.

XIII

JAPONERIAS QUE ABSORBEN

3 agosto 1906

Continúa trabajando activamente en su libro sobre el Japón, para lo que, como ya ha estado allí, le basta con leer libros informativos de dramas y cuentos; su producción es más que rápida, violenta, febril; sin duda a ello se debe que se sienta a veces algo cansado; es imposible que se evite el desgaste cerebral.

He hecho algunas copias del libro del Japón, pero no han resultado bien, pues nunca me he ejercitado en esta clase de trabajo, casi mecánico, para el que se necesita tener una imaginación más tranquila que la mía.

Enrique me dice lo contrario: que me han resultado muy bien, y sus caricias corroboran sus palabras; pero yo no estoy satisfecha.

Como si no tuviese suficiente trabajo, lo recarga con la lectura del último libro de Bourget, *Sociologie et Litterature*.

A pesar de que hasta ahora se ha sentido perfectamente, de muy buen humor, de carácter igual, alegre y juvenil, principia a quejarse de no sentirse bien; ya no son los accesos de cólera de antes, sino algo peor, porque viéndole triste me comunica su tristeza.

En verdad, la expresión de su fisonomía es de una melancolía inexplicable; dándole bromas logro distraerle un

instante, mas luego se da cuenta de que lo hago por él y hace un esfuerzo por disimuar su pesadumbre.

* * *

4 agosto 1906

Vamos a pasar el día a Saint Jean de Luz, lo que ha contribuído a disipar la sombra pesarosa que velaba su semblante.

Ha comprado otro libro sobre el Japón, y para mí un lindo florero de Gallés, que voy a tener con flores encima de la mesa en que escribimos los dos.

* * *

5 agosto 1906

El cielo ha amanecido nublado y el mar se ha retirado tan adentro que la playa se ve más grande que de costumbre; parece inmensa: andando sobre la arena llegamos hasta Bidart, que dista dos kilómetros, por lo que volvemos tarde y en la mañana sólo tenemos tiempo para bañarnos; en cambio trabajamos toda la tarde. Cumplo con mi correspondencia para el Perú y continúo ejercitándome en hacer traducciones del francés.

* * *

6 agosto 1906

Hace un calor horrible, como jamás lo he sentido, por lo que, sin duda, me siento sumamente cansada, al extremo que no voy a misa y ni siquiera tengo aliento para leer; en cambio Enrique continúa escribiendo como de costumbre. Sólo a la hora de la comida ha tenido un acceso de ira. Al llegar a nuestra mesa no quiso sentarse y

arrojó la servilleta sobre los platos; toda la gente que estaba en el comedor nos miraba. Yo estaba no sólo avergonzada, sino también asustadísima, sin acertar a adivinar la causa de su disgusto y temiendo que si le dirigía una pregunta se pusiese colérico contra mí.

Al fin habló. ¡Quién lo hubiese adivinado!: «La insolencia de los hoteleros, que no le guardaban consideración alguna, pues se habían permitido colocar en la mesa vecina tres viejas gordas que no podía resistir tenerlas a la vista.»

No tardó en presentarse la bondadosa madame Laffitte, y por las señas que le hice adivinó de lo que se trataba: hizo sacar la mesa a la terraza, que por ser de noche y carecer de alumbrado estaba a oscuras.

Trajeron un candelero con una vela, que el viento apagaba de continuo.

Al fin se tranquilizó, pero como el comer en aquella soledad y sin luz era para afligir a cualquiera, no tardó en ponerse triste, hasta llegar a las lágrimas.

* * *

7 agosto 1906

Parece que hubiese olvidado el capricho y la mala crianza de ayer; no seré yo quien se la haga recordar; ha amanecido en estado normal, y me lleva a almorzar a Biarritz, a pesar de que no le gusta, y según cuenta, apenas lo conoce.

Esto no impide que haya escrito una serie de correspondencias tituladas ***Biarritz.***

Mientras paseamos en coche se fija y observa el aspecto de la ciudad, notando que ha adivinado y acertado en lo que ha escrito.

Aun no ha llegado el mundo elegante que acude en plena temporada; así, le falta animación; con todo, no se puede comparar con Ostende, conforme lo hace notar Enrique.

* * *

8 agosto 1906

El tiempo causa angustia; la atmósfera está pesada, no hay sol y se siente con fuerza el calor; nubes oscuras se aglomeran, amenazando lluvia. Pasa toda la mañana escribiendo para los periódicos, y en la tarde el libro sobre el Japón, que yo le copio; sólo a las cinco tenemos tiempo para bañarnos.

* * *

9 agosto 1906

Ayer escribimos todo el día; ha quedado terminado el libro del Japón; en la tarde vamos a Saint Jean de Luz, donde vagamos en plácida armonía.

Me compró un lindo vaso de Carranza, cristal esmeradamente decorado y que, por la belleza de la fabricación, puede competir con los de Gallet.

* * *

10 agosto 1906

He amanecido delicada de salud y no puedo levantarme de la cama.

El ha salido muy temprano para ir a San Sebastián. Está muy contrariado porque no desearía dejarme sola, lo que no dudo, pues cuando procede según su corazón revela suma bondad.

El director de *El Liberal*, Moya, le ha dado cita en San Sebastián y Enrique no puede faltar.

La señora del propietario del hotel y su cuñada tienen la atención de cumplir con el encargo de Enrique, y se alternan acompañándome.

Estoy sumamente agradecida a la bondad de estos hoteleros; no se parecen a los que ejercen este oficio,

porque lejos de existir en ellos el espíritu de explotar a la clientela, como ocurre generalmente, son solícitos y a mi marido le guardan grandes consideraciones, pues admiran su talento de escritor y están encantados de tenerle en el hotel, considerando que su presencia les da prestigio.

Ha venido el médico, y espero que con sus medicinas estaré bien mañana.

Enrique sólo ha podido volver a las diez de la noche; se muestra muy afligido por haber tenido que dejarme, y me hace grandes protestas, tal vez exageradas, de lo mucho que me ha extrañado y de los remordimientos que ha tenido por no haber podido permanecer a mi lado durante el día.

Esto último se lo creo menos, porque Moya lo ha entretenido haciéndole conocer toda la ciudad, que es muy interesante y tiene preciosos panoramas.

* * *

11 agosto 1906

Como he amanecido mejor, el médico me permite levantarme durante algunas horas; el encierro de la habitación es soportable con la compañía de Enrique, quien sólo sale para almorzar y comer.

Estoy leyendo un libro de cuentos de Jean Lorrain, que me interesa doblemente, no sólo por la espiritualidad y delicadeza del estilo, sino también por haber sido este escritor amigo de Enrique, amistad que fué mal interpretada por la malevolencia inevitable contra todo aquel que ha alcanzado la celebridad.

Calumnia difamante que me indigna, aunque a él le hace reír, considerando que tolo lo que signifique una extravagancia o una anomalía, lejos de denigrar contribuye a prestigiar literariamente; así, ha tolerado muy a gusto que circule semejante absurdo.

Pueden decir lo que quieran respecto a la vida de hombre de Jean Lorrain, poco me interesa; con el transcurso

del tiempo está llamada a eclipsarse, mientras que su talento, la exquisitez de su talento, perdurará siempre en sus libros inmortales.

* * *

Son las once de la noche; acaban de llegar Manuel Bueno y su señora. Enrique, sin prevenirme, los conduce al dormitorio cuando principiaba a quedarme dormida; por suerte, mi coquetería no se ofende porque tengo una camisa de seda muy linda, adornada con cintas y encajes.

Estas familiaridades a que me somete con personas que acabo de conocer, me acobardan; no obstante, como son amigos cariñosos de Enrique, les recibo con gusto.

Al siguiente día llevé a la señora de Bueno a pasear a un jardín donde había un hermoso invernáculo en el que los racimos de las uvas, ya maduras, colgaban de las parras, a pesar de que no era la estación de esta fruta; además, había diversas plantaciones de legumbres, tan esmeradamente cultivadas como las flores.

Me causa inmenso placer aproximarme a la naturaleza y conocer los prodigios de la agricultura.

Al escuchar mis ponderaciones Enrique sonríe y exclama: «Eres como todas las mujeres de las ciudades, que se encantan con lo que les es desconocido.»

A las cinco de la tarde se les ocurrió ir a Saint Jean de Luz a tomar el aperitivo, y una vez allí nos quedamos a comer en un *restaurant* que tenía las mesitas en la calle, lo que resulta delicioso en el verano porque no se siente el calor desagradable de los comedores.

Todo esto tiene para mí un atractivo singular, porque varía la vida de orden y de ceremonias que siempre he llevado.

La charla era tan entretenida que no se dieron cuenta de que a esa hora ya no había tren para volver a Guéthary; así, resolvieron emprender el viaje a pie.

Salimos a las diez de la noche, y tuvimos que andar seis kilómetros por un camino sin alumbrado, y sin contar aún con el recurso de la luna.

Hicieron derroche de espiritualidad y de ingenio, lo que distrajo de la fatiga causada por la larga marcha: Bueno pidió a Enrique que sacase del estuche una navaja que había comprado para obsequiarla al doctor de Molèns, pretendiendo que, como la hoja del acero brillaba en la oscuridad, esto podría amedrentar a los posibles malhechores que tal vez andaban por allí.

A las doce de la noche llegamos a Guéthary; el bondadoso monsieur Laffitte, después de haber recorrido el campo con un farol encendido y sin acertar a adivinar lo que podía motivar nuestra ausencia, nos esperaba en el café del hotel.

Estuvo tan contento al vernos que nos obsequió con *champagne*.

* * *

12 agosto 1906

El dormitorio de los esposos Bueno linda con el nuestro, y así, al despertarme, oigo la voz sonora de éste, que declama a gritos una improvisación que no debió resultarle, porque él mismo la criticaba, exclamando: «No, hombre, así no; no está bien», y luego volvió a principiar otra, que me proponía escuchar, pero no fué posible porque la voz se ahogó con el ruido del agua que agitaba en la jofaina.

Al primer momento estuve alarmadísima porque me pareció que se disputaba con su señora; Enrique se ríe de mí; temo parecerle tonta, pero cualquier día adivino ese teatro repentista y matutino.

XIV

LOURDES, MENTIDO

13 agosto 1906

Con gran sentimiento de tener que separarnos de la grata compañía de estos amigos, nos despedimos para emprender el viaje hacia Lourdes, prometiéndoles verles este invierno en París.

Aunque llegamos tarde fuimos a la gruta, donde se encuentra un peregrinaje alemán. Cuando yo la visité por primera vez no la iluminaban de noche; además, he notado que desde esa época han operado algunos otros adelantos.

Delante de la Basílica hay ahora una gran plaza, imitando modestamente la de San Pedro, en Roma, con la diferencia que, en el lugar destinado en ésa a una hermosa fuente, en Lourdes se encuentra la estatua de la Virgen Inmaculada.

La gruta no ha sufrido modificación alguna: allí está la misma imagen de Nuestra Señora, la misma disposición en la colocación de las velas y, colgadas contra la roca, las mismas muletas añosas y polvorientas; he rezado mentalmente, rogando por la salud de mi madre.

Yo creía que en Lourdes, con la gruta, no necesitaba ni hacía falta ningún otro atractivo; pero ya se va pensando en distraer al turista: han instalado un panorama de Jerusalén, en el que se oye la música de un buen órgano.

* * *

14 agosto 1906

En la mañana siguiente continuamos el viaje; Enrique se levanta temprano, va a las librerías y vuelve con una provisión de libros, entre los que se encuentra el *Lourdes* de Zola, y mostrándomelo, me dice que es el que necesitaba para escribir sus correspondencias sobre Lourdes.

* * *

15 agosto 1906

A las diez de la mañana salimos del pueblo milagroso, y después de dos cambios de trenes llegamos a San Sauveur a tiempo para almorzar.

Todo el trayecto recorrido es por la montaña encantadora, en la que contrasta la vetustez de los árboles corpulentos, que evocan las selvas salvajes, con el moderno cultivo agrícola de los cerros, donde se desconoce la tierra baldía.

Por lo bajo, en profundidades de abismos, corre el agua sobre un lecho de piedras, y su bullicioso murmullo acompaña gratamente, cortando el silencio de aquella inmensa soledad.

* * *

16 agosto 1906

Antes de ir a consultar al doctor acompañada de Enrique estuve sola y le advertí cuál era el mal estado en que se encontraba el sistema nervioso de mi marido, rogándole que se interesase por su salud, sin decirle que yo había intervenido. Por mí exclusivamente no habría consultado al médico, pues lo único que tengo es una laxitud inexplicable, un continuo temor a sus cóleras y una tristeza infinita cuando pienso que tal vez sus nervios no se res-

tablecerán jamás, puesto que nada hace por curarse.

El doctor, muy atento, tratando de darle ocasión para que hablase de su salud, le preguntó cómo se sentía, a lo que respondió: «Yo estoy perfectamente; no tengo nada.»

Con todo, le aconsejó que tratase de sobreponerse a los vértigos que le causa el precipicio, haciendo el ejercicio de mirar desde el balcón hacia abajo y, además, que se diese el baño de duchas.

A mí me dijo que no necesitaba las aguas de San Sauveur; sin embargo, me ordena un tratamiento que lo principio en seguida, pues temo que no permanezcamos aquí muchos días: ya ha principiado a decir que cree no le siente la montaña, por lo bien que se ha sentido en el mar.

Estamos alojados en el «Hôtel de France», que es el mejor del lugar y se encuentra totalmente ocupado por un público distinguido; a pesar de que se habita en plena montaña y que no existen calles ni avenidas, sino únicamente caminos, las señoras se visten como si estuviesen en París y andan por el campo con sombreros adornados de plumas y zapatos con tacones Luis XV. Los vestidos de seda y encajes complementan esta extravagancia parisiense.

No existe ninguna que sobresalga por su elegancia ni por su belleza. A Enrique le disgusta este público, porque le obliga a fijarse en su vestido, en lo que es bastante despreocupado; no obstante, lo soporta todo sin quejarse.

* * *

18 agosto 1906

He tenido la grata sorpresa de encontrar a una antigua amiga, a la que no había visto hacía ya largos años: la marquesa del R. A.; como es muy piadosa y de carácter suave, que sabe decir lo que quiere dulcemente, le pido para que intervenga con Enrique y le pida que no escriba artículos antirreligiosos contra Lourdes.

Muy galante cede con la marquesa y luego hace todo lo contrario.

Ordenadamente hemos reglamentado nuestra vida, como en Guéthary; todas las mañanas vamos a Lux a pie; así caminamos tres kilómetros, pero como yo tardo en vestirme él aprovecha el tiempo, hasta que yo termino, escribiendo, y luego me lee lo que ha escrito; después del almuerzo él duerme y yo escribo hasta las cuatro, hora en que vamos al baño.

De noche volvemos a escribir; yo saco en limpio sus cuartillas y además las mías; ahora los dos tratamos el mismo tema: *Lourdes;* él antirreligioso y yo con suma piedad; afortunadamente no se enoja, y, al contrario, ríe cuando le digo que sus correspondencias son judías.

* * *

19 agosto 1906

¡Qué fatiga horrible la que siento! Estoy abrumada.

En la tarde salimos a dar un paseo, y por no alejarnos mucho del hotel elegimos un camino que parece corto y que no conocíamos; nos sentamos al pie de un árbol, sobre las piedras que formaban una especie de banco; a nuestros pies queda un abismo todo cubierto de fronda, tan tierna, que hubiese deseado tener la ligereza de una pluma para rodar en él; mientras lee, para que yo escuche, las noticias que dan los diarios, mi cabeza descansa sobre su pecho; me dijo que le gustaba ese lugar, donde no transitaba gente, porque podía besarme.

Cuando estoy delicada de salud se muestra tan tierno y cariñoso que olvido sus violencias; él tampoco se siente bien: principia a estar intranquilo y desea volver a París.

* * *

20 agosto 1906

Al hacer el paseo matinal a Lux se le ocurrió volver

por un camino que no era el acostumbrado, lo que resultó una desdicha, no sólo para él, sino también para mí, pues tengo que sufrir las consecuencias de todo lo que le ocurre.

Durante todo el trayecto que recorrimos al borde del precipicio, el pobre sintió el vértigo, que produce una angustia desesperante, a la que yo, aunque nada le digo, tampoco soy extraña.

Ha pasado el día sumamente excitado y quejándose de que no le distrajese conversándole como lo hubiese hecho una francesa, las que son muy espirituales.

Yo, que siempre he sido respondona, tengo que aprender a callar, pero la réplica me retozaba en los labios: «¿A mí qué me importan las francesas?»

Cuando todas estas cosas desagradables las dice sin alterar el tono de la voz, suavemente, y se deben al mal estado de sus nervios, las soporto resignada.

* * *

21 agosto 1906

¡Qué felicidad! Mis temores de que le volviese una nueva crisis de neurastenia han desaparecido; está tranquilo y contento.

Me ha dado un libro de título muy sugestivo: *Las inspiratrices de Stendhal, Balzac y Mérimé;* ¡cuánta ficción y cuán poca sinceridad!

* * *

22 agosto 1906

Es de noche, y acabo de acostarme; ¡qué susto!

Ruido de maletas, ajetreos en la escalera y voces, entre las que se oye la palabra «¡¡incendio!».

Me visto precipitadamente, mientras que Enrique sale y se informa que, en realidad, algo se quema en la habi-

tación que está encima de la nuestra, pero que tratan de apagar el fuego.

Transcurre largo rato y parece que la calma se hubiese restablecido.

Enrique me dice que me acueste y descanse; le respondo que me sería imposible conciliar el sueño, porque temo que el incendio pueda recrudecer.

¡Qué abnegado es mi Enrique!

Colocó la luz encima de la mesa, de modo que no me incomodase, acercó una silla, se puso a leer y permaneció velando para que me durmiese.

Por primera vez me sentí amparada bajo su protección.

* * *

23 agosto 1906

Trabaja toda la mañana una correspondencia que no me gusta, en la que, por no ser banal y decir cosas raras, cuenta lo que no es cierto.

Cuando se lo hago notar me contesta, riendo, «si no me doy cuenta de que, como él lo inventa, resulta más interesante, por el contraste que da realce a la narración.

Estoy segura que, si no intervengo, la crónica habría sido mucho más irreverente de lo que es; con todo, resulta de una imaginación extravagante: ha escrito que estuvo en una casa de... donde se veía a los hombres, al quitarse el sombrero, que tenían las cabezas tonsuradas; mas no fué así, porque pasamos la noche en la gruta contemplando a Nuestra Señora, radiante a la luz de numerosos cirios, cuyo chisporroteo se confundía con los suspiros de las súplicas; no obstante, ese día, como yo dejase mi crónica sin terminar, él le puso el final, ponderando la belleza de la Virgencita «azul y blanco».

* * *

24 agosto 1906

He dejado de acompañarlo en las excursiones que hacíamos a Lux; ahora se va solo y en bicicleta.

* * *

25 agosto 1906

¡Qué pena!; a mí me gusta tanto la montaña que permanecería aquí algunos días más, mientras que él no la puede resistir.

Tiene aversión a los precipicios y le parece este lugar sumamente estrecho a consecuencia de los cerros que lo circundan.

Por haber llegado de Buenos Aires Mitre, el propietario de *La Nación*, con quien Enrique necesita entrevistarse, mañana temprano saldremos de San Sauveur hacia París.

* * *

26 agosto 1906

Después de varios cambios de trenes llegamos a Toulouse, donde podemos disponer de dos horas, durante las cuales recorrimos las grandes avenidas de esta tranquila y hermosa ciudad.

Visitamos la iglesia, de arquitectura romana, y bajamos a la cripta, donde guardan las santas reliquias; además tuvimos tiempo para conocer la Municipalidad, ventajosamente ubicada entre dos plazas, siendo éste uno de los edificios públicos más suntuosos de Toulouse.

Comimos en un elegante *restaurant*, y Enrique pide *champagne* para conservar mejor recuerdo de la ciudad, lo que hace siempre cuando está de paso.

Se siente muy complacido, a pesar de que tenía motivo para no estarlo, porque durante el viaje sólo ha habido

como pasajeros ancianas y curas, también ancianos, a los que detesta por antiartísticos.

Pasamos la noche en el tren, y amanecimos en París.

* * *

27 agosto 1906

Mora espera en la estación, y en la noche viene a comer con nosotros un representante de la casa editora, a quien ha invitado por telégrafo, pues tiene prisa de entregarle cuanto antes el libro que acaba de terminar.

* * *

31 agosto 1906

La instalación de la casa me ocupa todo el tiempo; algunos días salimos juntos para comprar muebles y otras cosas que hacen falta.

Continúa escribiendo su libro sobre el Japón; hace días creyó que ya estaba definitivamente terminado, pero siempre encuentra algo que agregar.

Ha llegado de Estados Unidos de América el señor F. con su señora, antiguos amigos a quienes tengo el mayor cariño; me han invitado a comer. Enrique se va con Mora.

* * *

1.° septiembre 1906

Sale, como de costumbre, a las cuatro, y vuelve a las ocho, cargado de paquetes, entre los que hay varias cositas preciosas para mí, y el resto lo componen conservas de productos españoles.

* * *

2 septiembre 1906

¡Qué placer! Ha invitado a F. y a su señora, la que, por suerte, le ha gustado, por ser muy bonita; tiene lindos ojos, de mirada riente, y un talle muy fino; además, es de inteligencia vivaz y de carácter alegre.

* * *

5 septiembre 1906

Comí con mis amigos, los que me llevaron para que viese el baile del «Cancán» en el Jardín de París.

Es curioso; antes de casarme me ruborizaba con sólo oír contar que las bailarinas levantaban los pies hasta tocarse la cabeza.. y ahora que las he visto no me ha causado impresión alguna.

* * *

7 septiembre 1906

Estoy profundamente disgustada; al llegar a casa, a las doce de la noche, no encuentro a Enrique.

El susto de verme sola no me dejó dormir: al verle le dije que, como eran las dos de la mañana, y estaba temerosa de que algo le hubiese sucedido...

Me respondió de mal modo: «Puesto que aquí estoy, nada me ha sucedido. No sé la hora que es, y si te molesta que haga ruido al acostarme, me iré a dormir a otra habitación»: como no le contesté, se fué a su escritorio.

* * *

7 septiembre 1906

No me pertenezco ni siquiera un momento para abrir este cuaderno y continuar mi diario.

Mi amiga F. acapara todo mi tiempo; como ha venido a pasar pocos días en París y me pide que la acompañe, por complacerla he paralizado hasta los arreglos de casa.

Es una suerte que con ella me pueda distraer, pues así me libro de estar con quien continúa fastidiado y fastidiando; además, ahora está bebiendo más de lo que debería, y aunque el licor, lejos de impedirle escribir, le sirve de estimulante, es innegable que le mantiene en un estado de excitabilidad que me infunde serios temores, como si nunca fuese a desaparecer.

* * *

8 septiembre 1906

F. y su señora vienen a buscarme para ir en automóvil a Versalles: visitamos el Palacio y parte del Museo de Pinturas; además, los departamentos de Luis XVI y el de María Antonieta.

Después de pasar por los jardines y el Trianón, se tomó el te en el elegante «Hôtel du Reservoir».

Cuando uno se propone divertirse en París durante todo un día, se puede llenar íntegro, encontrando lugares entretenidos donde pasar todas las horas.

Comimos bajo los árboles de los Campos Elíseos, en el «Restaurant Le Doyen», y Enrique invitó a que fuésemos al teatro de «Folies Bergères» para ver un baile nuevo del que se habla mucho: «Le Timbre d'Or», al que no le encuentro originalidad y sí gran semejanza con todos los *ballets*.

Se terminó la noche en el «Café Americano», que yo deseaba conocer porque está de moda y es donde se reune el *demi-monde*.

Había algunas mujeres de sorprendente excentricidad en la manera de vestir, ajena al sello casi uniforme que caracteriza a todas las elegantes veleidosas: el peinado denuncia al peluquero intachable; las caras, de puro pintadas, parecen un estuco, y los talles se ven oprimidos sin piedad.

No faltaban las señoras lujosas y correctamente vestidas.

La generalidad del público femenino lo formaban mujeres gruesas, que no estaban pintadas como las otras, y el descuido del peinado dejaba comprender que las manos del peluquero no habían intervenido.

Por el desarrollo corpulento parecen madres de muchos hijos.

La compañía de estos amigos encantadores, especialmente la de la señora de F.. nos hizo olvidar las contrariedades anteriores y, por la falta de sueño, en lo que siempre armonizo con mi marido, pasamos el resto de la noche conversando, hasta las primeras horas de la mañana del día siguiente.

* * *

10 septiembre 1906

Ha venido del campo una señorita, compatriota mía, para acompañarme a ir a tiendas, y me pareció natural decirle que se quedase a almorzar, lo que ha disgustado a Enrique, como si yo hubiese cometido un delito: mas todo fué simplemente porque ese día no tenía humor de vestirse para ir a la mesa, y yo ni siquiera lo sospeché.

¡Quién pudiera poseer el don de la adivinación!

En cambio él trae a comer a veces, y sin advertirme, a gente vulgar que sale no sé de dónde, con la que pasa el tiempo hablando necedades, siendo lo peor que beben con exceso.

La primera vez que se presentó con estos improvisados comensales tuve gran ajetreo en la cocina para improvisar la comida: asunto que hasta ahora no había entrado en mi jurisdicción, pero he encontrado un recurso que, afortunadamente, me da muy buen resultado.

Tengo una provisión de conservas españolas, y ya Melaine, que es una criada vivísima y complaciente, está advertida: apenas entran los invitados de última hora se vacían las conservas en la cacerola, y lo que tal vez está

preparado para comerse frío resulta un guiso caliente apetitoso.

Cuando me preguntan lo que es, respondo: «Un plato peruano preparado por mí.»

Melaine coloca la fuente en la mesa y se escapa a la cocina casi corriendo, porque no puede contener la risa.

El día de la experiencia no las tuve todas conmigo, porque si no les hubiese gustado el guiso, me lo dicen.

No son éstos como las personas bien educadas, que por cortesía disimulan las faltas.

Me ocurrió una vez que trajeron el *gigot* a la mesa al mismo tiempo que la ensalada, y no faltó quien me indicase que se debía servir con judías.

Como soy poco aficionada a recibir lecciones cuando no las solicito, repuse que con cualquiera carne asada iba bien la ensalada, lo que me valió una reprensión de Enrique; dió la razón a su amigo, imponiéndome que aceptase el consejo que me daban.

Yo misma no me reconozco: ignoraba que existiese en mí tanta resignación cuanta es necesaria para soportar a estos majaderos.

Con estas brusquedades sufro tanto, que paso todo el día acongojada y sin decir palabra.

* * *

He pensado que confeccionar guisos debe ser menos difícil que escribir correspondencias para los periódicos.

Me propongo aprender por propia cuenta a cocinar algunos platos nacionales y las mazamorras (postre), que son peculiares de Lima. Con poco trabajo ha resultado que Melaine las hace mejor que yo, y el que más goza con todo esto es el tío Tible, haciéndole notar a Enrique que no sabe apreciar lo que vale poder comer en París al estilo criollo.

Ya son las once de la noche, y como aún continúa con sus amigos conversando disparates, los dejo sin despedirme y me voy a acostar.

Cuando le he dicho que me sorprende cómo un hombre de su cultura puede entretenerse con esa gente de clase inferior, responde que los necesita.

* * *

11 septiembre 1906

Se ha levantado muy contento, sin que exista nada especial que motivase su alegría; pero así es Enrique.

Salí muy temprano a despedir a mis amigos, que debían partir para Nueva York, mas resultó que han diferido el viaje hasta la noche. En la tarde vinieron a buscarme y fuimos al *Bois de Boulogne*.

Como el señor F. es hombre de negocios, he hablado con él extensamente de los intereses de mamá y me ha dado muy buenos consejos, que se los comunicaré cuando le escriba.

Tengo en él entera confianza, y así escucho su opinión con agrado.

* * *

12 septiembre 1906

Ha venido el artista decorador Brandó, trayendo dos arañas para el alumbrado de la sala y del comedor, preciosamente trabajadas en cobre labrado a mano, formando ramos de hojas artísticamente combinadas.

* * *

Sólo por ser el día de la partida de mis amigos salí con ellos, pues habría deseado acompañar a Enrique, que se queda escribiendo. Al despedirme estuve más cariñosa que de costumbre y sentí dejarlo, porque aunque nada me dijo me pareció que quería estar conmigo.

* * *

Está invitado a comer don Crisanto Medina, cuya presencia nos causa gran placer, por su espíritu benévolo y complaciente, que emana una bondad comunicativa.

* * *

13 septiembre 1906

Ha salido a las tres de la tarde para encontrar abierto el Crédito Lyonés, y yo me ocupo en escribir cartas dirigidas a Lima, con la esperanza que resulten de algún provecho para Enrique.

XV

«JEAN ORTH»

14 septiembre 1906

Hoy viene a almorzar el escritor uruguayo Eugenio Grazón, autor del libro *Jean Orth*. Actualmente es redactor de *Le Figaro*, donde tiene una sección que trata de América.

La pulcritud de su *toilette* denuncia al hombre de mundo y en especial a los de la América española, que se esmeran en dar realce a los pies pequeños, usando calzado muy fino y ajustado.

Usa monóculo, y los chaqués y chalecos están ribeteados por una ancha trencilla de seda negra, originalidades propias de los solterones.

Se peina con el pelo muy estirado, separado por una raya impecable al medio de la cabeza, y deja crecer la barba, cuidada, lo mismo que el cabello, que ya ha adquirido el color gris, precursor de la albura inseparable de los años; éste es el aspecto que caracteriza a Garzón.

Le hablé con interés de su libro, tema que desde luego le agradó sobremanera, promoviendo expansiones literarias.

Así supe que tenía otro libro en preparación, *Los Boulevards*, y que para escribir cuatro cuartillas demoraba cuatro horas. ¡Y Enrique que durante ese tiempo escribe veinte!

Garzón es de esas personas que desde el primer mo-

mento impresionan agradablemente por la fineza atenta de su trato.

Tiene gran simpatía por el Perú y me ofrece publicar graciosamente todo lo referente a mi país que yo quiera comunicarle.

Acaba de llegar de Biarritz, donde estuvo enfermo con la *influenza*, y Luis Bonafoux, que es el más talentoso, pero también el más temible de los críticos, como sólo escribe sarcásticamente, acaba de publicar una correspondencia diciendo que Garzón parece un pollo mojado, y que lo que tuvo en Biarritz fué moquillo.

¡Qué miedo le tengo a la pluma de Bonafoux! Cuentan que nada disculpa y que no tiene amigos.

* * *

15 septiembre 1906

Ayer, durante la comida, Enrique estuvo colérico y me dirigió palabras duras que no tuve la paciencia de soportarle.

Me levanté de la mesa y le planté, sin haber terminado de comer.

A veces, a pesar de tener invitados, no domina las violencias de su carácter, y por educación yo trato de disimular las injustas ofensas que me dirige.

* * *

16 septiembre 1906

Al despertarse esta mañana se quejó porque lo había dejado solo en el comedor; yo amanecí de tan buen humor que le contesté con un beso, que me fué devuelto, pagándome crecidos intereses.

Hemos recibido invitación de la Sociedad de la Prensa Internacional para visitar la Exposición de Milán.

Saldremos mañana en la noche.

El programa anuncia grandes fiestas y banquetes, que se preparan en honor de los periodistas.

Somos más de cuarenta: una excursión en caravana debe ser entretenida, y como nunca he viajado en esa forma creo que me divertiré.

Enrique no quería salir de París y trató de desilusionarme, pero vino el Presidente de esta Sociedad, monsieur Lémonier, y ha tenido que variar de parecer.

* * *

Ha llegado mi hermana con dos de sus hijos: Rosita y Andrés; los encuentro muy crecidos y más malcriados que antes; con ellos también vino el pintor peruano, que goza de gran reputación, Daniel Hernández.

Enrique estuvo encantado porque le ponderó el mérito de las estampas que ha traído del Japón; yo temía que ocurriese lo contrario, recordando que, cuando éramos novios no le tenía gran simpatía, temiendo sin duda que diese malos informes respecto a su bohemia, en la que desde luego hay gran exageración.

Los dejó a todos en casa y, como de costumbre, a las cuatro se fué al café.

* * *

17 septiembre 1906

Ha amanecido muy nervioso, lo que atribuyo a que estamos en vísperas de viaje, pues he notado que al trasladarse de un lugar a otro siempre le ocurre lo mismo.

Como tenía un trabajo atrasado se puso a escribir, y cuando terminó parecía que se hubiese tranquilizado.

* * *

Fuí a la peluquería y a comprar un sombrero, del que

estoy muy contenta porque ha resultado barato y aparenta lo contrario.

Aunque mamá me paga las cuentas, éstas tienen que ser limitadas.

A Enrique no le parece que me sientan bien los sombreros que elijo; así, le he pedido que me acompañe, y en la elección de la forma ha demostrado una vez más su buen gusto.

Entre los que tengo ninguno me queda mejor; me hizo indicaciones acertadas para que aprendiese a *ensombrerarme*.

Cuando me mando hacer algún vestido también suele darme consejos atinados, aunque de una elegancia un tanto atrevida.

Quiere que use los trajes muy ceñidos, de modo que modelen el cuerpo, estilo que me sienta, pero tengo algún reparo por no llamar la atención.

Yo suponía que a los maridos les complacía que sus mujeres pasasen inadvertidas. En todo caso el mío sólo desea que yo esté lo mejor posible.

Me pide que me vista ligeramente escotada, porque los cuellos altos sólo deben usarlos las mujeres altas y flacas.

Por ejercitarme la paciencia suele exclamar: «¡Quién me hubiera dicho cuál iba a ser mi destino!; yo amaba las Venus de Boticelli y me ha tocado una de Rubens.»

Que me llame Venus no me desagrada, pero protesto contra lo que corresponde a la gordura flamenca, aunque la haya inmortalizado el pincel de Rubens.

* * *

Fuimos a comer a la estación de Lyón, y en el instante en que Enrique salió a buscar los periódicos se acercó el mozo con la cuenta y yo la pagué. Le ha parecido que hice mal.

Creía estos detalles sin importancia entre casados; no obstante él encuentra que el mozo del *restaurant* lo debe haber creído uno de tantos que se hacen convidar por mujeres; no sé cómo puede imaginar semejantes absurdos.

Otras veces se le ocurre contar que, cuando va a hacer visitas conmigo, los criados le hacen pasar por la escalera de servicio y en cambio a mí me abren la puerta principal.

XVI

UNA EXPOSICTON QUE RESULTA EXPIATORIA

18 septiembre 1906

El tren partió a las nueve de la noche: en nuestro compartimiento tuvimos al periodista español Enseñat, compañero de viaje ideal; no habla sino para responder cuando se le dirige la palabra, y dormido no se le siente.

Entre las personas que vienen en la comitiva se encuentra monsieur Lémonier, Presidente de la Sociedad Internacional de la Prensa, hombre modesto y de clara inteligencia, al que acompaña su señora, autora de un importante libro histórico referente a las Municipalidades de Francia, que tiene la fineza de obsequiarme.

También ha venido con los periodistas miembros de esta Sociedad un doctor centroamericano, con su mujer, sus hijos y una señora fundadora de una obra mutualista destinada a favorecer a los obreros de Sevres.

Todos son conocidos de Enrique, y los tratamos amistosamente.

* * *

19 septiembre 1906

Llegamos a Ginebra después de haber dormido en el tren mejor de lo que se esperaba. Enrique quería separarse de la comitiva y tomar el *sleeping-car*, a lo que me

opuse porque además de que no puedo dormir en los camarotes por la falta de aire, no debemos hacer gastos inútiles ahora que tenemos más que suficientes con los de instalación de la casa.

Nos recibieron monsieur E. Maurice, en representación de *La Prensa de Ginebra,* y varios *reporters.*

En una sala reservada del *restaurant* de la estación sirvieron el desayuno, y monsieur Maurice pronunció un atento discurso de bienvenida, al que contestó monsieur Lémonier por haberse negado de muy mal modo mi marido a hacerlo.

Como sólo eran las siete de la mañana, tal vez le pareció la hora demasiado temprana para empezar con discursos; afortunadamente, después ha estado cortés con monsieur Lémonier, quien nos guarda toda clase de consideraciones, al extremo de habernos cedido la habitación que le habían designado, que es preciosa y elegante, en el mejor hotel de Ginebra: «Beau Rivage».

Estuvimos invitados a almorzar en el «Mónopol», donde sirvieron un magnífico *menu*, en el que figuraba un excelente pescado del lago, que se llama «caballero».

El adorno de la mesa se veía precioso: todo de crisantemos, siendo de tamaño extraordinario los que formaban el centro.

Me dieron el lugar de preferencia, haciéndole *vis à vis* el Presidente del Cantón; a mi derecha tuve al Vicepresidente y a mi izquierda al Alcalde, que destaca por joven entre estos ancianos respetables, de largas barbas blancas.

El Presidente del Consejo de Estado, Fazy, me habló de papá, a quien conocía de nombre, porque cuando estuvo de Presidente del Perú le dió el nombramiento de Cónsul.

A la hora de los brindis casi todos pronunciaron discursos, menos Enrique, que estaba a un extremo de la mesa con cara de gran aburrimiento.

Terminado el almuerzo se visitó la catedral, de arquitectura gótica, la que en su origen fué católica.

Conserva vidrios antiguos de colores; el púlpito en que predicó Calvino, y el mausoleo del duque de Rohan, jefe de los hugonotes en la época de Luis XII. Desde el cam-

panario se admira el lago, con su espejismo de cristales; también se divisan las ventanas de la prisión, que queda no distante de la catedral de San Pedro.

La Municipalidad que data, del siglo XVI, tiene una torre más antigua aún. Los corredores, formando arcos de estilo romano, le dan un aspecto conventual.

El «Victoria Hall», sala de conciertos, no carece de belleza; una hermosa estatua de piedra que representa a la música, realza la fachada.

* * *

En la noche nos invitaron al «Kursaal», edificio que contiene un buen teatro, una espaciosa sala de juego, una sala de lectura y diversas salas pequeñas; aumenta este ameno conjunto un *restaurant* y un hermoso jardín, cultivado con singular esmero.

Los números de variedades que representaron no carecían de atractivo, llamando la atención la magnificencia de los decorados; en cambio el *ballet* dejaba mucho que desear, pues aunque algunas bailarinas eran preciosas, la mayor parte carecían de gracia y de agilidad. La verdad es que el espectáculo no nos interesó: nos retiramos antes que terminase.

* * *

20 septiembre 1906

Continúa indiferente, y apenas si cambiamos cortas palabras. No sé qué hacer cuando está así; como si me contagiase, me pongo peor que él.

Por esta noche el frío que siento me resultó buen consejero, pues como me helaba en mi cama me acerqué a la suya, donde estaba leyendo sin mirarme; arrojó los papeles y me extendió los brazos; con gran ternura me repitió que me quería más que cuando nos casamos, y yo también le dije lo mismo; pero más que amor, lo que sentía era un frío de puna.

Creo no haberle mentido al decirle palabras de cariño; no obstante, esa noche sólo pensaba que me helaba por falta de ropa de cama.

De lo que sí estoy segura es que si yo no dominase mi amor, y que si estuviese apasionada de él, sería muy desgraciada, porque la desigualdad de su carácter es tan grande y me desconcierta de tal modo, que me haría sufrir inmensamente.

¿Por qué tendrá esos cambios?

Tal vez será que sus antiguas costumbres, y las atracciones que encuentra en el café, lo distraen al punto de apartarlo de mí.

* * *

21 septiembre 1906

Lamento no sentirme bien y tener que guardar cama, porque el día está destinado a pasear por el lago y visitar el castillo de Madame de Stael.

Enrique tampoco quiere salir, y aprovecha el tiempo escribiendo.

* * *

Los cisnes del lago son de una hermosura sin igual: me han ofrecido regalarme un par, mas no los puedo aceptar porque necesitaría tener casa de campo con un estanque.

Los cuidan con gran esmero y sin omitir gasto alguno. Una señora de gran fortuna ha dejado un importante legado destinado al sostenimiento de estos cisnes, a lo que sin duda se debe que gocen de todo bienestar y que se desarrollen, adquiriendo tamaño y belleza sorprendentes.

* * *

22 septiembre 1906

En la tarde llegamos a Milán, donde nos reciben dos comisiones: una, de la Sociedad Lombarda de la Estampa, y la otra, de la Exposición, y a las nueve de la noche asistimos a la representación de *André Chenier*, que tuvo lugar en el Teatro Lírico.

Los palcos que nos ofrecieron estaban empavesados y guarnecidos con guirnaldas de flores.

Tocaron la Marsellesa y el himno de Italia.

Enrique no pudo permanecer allí hasta que terminase la representación, y a pesar de que nuestro palco estaba en evidencia, nos salimos antes que principiase el tercer acto. Me dijo: «Esto me da pena, porque me recuerda a las óperas de Guatemala», y yo agregué: «Y a mí a las de Lima».

* * *

23 septiembre 1906

El área que ocupa la Exposición es demasiado grande y sus avenidas resultan tan anchas y prolongadas que cansan al visitante.

Entre los principales pabellones, el de Inglaterra contiene cañones y máquinas importantes.

El de Francia está consagrado a las artes decorativas: la sección más concurrida era la de modas.

En el de artes decorativas italianas exhiben muebles magníficos del mejor gusto.

El bazar japonés expone preciosidades y rarezas artísticas; hay una colección de arbolitos liliputienses centenarios que no tienen más de veinte centímetros de alto.

Enrique quería comprar uno de éstos, pero afortunadamente pude disuadirlo, porque, además de ser sumamente caros, existe el riesgo de que se mueran no sabiendo cultivarlos; con todo, se dió el gusto de comprar más de diez carteras y una linterna; a mí me obsequió con un

vaso esmaltado y un saco de mano con lirios repujados.

Es muy interesante la maqueta de una fuente formada por una cabeza de esfinge, obra del notable escultor Corona Farna.

Entre los escaparates de mayor importancia llaman la atención las encuadernaciones inglesas de cuero y las vistosas joyas húngaras.

* * *

En el «Restaurant Orologio» ofrecieron un suntuoso banquete.

Mis compañeros de mesa son: el Príncipe de Beljiolioso, descendiente de la Princesa de este nombre, que adquiriera celebridad en Francia, y monsieur Magara, representante francés en Milán; ambos son atentos, sin afectación, por lo que el trato de estos señores me fué grato, pues algo que me hace a la gente insoportable es la cortesía fingida, o sea el amaneramiento.

Eurique, lo mismo que en el banquete anterior, estaba colocado a un extremo de la mesa, lo que sin duda se debe a que no le gustan los sitios de preferencia por ser poco afecto a exhibirse. Pronunció un discurso a nombre de la Prensa española, que fué muy aplaudido.

Esperaba de él algo mejor, pero como no es orador tuvo que escribirlo y lo hizo más que de prisa, al salir del hotel, mientras que yo me ponía los guantes y el abrigo.

Terminada la comida invitó a tomar *champagne* en un café de la galería «Victorio Emmanuel» a Enseñat, a monsieur Maurice y al poeta Quillard, antiguo amigo suyo.

Noche interesante para mí, porque Quillard tiene una conversación espiritual y si no hubiese sido a causa de Enrique, cuya indisposición repentina nos obligó a regresar al hotel, habría estado muy entretenida.

Al siguiente día, siempre con la esperanza de que se corrija, le he hecho algunas reflexiones, de la manera más

suave posible, recordándole que había estado incorrecto. y el resultado ha sido que se ha disgustado conmigo.

* * *

24 septiembre 1906

Ambos estamos resfriados y no salimos en la mañana.

En la tarde voy al «Duomo» con la señora del doctor Suárez de Mendoza.

¡La maravilla del arte gótico!, en el que las innumerables torrecillas de la piedra labrada se multiplican, operando el prodigio de adquirir la fineza transparente de la filigrana.

Y en este enjambre de ligereza decorativa que alivia la solemnidad de la catedral esparciendo suavidades diáfanas cual velos de libélulas, las puertas que cierran el recinto de las plegarias centenarias parecen trabajadas, no en duro metal, sino en blanda cera, por la apariencia mullida de los relieves que las cubren.

¡Oh!, las catedrales cristianas de Colonia y de Milán, portento de la arquitectura mística, que hablan a los siglos de la belleza emotiva emanada por la ternura de los amores santos. ¡Inspiración sublime de las almas agotadas por los dolores humanos en una aspiración hacia lo divino!

* * *

A las cuatro esperan el doctor Mendoza y Enrique en la Sociedad Lombarda, donde se han dado cita con el joven Monceheli, hijo del autor de *La Gioconda*, quien nos enseña la Alcaldía, donde asistimos a un magnífico te.

La Municipalidad está instalada en un antiguo palacio de piedra, digno de perpetuar la tradición majestuosa de la arquitectura romana.

Los techos de las grandes salas lucen bellas pinturas guarnecidas por los primores del estuco.

Dos hermosas lámparas de cristal de Venecia, con la delicadeza de sus colores pálidos, completan este suntuoso decorado.

Obsequian a las señoras bellos ramos de flores, y en una mesa esmeradamente servida se encuentran abundantes golosinas; nada falta: desde el te hasta el *champagne*.

El Alcalde, Marqués Héctor Ponti, por su galantería y fineza no desdice de su abolengo, cumpliendo con el deber que la cortesía le impone, hasta llegar al sacrificio; se aleja de la cámara mortuoria donde yace su hermano, que acaba de expirar, para asistir a la recepción de la Municipalidad y no dejar de atender a sus invitados.

Le doy el pésame, agradeciéndole el doloroso deber que se ha impuesto. Me dice que acaba de alejarse de la capilla ardiente, donde se vela el cadáver. Al despedirme tuvo la amabilidad de acompañarme hasta la puerta de la calle.

* * *

En la noche invitamos a madame Berot, y con ella vamos a la Exposición. ¡Qué alegría la de la luz artificial, que todo lo transforma, halagando la imaginación!

La portada, toda blanca, se dibuja admirable, iluminada por las lámparas eléctricas, con lo que adquiere la fragilidad de las piezas montadas, en las que los reposteros italianos demuestran singular ingenio.

Entramos al teatro japonés, que nada tiene que se relacione con el Japón y sí mucho con los cafés conciertos.

Presenciamos algunos números de variedades de un programa poco entretenido, siendo lo más interesante una hermosa italiana que canta, a falta de escuela, con gran sentimiento, las dulces canciones napolitanas.

Mi marido, que no conoce el disimulo y no se digna soportar la menor contrariedad, no tardó en manifestar que no podía resistir el espectáculo, por lo que nos retiramos antes que terminase.

* * *

25 septiembre 1906

Los compañeros de excursiones van muy temprano a San Pelegrino, donde los reciben espléndidamente: salvas, música y un almuerzo amenizado por una orquesta vienesa.

Nosotros fuimos muy temprano al Congreso de la Mutualidad por complacer al doctor Mendoza, y luego nos dirigimos hacia Bérgamo, donde habían preparado un banquete.

Antes de comer subimos en el funicular que conduce hacia la parte antigua de la población.

Precioso barrio con el atractivo de lo añoso y la sencillez de las callejuelas de curvas armoniosas, que esconden el misterio de una belleza ancestral evocadora de recuerdos remotos.

Terminadas estas andanzas, por encontrarse distante el lugar donde se sirvió la comida, todos subieron en el tranvía, mas a Enrique se le ocurrió ir a pie y me preguntó si no le acompañaba.

Por sentirme cansada, y como él tenía una cara de fastidio insoportable, preferí volver con los congresistas; entre éstos hay un barón, cuyo nombre ni siquiera recuerdo, que estuvo a mi lado todo el tiempo, tal vez por verme sola, pues Enrique ni se me aproximaba.

* * *

En la estación, cuando esperábamos el tren que debía conducirnos a Milán, se me acercó y suavemente me pronunció el discurso siguiente: «Ese hombre ha estado a tu lado cuando ibas en el tranvía, y el otro día has dicho de él que si no es inteligente lo encontrabas hermoso. No puedo permitir que te expreses con esa libertad; a mí nada me importa, nada; si te parece viviremos como amigos, o vivirás sola en París; yo me iré a Montmartre o no importa dónde. Si quieres vete al Perú.»

Trabajo me costó no largar una carcajada, pues había

olvidado que el barón hubiese estado cerca de mí, y más aún lo que dijo de él. Como de costumbre, no le contesté, y en lo sucesivo traté de que el barón no se acercase, sin contrariarme en lo menor, porque no tiene atractivo ni mérito alguno que le haga acreedor a una esmerada consideración; además, lo acababa de conocer y era la primera vez que hablaba con él.

* * *

Cuando estamos solos en el hotel le ruego que no se moleste conmigo y trato de hacerle cariños para desenojarlo, pero está furioso y me pide que me aleje de él.

Nunca había demostrado ser celoso, y lejos de incomodarme estoy satisfecha porque así no será difícil que se conserve más tiempo enamorado de mí.

Yo dudaba que me amase tanto cuanto él dice, porque me parece imposible que sin celos pueda existir el amor.

* * *

Enrique se ha hecho amigo de un joven abad, tan bueno que se ha conquistado la simpatía general; nos acompaña en todas las excursiones y le ha ofrecido visitarlo en París; ¡ojalá fuese cierto!; así tendríamos buenos amigos. ¡Si pudiese renovar la mayor parte de este gremio!

* * *

El señor Giaqui me ha preguntado si permaneceremos aún en Milán el día de mañana. El Presidente de la Exposición desea ofrecer una comida, exclusivamente en honor nuestro, porque le han hablado de mí y desea conocerme; consulto con Enrique y me dice que acepte.

* * *

26 septiembre 1906

Está, no ya colérico, sino enfurecido, a lo que posiblemente contribuye el fuerte resfriado que tiene. Planta la invitación que había aceptado, sin enviar excusa; no se despide de ninguno de los compañeros con los que hemos estado todos los días, y a las cuatro de la tarde tomamos el tren, alejándonos de la comitiva.

No existe razón que para él valga; olvida todo deber de urbanidad, toda conveniencia social; no atiende ni a sus propios intereses.

Llegamos a Génova a las ocho de la noche, y se deja conducir por el mozo que lleva las maletas a un hotel cualquiera, donde estamos muy mal y se come peor.

Así se han perdido, no sólo los pasajes del tren, sino también nos privamos de estar magníficamente alojados.

Quise avisar mi llegada a Génova a un viejo amigo de papá, a quien no veía hacía muchos años, y tuve que desistir en vista de las manifestaciones de Enrique de encontrarse ya cansado de la gente y de los compromisos que ésta trae.

Me pareció tan injusta y egoísta su manera de proceder que no oculté mi disgusto, contestándole apenas cuando me dirigía la palabra.

* * *

27 septiembre 1906

Visitando la ciudad encontramos al doctor Mendoza y a su familia, con los que recorremos algunas calles, tan estrechas que parecen callejones a los que no llega el sol.

Se diría una ciudad subterránea de pintorescas construcciones, animadas por las notas coloristas que da la ropa tendida a secar en los balcones y en las ventanas cual vistosos gallardetes o guirnaldas de feria.

La Génova moderna varía y tiene un aspecto placentero, al que contribuyen las buenas tiendas, en las que se venden los originales *chales* de seda genovesa y unas fra-

zadas listadas, también se seda, que crujen y crispan cuando se doblan.

* * *

28 septiembre 1906

Por la señora de Mendoza he sabido que en Milán nos esperaron a comer hasta última hora, y que nadie sabía qué era de nosotros; pero que ella me disculpó asegurando que esa falta no dependía de mí.

* * *

En la tarde fuimos a la estación y pasamos la noche en el tren, sin que yo lograse dormir ni un segundo.

* * *

29 septiembre 1906

A las seis de la mañana llegamos a Marsella y nos alojamos en un buen hotel. Continúa insoportable, majadero.

El habla: «Durante todo el trayecto me has molestado y no vuelvo a viajar contigo.» Le respondo: «En ese caso todo se arreglará fácilmente, porque no continuó contigo el viaje que tienes proyectado a Cluny, y de aquí me vuelvo directamente a París; así no te incomodaré y te quedarás solo.»

No me responde y permanece pensativo, reflexionando, como el que tuviese un arduo problema que resolver.

Sale a dar un paseo y yo me acuesto para descansar de la fatiga de la noche.

A las once de la mañana la camarera llama a mi puerta y me despierta, entregándome una carta, que me alarma por lo inesperada; por la escritura del sobre reconozco que es de Enrique. ¿Qué puede motivar estas líneas, cuando apenas han transcurrido tres horas desde que salió de la habitación?

¡Qué instantes de angustia! Lo primero que se me ocurre es que me ha dejado y se ha ido a París.

Como la camarera espera la respuesta, leo la carta, devorando las líneas.

Ella me enteró que el señor está escribiendo en el salón, donde debe llevarle mi contestación, que fué la siguiente: «Dígale usted que por estar en cama no le escribo, pero que puede venir y se la daré verbalmente.»

¡Peregrina ocurrencia la que tiene!

Me propone que lo acompañe a Cluny, donde le ha prometido a Chambige y a su señora pasar unos días en el castillo de éstos, y que no deje traslucir nuestro disgusto, porque Chambige le había aconsejado que no se casase con una burguesa como yo, incapaz de comprenderlo; razón por la que creía que nuestro matrimonio sería desgraciado; además, me propone que, en lo sucesivo, nos tratemos como dos amigos, y como tal me pregunta si le permito entrar al dormitorio.

Para probarme lo desgraciado que es me incluye una paginita del cuaderno de sus memorias, que escribe en el momento de mandármela, de lo que me doy cuenta porque la fecha resulta en oposición a lo que me ha dicho el día que señala.

En este papel ha escrito: «12 de junio.—En todo el día apenas hemos hablado. De caricias ni se habla entre nosotros. Con una sequedad fatigada, suele, de vez en cuando, apretarme la mano un momento.

»Su *toilette* la preocupa mucho más que nuestro amor. En el pliegue de sus labios una amargura marchita se dibuja de día en día. Parece que hubiese vivido un siglo, por el tono frío, egoísta, reservado y lento de todas sus acciones. Pero tal vez hablo así por el mal humor.»

No le doy importancia a estas niñerías; a veces, cuando está disgustado conmigo, se pone a escribir sus memorias, y como suele ocurrir que a poco de haber terminado ya le ha pasado la mala ráfaga, sin volver a leerlas ni permitir que yo las lea, las rompe.

Acepto su proyecto y vuelve a las doce para llevarme a almorzar a la Exposición de Marsella.

Me ha pedido que lo trate con la amabilidad que se

debe a la amistad y principia por darme el ejemplo, conduciéndose con una fineza y cortesía tal que degenera en cursilería; a tal extremo, que a cualquiera que nos observe se le ocurrirá que acabamos de conocernos. Tanta ceremonia entre casados es para provocar la risa, pero como no puedo reír, termino por olvidar sus majaderías y mi mal humor.

Durante el almuerzo continúa el amaneramiento exagerado y su correcta circunspección.

Hizo que me sirviesen un plato oriental y café turco, que yo nunca había tomado.

Sentí deseo loco de reír, y no sin esfuerzo logré representar con toda sinceridad mi papel de amiga, esperando que de la amistad volvería a nacer el amor.

En esta Exposición, por ser colonial, están representadas el Asia y el Africa.

La construcción de los pabellones es del mejor gusto, sobresaliendo la casa Anamita y la sección de Indochina, desde el punto de vista artístico, que es lo que me interesa.

Se ven hombres y mujeres de diferentes razas vestidos a la usanza nacional, y también las industrias de éstos.

* * *

No tardamos en alejarnos de Marsella, donde se realizó el pacto de amistad, y a la una de la mañana estábamos en Macón, donde se efectuó el del amor, sin más protocolo que el de las caricias. Tal vez por ser las últimas, o porque significaban la paz de mi alma, me parecen más amantes que las anteriores. No puedo negarlo: mi marido estuvo tierno como nunca.

* * *

30 septiembre 1906

En la estación de Cluny nos esperaban Chambige y su

entenada Marcelle, y en el castillo la señora, encantada de tenernos por huéspedes; parecía contentísima, mientras que él continuaba, como siempre, interesante por sus rarezas y el nimbo doloroso de su aureola literaria.

Enrique está muy contento; con todo, sólo aceptamos durante dos días la amable hospitalidad de los esposos Chambige.

Yo me alegro de no permanecer más tiempo, porque siento mucho frío.

Visitamos la Abadía, el Museo y el Castillo de Lamartine, que conserva el mismo mobiliario que usara el poeta, y hasta sus libros preferidos.

Es un recinto del que se ha ausentado el cuerpo, pero parece que vagase el alma.

* * *

Enrique, que había pasado días felices, al llegar a París estaba nuevamente disgustado, pero en esta ocasión supo dominarse.

XVII

LA CIUDAD TEMIDA

11 octubre 1906

Instalarnos en el departamento de la mejor manera posible me ha tenido sumamente atareada; además, nada ha ocurrido digno de ser recordado en este diario: ¡dulce monotonía!, ¡felicidad que quisiera tener siempre!

El continúa trabajando, y si fuese posible me parece que cada hora que transcurre me quiere más que la anterior.

Hoy me han contado que el Presidente del Perú había dicho que mi marido era un bohemio.

A pesar de la indiferencia con que escucho lo que refiere la gente, me apena que le juzguen mal desconociendo el mérito de su talento. El ríe, y haciendo una mueca, exclama: «¿Qué tal? Pues escribiré contra él.»

Rara vez almorzamos solos; cuando no viene Mora es Pierre Jean o cualquier otro amigo; hoy estuvo a visitarnos monsieur de Mitty y uno de los redactores de *Le Gaulois*. Monsieur de Mitty es de un trato sumamente entretenido y de finura exquisita en su conversación, lo que revela que acostumbra a tratar a gente distinguida.

Hemos reído de lo lindo contando anécdotas de los Presidentes de América, que se creen grandes personalidades cuando no son sino unos infelices, mandones arbitrarios que desconocen todo principio de justicia, de libertad y algunas veces hasta de honorabilidad.

* * *

He elegido un día de la semana para quedarme en casa: serán los miércoles; sigo en esto la costumbre establecida, porque es la única manera de que mis amigas puedan encontrarme.

Recibí al Ministro del Perú, quien posee una gran fortuna; nos ha ofrecido su palco en la Opera, lo que me alegra porque Enrique tiene el más grande desdén por todos los acaudalados y dice que son los peores amigos, incapaces de hacer un servicio y ni siquiera una invitación.

No creo que anda muy errado, pero tampoco es bueno ser demasiado intransigente.

* * *

12 octubre 1906

Está corrigiendo las pruebas de *El alma japonesa*, y yo escribo para *Blanco y Negro* algo referente a Cluny.

Le entusiasma la idea de publicar un nuevo periódico, que tratará de los intereses de las Repúblicas de la América española.

Ojalá le resulte algo práctico, porque generalmente es tan iluso que da su trabajo y el prestigio de su nombre por las promesas que le hacen y las utilidades las aprovechan otros.

Hoy nos acompaña a almorzar Ibels, y nos invita a la repetición general de una pieza suya que se representa en el teatro de Antin, que aunque pequeñito es alegre y graciosamente decorado: en la entrada hay una sala *restaurant*, donde en los entreactos cantan con acompañamiento de piano. En conjunto resulta de festiva intimidad.

Ibels, su señora y la graciosa nena estuvieron con nosotros; son muy simpáticos y sin pretensiones.

La pieza es de tesis: trata de demostrar el horror que se debe tener a la guerra.

Ultimamente ha realizado una importante campaña en

la Prensa, revelando los abusos que se cometen en los contratos con las cantatrices.

* * *

13 octubre 1906

Un día florido: en la mañana, un amigo de Enrique, el señor Tomagulis, a quien no conozco, me ha enviado un vaso con flores, y en la tarde mis amigas las señoritas New Hause vienen a verme y me traen un precioso ramo de claveles, siguiendo la costumbre de los Estados Unidos cuando se visita por primera vez a una recién casada, para que las flores le traigan felicidad.

* * *

14 octubre 1906

Es de noche y tiene que salir para mandar un telegrama a *El Liberal*, y como no está de buen humor temo que no vuelva si tiene algún encuentro, porque se deja llevar de las ocasiones que se le presentan. A riesgo de que me diese una mala respuesta, le pedí que no tardase más de las doce. Estuvo complaciente, porque volvió a la hora que le indiqué.

* * *

Ha contratado a su maestro de armas para que todas las mañanas venga a darme lecciones de esgrima, con lo que estoy contentísima, porque cualquier ejercicio físico me hace un bien muy grande, y éste principalmente, en el que se siente la emoción del ataque y de la defensa, es más animado que los otros.

* * *

Parece que fuese imposible tener felicidad completa: ha llegado correo del Perú esta semana y no me ha traído carta de mamá, lo que me aflige, porque ella sólo deja de escribirme cuando no está bien de salud.

Como sufre de un mal crónico incurable, la idea de que puede empeorar no teniendo a su lado ninguna persona de su familia, me desespera; aunque a Enrique no le gusta que vaya al Perú, si fuese necesario no me impediría que hiciese este viaje.

Parece increíble: con todo lo que la rogamos y hasta haber hecho papá un viaje especial para traerla, no quiere venir a Europa.

Al instante recibo *Blanco y Negro*, donde han publicado el artículo mío de Lourdes en lugar preferente con cuatro ilustraciones, y esto, que en otra ocasión me hubiera halagado, hoy, debido al abatimiento de mi espíritu, no me causa el menor placer.

¡Pobrecita mi madre adorada!

* * *

15 octubre 1906

Los entusiasmos de mi marido, cuando le da por el amor, no conocen límites ni moderación.

Las neuralgias horribles que generalmente sufro cuando recibo una fuerte impresión me obligan a guardar cama; a consecuencia de la laxitud y cansancio que siento, desearía estar sola, lo que es imposible porque Enrique no se contenta con estar en la habitación, sino que se acuesta a mi lado, y así, leyendo, permanece horas enteras.

Cuando anuncian que el almuerzo está listo hace traer una mesita al lado de mi cama y me acompaña, a pesar que le he pedido que vaya al comedor, donde estará más cómodo y mejor servido.

Pasó toda la tarde conmigo, hasta que llegó un invitado a comer, al que quería dejarlo solo para no separarse de mí. No sin trabajo logré convencerle de que estuviese con su amigo y que más bien cuando terminase la comida le

advirtiese que, por estar yo enferma, necesitaba atenderme.

Cuando no la veían, Melaine reía hasta no poder más.

La primera fuente que llevó a la mesa, Enrique la volvió diciéndole: «Sirva usted primero a la señora.»

Al segunso plato vino a preguntarme si necesitaba alguna cosa; a los postres dejó solo al comensal por segunda vez y me contó muy contento que creía que se iba en seguida, porque cuando le preguntaron que si tomaba te o café respondió que nada, porque, teniendo que hacer, se retiraría al momento.

Contrasta el cariño de hoy con la acritud de hace pocos días.

Cuando volví de la Opera, donde fuí con mi hermana, él ya estaba acostado; yo tenía un vestido de gran escote, muy lindo, de muselina de seda, todo blanco, cubierto de encajes, y al verme entrar se cubrió la cara con la sábana.

Al día siguiente me refirió que no había querido mirarme porque yo estaba muy fea y con un vestido horrible.

No quedó allí; mientras recibía mi lección de esgrima oí que desde el dormitorio me llamaba; mas como no acudí, al momento vino a buscarme, diciéndome: «Ven tú un instante y ve.»

Había arrojado mi vestido de encajes finísimos al suelo. «¿Por qué has hecho eso?» «No encontraba mis pantalones.» «Tienes razón; a Melaine le he encargado que tenga tu ropa lista, y es muy odioso no encontrar a tiempo lo que se necesita.»

Así terminó este diálogo. y continué el asalto de esgrima deseando dar una estocada a fondo, de lo que me abstuve, pues el maestro no se defiende el pecho y no puedo evitar el temor de hacerle daño.

XVIII

LA VISITA MISTERIOSA

16 octubre 1906

Estoy intrigadísima con lo que ha ocurrido en casa; Enrique ríe; si yo creyese en los aparecidos o en el espiritismo, éste era el caso de convencer al más incrédulo.

Era ya tarde cuando Melanie me anunció que había un *monsieur* que preguntaba por monsieur Carrillo, y que al enterarse que no estaba en casa respondió que le esperaría.

Encargué a Melanie que le observase sin ser vista. Vuelve ésta y me cuenta: «Madame, está sentado en el salón, mirándolo todo. y se ha puesto a fumar; no debe ser *come il faut*, porque ha lanzado un escupitajo sobre la alfombra.»

No tardó en llegar Enrique, y le dije: «¿Ya viste al que te estaba esperando?» «Sí, es Varela, que se ha fugado de la prisión de España; pero parece muy cambiado y envejecido; lo peor es que no le puedo preguntar nada, porque apenas si recuerdo su cara, a pesar de que nos hemos batido en duelo sólo hace dos años. Le he dicho que se quede a comer, y ha aceptado.»

Este hombre me producía una sensación extraña: estaba pálido y hablaba poco; en cambio comía con buen apetito, pero existía en él rara inquietud y con frecuencia miraba hacia la puerta.

Esperaba que contase cómo había podido evadirse de la cárcel, tema del que se abstuvo en absoluto, y cuando me

atreví tímidamente a dirigirle alguna pregunta repuso evasivamente.

Atribuí la impresión que me produjo este desconocido a su condición de prófugo, y hasta estaba temerosa de que hubiese cometido algún grave delito.

Apenas se levantó de la mesa, muy efusivo abrazó a Enrique, le dió las gracias por haberle invitado a comer, agregando que era el de siempre, «muy generoso», y se despidió.

Enrique me dijo que no hace mucho le avisaron de Madrid que Varela estaba en la cárcel porque en un duelo había herido gravemente a su contrario, considerando prodigioso que hubiese podido huír, y que él iba a comunicar la noticia a *El Liberal*, lo que por desdicha hizo, levantando en Madrid tremenda polvareda.

Los periódicos telegrafiaron a Zaragoza, de donde respondieron que el señor Varela permanecía en la prisión, sin pensar en evadirse, cumpliendo su pena.

Enterado Enrique de todo lo ocurrido, y no acertando a comprender la mixtificación de que había sido víctima, recurrió a contarle sus cuitas a Luis Bonafoux. Este vino a casa y escribió una crónica divertidísima, titulada «La sombra de Varela», en la que consideraba como a la persona más atinada y observadora de casa a Melanie, por aquello de que un señor no escupe en la alfombra; además imaginó haberla encontrado haciendo los sabrosos tamales peruanos.

Mora también vino, y mandó otra crónica al *A B C* sobre el mismo tema.

¿Quién fué el individuo que cometió el engaño, y qué fin persiguió con ello? Dentro de esta historia caben todas las suposiciones: hasta la de la reencarnación de los encarcelados, por aquello de que la celda parece una tumba, por lo menos moralmente.

* * *

17 octubre 1906

Realicé el gran deseo de conocer a Bonafoux; tanto ha-

bía oído decir de su pluma terrible y de su mala lengua, que le supuse un maldiciente feroz que a nadie guarda ley, al extremo de no simpatizar con persona alguna.

Me sorprendió gratamente la franqueza con que se expresa, arriesgando contraer las enemistades que el decir la verdad ocasiona; lo que revela, más que atrevimiento, un gran valor.

Como era la primera vez que le trataba, me concreté a escucharle, prometiéndome conquistar la amistad de esa alma salvaje con tanto talento cuanto mayores eran los odios y censuras que motivaba.

Después supe que al preguntarle Enrique cuál era la impresión que yo le había producido, le respondió que mi frente era sorprendente y que algo significaba, con lo que mi marido está muy satisfecho.

Le preocupa mi apariencia tranquila, que yo exagero por creerla conveniente para ejercer alguna influencia cuando sus nervios están excitados.

Posiblemente él mismo teme que la ira le impulse a cometer algún exceso, o tal vez sea simple charlatanería. No sé cómo calificar el diálogo que tuvimos la otra mañana: «¿Qué harías si yo te pegase?» «No sé—contesté—, porque te creo incapaz de cometer semejante villanía, y con sólo imaginarlo me parece ofenderte; pero estoy segura de que a cualquiera que me tocase le respondería disparándole un tiro.» Y como le hablase serenamente, sin inmutarme, me escuchaba asombrado. No tardó en responderme: «Sí, lo creo de ti, y lo harás con la calma que me hablas ahora; con razón tu frente ha llamado la atención de Bonafoux.» Es mejor que me crea con valor de llegar a ese extremo.

Verdaderamente no sé de lo que sería capaz si se me presentase esa situación. Lo que ignora es que jamás he disparado un arma de fuego, que el traquido me inspira más temor que el arma misma, y que ni siquiera toco su revólver.

Me lo ha dado para que lo guarde en mi mesa de noche, porque no desea tenerlo en la suya, donde queda al alcance de su mano.

Después del pisto de valentía y de serenidad que me he

dado ante él, no me atrevo a confesarle que me causa miedo acercarme al velador, no sea que se escape el tiro.

* * *

18 octubre 1906

Llegan los diarios de Madrid, donde dan razón del duelo que ha tenido Varela: cuentan que éste apuntó antes que los padrinos diesen la señal, y que su adversario está gravemente herido; luego rectifican la noticia comunicada de París, referente a que había comido en casa de Gómez Carrillo, asegurando que continuaba preso en Zaragoza.

Es curioso cómo sin estar en antecedentes ni haber conocido a Varela le dijera a Enrique: «Me parece que este señor estuviese bajo el peso de un remordimiento. Estado de ánimo que supongo debe tener el verdadero Varela.»

Se me ocurre que Varela es el que estuvo con nosotros, y que se ha fugado, aunque aseguren lo contrario el Ministro, el Juez y los *reporters* de todos los diarios.

El resultado es que Enrique aparece habiendo comunicado una falsa noticia, y que *El Liberal* ha cometido una plancha periodística.

Temo que Enrique pueda sufrir las consecuencias de su equívoco, pero él disipa mis temores asegurándome que todos le conocen y saben que es incapaz de una falsedad, que se darán cuenta de que ha sido víctima de un engaño.

* * *

Paso una tarde muy entristecida. Han venido varias amigas a tomar el te conmigo, pero en todo ha de haber para mí motivo de contrariedad: mandé arreglar un vestido a una costurera que vive en casa de madame Mora, y casualmente esa mañana se le antojó a Enrique ir a

ver a Mora, lo que ocurre rara vez. Ahí le contaron que la modista se había acostado muy tarde cosiendo un vestido de *soirée* para una recepción que yo daba.

Como es natural, creyendo lo que le decían, se ha resentido conmigo, pues no sospechó que, sin duda, aludían a mi día de recibo.

* * *

19 octubre 1905

Hoy no salgo de casa, porque tengo que sacar varias copias. Vino el señor Romojara, que escribe para *La Correspondencia Militar*, y almorzó con nosotros; me parece que tiene un alma bondadosa y sincera. Sus palabras cariñosas traslucen sus buenos sentimientos; es sumamente amable y sé que él ha dicho tenerme gran simpatía.

No creo que sea de los que fomentan en mi marido la afición a la vida del café.

* * *

Ha llegado R., con su señora, de España, y con el pretexto de acompañarles a pasear sale desde por la mañana y sólo vuelve a la hora de comer, en compañía de Bonafoux, a quien ha invitado.

Me encanto escuchándole, porque tiene una conversación muy ingeniosa y divertida, que contrasta con la austeridad de su fisonomía, propia de los temperamentos biliosos y de los caracteres ásperos; en cambio a él parece que no le agrada la sociedad de las señoras.

Se le ocurre que el que estuvo aquí diciéndose Varela fué un estafador, y, al contrario, Romojara supone que fué Varela en persona, y que de París partió hacia España para presentarse prisionero.

* * *

20 octubre 1906

Viene a almorzar el matrimonio R., que no me interesa a pesar de que la señora es joven y bonita; a este señor poco le falta para instalarse cual si estuviese en su casa; entra y sale por todas las habitaciones, como si sólo viviese aquí un hombre soltero; me imagino que para él yo no existo. y por la ley de las compensaciones, en la tarde recibimos la visita de monsieur de Merville. que es muy bien educado y distinguido.

También vino Mora. quien me ha obsequiado con dos magníficas fotografías de los Reyes de España. Causa pena verle, porque ha estado muy enfermo y conserva un aspecto alarmante: parece que no vivirá mucho tiempo.

* * *

Enrique me lleva a comer al «Restaurant Español», y después de ver trabajar, en el Teatro Olympia, a Colette Willy, la conocida literata de la que todos cuentan que ella escribía los libros que su marido firmaba.

Esta es la opinión de críticos y letrados, quienes aseguran que las más notables novelas de Willy revelan una psicología que no es dable escribir sino a una pluma femenina.

Acaba de romperse este matrimonio. lo que ocurre con frecuencia en Francia, y que me choca porque considero que entre católicos el vínculo debe durar toda la vida.

Una escritora del talento y reputación de Colette desmerece y se desprestigia presentándose en el teatro no siendo artista profesional.

Representa el papel de Romanicela en una pantomima que han escrito especialmente para ella y su amiga la marquesa de X. Se puede decir que aquella noche casi no estaba vestida, porque apenas le cubrían el cuerpo unos cuantos andrajos.

Dicen que es rubia y bonita, pero como estaba transformada en morena no tenía belleza alguna; con todo, luce

un cuerpo fino y esbelto; además, ha logrado darse una apariencia exótica interesante.

Aseguran que la primera vez que se presentó en el teatro estuvo enteramente desnuda, lo que no agradó al público, porque aunque acude a verla, sale poco complacido.

He escuchado un juicio que demuestra la moralidad francesa, a pesar de que a París se le acusa de ser la ciudad más inmoral del mundo.

Alguien ha dicho: «Al teatro no se va a mirar desnudeces, sino arte.» Este criterio es el que domina, porque estas representaciones no continuarán.

* * *

21 octubre 1906

Otra tarde en que me quedaré sola. Hoy tiene lugar la comida mensual del «Restaurant Español».

En este caso ni siquiera tengo derecho a quejarme, puesto que estas comidas, cuyo fin es el de divertirse, tienen, sin embargo, la excusa de ser una obligación literaria.

¡Y pensar que cuando uno se casa lleva la ilusión de estar siempre con su marido!

* * *

22 octubre 1906

Pierre Jean, siempre silencioso y servicial, viene casi todas las tardes con Enrique, del que es excelente amigo.

Para visitar las exposiciones de pintura resulta un guía inmejorable, pues como tiene que hacer la crítica artística para diversas revistas siempre que se exhibe algo que llame la atención, nos da el aviso oportunamente.

Si no fuese porque trata de entusiasmar a Enrique para que se interese por la pintura, prescindiría de este

arte, que no lo comprende, y sobre el que nunca escribe; llega su ignorancia al extremo de no saber la ubicación que corresponde a un cuadro para que reciba la luz que le corresponde.

En mí pasa lo contrario, porque si no me dominase la afición literaria seguramente me habría dedicado a la pintura: a tal punto me seduce como medio para manifestar las emociones de belleza que uno recibe.

Ya me atrevo a dar mi opinión sobre este tema, un tanto difícil de dilucidar, según la generalidad de los pintores, pues se quejan de no ser comprendidos aun por los mejores críticos. Quedo encantada cuando les place la mía, adquiriendo así el convencimiento de que no ando desacertada en la senda sutil que marca la interpretación de la luz.

* * *

23 octubre 1906

Vuelvo a reanudar las lecciones de esgrima; el profesor es inmejorable, lo que no impide que sea un bruto; tengo una pierna negra de los pinchazos que me da.

No le permito que la espada me toque en el pecho, porque me estropearía el escote.

Juzga a Enrique como a un eximio esgrimista, pero que como marido deja que desear, y aun en su manera de vivir, porque ha tenido excelentes relaciones que no han querido seguir frecuentándole a causa de su carácter pendenciero.

Este maestro de armas es la perfección en persona: su credo político es realista; opina que en las monarquías el Tesoro público sólo lo despilfarra el Rey, mientras que en la República son muchos los que lo disfrutan. Es de los que se conforman con el adagio: «del mal, el menos».

En su hogar es recto y limpio de culpa, como el acero de su espada; toda la semana trabaja, y el domingo pasea en compañía de su mujer y de sus hijos; divertirse solo,

sin la familia, lo considera una indignidad que él no cometerá jamás.

He principiado los asaltos y ya sé defenderme. ¡Y pensar que aún no he aprendido a defenderme contra las tristezas de la vida!

Enrique está de muy buen carácter y cariñoso conmigo; me dice que ha dejado la esgrima porque no le hace falta desde que yo estoy aprendiendo, y que por igual razón ha abandonado el cigarrillo desde que yo fumo.

* * *

24 octubre 1906

Un día tonto, sin hacer nada, absolutamente nada; ni siquiera pensar.

* * *

25 octubre 1906

Por primera vez Enrique se priva de salir a la calle por no estar bien de salud.

Lo atribuyo al mal tiempo; llueve, ¡y de qué modo!

Espero que un día de descanso lo reponga, porque es muy fuerte y jamás se enferma.

Cuando me casé me pidió que escribiese mis memorias con toda sinceridad, prometiéndome no leerlas nunca; alguna vez que me ha visto con el cuaderno abierto, riendo me ha dicho: «No me trates mal; espero que no escribas nada malo de mí.»

Hoy ya no lo recuerda y le parece que no debo escribirlas, porque la gente feliz no tiene memorias.

* * *

26 octubre 1906

Ha venido el editor Sanzó, quien desea hacer la segunda edición de *L'âme japonaise;* me cuenta que este año es el libro que más se ha vendido; no me sorprende que haya alcanzado gran éxito de librería, porque sus páginas, especialmente en lo que se refiere a las descripciones, son de una fuerza prodigiosa, y el público gusta sentir emociones intensas.

XIX

PRELUDIOS TURBADORES

2 noviembre 1906

Tible viene a pasar una corta temporada en París, lo que da por resultado que Enrique casi no viva en casa: almuerza y come fuera, y como si esto no fuera suficiente, vuelve ya de madrugada, a horas imposibles.

Ni siquiera me guarda las consideraciones de antes cuando estoy enferma.

Se ha operado en Enrique un cambio radical.

Si acepto sus imposiciones temo que nada le contenga y que la impetuosidad de sus pasiones produzca en nuestra unión un desborde incontenible que me condene a un martirio que yo no soy capaz de aceptar.

Comprendo que en la vida común se hagan concesiones mutuas de recíproca tolerancia, mas no que el marido disponga libremente de su voluntad entregándose a extravíos censurables, mientras la esposa permanece encerrada en la casa, que desde ese momento deja de ser el hogar de los apacibles goces para transformarse en cárcel improvisada por el absolutismo del hombre y el doblegamiento de la mujer.

Pensé que, si cedía la primera vez, estaba perdida para siempre.

Al anunciarme que salía a comer con Tible comprendí que se iniciaba la separación completa de nuestras almas.

Antes, al dejarme sola, recurría a un pretexto cualquiera, a una disculpa, y aunque me daba cuenta del engaño,

lo aceptaba simulando creerle, mas sin poder ocultar la tristeza de mi corazón, que reflejaba mi rostro.

Hoy la situación es otra, pues existe la declaración franca y categórica, que equivale a decir: «Salgo porque quiero, y tú debes quedarte porque yo lo ordeno.»

Sin inmutarme, tranquilamente, sofocando la pena que me ahogaba, la indignación, que me provocaba a lanzar un grito formidable de rebeldía, le dije: «Si tú sales con Tible, yo iré al teatro con mi hermana.»

Pálido por la cólera, que no puede dominar, insiste, repitiéndome varias veces que me quede en casa.

Aparentando serenidad, le replico: «Si no quieres que salga, tú tampoco debes salir.»

El artista despreocupado, el escritor imaginativo que me subyugaba con el milagro de su ingenio, había desaparecido y sólo tenía delante de mí al hombre impertinente, al intruso, al recién conocido, al que en ese momento ningún afecto me vinculaba.

Su capricho debía triunfar, debía imponerse.

Antes de salir me repite nuevamente que no vaya al teatro.

Pasado el primer impulso, movida a la bondad, le pregunto: «¿A qué hora vuelves?», y me responde secamente: «No sé.»

Mi hermana me aconsejó que no saliese, por estar Enrique seriamente disgustado.

Le contesté: «Si tú no me acompañas, voy con Melanie.»

* * *

Desde entonces apenas si cambiamos las palabras necesarias para decirnos lo indispensable, hasta que al fin, hablando sin pasión, llegamos a tratar extensamente del género de vida que lleva en la actualidad.

Le hago notar cómo dos días de orden, de método higiénico, de dormir las horas que la naturaleza exige, le bastan para normalizarse y estar contento.

Mis palabras resultan vanas: su cerebro desconoce la reflexión.

En suma, pretende que le es imposible dejar de salir libremente, porque se debe a compromisos que le son inevitables, y terminó diciéndome que me fuese al Perú, conforme yo deseaba, puesto que así se lo había manifestado en diversas ocasiones.

* * *

Estoy profundamente abatida por el choque continuo con que lastima mi sensibilidad su carácter temerario, y sin desear abandonarle, porque también estoy convencida que a pesar de sus terribles defectos es bueno, buenísimo, y de esta bondad espero alcanzar que no mueran mis últimas ilusiones.

Trato de descifrar el enigma de mi vida conyugal y me pierdo entre un futuro de vagas esperanzas y de crueles realidades en el presente.

¿Qué no he imaginado?, ¿qué no he pedido a mi corazón y a mi entendimiento para que me iluminen en este camino de la cruz que imponen el deber y el amor?

Dulcedumbre e indiferencia, celos, energía, lenidad, caricias y súplicas: todo mi empeño ha resultado inútil; todos mis propósitos son infructuosos.

Desearía engañarme y que así transcurriese el tiempo, halagada por el anhelo de su posible reforma; pero la verdad es cruel y me despierta, destruyendo el castillo forjado sólo con la deleznable arcilla de los encantos del amor.

Enrique no variará nunca, ni lograré retenerle; hará siempre lo que se le ocurra, sin dominar el desenfreno de sus caprichos.

Este triste convencimiento se va apoderando de mi alma, privándome de todo consuelo.

Pretende que mis salidas obedecen a un deseo de venganza, mientras que las de él son una necesidad.

Esto es un absurdo; exige de mí un imposible: un aniquilamiento absoluto de mi voluntad.

Después de todo, ¿qué mal puede haber en ir al teatro

a distraerse un momento y a disipar el hastío de todas las horas?

* * *

Algo pasa en mí que no lo sospechaba, y es que la desilusión se apodera de mi alma y su fuerza destructora podrá privarme de todo aliento durante mi vida.

Medito en el silencio de la noche, en el recogimiento solitario de las horas que prolongan su ausencia.

Y estas meditaciones me destrozan el corazón.

* * *

3 noviembre 1906

Del café me envía estas líneas:

«Como tengo que ir a cobrar a *La Nación* y a ver a Tible, no sé si vendré a almorzar. Pero ya tú sabes que cuando no esté aquí a la una o a las ocho y media es porque como o almuerzo afuera.

»Por tu parte, puedes ir a todos los lugares que quieras, acompañada de quien quieras.

»Pero debo advertirte que hay una diferencia, a saber: que yo tengo necesidad de ver gente y salir, porque tengo que ganar la vida, mientras tú no tienes necesidad alguna de salir.

»Ya en el café, Bonafoux y Tible comenzaron a bromear, diciéndome que me apresurara a volver a casa, no se fuera mi mujer a ir al teatro.

»Con suavidad, pues, sin que nadie se entere, te ruego que pienses seriamente en que la vida, considerada como tú quieres, con la convicción de que si yo salgo tú también has de salir, no me conviene.

»Si es cierto que tú no eres resignada, como te complaces en decirlo, lo mejor es que, antes que nos agriemos la vida del todo, que nos separemos.

»Tu madre te llama con insistencia. Yo te autorizo a irte y a permanecer a su lado indefinidamente.

»De lo contrario, o tú aceptas la vida como todas las mujeres que quieren aceptar la vida tal como es, o tendremos que llegar a una existencia muy amarga.

»Yo no he tenido jamás la intención de pasarme las noches en la calle ni de comer todos los días fuera. Pero sí quiero que, cuando por cualquier razón no puedo quedarme en casa, mi mujer no se vaya a la calle.

»Para eso, la existencia con mis amigas de Montmartre era preferible, pues siquiera tenía la poesía de poderse romper cualquier día y la ventaja de no ponerme en ridículo.—E.»

* * *

¡Valiente tonto! ¿Imposiciones de amo y señor conmigo?

Además, ¿qué puedo ya esperar de un hombre que cita con preferencia, y hasta quizás añore, la existencia que le proporcionaron las mujeres de Montmartre?

Si emplease otra forma, si me lo pidiese con cariño... Quién sabe, tal vez...

¿Quién no cede ante la súplica?

Estoy acostumbrada al mimo con que siempre me han tratado mis padres, y ahora, ¿deberé obedecer a un marido déspota?

Comprendo, más aún, he adquirido la certidumbre de que continuar amando a Enrique es fomentar conscientemente la desgracia de toda mi existencia, un pesar de todos los días, un dolor de todas las horas.

Si mis exigencias nacen del amor, queriéndole menos posiblemente llegará a serme indiferente y tal vez seremos menos desgraciados.

Dejar de amarle, arrancar de mi corazón este amor, será una lucha dolorosa, pero necesaria, de la que espero triunfar y hasta conseguir la ventura de la paz después de haber llorado la muerte de la dicha conyugal.

Ya no será el Enrique por mí soñado, dueño de mis alegrías ni capaz de hacerme feliz.

¿Y por esta senda que me abro en el vacío deberá caminar mi alma solitaria?

Recurriré al consuelo que procuran los libros, y sus más bellas páginas me llevarán hacia la región intangible de la fantasía.

Estudiando mucho, escribiendo más que ahora, paseando, tratando de distraerme, en fin, haré algo o haré mucho.

Sólo sé que no puedo resistir esta vida de encierro, de soledad, mientras que él corre por los cafés.

La noche, evocadora de novelescos ensueños, sólo tiene para mí el tormento del desvelo y una pesadumbre solemne en la que sólo siento agitarse mi corazón, inquieto por su ausencia.

El péndulo agresivo de mi dolor me hace recordar la hora: son las dos de la mañana cuando él entra, como acostumbra ahora.

Recurro, para disimular la emoción que debe expresar mi rostro, no ya a una máscara de indiferencia, sino de hielo, y permanezco en completo silencio.

La pasión ama la alegría y el placer que procuran las alcobas festivas; grave melancolía envuelve la nuestra, de la que han desaparecido las áureas galas de la dicha.

La pasión desaparecerá, y con ella las mutuas caricias que fundían nuestras almas hasta llegar al inconsciente olvido.

Tal vez Enrique las extrañe un día cuando ya será tarde; lo que se aleja de mi alma no vuelve; lo que se desarraiga de mi corazón no vuelve a brotar.

Mi sentimentalismo es de diáfana fragilidad al transparentar sus emociones, mas si se quiebra no admite soldadura, y estos vaticinios desencantados se extienden aun hacia la amistad, pues cuando desestimo me es imposible volver a sentir la estimación perdida.

He oído decir que el corazón es como los niños traviesos y juguetones, que huyen de la soledad; además, que siempre anda buscando donde enredarse y que es imposible vivir sin amar. ¡Dios me permita vivir sin amar!

Me prometo, de hoy en adelante, no considerar a mi

marido sino como a un amigo y reducir mi vida matrimonial a cumplir con mis deberes de casada.

¿Será posible pasar así toda la vida? ¿Podrá la adversidad fomentar acontecimientos imprevistos hasta que llegue el día en que sea capaz de faltar a la fidelidad que he prometido?

Estoy intranquila, y por eso imagino absurdos. ¡Soy incapaz de cometer semejante ruindad!

Apelo a mi voluntad, y no me escucha: ¿energías?..., palabras, palabras; sólo la tristeza es fuerte, sólo el dolor es positivo y muerde...

* * *

4 noviembre 1906

Quiere aparentar buen humor y gran alegría, pero como es incapaz de simular lo que no siente, hay momentos en que le veo caviloso.

Después del almuerzo vienen mis sobrinitos para que los lleve al circo; comprendo que Enrique hubiese deseado que no saliese, tal vez por no quedarse solo, y aunque me contraría no ser complaciente, prefiero dar gusto a los nenes.

Mientras que almorzábamos le dije suavemente, sin inmutarme, que deseaba tener una cama para mí sola, de modo que no me despertara cuando llega tarde; se puso muy pálido y guardó silencio.

* * *

5 noviembre 1906

Por medio de la jocosidad del chiste cree que me va a hacer reír y que le voy a tratar como antes. Esta mañana ha cometido tantos disparates que había motivo para reír a carcajadas.

Vino a almorzar Chambige, con otros amigos franceses.

Enrique estaba con bata y en pantuflas cuando anunciaron que el almuerzo estaba servido; me dijo que pasase al comedor con los invitados mientras el se vestía rápidamente.

No tardó en presentarse, transformado de tal modo que no lo hubiese ideado ni un payaso: continuaba sin medias y con pantuflas; se puso el pantalón del chaqué, el chaleco del vestón y encima de todo esto una levita negra. No tenía camisa, y por consiguiente ni puños ni cuello.

Todos nos miramos, mordiéndonos los labios para no reír, mientras él permanecía muy serio; alguno le dirigió una broma sobre su indumentaria, a lo que él respondió que no tenía importancia; cuando le pregunté por qué no estaba vestido como todos los días, contestó que no había encontrado lo que necesitaba, por lo que fué al guardarropa, de donde sacó la levita; pero que como no halló el calzado había preferido venir así y no hacernos esperar.

En ese instante llamó a la puerta uno de sus admiradores, que deseaba conocerle personalmente.

¿Qué hizo? Sencillamente, fué a recibirle conforme estaba.

Apenas salió Enrique del comedor se dejó oír una carcajada general.

Chambige fué el primero que habló: «Quisiera preguntarle al que acaba de llegar qué piensa de Carrillo.» Otro agregó: «Como está de pie no le verá las pantuflas.»

No tardó en volver, con su frase habitual en los labios: «¡Bah!, uno de América que acaba de llegar.»

Estuvo espiritual en la conversación, como pocas veces; todos le festejaban, menos yo.

Cuando pasaron a su escritorio, donde se sirvió el café, yo me retiré pretextando que tenía un compromiso que me obligaba a salir.

Destaparon botellas, y el humo de los cigarros se escapaba por la puerta, entreabierta. No sé el tiempo que allí permanecieron, ni me interesa saberlo.

* * *

6 noviembre 1906

Nuestras relaciones continúan sin cordialidad.

He pasado días de infinita melancolía, y aún la tristeza que se ha apoderado de mi alma no me abandona; pero principio a resignarme a este nuevo género de vida que se ha establecido entre nosotros.

El, que principió por reírse y no hacerme caso, ahora parece seriamente disgustado.

No come en casa, y sólo vuelve para dormir, a altas horas de la noche.

No impidiéndome que salga, no tengo derecho a quejarme.

Me parece que hubiese perdido la espiritualidad que le distinguía; en la intimidad resulta un tanto vulgar, aburrido y fastidioso.

Jamás deja de traer gente nueva a almorzar; esta mañana le tocó el turno, que resultó desdichado, a un joven de Centroamérica, hombre de mundo, fino y muy bien educado, quien tuvo la gentileza de enviarme un hermoso canasto de flores.

Digo el turno desdichado porque no puede calificarse sino como desdicha tener que presenciar la escena que ocurrió en casa.

Me imagino que el amigo quedaría arrepentido de haber aceptado la infortunada invitación.

Durante el almuerzo tuvo Enrique una de esas ráfagas de ira incontenible, de la que me hizo víctima, al extremo de levantarme la voz, lo que rara vez ocurre, porque aunque suele decirme palabras hirientes lo hace dominando el gesto agresivo.

Yo, delante de una persona que por primera vez veía, estaba confusa, avergonzada, encendida en rubores; hubiese querido meterme debajo de la mesa; contenía las lágrimas que me asomaban a las pestañas, y el infeliz presenciaba todo esto tratando de nada ver, de nada oír.

Enrique, al levantarse de la mesa, pasó a su escritorio, dejando a este señor en el pasillo, el que me dirigió aten-

tas palabras tratando de aliviar mi angustia, la que conforme pasaban los minutos, lejos de calmarse, me ahogaba; todo fué escucharle y yo largar el llanto y reventar los sollozos en explosión estruendosa.

Avergonzada hasta lo indecible, corrí a esconderme en mi habitación.

* * *

9 noviembre 1906

He conocido a Emilio Bobadilla, que usa el seudónimo de «Fray Candil». Es uno de los escritores contemporáneos de los que más leo, por ser corresponsal de *El Comercio*, de Lima; se dedica a la crítica literaria, de igual modo que Bonafoux; aunque insolente y atrevido como su colega, carece de la fuerza y del chiste sarcástico con que aquél divierte al lector.

Bobadilla es audaz, pero con aspereza; se encierra dentro del límite de la seriedad reflexiva, a la que le falta la filosofía analítica. Pretende agradar con una riente espiritualidad que desconoce su pluma.

Admira con justicia a Pérez Galdós, al que tampoco prodiga los elogios que merece; en cambio trata duramente a Blasco Ibáñez, del cual ha escrito lo siguiente: «Blasco Ibáñez es un imitador de Zola. No es, en rigor, un artista de la palabra. Su estilo es adiposo, lento, farragoso, lleno de frases hechas y de lugares comunes.

»Su mérito principal reside en su visión fuerte de las cosas. No es un psicólogo como Pérez Galdós, ni un paisajista como Pereda; ve bien la superficie de las cosas y traduce con calor levantino las sensaciones y los apetitos. Produce con una rapidez que hubiera puesto los pelos de punta a Flaubert: en un año despacha dos novelas de cuatrocientas páginas cada una. No es un novelista ligero, penetrante y sugestivo. Hay que leerle a pedazos, porque de un tirón aburre y da sueño.»

Sólo por no armar un lío resisto a la tentación de enseñarle esta correspondencia a Blasco Ibáñez, en la que

le trata de modo tan desabrido, desconociendo lo que de más interesante tienen sus novelas, que es la verbosidad espontánea de su pluma pintoresca.

¡Qué divertido sería oír a Blasco, con esa afluencia de palabras que le ahogan y los sofocones que se da para que le escuchen!

Cuando le dije a Enrique que *La Catedral*, de Blasco, era lo mejor que había escrito, y que me parecía una obra maestra, me respondió, con su estribillo acostumbrado: «No es para tanto; no tiene tanta importancia; el prologuista exagera.»

Estos profesionales, artistas de la palabra, al no encontrarse similitud ni parecido literario, se critican todo; por suerte no faltan también los que admiran todo, o por lo menos casi todo.

Yo tengo tan poca fe en mi correspondencia literaria que si no fuera porque Enrique me estimula para que continúe escribiendo no sería capaz de dar a la publicidad ni una cuartilla.

La correspondencia de Bobadilla, que tengo en las manos, me intriga.

¿Es posible que a la Condesa de Pardo Bazán, que es uno de mis ídolos, le trate como si fuera de barro?

De ella ha escrito: «No es una gran novelista, ni chispa. Lo bueno que ha escrito no es suyo, lo ha traducido del francés. Por ejemplo: sus conferencias sobre la novela rusa están tomadas literalmente de *Le Roman Ruse*, de M. de Vogué; su libro sobre San Francisco de Asís está calcado en *Les Potes Franciscaines*, de Ozanan; muchos de sus cuentos son copias serviles de cuentos rusos y franceses. En un periódico de Madrid se publicaron hace tiempo dos columnas de estos plagios. La Pardo Bazán tuvo una época en que tradujo con soltura y elegancia. Con los años, su estilo ha perdido frescura y nervio.»

A esta ilustre escritora la critican por ser mujer, y de mucho más talento que la mayor parte de todos sus críticos. Yo qué sé si principió a adquirir celebridad plagiando a autores franceses; con todo, sería natural que estuviese bajo la influencia de la literatura francesa desde que vino a Francia con el fin de estudiarla.

Sólo al referirse al inmortal Larra se dulcifica Bobadilla; oídle: «En Larra había, además, lo que no abunda en la literatura española: ternura y tristeza. La raza española, en general, es dura, seca, rectilínea, sin matices, y estos caracteres puede que los deba a sus siglos de catolicismo acérrimo y de guerrear sin tregua.»

* * *

El aspecto de Bobadilla, a pesar de ser bien plantado, refleja un tanto lo indefinido de su literatura; no es francamente burgués, ni tiene la despreocupación de los artistas.

Es casado con una mujer interesante, de clara inteligencia, y un tanto letrada, porque ha ejercido el Profesorado; posee lo esencial: suficiente ilustración para comprender a su marido, a quien adora, admirándole con ardor, y lo hace acertadamente, porque lo primero que cita de él son los buenos versos que escribió en su juventud.

Es hija del célebre poeta de las libertades cubanas. Zenea, con el que ocurre algo curioso, porque en América es mártir de la República y en España de la Corona.

Celebro la entereza de esta señora, por ser una batalladora en la lucha por la vida.

Viene a verme con frecuencia y yo la escucho encantada, pues admiro esa sinceridad ingenua con que ensalza, tanto a su marido cuanto a su padre. Parece feliz al encontrar quien la escuche. Un día de recibo en mi casa le presenté a un señor para que la acompañase a tomar el te en el comedor mientras que yo iba recibiendo en la sala a los que iban llegando; sin duda se imaginó que trataba a un literato, porque trató de demostrarle su erudición referente a las obras de Zenea y de Bobadilla, lo que adquirió las proporciones de una conferencia, sin notar que trataba con la persona más excelente que se puede encontrar en el mundo, pero que, al mismo tiempo, también es de las más iletradas, por lo menos entre las que yo conozco, al punto que, cuando volvió a casa mi amigo, dijo que si veía a la señora literata corría al escape.

Desde temprano estaba preparada la mesa, como de costumbre, con el te, golosinas y flores; por fortuna, antes de entrar a la sala fuí a mirar si todo estaba en orden y encontré que Enrique había quitado las pasas a los *cakes*, y a los otros bizcochos las almendras; todo estaba picoteado y la pobre Melanie confundida, no sabiendo cómo reparar el perjuicio de última hora, cuando mis amigas principiaban a entrar.

* * *

Bonafoux

11 noviembre 1906

Bonafoux almuerza con nosotros y me dirige la palabra; he descubierto que es gran apasionado de la pintura, como yo; me ofrece presentarme al pintor Ignacio Zuloaga, que es su amigo; por el momento está a la moda, pues sus cuadros son el tema obligado de los principales críticos de arte, tanto en Londres cuanto en París.

Agradezco vivamente su ofrecimiento porque tengo gran deseo de conocer el estudio de Zuloaga, y más aún de hablar con él para preguntarle algo referente a su técnica, que varía un tanto de la que generalmente se empleaba hasta ahora.

Luego la conversación se enreda en la complicada política de América; le escuché decir que tenía gran admiración por mi padre; mas como no es artista, ni escritor, sino militar y político, la opinión de Bonafoux me asombra e inconscientemente mi mirada resultó interrogadora. Este se apresuró a explicarse, agregando: «El padre de usted es el único de los Presidentes de América que no ha sido ladrón.»

Generalmente se expresa así, como si tuviese en reserva las frases lapidarias; aun cuando quiere enaltecer, siempre lo hace fustigando a otros.

Al escribir es estupendo: de su pluma se escapa una literatura biliosa que, lejos de provocar enojos, causa risa; pero el Bonafoux interesante es el artista que po-

cos conocen; aunque parezca insospechable, ha escrito algunas crónicas sentimentales, y aun románticas.

Siendo un gran admirador de Zola, no pondera el realismo de este insigne maestro, sino más bien trata de encontrar, en ciertas páginas de sus novelas, una psicología conmovedora exquisitamente velada.

Y es que él mismo, a pesar de la crudeza con que escribe, es un gran romántico, si no en literatura, seguramente en su vida.

Está casado con una española preciosa y que posee el secreto de conservarse joven: tiene fina silueta y un carácter muy suave; su marido la ama inmensamente, procurando darle el mayor bienestar posible.

Se le puede citar como modelo de esposo; desde que se ha casado sólo una vez ha faltado a su casa a comer, y fué porque, estando en un lugar de campo, cerca de París, con varios amigos, se distrajeron en la hora, perdiendo el último tren; todos eran casados; no obstante, resolvieron ir a un hotel, donde pasaron la noche; pero Bonafoux volvió a la suya a pie, llegando a las tres de la mañana, después de haber caminado algunos kilómetros, por evitarle a su mujer la angustia de la espera.

Como padre también es inmejorable, pues hace verdaderos esfuerzos por educar los hijos de la mejor manera, al extremo de enviarlos a Londres para que se perfeccionen en el idioma y adquieran la correcta modalidad sajona.

La hija mayor lleva el nombre de Lágrima, porque nació en una época de grandes tribulaciones y de pesares insospechables, cuando a Bonafoux, por sus artículos políticos, y hasta un tanto anarquistas, le obligaron a salir de España.

Como sólo contaba con los recursos que le procuraba el periodismo, y para viajar necesitaba algo más, que él no poseía, sospechando que si se presentaba en el hotel sin tener suficiente equipaje para garantizarle en el pago no le recibirían, llegó a París con seis baúles llenos de piedras y de papeles.

En otra ocasión, encontrándose sumamente enfermo, con fiebre, tuvo que escribir una crónica, a pesar de que el médico le había prohibido que hiciese trabajo alguno;

cuando la terminó, a consecuencia del esfuerzo realizado sufrió un largo desmayo, al extremo que parecía moribundo. Algún tiempo después oyó que celebraban esa correspondencia y la juzgaban como una de las más jocosas y divertidas que habían leído de él.

Me cuenta que el estado de su ánimo o el de su salud en nada influye en sus escritos; que conserva la amenidad de costumbre y, lejos de darle a esta cualidad la importancia que debería, exclama: «Son simples esputos.»

Habría que preguntar: ¿a qué da importancia Bonafoux?

Vive en un lugar de campo, cerca de París, y sus libros, entre los que tiene magníficos ejemplares con dedicatorias de hombres célebres, los ha depositado en un desván, al que sobrepasa en importancia el gallinero; es verdad que en el gallinero tiene lindísimos gallos de pelea.

Cuentan de él que, estando en Biarritz, subía con sus hijos por un camino que formaba zigzag, y que los chicos, después de haber vaciado una lata de galletas, jugaban con ella a modo de pelota, con tan mala suerte, que rodando cayó encima de la cabeza de un individuo que se encontraba en la parte baja de la ruta, quien llamaba a gritos a Bonafoux. Este, sin responderle, continuó su camino, aumentando así la ira del agredido, que se dió a correr, agitadísimo, hasta darle alcance, llevando la lata vacía en las manos, y le dijo: «Se la va a comer usted», y Bonafoux le contestó, cortésmente descubriéndose la cabeza, y con gran serenidad: «¿Está llena, señor?», lo que desconcertó al interpelante.

Lo más interesante en él, y que le distingue, es su piedad con los miserables, de cuyos dolores participa y les defiende corriendo riesgos que pocos aceptarían.

Narrando una desgracia que ocurrió en París, escribió: «Pues bien: la catástrofe del «Metropolitano» paréceme inmensamente más cruel que la catástrofe del Bazar de la Caridad. Paréceme una infame mueca arrancada al dolor de vivir en la caliginosa noche de un subterráneo.

»Los aristócratas del Bazar de la Caridad murieron entre gasas y perfumes, al caer de una esplendorosa tarde.

Las obreras del «Metropolitano» murieron, entre toscas blusas y sudores malolientes a trabajo, en una noche que con razón se ha calificado de dantesca.»

He sabido que no hace mucho tiempo Bonafoux y Enrique estuvieron disgustados, como si fuesen enemigos irreconciliables; pero ahora parece que jamás hubiese existido la menor desavenencia entre ambos.

Ninguno de ellos me ha dicho una palabra en este sentido, y yo aparento ignorarlo.

* * *

13 noviembre 1906

¡Qué vida, esto no es vivir!; continúa de mal humor; está intratable; además, viene siempre a las dos de la mañana; aburrida, desesperada, no sabiendo qué hacer, tuve la fatal ocurrencia de dejar una frazada en el diván de su escritorio, que en realidad es una cama, y cerré la puerta del dormitorio, con tan mal acierto, que justamente esa noche se le ocurrió volver una hora antes que de costumbre.

Estuvo furioso. Yo creí que, viendo la puerta cerrada, aprovecharía este pretexto para poder entrar en lo sucesivo a cualquier hora sin ser visto por mí; pero ocurrió lo contrario, porque llamó, tocando fuertemente.

Mi primer impulso fué no abrir; mas al instante recordé que en las piezas teatrales he visto que, cuando una mujer casada no responde cuando llama su marido, es para dar tiempo a que su amante se esconda o se escape. Así, me aterrorizó la idea de que mi resistencia pudiese serle sospechosa, y de un salto corrí a la puerta y la abrí con gran rapidez, sin darme tiempo ni siquiera para cubrirme.

Estaba pálido y temblaba de ira.

Pretendí disimular mi falta, culpando a la puerta de haberse ajustado sola, y le dije que yo no la había cerrado; pero la cama, preparada a medias en su escritorio, me denunciaba; en fin, como lo que yo había hecho no admi-

tía compostura, opté por callarme y cerrar los ojos, simulando que tenía sueño, no obstante continuó hablando: «Es la primera vez que una mujer me cierra la puerta de su dormitorio, y para que esto sucediera tenía que ser con mi mujer propia. No quiero dormir en otra cama porque ésta es mía, la misma que he tenido en Montmartre.»

Sólo le respondí: «Creí que preferías dormir en tu escritorio, porque así no te sentiría al entrar.» Y lo curioso es que, a fuerza de querer simular que tenía sueño, yo que sufro de desvelos, me quedé realmente dormida.

* * *

14 noviembre 1906

Después de lo ocurrido anoche amanecí inquieta, sin poder sospechar cuál sería la actitud que tomaría Enrique conmigo. Sencillamente me despidió como se despide a cualquiera; pretende que me vaya y le deje solo.

Yo, con la misma sencillez, le repuse: «No quiero ir a ninguna parte, porque estoy en mi casa, y aquí me quedo, al menos por el momento.»

En la tarde tomó el tren para irse a Bruselas, y yo me quedé, ¡qué desesperación!, sin saber lo que va a hacer ni lo que yo debo hacer.

¡Qué ansia de paz y de reposo siente mi alma!

Por suerte, apenas llega a Bruselas tiene la afortunada inspiración de dirigirme un telegrama anunciándome que volvería, y luego me escribió la carta siguiente:

«Querida Aurora:

»Aquí estoy desde anoche. Mi mala suerte se acentúa. He amanecido con un ojo enfermo, hinchado, rojo y doloroso. Pero eso pasará con dormir bien hoy. Lo que me apena es que mi temor de una nueva crisis de neurastenia se ha realizado. Me siento tan mal, tan mal que creo que esta vez me durará más que en mayo último. En todo el día no he logrado tener media hora de calma; estoy angustiado, crispado y vidrioso. Todo me hiere y todo me hace daño.

»Mi intención es volver el martes por la noche. Si puedo tomar el tren de las doce del día, llegaré a casa a las siete de la noche; si no, como el tren llega a media noche, iré a dormir al hotel para no molestarte, y el miércoles temprano llegaré a casa. Tengo la esperanza de que nos entenderemos ahora muy bien, y que nos probaremos que nuestra mutua amistad es sincera y grande. Yo creo que, haciéndonos concesiones, podremos vivir felices, ya que la causa de toda desavenencia, que es el amor, se ha convertido entre nosotros en una causa de avenencia, que es la amistad.

»Recuerdos a tu familia, y a ti mis afectos fraternales.

ENRIQUE.»

»Si algo hay mañana lunes, guárdamelo, aunque sea un telegrama, pues ya no me llegaría si me lo mandas el martes.»

¡Pobre mi Enrique, cuánto me aflige saberle enfermo! Me apresuro en responderle por telégrafo, para que vuelva inmediatamente. ¡Ya lo creo que le esperaré, a cualquier hora de la noche!

No es posible que, teniendo su casa, vaya a dormir a un hotel; si él hace esta propuesta es por delicadeza, debido al altercado que tuvimos.

En fin, ya todo pasó, y espero que volveremos a ser felices como antes, porque aquello de la amistad es para terminar haciéndome nuevas declaraciones.

* * *

15 noviembre 1906

Llegó sumamente triste y abatido; su fisonomía, aunque él no lo dijese, denunciaba un estado agudo de neurastenia.

Su mirada revela una pesadumbre intensa, la vaguedad se acentúa y carece de fijeza.

Me causa tan grande aflicción verle en ese estado que le trato con el mayor cariño; sólo tiene palabras tiernas para mí.

Lo mimo hasta la exageración, como se hace con los enfermos; no me cabe duda que quiero a mi marido lo mismo que antes.

* * *

16 noviembre 1906

Salió de casa a las diez de la mañana y volvió a las doce de la noche; entra y no me saluda, como de costumbre, ni me dice una palabra. Le doy un beso, al que no responde.

¿Qué habrá sucedido?

* * *

20 noviembre 1906

Viene a verme la señora de Mora, y me pregunta si he tenido algún disgusto con Enrique, porque ha ido a su casa en tal estado que parecía que estaba loco. Preguntó por Mora, y como no le encontrase, les insultó a todos, gritándoles que, puesto que era imposible hallar a Mora en su casa, no volvería jamás, y sin despedirse, dejando su sombrero, bajó las escaleras precipitadamente.

Mandaron a la niña para que le diera el sombrero, y sólo después de haber corrido gran parte de los *boulevares* logró alcanzarle.

La buena señora estuvo sumamente contrariada, porque a pesar de que hace mucho tiempo que lo conoce, me aseguró que jamás le había visto en ese estado, al extremo que temía le creyesen loco y que la Policía le recogiese.

* * *

21 noviembre 1906

Estoy sumamente contrariada; yo, que siempre he gozado de buena salud, resulto ahora enferma, sin saber lo que tengo.

Enrique me ha recomendado a un médico amigo suyo, que goza de prestigio: el doctor Bandelac de Pariente, agregado a la Embajada de España, quien ha quedado en hacer el diagnóstico dentro de algunos días.

* * *

22 noviembre 1906

Salió después del almuerzo, y al poco rato volvió sumamente agitado. «Me tengo que ir a Hamburgo al instante, porque he recibido un telegrama del Canciller avisándome que ha llegado un General de Guatemala; no sé quién es ni cómo se llama, pero ha ido al Consulado a preguntar por mí y el Canciller, siguiendo las instrucciones que le he dado, le respondió que yo había salido, pero que volviese mañana en la tarde y me encontraría. Me voy en seguida para tomar el próximo tren; hablaré con él y después me vuelvo. Se trata de un viajecito muy corto.»

Y mientras esto decía sacaba del armario una valija, que anticipadamente tenía preparada para estas eventualidades.

En un automóvil partió hacia la estación, desde la cual me envió una carta neumática, que decía:

«Mi mujercita: Me he equivocado; el tren sale después de la una. Aprovecho el tiempo para mandarte mil besos y toda mi alma. Tu

ENRIQUE.»

Lo singular es que está enteramente convencido de que en Guatemala creen que vive en Hamburgo, por los viajes continuos que hace para recibir a cualquier persona que llegue con alguna representación oficial.

Además, su ausencia en Alemania tendrá que ser más notable ahora que acaban de nombrarle Encargado de Negocios.

Cuando le hago notar algo de esto apela al estribillo: «No tiene importancia.»

* * *

23 noviembre 1906

Algo falta en la casa, que era vida y era luz: es él, cuya ausencia produce un vacío inmenso.

Cuando estaba aquí yo salía casi todos los días, y ahora que estoy sola no me siento con ánimo ni para ver a mis amigas; es verdad que su correspondencia me tiene muy ocupada: tengo que revisar los paquetes de diarios y de revistas que llegan de todas partes, leer sus cartas por si contienen algo urgente, para comunicáarselo, y además, corregir las pruebas que llegan de la imprenta.

XX

CARTAS AMABLES

1906

Por asuntos diplomáticos ha tenido que ir de Hamburgo a Berlín, de donde me escribe:

«Mi mujercita: Ayer, al llegar, te mandé 10.000 besos por telégrafo. Hoy, por correo, te mando 100.000.000. Supongo que con ellos te bastará para hacerte un manto de caricias ardientes que te envolverá todo el cuerpo.

»Estoy con Tible. Ya presenté mi solicitud de audiencia, pero no sé cuándo me recibirán. El ministro está en *congé*.

»El Cónsul del Perú vino a verme. Es un judío inmundo, como todos esos señores, y ya me ha indicado que sería bueno que su Consulado le produjera algo. ¡Dios santo, qué raza tan falsa, tan innoble! En media hora me habló de *ganancias* veinticinco minutos.

»Otras personas me dicen que es lástima que el Perú no tenga un Encargado de Negocios. Si te parece, escribe tú directamente a Pardo y dile que, como yo soy Ministro de Guatemala aquí, y muy relacionado con el elemento oficial (¡!), puedo servir de Encargado de Negocios del Perú, gratis, *y que sólo gratis lo aceptaré*. Esto me permitirá más tarde, en caso de necesidad, solicitar un Consulado del Perú, pues aquí les serviría mucho y les haría creer que soy un hombre *epatante*.

»A ti, mi mujercita, toda mi alma en un beso más grande que todo: tan grande como nuestra cama.

»Tu

ENRIQUE.

»Escríbeme: «Central Hotel», hasta que yo te diga por telégrafo que no me escribas más.»

* * *

Carta segunda.

«Mi cholita: Hoy esperaba recibir carta tuya, pero veo que no me has escrito.

»Ya llevo aquí tres días y aún no he logrado que me señalen una audiencia.

»El Subsecretario, muy amable, me ha dicho que el Ministro está de viaje.

»Lo que deseo es que no tarde mucho en regresar.

»Hace un frío del diablo; más vale, pues cuando se calma el frío viene la lluvia.

»Con Tible llevamos una vida de borricos, de calle en calle, viendo escaparates y hablando de Guatemala. El se va el sábado.

»El Consulado anda mal de productos.

»Para ti mi alma en un beso infinito.

ENRIQUE.

»Jueves, 20.»

* * *

Carta tercera.

«Muy señora esposa: Aquí tiene usted a su marido muerto, pero de verdad muerto de frío. Dicen también que es caso excepcional. En fin, si me muero ya sabrás tú que

es por no tener un pellejo. La mujer de X me invitó a comer.

»¡Qué tarde! Creo que me moriré si tengo que ver a madame X y a madame Z.

»Si tengo un *peu* de días entre estas dos horribles fiestas iré a Hamburgo. Le escribí al Cónsul del Perú.

»¿Y tú, cholita? Espero que ésta te encontrará mañana miércoles, después de tu lección de esgrima, muy cansada, pero muy tranquila.

»Escríbeme aquí hasta el 26, pues me marcharé de aquí el 28 por la noche.

»¿Sigues pensando en ir al Perú? Ya tú sabes que yo ni te aconsejo ni te *desaconsejo* nada.

»Te lleno lo que queda de papel de besos, y para que quepan los pongo muy apretados.

»Tu

ENRIQUE.»

* * *

Carta cuarta.

«Cholita linda: Recibo tu carta del miércoles.

»Ya el frío es menor; pero, en realidad, fué un poco cruel hasta ayer; no tengo aún mi pellejo, y el martes creí tener una pulmonía. Pero eso pasó ya: ya no hay que hablar de frío ni de nada.

»Mañana es 27: el día de las fiestas y de los fastidios.

»El lunes por la mañana, es decir, pasado mañana, saldré de aquí y no volveré sino dentro de tres meses, cuando haya calor.

»Mil besos para ti, cholita.

»Tu marido

ENRIQUE.»

* * *

Carta quinta.

«Mi mujercita adorada: Estaba furioso contra ti, pues esta mañana aun no había carta tuya. Ahora acaba de mandarme tus dos cartas de domingo y lunes el idiota Cónsul del Perú, que estuvo aquí el martes por la noche y no me trajo nada. Ayer fuí a visitarlo. Vive en el quinto infierno. No le encontré; le dejé tarjeta.

»Ya he visto al Decano del Cuerpo Diplomático, el Embajador de Austria. Aun tengo que ver al Introductor del Cuerpo Diplomático.

»El 27 tengo una misa, un banquete y un gala en la Opera. Al gala, como no es obligatorio ir, no iré. Nada de esto me divierte. Son sacrificios. Haré los menos posibles.

»He hecho venir a mi Canciller de Hamburgo, que ha dejado a su hermano en el Consulado para ir a dejar las 360 tarjetas al Cuerpo Diplomático.

»El frío es terrible, terrible.

»Si el Consulado no anduviera mal, me compraría un pellejo; pero no hay ni con qué pagar lo obligatorio.

»Ya no escribas, pues saldré de aquí el lunes antes de que llegue el correo, y tus cartas del sábado llegarían aquí el lunes a las diez de la mañana.

»Ahora, si no puedo irme el lunes a esa hora, o si tengo aún que demorar uno o dos días más, te lo diré por telégrafo.

»Mil besos de tu marido

ENRIQUE.»

* * *

Carta sexta.

«Cholita linda: Después de escribirte ayer recibí tu cartita, que me hizo ver que no me habías olvidado aún. Tus besos escritos me han sido muy útiles para soportar el fastidio de este Berlín inmundo.

»Aun no tengo idea de cuándo me recibirán, de modo

que yo no espero estar en París para Nochebuena. En todo caso, quiero que tú hagas un *reveillon* para Hortensia y Andresito, como si yo estuviera allí, y que me sirvan a mí una copa de champaña. Desde aquí yo estaré de todo corazón contigo, esa noche sobre todo (y hoy y siempre también).

»¡Qué fastidioso, qué triste es dormir solo! Creo que los esposos, o los amantes que viven juntos y duermen separados, son tontos o locos. En el fondo, lo único esencial es estar lo más a menudo unidos.

»Mándame a Hamburgo las pruebas certificadas de la revista si las ha recibido. Ya sabes: *Alterwall*, 58.

»Tú escríbeme a Hamburgo también, pues allí iré pronto.

»Te adora tu

ENRIQUE.»

* * *

Carta séptima.

«Mi cholita linda: Se me olvidaba decirte que me guardaras los artículos de que me has hablado.

»Veo que, a pesar de todo, el primer día me dijiste amor, el segundo *gran cariño* y el tercero *cariño* solo; no me extraña esto.

»El casamiento, según veo por todos los demás, es una escalera de suave y tibio amor, sin pasión y sin pasiones.

»Por mi parte, ésta la concluyo diciéndome tu amigo de todo corazón

ENRIQUE.»

* * *

Carta octava.

«Mi linda cholita: Me dió mucha pena saber que esta-

bas en cama y que yo no estoy allí para tirarte las almohadas y hacerte cosquillas en los pies.

»Aquí, un frío de ésos: diez grados bajo cero al mediodía. Y aún no me han dado audiencia.

»Tible me consuela diciéndome que a veces tardan tres meses en darla... En fin, puesto que es indispensable, no más que callar. Ya me fastidia; no hay medio de hablar más que de Guatemala, y no hay medio de trabajar. El todo el día aquí. Tengo ganas de irme a Hamburgo, por huír de él.

»Mándame aún las cartas aquí mientras no recibas telegrama diciéndote que las mandes a Hamburgo.

»Mil besos y todo mi amor.

ENRIQUE.»

* * *

Carta novena.

«Mi mujercita adorada: Recibo tu carta dirigida aquí. Yo también estoy muy triste. Prefiero vivir al lado tuyo, a pesar de todos tus terribles defectos, que vivir lejos y solo.

»En serio, cholita: estoy *navrado* (navré). Pero el lunes salgo de aquí y el 29 estoy en París.

»Las pruebas de Garnier no son pruebas: son los pliegos tirados ya; no hay nada que corregir en ellas.

»Las pruebas de Sampere devuélvelas corregidas en seguida.

»Aquí, todo arreglado. El 27 termino mis fiestas.

»¿No te debo 400 francos, ladroncilla?

»Te he dado: el 7, 150 marcos.
el 11, 500 »
el 15, 250 »

»Esto hace (sin contar los 100 francos que me sutilizas) 900 marcos; ahora bien: para completar 1.200 sólo faltan 300 marcos, que te mandaré mañana, certificados.

Así quedan pagados tus 400 francos, y no te deberé sino 30 por el cambio.

»¿Te he dicho que estoy en la mayor miseria? No sé cómo voy a hacer con mi Canciller aquí, y el hotel, y el coche, y el diablo.

»En fin, más tarde se verá...

»Te besa toda entera tu

ENRIQUE.

»El artículo de Mitty es para el *Nuevo Mercurio* y no para *El Imparcial.*

»Guarda todo; todo lo que sean artículos.»

* * *

Carta décima.

«Domingo por la mañana. Anoche recibí tus dos últimas cartas y la tarjeta.

»El cheque de 20 francos que anuncia ese señor Dreyfus, no lo pagues; yo no pago periódicos; los cobro, si acaso. Aquí, R. me ofrece regalarte un piano muy bueno, que recibirás dentro de un mes o dos.

»A Sopena le escribo hoy; lo demás, todo bien.

»Y ahora que hemos hablado de negocios, tengo el honor de decirte que no me ha llegado ningún telegrama *tuyo* el viernes, ni ningún día. Pero he recibido tus cartas, enviadas por el judío del Perú, como ya te dije, con tres días de atraso. No tienes necesidad de emplear ese tono indignado cuando yo te digo algo mitad en broma y mitad en serio.

»Hoy termino mi misión de comparsa, vestido de lacayo dorado, y por fortuna hasta el año próximo ya nada de esto existe, pues de existir lo dejaría todo y me iría no sé dónde.

»Estoy arrepentido de haber pedido este puesto odioso, ridículo, y de formar parte de la mojiganga de imbéciles de todos colores, sobre todo teniendo que estar entre los ne-

gros—no negros de cara, sino de cerebro—que la patria de Piérola y de Bolívar exportan con uniforme.

»Estoy furioso; de modo que, si no quieres que te insulte, déjame tranquilo y no te quejes de mis cartas tan amorosas.

»Adiós, cholita del diablo, mala mujer, neurasténica y rabiosa, que escribes cartas insolentes.

»Te beso toda.

»Tu

ENRIQUE.

»Mil besitos para ti.»

* * *

Carta undécima.

«Cholita linda: Al fin me reciben el lunes; mañana, entre martes y miércoles, haré mis visitas y el jueves iré a Hamburgo.

»En caso de que te telegrafíe, has de hacer lo que te indique en el telegrama, en lo referente a cartas.

»Supongo que ya estarás levantada y contenta. Yo, hoy, voy a visitar a G., F. y otros amigos pesados. Tible te saluda.

»Mil besos de tu

ENRIQUE.»

Entre las cartas que recibo para Enrique hay una de Unamuno, y es la siguiente:

«2-X-1906.

»Señor D. E. Gómez Carrillo.

»Mi muy estimado amigo: No recuerdo si le escribí acerca de su libro sobre Rusia; lo que sí sé es que pensé hacerlo.

»Y ahora lo hago sobre éste, *De Marsella a Tokío*. Me pasa con usted lo mismo que a Bueno le pasa, y es que prefiero aquellos de sus trabajos en que la sensualidad

sexual no entra en juego; y no es que ello me asuste ni me repugne, sino que rara vez me convence.

»Creo muy poco en la sexualidad, aunque esté en un error. Y además, el eretismo me parece una cosa y la pasión otra. Y es cosa bastante admitida que los eróticos son poco apasionados.

»Pero vengamos a su libro. De los lugares que usted nos pone a los ojos sólo conozco uno, y es Marsella, y si todo lo demás está tan bien descrito tiene que satisfacer. Hace ya diez y siete años que visité Marsella, y usted me quitó por un momento diez y siete años de encima, y no le doy las gracias por ello, porque estos diez y siete años son mi mejor tesoro.

»Me parece que el secreto del agrado con que se leen de un tirón libros como este de usted consiste en que, como sus autores no se empeñan en sacarles las tripas a las cosas, nos muestran todo lo que las cosas son, pues ellas no tienen tripas.

»La visión infantil, que es la visión homérica, es la más duradera porque se queda en las entrañas de las cosas, que son sus entrañas.

»Para usted, como para Gautier—cuya es la frase—, el universo visible existe, y el universo visible es el único en que comulgamos todos. Cada cual le pone luego el invisible suyo.

»El que filosofa sobre lo que ve no hace sino meter en lo de fuera preocupaciones suyas. Y, sin embargo, el que no hace sino mostrarnos las cosas también filosofa, y acaso más hondamente, o por lo menos más totalmente.

»En una descripción homérica hay tanta filosofía como en un pasaje de Platón. Pero no quiero hablar de estas cosas.

»He leído su libro todo de seguido, hallando en él descanso y excitación, distracción y sugestiones. No es que los japoneses de usted me convenzan.

»Parece flotar por su libro una idea que tanto ha repetido Maeztu, cual es la de que las almas japonesas no se encuentran torturadas por el misterio de ultratumba y la preocupación de la inmortalidad del alma individual, y que esto hace la fuerza del Japón. Yo no lo creo. Y creo, desde luego, que esa tortura—aun limitada a una minoría—es la

medula de la civilización moderna europea, la que nos ha hecho y única en que podemos vivir, y que si ella desapareciese no sólo desaparecería nuestra civilización, sino que dejaríamos de ser pueblos cultos.

»Hasta los que no sienten esa ternura—que acaso sean los más, o creen no sentirla, viven de sus frutos.

»Todo lo que se refiere al sentido religioso—ó irreligioso—de los japoneses, encuentro que es flojo o falta en su libro. Y me parece lo más difícil de tratar. Al que tenga, como a mí me sucede, la preocupación religiosa, y al que tenga la irreligiosa, una y otra les impiden ver claro en la religiosidad de un pueblo, y los que no tengan esta despreocupación o indiferencia les dificulta también el ver claro. De aquí, sin duda, los juicios tan contradictorios que he leído a este respecto referentes al Japón.

»Y acaso ha hecho usted bien en decirse, si es que se ha dicho: «en la duda, abstente».

»Se lo he de decir claro, muy claro. Su prolongada residencia en París creo que es la peor educación para penetrar en almas de pueblos extraños.

»El cosmopolitismo—y el de París es pura mentira—es lo más opuesto a la universalización, así como el cultivo del exotismo literario y artístico es un puro engaño bajo el cual se encubre la más total falta de *simpatía*, en el valor etimológico del vocablo.

»Pero no he de seguir por aquí, porque podrá usted rehusar valor a mis consideraciones fundándose en que padezco una aversión no razonada del todo a cuanto huele a parisiensismo, y así es, en verdad. No olvide jamás que en ningún otro punto en el extranjero he oído a un bárbaro berrear ¡brrr! cuando se oye al pasar que se habla una lengua extranjera. En ninguna parte es tan estrecho como en París el abrazo de la soberbia con la ignorancia.

»Afortunadamente para usted, creo que le salva de los estragos del parisiensismo, dejándole lo bueno, que no es poco, que tiene, un instinto genuinamente español, de vagabundaje aventurero que le lleva a Rusia y al Japón. Conserva usted el fondo de la casta, y esto es lo que habrá de valerle siempre.

»Y no sé si debo aventurarme a indicarle otra cosa, y es

que se fíe poco de los elogios que ahí le dirijan, pues podrían llevarle a descaracterizarse.

»En el fondo de muchos de ellos hay esto: vaya, ¡para ser español—o americano—es gran mérito! No se haga usted uno de tantos. Y fácilmente comprenderá que, si le escribo todo esto, es porque sus últimos libros me han interesado y me parecen dignos de toda consideración. Si así no fuera, con cuatro pálidos encomios estaba fuera de convención, o con el silencio, que es lo que acostumbro.

»Claro está que, al juzgar la obra de usted, lo hago desde mis puntos de vista, que alguien tachará de muy parcial, pero como no es sólo mío, me parece que tiene un valor mayor que el que yo, personalmente, pueda darle.

»Usted, por su parte, hará muy bien en no tomar de mis observaciones sino aquello que le convenga.

»Y en el caso presente, como yo no pienso ir, por ahora al menos, al Japón, tengo que contentarme con los japoneses que me den otros, y entre los que conozco, que no son muchos, el de usted es de los más amenos y agradables, y a la vez de los más sugestivos.

»Usted filosofa poco, técnicamente se entiende; la llamada filosofía es una técnica como la retórica en su libro, y eso nos permite a los lectores filosofar libremente sobre él, o no hacerlo.

»Por el deleite que me ha proporcionado con su libro le doy las gracias.

»Memorias al señor Gourmont.

»Crea que es su amigo, q. l. e. l. m.,

MIGUEL DE UNAMUNO.»

XXI

DESFILE DE ARTISTAS

Enero 1907

Ya está de vuelta, y la vida libre anterior a su partida principia nuevamente: los amigos, el café...

Aunque ya no tiene hora fija, y sólo a veces viene a comer conmigo, le espero siempre.

Una noche, por complacer a Melaine, acepté que me sirviese la comida, suponiendo que Enrique se quedaría fuera; pero mi mala suerte quiso que ese día justamente se le ocurriese venir a casa más temprano de lo que acostumbra.

Hice que le sirvieran y me senté a su lado, conversándole todo el tiempo; en fin, traté de ser lo más amable que me fué posible.

Unicamente me dijo: «Si hubiese sabido que iba a comer solo, me había quedado en el café.»

Otras veces, pensando que a cada momento va a llegar, me contento con tomar un plato de sopa a las diez de la noche.

De mis labios no escucha ni una palabra de reproche; prefiero aparentar que su conducta me es indiferente.

Ha llegado Tible y se da cuenta de la frialdad que existe entre Enrique y yo: piensa que mi modo de ser es de los peores, porque entre casados es preferible hablar, decirse los resentimientos que se tienen y, aunque existan disgustos, éstos pasan cuando no se guardan rencores ni se ocultan las quejas.

Yo nada les digo; salen juntos, y Enrique vuelve a horas imposibles de la mañana.

* * *

Mi silencio es un reproche mudo; no soy para mi marido sino el testigo de sus faltas.

Ahora es él quien ha pedido que le preparen su cama en el escritorio, que queda distanciada del dormitorio por un largo pasadizo, de modo que no siempre me doy cuenta de la hora en que entra a la casa. Cuando viene temprano me busca, preguntándome si lo he llamado; otras veces me interroga si no he sentido pasos en el patio interior, donde queda la ventana del dormitorio.

Recuerdo haber oído decir, siendo niña, a unas señoras antiguas, en el Perú, que era presagio de rompimiento cuando los casados no dormían en la misma habitación, y hasta ahora me he quedado sin saber por qué. Tal vez me hubiese resultado útil saber algo más de lo referente a las relaciones y costumbres matrimoniales.

* * *

Ha venido madame Mora a pedirme que le procure una mantilla y alguna otra prenda para engalanar a su hija, que va a vender programas en una fiesta de beneficencia organizada por una sociedad española.

Por ella sé que Enrique ha ofrecido asistir y que ha comprado varias butacas.

En la noche llegan a casa Chambige y su familia, a quienes ha invitado sin que yo sepa, y se van todos; la señora me pregunta si no salgo con ellos; le respondo evasivamente, porque no es propio enterarla de que mi marido no me ha dicho que les acompañe.

Después supe que les dejó en los sitios que había reservado y que él se fué a la entrada a conversar con sus amigos, los organizadores de la fiesta.

Al siguiente día me contó que todo había sido una tontería sumamente aburrida, con un público imposible, muy poco respetuoso y que habían estado enamorando a la niña Mora.

No creo nada de esto, pero sí que intenta darme una satisfacción a su manera, pretendiendo que se trataba de una fiesta a la que no consideraba propio que yo asistiese.

Los arrebatos de cólera no son tan frecuentes como antes, pero en cambio está taciturno y caviloso.

Nuestro mutuo sistema de vida se ha ido desenvolviendo solo: él hace lo que le place, sin tomarme en cuenta para nada, y yo no intervengo en lo más mínimo de lo que a él se refiere: no sé lo que escribe, pues no se lo pregunto; ni siquiera tomo en las manos los diarios que se ocupan de él. Tal vez a esta abstención mía se debe que me haya dicho que no difiero en nada de la mayor parte de las mujeres de los escritores, que son las que menos admiran a sus maridos.

* * *

La otra mañana recibió de Guatemala una revista católica pobremente editada, a la que parecía darle gran importancia, por lo que me llamó la atención. Me contó que en ella colaboraba graciosamente enviando una correspondencia mensual para que su madre la leyese, y que elegía los temas que pudiesen complacerla.

* * *

Blasco Ibáñez viene a almorzar con nosotros.

Todos estos escritores se parecen: no aceptan ni entienden nada de lo que signifique formulismos sociales, ni se someten a la moral que todo el mundo reconoce. Para él lo único respetable es el vínculo que establece el amor, cuando es un sentimiento sincero y estable; en cambio, el del matrimonio nada significa.

No desconozco la bondad que encierra este juicio enalte-

cedor del amor sincero; sentimiento que debe estar por encima de toda conveniencia social, pero también me parece que, para ser consecuente con este principio, el que le profese no debe casarse, y menos católicamente.

Por cierto nada de esto se lo he dicho a Blasco, quien, aparte el lado subversivo, es un carácter franco y espontáneo que le conquista simpatías fácilmente.

Estoy leyendo *Entre naranjos*, preciosa novela de costumbres españolas, escrita con la frescura de un manantial y la fuerza luminosa del sol valenciano. Blasco es atento conmigo y cambia frases amables: se queja de que el Perú sea el único país de América donde no interesen sus novelas, pues nunca han publicado nada referente a sus obras.

Cuando estuvo en España, Blasco envió a Enrique la carta siguiente:

«Querido Gómez Carrillo: Escribí ayer a Sempere para que le envíe el original, anunciándole las valiosas modificaciones que va usted a realizar en él. Devuélvalo en seguida para que el libro salga pronto.

»Hace un mes estuvo aquí Sempere y le recomendé con grandísimo interés activase la publicación de su libro.

»No he visto lo de usted en el *Mercurio*, ni sé a qué se refiere. Vivo muy retirado y ocupadísimo en este empeño titánico de crear en Madrid la primera casa editorial de España y América.

»Yo, para quererle mucho, como amigo de veras, no necesito que usted diga nada en elogio mío, ni menos escribirle cartas de agradecimiento. Esto último son pamplinas. Ya sabe usted que soy algo salvaje.

»No le escribiré con frecuencia porque siento cierta aversión hacia el procedimiento epistolar; pero en cambio nadie le dirá que yo hablo mal de usted y que no le quiero como amigo verdadero, como podría ocurrirle con otros que le escriben mucho.

»En fin, usted ya sabe que soy su amigo, que tengo por usted especial predilección y que me interesa todo lo suyo.

»Reciba un abrazo de su afectísimo amigo

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ.»

* * *

Otro día estuvo invitado Jules Bois, el conocido escritor francés.

Ha llamado la atención un libro que ha escrito referente a los hechizos y a la magia; además, como está a la moda, dicen que es muy hermoso y que tiene gran éxito con las mujeres; posiblemente, por el libro y por las mujeres le llaman «el hombre diabólico». Es un tanto grueso y muy barbudo, de trato fino y conversación espiritual, como lo son, por lo general, todos los franceses bien educados.

No me creo obligada a ser amable ni tengo voluntad para sobreponerme al estado de mi espíritu; así, apenas si cambio algunas frases de estricta cortesía. Pensará de mí que soy una tonta; no me importa.

* * *

El célebre poeta J. Moreas también viene a almorzar. Alguna vez me imaginé que fuese joven y alegre, pero resulta que es lo contrario.

Ya cuenta largos años y tiene el pelo gris; es de aspecto circunspecto y reservado en su conversación.

Hay algo de apatía y de cansancio desdeñoso en su persona; come y bebe seriamente.

Enrique le atribuye el haber dicho que los hombres, para casarse, necesitaban tener el alma de las aves de corral.

Me han contado que cuando alguien le dijo si era cierto, repuso: «A mí me ha atribuído Carrillo tantas cosas; hasta un prólogo del que yo sólo me enteré después que estuvo publicado.» Y cuando le preguntaron por qué no protestaba, exclamó: «¡Bah!, es Carrillo.»

Con todo, son buenos amigos y Enrique admira las poesías de Moreas, a quien llama «el poeta helénico».

* * *

Hay en casa un intercambio repetido de cartas neumáticas; unas que llegan y las contestaciones que parten inmediatamente.

Tan pronto me dice Enrique que Rubén Darío viene a comer, como que ya no viene.

Al fin Enrique sale y vuelve después de un momento; con grandes aspavientos y mucho sigilo, como si temiese ser escuchado, a pesar de que estamos solos, me cuenta que Rubén Darío se había perdido hacía varios días, pero que después de vencer grandes dificultades pudo verle, pues se ocultaba en su departamento, donde la portera le negaba por haber recibido esa orden, diciendo que no sabía dónde se había ido a viajar, lo que causó gran alarma entre los amigos del poeta.

El resultado de esta investigación es que Rubén Darío se ha escondido de su mujer, la que ha venido desde América; él le tiene terror, no sé por qué, y ha optado por no recibir a nadie, prefiriendo vivir como encarcelado, sin asomar ni a la ventana de su casa.

Al fin resolvió salir de París, como un fugitivo, con rumbo hacia España; tiene la intención de que, si ella le sigue hasta allá, irse más lejos, a una isla remota.

¡Pobre poeta! Dios sabe en virtud de qué alucinaciones actúa de esa manera.

Es el hombre más bondadoso que puede existir en el mundo: jamás ha hecho daño a nadie, y, al contrario, recrea a la humanidad con su genial poesía.

Admiro su talento prodigioso y me inspira gran cariño; como amigo le estoy muy agradecida por el interés que tiene en lo que yo escribo.

El compromiso de hoy ha quedado aplazado; pero como a la invitación iba agregada la lista de la comida, en una carta neumática contesté lo siguiente:

«Muy querido Enrique: Le incluyo la carta que tenía hecha para usted hace diez minutos! Así son las cosas. Acabo de recibir la suya, y no tengo que agregar nada, sino que, para uno de estos días, el que me señale, acepto algo de la noble culinaria peruana.

»En cuento a lo nipón, si usted me prepara la rata con cogollos de bambú, la saborearé complacido. Perritos comestibles no se pueden encontrar buenos; son, por otra parte, de fabulosos precios. Son esos pelados y temblorosos que suelen pasear por el *Bois*, entre el manguito de sus

elegantes damas. De todas maneras, si usted consigue uno y lo asa bien, será exquisito.

»Yo no salgo; así, que me encontrará a cualquier hora.

»Muy suyo siempre

RUBÉN DARÍO.»

Después desde España le escribió:

«Querido Enrique: Mucho me ha alegrado su última carta.

»Le veo bien y con entusiasmo. Yo sigo regularmente de salud.

»Me gusta que empiece a clarificar la Revista. Nada que merezca más mi aplauso que lo que me dice que ha hecho: esto es, poner los intereses del arte sobre las amistades. En efecto, le envié los versos del señor Alcover. Devuélvamelos para una revista catalana.

»Vi lo de Zozaya. Lo curioso es *que lo que él dice en broma es, en efecto, muy serio; lo que explica la métrica moderna de todas las lenguas.* El ha entendido lo que el vulgo, o la mayoría, no ha entendido. Mas en lugar de enseñar a las gentes se dejó seducir por la inevitable *guasa castellana* y como un simple Zeda, y ¡adiós!

»No contestaré a su *enquete* del *Nuevo Mercurio,* como no contesté a la del señor C... Por lo mismo que, en favor o en contra, se me nombra. ¡Y ese señor Pueyo!...

»Sobre Rueda publicó Ricardo Rojas un magistral estudio en *La Nación.*

»Espero ver cosas suyas, siempre con gran placer.

»Y mis felicitaciones a madame por su página sobre los Margueritte.

»Y un abrazo, mi querido.

RUBÉN DARÍO.»

XXII

INTERMITENCIAS ANGUSTIOSAS

1907

¡Qué vida esta de casada!; cada día me siento más desvinculada de mi marido: las ilusiones muertas y un sudario en el alma; no sin razón dice el vulgo que no se vive de ilusiones. ¿Qué he de hacer sino continuar así, como hasta ahora, en este distanciamiento de los corazones?

La única distracción de que puedo disfrutar es el teatro, pero como a Enrique no le gusta no comprende mi afición ni el placer que me causa ver un buen drama o una comedia bien interpretada.

Pretende en vano demostrarme que es preferible leer a presenciar una pieza teatral, cuando justamente la representación es lo esencial en este género literario y requiere como elementos indispensables el artista que interpreta la acción, y la escena, que forma el ambiente donde se desarrolla.

Mi hermana ocupa un departamento en el mismo edificio que nosotros, lo que permite que pueda acompañarme cuando salgo algunas de las noches que Enrique no viene a comer.

No cabe duda que tengo mala suerte, porque acerté a salir justamente cuando a él se le ocurrió volver temprano.

Le encontré esperándome sentado en la puerta del café de la esquina, y al vernos pasar en coche nos siguió a la casa.

Estaba algo confusa; la casualidad me hacía aparecer como si anduviese de paseo mientras que el marido estaba en el hogar.

Le pregunté por qué no había entrado en vez de esperar afuera, a lo que me respondió que olvidó la llave.

Mi hermana no cree en nada de esto, y sí que, intencionalmente, nos esperó para convencerse de que ningún amigo nos acompañaba.

No miento, ni podría engañar aunque quisiera, porque se necesita pensar en muchas cosas pequeñitas, en detalles que a mí se me escapan.

Soy incapaz de hacer algo que él no deba saberlo, ni tengo nada que ocultar, porque no nací esclava.

* * *

Febrero 1907

Las rarezas de Enrique van en aumento, y cada día me parece que le comprendo menos. No existiendo entre nosotros las conversaciones confidenciales de antes, no sé a qué atribuír su estado de irritabilidad continua, que sólo desaparece para dar paso a una pesadumbre sombría.

Como si no bastase con mi marido para colmar la medida del sufrimiento, mi mamá escribe que continúa enferma y mi papá, desde Roma, deja entrever en sus cartas, aunque no lo precisa, que su salud está seriamente quebrantada.

A Enrique qué se le ha de importar, a pesar de que es muy bondadoso y de que no me negaría lo que le pidiese; como mi familia no ha tenido ninguna deferencia con él, ni le manifestó jamás simpatía alguna, no me atrevo a confiarle mis temores.

Aunque me habla de ir a España no le creo; pero el solo hecho de decírmelo me prueba que nada le significa estar a mi lado, lo que me hiere de una manera horrible; pero me domino, y a una palabra suya que demuestre frialdad le contesto con una montaña de hielo.

* * *

Me anuncia que parte en seguida para España, no obstante de no tener urgencia alguna para hacer este viaje ni razón que lo justifique. Si se va es sólo por mostrarme desdén y que nada le importo; prepara una valija lentamente; en sus movimientos, en sus palabras hay tal indecisión que me imaginé que no se llegaría a ir.

Contrariando el dolor que me destrozaba el corazón, aparenté estar tranquila, como si suave armonía reinase entre nosotros.

Le propuse irme a Roma mientras durase su ausencia, para ver a papá. Lo que aprobó, encargándome que estuviese de vuelta al mismo tiempo que él, pues su viaje no duraría más de ocho días.

Le vi alejarse de mi habitación y, no obstante, me imaginaba que con cualquier pretexto se quedaría en su escritorio.

Me parece imposible que deliberadamente se apartase de mí.

Cuando sentí que cerraba la puerta, sólo entonces pude comprender que me abandonaba y lloré mi abandono, lloré su ingratitud, lloré toda la mañana, lloré mucho tiempo...

XXIII

AUSENCIA

A pesar del inmenso deseo que tengo de estar al lado de papá y de cumplir exactamente lo que he dicho a Enrique, no me es posible emprender el viaje en seguida, porque estoy enferma.

Mis amigas las señoritas New Hause, que están con su madre en Niza, me escriben que, al ir a Roma, pase un día con ellas, lo que me servirá de descanso dada la fatiga que ha de causarme el tren, y a mayor abundamiento no sintiéndome bien de salud.

Enterado Enrique de mi demora en París, aunque no me lo dice francamente, deja notar su disgusto.

En una de sus cartas me escribe:

«Mi querida Aurora: No hay necesidad de que mandes el telegrama a Hernáiz; hoy le escribo, y recibirá la carta al llegar a la oficina mañana. Yo sentiré mucho que todo lo nuestro te hiciera una impresión honda y penosa. La delicadeza de que tú me hablas consiste en mí en no querer que nadie sufra. Este mi afán de que no haya penas es el fondo de mi carácter. Así, pues, tómalo todo con filosofía. Tenemos un mes para examinar nuestra conciencia, nuestra alma, y para interrogarnos en silencio, lejos de toda influencia. Durante ese tiempo pregúntate si eres capaz de la inmensa benevolencia maternal, fraternal, tierna y risueña que una mujer debe tener para un ser como yo, todo impresiones y nervios, todo capricho y fantasía.

»En general, las mujeres de seres así son desgraciadas y

hacen desgraciados a esos seres. Sólo las mujeres superiores, capaces de perdonarlo todo y de vivir en el perpetuo sacrificio de sus existencias, consagradas a sus grandes hombres, insoportables; sólo esas mujeres inteligentes y extraordinarias pueden casarse con artistas. ¿Te sientes capaz de serlo?

»Si no, Aurora, para evitar un eterno sufrir, de día por día, digámonos adiós y que la vejez nos reuna de nuevo—la vejez o la muerte.

»No me contestes sino dentro de un mes.

»Te quiere

ENRIQUE.»

* * *

Carta segunda.

«Mi querida Aurora:

»Me extraña lo que me dices de que no has recibido sino una carta mía. Yo creía haberte escrito todos los días, salvo uno. En todo caso, cada carta tuya te la he contestado.

»Tienes razón al decir que hice muy mal en escribir a tu padre. Pero haces muy mal también en atribuír mi carta a...

»Lo que me hizo escribir es que tú me dijiste que te ibas a Roma a pedir la anulación de nuestro matrimonio.

»Yo lo que me dicen lo creo firmemente, porque jamás digo nada que no esté dispuesto a hacer.

»No sé por qué te quejas de mi viaje, querida Aurora, cuando convinimos en que tú fueras a Roma mientras yo venía por acá. Si no te parecía que yo hiciera el viaje debiste decírmelo antes de que yo me fuera. Por lo demás, mi viaje no es cosa rara. Tú misma te preparabas a ir a Lima cuando creías deber ir.

»Yo tengo necesidad de pasar una semana en Madrid cada año. Esta vez, aprovechando tu viaje a Roma, yo combiné mi viaje a Africa, de donde haré un libro, y al fin y al cabo lo único que yo sé hacer es eso.

»Mi querida Aurora, siento tal acritud, tal hostilidad en tus cartas que me dan mucha, mucha pena.

»Yo creo que es necesario tratar darse cuenta de la vida y tomar una determinación, sin sobresaltos ni nervios.

»Por mi parte no podré permitirte en Madrid lo que tú sola te permites en París. En todo caso, yo estoy dispuesto a cumplir con mis deberes siempre. Pero nada más que con mis deberes. Los sentimientos son otra cosa. Tú quisiste matarlos en mi alma; no hablemos de eso. Bastantes tristes días pasé antes de tomar mi supremo partido.

»En fin, ya te dije en mi carta de ayer todo.

»A París seguiré enviándote mis cartas, y allí te telegrafiaré mientras no sepa que estás en Roma. De allí te mandará todo Melanie.

»Mi director Moya te manda un abanico muy bonito; se lo doy al poeta Marquina, y él te lo llevará mañana.

»Te abraza

ENRIQUE.

»Que tu padre me perdone mi carta, si fué para él un disgusto.

»A lo del dinero ya te contesté de antemano ayer; dile tú a Hernáiz adónde ha de enviar lo que vaya entrando. Que tu padre no tenga cuidado con lo relativo a estas cosas. Mientras yo pueda tú tendrás lo que necesites, ya tú lo sabes, pues aunque me hablas de mi... y de mi egoísmo, no creo ni lo uno ni lo otro. Hasta hoy me he creído lo contrario.»

* * *

Carta tercera.

«Mi querida Aurora:

»Juntas me llegan hoy tus cartas de lunes y martes; mucho siento que estés enferma. Escríbele a Bandelac o llama a otro médico, aunque todo esto debe ser ya cosa pasada cuando recibas esta mi carta.

»No me parece mal lo que me dices de consultar a tu confesor. Es preciso que en todo procedas con calma y rodeándote de consejos buenos.

»Yo, aquí, muy festejado. Anoche cené con Blasco Ibáñez, quien te saluda.

»El sábado y domingo nada más, escríbeme a Barcelona, pues estaré allí lunes, martes y miércoles. Luego me embarcaré para Orán y Argel.

»Si te vas a Roma, como lo has pensado, saluda a tu padre muy afectuosamente.

»Te abraza

ENRIQUE.

»Te mando *Por tierras lejanas*, que ya aparecieron.»

* * *

Carta cuarta.

«Mi querida Aurora:

»Aquí recibo tu carta del sábado, que me parece más nerviosa que las anteriores.

»Tú sabes, sin embargo, que en los momentos graves de la vida es cuando más tranquilo ánimo se necesita. Por mi parte me siento lleno de sangre fría y huyo de todo *nervosismo*. En mi carta, antes de tomar el tren, te dije lo que había de decirte, y que se resume así: tu modo de ser y de tratarme ha matado en mí el amor; mi alma es un alma caprichosa; sin embargo, como amigos, como hermanos, aun podremos vivir juntos haciendo sacrificios de carácter; si esto no te parece, puedes deshacer el matrimonio. En cuanto a lo del abandono, permíteme que te diga que no hay abandono sino cuando se deja a la mujer sin recursos. Por mi parte siempre cumpliré con mis deberes matrimoniales; es decir, que siempre que tú lo necesites o lo quieras te daré lo que, dentro de mi modo de vivir, pueda darte.

»Tengo la intención de ponerte un telegrama de cada ciudad donde vaya, que serán: Palma de Mallorca, pero

sólo el día viernes (allí está Rubén Darío); Argel, tres días; Constantina, tres días, y Túnez, tres días. El 15 de marzo estaré, pues, de vuelta en Francia.

»Me alegro de que este mes hayas tenido 2.000 francos más, pues no teniendo sino veintiocho días, te resulta mejor. Hoy mismo escribo a Hernáiz que te mande, por cuenta del mes de marzo, todo lo que vaya entrando, pero temo que no pueda ser en seguida, pues a fin de mes tiene más de 2.000 marcos de gastos que pagar y el mes es corto. Mi recibo de *La Nación* le dí en *El Liberal*, y ellos me dieron el dinero. Aquí, Sopena me prestó para mi viaje, pues creo que debo ir con comodidades ya que ahora estoy bien de intereses.

»En Madrid, Fe me ofrecía... francos por el libro que escribiré de Africa; no lo acepto, pues yo no vendo la piel del oso.

»En caso de que te vayas a Roma escribe a Hernáiz diciéndole adónde debo dirigirte el dinero.

»No me escribas más, pues no podré recibir tus cartas. Yo te escribiré de todas partes.

»A mi vuelta, el 15, me dirás lo que piensas. Creo que tu padre te habrá escrito hablándote de mi carta.

»Te abraza

ENRIQUE.»

* * *

Me envía una carta escrita a una amiga mía que nunca se ocupó de él y que frecuentemente me decía que hasta cuándo no me convencía de que Enrique sufría de desequilibrio mental:

«Mi querida X: Ahora que en la soledad tranquila de Africa se me ha olvidado lo hostil que usted se mostró conmigo la última tarde que nos vimos, me permito escribirle de nuevo. Yo había pensado que las simpatías que usted me demostraba resistirían a todas las circunstancias de la vida. Luego creí que no. Pero, por mi parte, tenga

usted la seguridad de que siempre tendré por usted la más profunda y amistosa admiración.

»En mis momentos de tristeza usted me ha consolado. Usted ha sido la nota ligera y suave en la vida, algo gris, del Square Alboni. Gracias a usted no he dudado de la inteligencia de las mujeres.

»Usted, que me conoce tal vez mejor que Aurora, comprenderá el estado actual de mi ánimo. Durante muchos días una cólera intensa me hizo no ver sino mis resentimientos, mis tristezas, mis desilusiones. Pero ahora comprendo que en mi alma había el egoísmo natural de todos los que sufren y no quieren ver sino sus propias penas. La soledad y el silencio son grandes consejeros. Y en el silencio y en la soledad he visto que, una vez mi cólera pasada, no me queda sino la terrible sensación de haber hecho un sueño del cual me despierto lleno de dulce melancolía.

»Oigame usted bien, pues quiero que usted sea el árbitro de nuestra vida.

»Cuando hablé, hace un año, de casarme, todos los que me conocen me dijeron que no lo hiciera. No conocían a Aurora, pero me conocían a mí. Me dijeron que yo no podía ser feliz casado. Pero yo, ciego, como todos los enamorados, me convencí a mí mismo de que mi mujer no sería como las demás; que sería una compañera artista, que se interesaría por mi labor, que comprendería mis caprichos, que se mostraría tolerante, amorosa y fraternal. ¡Lo que yo soñé! ¡Dios santo! Y en cuanto hubo transcurrido una semana vi claro, claro de un modo lamentable, que mi sueño había sido un engaño: la Aurora que había creído tener. Pequeñas amarguras empañaron la luna de miel, luego nos fuimos al campo. En el campo, no teniendo que hacer, estuvimos tranquilos.

»El egoísmo profundo del que hace una labor con pasión, como yo hacía mi *Alma japonesa* escribiendo a veces diez horas diarias, no me permitían pensar en la vida. Por su parte, se encontraba feliz viendo que yo hacía su voluntad.

»Pero volvimos a París. Nos instalamos. La vida cambió. Yo hablé un día de comer fuera. Mi mujer dijo que

no le permitía. Tuve que ir con Tible, sin embargo. Mi mujer, sin oírme a mí, decidió que, puesto que yo salía, ella también debía salir. Aquella tarde terminó todo entre nuestras almas, y yo se lo dije.

»Luego, cada día trajo un disgusto.

»Y, sin embargo, el día mismo de mi viaje tal vez algunas palabras tiernas, tal vez un reflejo de amor y de bondad habrían podido remediarlo todo.

»Pero no. En el momento de irme sólo de cosas materiales me habló Aurora.

»Luego he recibido de ella algunas cartas hablándome en tono duro de mi vida..., de mi *egoísmo*, de mi *abandono*... Le he contestado con cariño y suavidad.

»Pero me encuentro en una situación en que vivir con Aurora me sería imposible.

»El amor ha muerto por completo en mi alma. Si ella fuera humilde aun podríamos arreglar una vida de amistad. No lo es. No es ni humilde ni resignada. Una separación es, pues, indispensable, y para ello yo me ofrezco a todo lo que pueda ser más conveniente.

»Si ella quisiera irse a Lima, a vivir al lado de su madre, yo diría que iba por cuidar a mi suegra y nadie sabría nada.

»Dentro de un par de años ni siquiera se acordaría la gente de nosotros.

»Y, por mi parte, estoy dispuesto a mandarle cada mes una parte de mi sueldo, puesto que siempre es mi mujer y tengo por ella la más profunda estimación y respeto.

»Pero lo que es imposible es que volvamos a vivir juntos ella y yo. Nuestra vida sería horrible. Cada minuto, cada segundo, sería una herida. Yo no me siento con valor para soportarlo. Mi carácter, sin ser fuerte, es delicado y no puede permanecer donde sufro.

»Así, las únicas soluciones son:

»Que ella se vaya a Lima, y así se evita todo escándalo, todo ruido, todo daño, o que se quede viviendo con el general hasta que él se vaya (siempre con dinero que yo le enviaré)—o pedir el divorcio—o resignarse a vivir en casa a mi lado, como una hermana, pero sin creer que

puede salir cuando quiere, sino ateniéndose a mi voluntad.

»Hable usted con ella, y como yo al volver a París pienso ir a vivir al «Grand Hôtel», o al «Terminus», entréguele la respuesta a mi portera y yo mandaré a buscarla el mismo día de mi llegada y así sabré lo que hay que hacer.

»Por teléfono preguntaré, al llegar a París, si Aurora está en Roma, y en ese caso iré a vivir al «Square Albon». En tal caso, deje usted la respuesta, a mi nombre, en mi casa; allí la leeré.

»Su amigo muy triste

ENRIQUE.

»Volveré el 15 o el 16.

»Querida Aurora: Ya escrita esta carta he preferido no mandarla a X, sino a ti, para que no digas que meto a los demás en nuestras cosas. Es, te lo juro, la expresión de la verdad. Contesta como te parezca y figúrate que has hablado con X.

»Te abraza tu amigo

ENRIQUE.»

* * *

Carta sexta.

«Túnez, el 1.º de marzo 1907.

»Mi querida Aurora:

»Hoy recibo un telegrama tuyo que, por venir mal dirigido, me llega tarde. Ese telegrama me anuncia una carta. Supongo que sea la del 3, que recibo hoy, *poste restante*, pues escribirme de nuevo aquí, sabiendo que sólo estoy tres o cuatro días, sería perder la carta.

»En la carta del 3 me dices que tu padre está muy mal. Esto me apena mucho. Pero como yo no creo mucho en las impresiones tuyas sobre la salud de los demás, espero

que todo se reduzca a algún malestar causado por el frío y el fastidio.

»Lo espero sinceramente, pues me interesa mucho, mucho todo lo que se refiera a ti y a los tuyos.

»Como te lo digo en mi telegrama de hoy, voy a pasar el martes en Cartago y el miércoles temprano me embarco aquí para estar el sábado en Marsella y el domingo en París.

»Después de estos quince días de Africa, solitarios, la idea de volver a París, en donde tengo deberes, trabajos e inquietudes, me acongoja.

»En mi alma, los ensayos de vida libre y nómada dejan huellas tan hondas que toda disciplina me pesa luego como una cadena.

»Saber, sobre todo, que voy a meterme de nuevo en la casita del Square Alboni, donde he pasado los días menos agradables de mi vida, me hace temblar.

»Así, no sé si no me decidiré, al llegar, a tomar una habitación en un hotel para vivir conforme a las necesidades de mi espíritu.

»En todo caso, aunque vaya al Square Alboni, en cuanto tú me digas que te decides a volver a París, dejaré libre el departamento para que tú te instales allí con tu padre.

»La sola perspectiva de una vida como la que hemos llevado, esa vida en que había dos voluntades que se chocaban; esa vida en que un día, al volver a las doce de la noche, encontré la puerta de nuestro cuarto común cerrada con llave y una manta en el sofá para pasar la noche; esa vida, que le ha parecido a quien para mí es un padre, mi buen Vicenti, una fantasía o un escarnio—esa vida, para mí, no puede ser sino una pesadilla pasada y jamás un futuro. Yo estoy acostumbrado a mimos, halagos y adulaciones.

»Jamás te he dirigido, fuera de los instantes de cólera, el menor reproche por tu carácter. Pero ahora, que se trata de volver a París tú y yo, con toda el alma te digo que me parece tan imposible, increíble que yo sufra de nuevo la vida común contigo; la vida que consistía en ser yo un huésped en mi casa y que hacía decir: «eso se saca

por casarse con mujer rica»; la vida de vergüenza, de humillación y de rabia perpetua, que prefiero abandonarlo todo, quemarlo todo e irme a una casa de huéspedes de tres pesetas, a Madrid, a recomenzar lo ya vivido.

»Esto, Aurora, te lo escribo en la calma de la soledad, lejos de la vida que tú llamas de... Te lo escribo como lo dice mi alma a Dios.

»Así, pues, Aurora, ya que entre nosotros no existe amor ninguno, de ese amor que lo hace perdonar y soportar todo, llevemos con alegría nuestra separación.

»Cuando nos casamos, Hortensia te preguntó: «¿Qué harías si eres desgraciada?», y tú le respondiste: «Cada semana hay un vapor para el Perú.»

»Yo, por mi parte, más de una vez te dije: «Aurora, si me caso contigo, es porque sé que, en caso de que la unión no nos conviniera, tú tendrías siempre tu casa y tu familia para vivir.» Pero yo voy más lejos aún, y para que no crean que te has casado con un hombre pobre, ni con un mal hombre, te ofrezco, ya lo sabes, lo necesario para que vivas en Lima con tu madre, o en Roma con tu padre, y mientras mis ocupaciones consulares me den con qué hacerlo.

»Ahora, el día que se trate de vivir sólo de mi pluma, como tú ya sabes lo duro que eso es, tendremos que separar nuestra existencia. Pero eso también habría pasado aunque te hubieras quedado a mi lado. La bohemia no está hecha para las mujeres como tú, amigas de la consideración, cristianas de exterior y sedientas de ser atendidas.

»Para ocupar mi vida con una pasión—pues yo no puedo vivir sin una pasión—, a pesar de mis labores, que se agravan con un artículo por semana a *El Imparcial*, he comenzado una novela que escribiré con toda, toda mi alma. Es una historia sentimental, inventada. Es el viaje de un artista, con una mujer que lo adora, por un país lejano y raro; allí pondré una parte de mis sensaciones de Túnez y una chica sensible, de veinte años, que vibra de verdad al soplo de la poesía. Ya veremos. El primer capítulo lo tiene ya Vicenti. Si le gusta, continúo; si no, comienzo de nuevo. El trabajo me salvará durante algún tiempo de aventuras peligrosas. Mi honradez me impone

una seriedad completa, aunque me creo divorciado y libre.

»Compréndeme fríamente, Aurora; hazte digna de haberte casado con un artista; no seas la burguesa que creyó que todo el mundo era vanidad exterior y vacío interior.

»Compréndeme después de perderme, ya que antes no me comprendiste. Lee con el corazón, no con tus prejuicios, con tus bajos prejuicios jesuíticos. Abre los ojos para ver lo que hay en mi pecho, que sangra de su última desilusión.

»Si tú quieres tu libertad completa, tu libertad para amar de nuevo, tú también la puedes tener. Por ahora no la tienes aún, por una cuestión puramente material. Es decir: el día que quieras amar a otro no tienes más que decirme: «No pienses más en mandarme dinero.» La cuestión es miserable y no tiene importancia. Pero nota que es la única que establece una diferencia. Mientras tú recibas de mí algo, una cuestión de honradez, igual a la de un empleado que debe lealtad por lo que cobra, te impedirá tener un amor nuevo. El día que te hagas independiente del todo, como lo soy yo, la vida sentimental te está abierta de nuevo.

»Te digo esto porque quiero que esta carta sea como el estatuto supremo de nuestra separación.

»Y adiós.

»Tu amigo, que como amigo te será siempre fiel y cariñoso,

ENRIQUE.

»Postdata.—Después de leer lo que te escribo, debo decirte: que si tu situación te impusiera la necesidad de vivir atenida a mí, no te hablaría de este modo, sino que me callaría; que si estuvieras tú enamorada de mí, yo no dejaría ver nada de lo que siento y me callaría.

»Si te hablo con entera franqueza es en la seguridad de que tu amor por mí ha desaparecido (y en la esperanza de que has conservado alguna amistad), como me pasa a mí, y en la seguridad también de que, en la parte material de la vida, no te hará nunca falta nada.

»De lo contrario, Aurora, hoy, como siempre, mientras

yo exista, mi amistad bastará a consolarte, a servirte y a alentarte: mis palabras no son nunca vanas; otras que me quisieron antes lo saben. Perdóname estas líneas, que son indispensables para establecer nuestra *fraternidad en el alejamiento.* Si decides quedarte con tu padre en París, les dejaré el departamento. Lo único que necesito son mis cuatro cositas y mis libros.»

* * *

Carta séptima.

«Mi querida Aurora:

»Aquí estoy ya tocando al fin de mi viaje, muy satisfecho y muy contento. He pasado días enteros sin hablar, sólo con los paisajes, con las evocaciones prestigiosas... (pero todo esto es literatura). En fin, muy, muy bien.

»He comenzado una novela y estoy al día con mis colaboraciones. Esto también es motivo de contento para mí.

»Recibí tu telegrama, y en el acto te contesté diciéndote que estaré aquí tres días. En efecto, hasta el lunes, en el Gran Hotel, y luego iré a pasar un día o dos a Cartago, para ver esas ruinas y releer *Salambó;* el miércoles o martes me embarcaré. Lo malo es que mi billete de ferrocarril, de regreso, no me servirá, pues los buques van a Marsella.

»Tal vez pasaré un día en Narbonne, para visitar a Berthez y ver si me puede servir y pedirle mi libro japonés traducido.

»En suma, estaré en París el 15 o 16, pues son dos días de mar.

»En París espero encontrar una carta tuya. Por mi parte, te repito lo que en mi carta decía. Estoy dispuesto a cumplir con todos mis deberes, pero nada más. La idea de una vida como la que llevamos desde hace meses me hace pensar en irme a Buenos Aires y en renunciar a todo lo que tengo. Nuestro casamiento fué un error, que en el fondo no debemos lamentar.

»Yo necesitaba como mujer lo que tú llamas una cocinera: es decir, una muchacha sin ideas de igualdad. Tú no lo eres. No hablemos, pues, más del asunto. Dime si decides irte con tu madre. Yo te mandaré cada mes, mientras pueda hacerlo, una cantidad que te permita vivir bien. El escándalo no es de temerse. No hay que decir que estamos separados, sino que tú vas a ver a tu madre. Para el viaje tú me dirás lo que necesitas, teniendo en cuenta mi situación.

»Si tú has de pasar por París para irte al Perú, creo que lo mejor será que yo, mientras tú vayas allí, me marche a Hamburgo.

»En tu telegrama hay una frase que no entiendo, y es la que dice «hoy consulta»: ¿qué consulta es ésa? Supongo que no será de médicos a causa de la salud del general.

»Preséntale mis respetuosos saludos a tu padre y dile que, a pesar de nuestra separación, que no es causada sino por la diferencia de modo de comprender el matrimonio que tenemos, conservaremos siempre las formas y no daremos ningún escándalo. Además, tú sabes que conservarás en mí a un amigo verdadero, que te estimará mucho.

»Te abraza

ENRIQUE.

»Túnez, 8 de marzo de 1907.»

* * *

Carta octava.

«Mi estimada Aurora:

»Acabo de ponerte un telegrama anunciándote que hoy viernes estoy aquí: mala mar, navegación terrible. La proa del buque (el *Félix Touache*), rota. En fin, heme aquí, tratando de poner en orden mis cosas.

»Si tú no has logrado con tus abogados hacer nada por anular nuestro matrimonio, yo hoy mismo voy a ver a N. de Sale, abogado, y a encargarle de pedir en mi nom-

bre el divorcio. En mis cartas, como tú dices, puede haber contradicciones de detalle, pero todas tienen como fondo la misma idea, a saber: que tú y yo no podemos vivir juntos.

»No sé cómo en Lima saben nada. Sin duda los amigos tuyos.

»Para que sepas hasta dónde te equivocas en lo del dinero, te diré que Medina hizo una consulta antes de pedir tu mano y me escribió una carta, que tengo, diciéndome que no tenías nada, pero que siempre tendrías dónde vivir si nos separábamos. Así, pues, no hay que hablar de eso. Yo me casé porque te quería. Hoy ya no te quiero, tú has matado mi amor.

»Si tú quieres venir a París yo me iré a Hamburgo. A mí me hubiera gustado la separación amistosa. ¿Es imposible? Pues en esta misma semana pido el divorcio por causa de *incompatibilidad de caracteres*. Te prevengo que, una vez la solicitud hecha, los cónyuges no pueden vivir juntos. Estoy, pues, dispuesto a darte para que vivas con tu hermana, con tu padre o en el convento de Picpus.

»Me dice Hernáiz que, calculando como los otros meses, te manda a ti ... francos y paga la casa que le he dicho. Supongo que ... francos mensuales te bastan, a menos que pienses ir aún a divertirte al «Imperial Park Hotel» *few days* como una duquesa de Saxe Cobourg. A mí me parece muy bien que vivas como corresponde al rango de tu padre; pero en ese caso, que él te ayude. Por mi parte, haré mi deber grandemente y es todo, sólo mi deber.

»Es necesario que te acostumbres a dar más importancia a mis palabras y a no creer que yo hablo como tú, por hablar; nuestra vida murió el día que te lo dije; el día de Tible no revivirá.

»Inútil escribirme largas cartas.

E. Gómez Carrillo.

»Te ruego que no te inscribas como madame Gómez Carrillo en los hoteles de Niza, pues me hacen daño los sueltos del *New York Herald* y es ridículo que yo aparezca con duquesas de Saxe siendo un trabajador. Ponte tu nombre de soltera.

»Me dicen que te mandaron una carta certificada a mi nombre; devuélvela aquí.

»Dentro de esta carta mé incluye un suelto del *Argus de la Presse,* en el cual se lee: «Riviera, *The Herald's* correspondent at Nice telegraphs that señora Gómez Carrillo, daughter of the former President of Perú, who is Minister at Rome, has arrived at the «Imperial Park Hotel» for a few days, later she will join her father in Rome".»

* * *

Carta novena.

«Mi querida Aurora:

»Estoy pensando en ir a pasar unos días a Hamburgo, pues hay allá varias cosas que requieren mi presencia, y entre ellas una patente de Cónsul que es necesario que yo mismo lleve para explicar un error; pero como no es cosa muy urgente, bien puedo esperar hasta que estés tú para regresar aquí y dejarte la casa para que vivas con tu padre.

»El banquete con los estudiantes estuvo muy alegre. Los discursos me hicieron poner colorado: de tal manera eran enormes. Todos hablaron, todos me besaron, y luego me llevaron en triunfo.

»Yo también hice un discurso recordando mi bohemia. Los asistentes eran cerca de ciento. Tu amigo García Calderón habló muy bien, aunque un poco largo.

»Como había algunas chicas, y también me celebraban con entusiasmo, lleno de *champagne* de los postres del banquete, creo que García Calderón, siempre tan grave, tan puritano, me encontró algo ligero.

»Yo le expliqué que aquello era cosa corriente entre estudiantes y luego me fuí con él, para probarle que no tenía consecuencias el entusiasmo de mis admiradoras, entre las cuales hubo una que se gastó no sé cuánto en ofrecer *champagne* a todo el mundo.

»Todo esto nada hace contra quien tiene mi prestigio y mi mala fama.

»Hace pocos días, en un café, el señor Delphi Fabrice, que es director del *Suplement*, se permitió hablar mal de Tailhade: yo no conozco a Tailhade, pero como quería que se supiera la cosa, le dí un par de bofetadas al señor Fabrice.

»Ante nada, pues, retrocedo cuando se trata de hacer un escándalo gordo que al fin y al cabo no hará más que aumentar lo complejo y lo intrincado de mi mala fama.

»Soy tu amigo afectísimo

ENRIQUE.»

* * *

Al llegar a Roma encontré a papá en tan mal estado de salud que jamás hubiese podido imaginar.

Lo primero que hago es reunir una junta de médicos.

Estoy indignada con el secretario de la Legación, por no haberme dado aviso oportuno.

Lo peor es que la enfermedad será larga y que necesita del cuidado esmerado que sólo el amor de la familia puede procurar.

* * *

¡Dios mío!, no puedo abandonar a mi padre enfermo, y en consecuencia, Enrique no cuenta conmigo siendo su esposa.

Si me hubiese encontrado en París conforme me dijo, posiblemente nuestros resentimientos habrían pasado, como ha sucedido otras veces.

* * *

Me ha devuelto dos de mis cartas, que son las siguientes:

«Marzo 12, 1907.

»Enrique:

»Hoy recibo tu última carta, en la que me anuncias tu regreso a París y el deseo que tienes de no volver a verme. Por el momento puedes estar tranquilo, pues no me encontrarás en ésa.

»Te envié un telegrama diciéndote que vinieses a Roma porque en el estado de gravedad en que se encuentra papá es imposible que lo abandone; pero ahora que recibo tu carta comprendo la inutilidad de mi telegrama; después de todo, mejor es así, porque me evitas el escrúpulo que tenía al pensar que no me encontrarías en casa a tu vuelta.

»Siento no poder contestar a tus cartas, porque en todas me dices distintas cosas y concluyo por no saber lo que en realidad quieres.

»Con todo, creo que la idea dominante es la de que nos separemos: lo siento por ti y por el sufrimiento que causarás a tus padres, como yo prefiero sacrificarme antes que hacer sufrir a los seres que me quieren; no puedo menos que admirar tu valor para ocasionar semejante pesar a unos pobres ancianos de los que no has recibido sino bienes.

»Yo he hecho cuanto me ha sido posible para encontrar la forma de anular nuestro matrimonio; hasta he consultado a un abogado amigo y he visto que es imposible: se presentan la mar de inconvenientes que no podemos allanar.

»Comprenderás que he dado estos pasos plenamente convencida de que con ello te complacía, porque comprendo lo odioso que debe serte el haber contraído obligaciones con una persona a quien jamás has querido.

»A propósito, y sin el menor deseo de ofenderte, te contaré lo que un amigo me dijo un día de ti: «¿Usted cree, señora, que su marido se ha casado con usted por amor? Una persona inteligente como usted, ¿se ha podido engañar? No la creí a usted capaz de enamorarse hasta ese extremo. Usted se acordará de mí; su marido tratará de aburrirla, de fastidiarla, de desesperarla hasta que usted se vaya, y si no lo logra por ese medio entonces él se irá.

Ese hombre no vivirá al lado de usted ni un año; si se casó con usted fué porque jamás se imaginó que la hija del general Cáceres no le llevase una fortuna».

»Naturalmente que yo protesté y que jamás podré imaginarme semejante ruindad en ti. Este amigo había recogido esta opinión referente a ti de los cafés que tú frecuentas; es decir, de ese círculo...

»Yo, lo que te dije antes de que te fueras, es que tú mismo te has engañado: que te imaginaste que casado variarías, pero que hoy ves que la afición a tu vida de soltero es más poderosa que todo.

»Lo único que me disgusta en ti es que no tengas la entereza de confesar la verdad y que trates, para disculpar tu conducta, de imputarme, como si fuesen delitos, una cantidad de cosas sin importancia y que en realidad, sólo constituyen detalles en la vida.

»Nuestros primeros meses de matrimonio fueron felices. ¿a qué negarlo?; ¿por qué?. porque vivías alejado de esa gente ordinaria y pervertida del café: lejos de esa atmósfera envenenada con la bebida y el tabaco.

»Llegamos a París y tú te sentiste atraído por esos individuos. a quienes les hacías falta para pagarles lo que beben.

»Continuamente me anunciabas que te quedarías fuera, y yo te decía: «Ese día variará nuestra vida». ¿recuerdas? Otra vez te dije: «Moralmente ya has comido fuera», y te suplicaba que no lo hicieras por nuestro amor... Tú mismo (porque en tu alma existe un fondo de justicia) encontraste natural responderme: «Pero si yo no te impido que salgas; el día que te inviten tus amigas puedes quedarte a comer fuera», a lo que te contestaba: «No. más feliz soy pasando ese momento a tu lado». Esto te probará cuánto te he querido y hasta qué extremo mi amor era avaro de tu presencia; pero tú te disgustabas. y el día que llegó Tible tuviste a bien cambiar, y súbitamente me encontré con que no eras el mismo de antes. El Enrique de antes se había transformado; entonces principiaste a fijarte en un sinnúmero de detalles mezquinos. ajenos a tu habitual despreocupación.

»Desde que tú encontraste motivo justificable para aban-

donarme y dejarme sola e ir a divertirte con tu tío, comprendí que no necesitabas de mí para ser feliz; mi presencia te estorbaba, puesto que, pudiendo comer en casa, preferías hacerlo lejos de mí.

»Desde entonces vi al marido vulgar, egoísta y frío que sólo acaricia a su mujer para satisfacer un deseo, pero que luego prescinde de ella y la relega como a un mueble...

»Sentí que aquel día todas las ilusiones que me había forjado en ti desaparecieron, y lo menos que podía hacer era adoptar una nueva línea de conducta que rigiese mi vida en adelante: mi vida solitaria y triste, porque un solo acto basta para conocer hasta dónde es una amada. Me pregunto: ¿Qué menos puede pedir una mujer que es tratada con esa indiferencia y frialdad por el hombre a quien ama, si no es distraer sus sentidos con un espectáculo teatral o con la charla forzosa en sociedad, ya que el vacío que causa la ausencia del amor es irreparable, profundo y eterno?

»Veo que me he alejado enteramente de lo que pensaba decirte. Tú te imaginas que es muy fácil engañar al público y decir: «Se ha ido mi mujer a cuidar a su madre», y que lo creerán; no obstante, lo primero que a cualquiera se le ocurre es: «Para eso no debió casarse, sino quedarse en Lima cuidando a su madre».

»Hasta ahora no he podido contarle a papá nada de nosotros, y le he dicho que lo que le escribiste en aquella carta fué en un momento de excitación nerviosa; pero que no piensas en nada de eso.

»Me contó, muy afligido, que en Lima se hablaba de que nuestro matrimonio estaba roto y de que yo me iba al Perú, lo que, como era natural, se prestaba a toda clase de comentarios, y tan sólo por estas habladurías estaba preocupado. He tratado de convencerle de lo contrario.

»El telegrama que te hice era, naturalmente, refiriéndome a la consulta de médicos. Sólo hoy se ha retirado Bacheli, que es el primer médico de Roma y un hombre verdaderamente genial. Quedan asistiéndole el especialista del oído y el médico peruano que lo cuidaba con el mayor esmero desde antes que yo llegase. Figúrate que hace más de un mes que no puede dar un paso y ha tenido que

estar sin salir, sufriendo de vértigos continuos, y estando así le dió la *influenza;* me cuenta que ha pasado momentos de tal desesperación que le parecía que se iba a volver loco, y que si hubiese tenido un revólver a la mano se habría quitado la vida.

»Nunca me imaginé que hubiese estado enfermo a ese extremo, y cuando le pregunté por qué me había ocultado su estado, me respondió que por no afligirme.

»Estaba un tanto aliviado cuando llegó tu carta, la que le causó tal impresión que le volvieron los vértigos con la fuerza de antes. Esto me escribió a París, y sólo por esta circunstancia me di cuenta que no estaba bien, y a pesar de que yo también me encontraba enferma, y sobre todo sumamente débil a consecuencia del régimen alimenticio, demasiado severo, que seguía, salí inmediatamente de París, contrariando la voluntad del doctor Bandelac, y fué ésta la razón por la que me detuve un día en Niza, prefiriendo el hotel en que estaban las señoritas New Hause.

»Te aseguro que estaba indignada contra ti; si en ese momento te escribí alguna palabra injuriosa, perdónamela.

»Deseo llevar a papá cuanto antes a París, para cuidarle en casa; porque el médico me dice que es enfermedad larga, y este hotel donde vivimos, por descansar del bullicio del «Excelsior», resulta que es peor: un fandango; todas las noches hay baile, o si no conciertos, y hasta tiene un teatro donde se representan cuadros vivos. Estas diversiones diarias resultan fatigosas; además, la comida del hotel principia a hacerme daño.

»Mándame todas las revistas que hayas recibido; los grabados distraerán a papá. El permanecerá algún tiempo más en Europa; así, no se debe pensar en mi viaje al Perú, pero ya nos arreglaremos de manera que tú no te fastidies; ya sabes que yo deseo, antes que todo, tu felicidad; a mí me basta con la tranquilidad de mi conciencia.

»Te abraza

AURORA.»

* * *

Carta segunda.

«Roma, marzo 23, 1907.

»Enrique:

»Contesté a tu última carta, sin fecha: hace dos meses que vives en un estado de irritabilidad continuo; jamás has sido malo tanto tiempo seguido. Estoy alarmada por tu salud; cuando te venga la reacción temo que te pase algo serio.

»Ya estás viejo para decir tanta tontería; escribes en un momento de cólera, sin pensar en lo que dices.

»Lo mejor que podías hacer es venir a pensar en tu salud, que ya no puedo soportar más tiempo la vida que llevas.

»Aquí hay una habitación independiente y otra para que escribas, desde la cual hay una vista lindísima de la campiña romana.

»Yo no tengo otro proyecto por ahora, como no sea continuar al lado de papá hasta que pueda ir con él donde le convenga. Su enfermedad es larga y aún tiene días que los pasa mal.

AURORA.»

* * *

Carta tercera.

«Roma, marzo 25.

»Enrique:

»Mejor es que vengas tú; el tiempo está delicioso; aquí estarás más tranquilo para escribir y descansarán tus nervios de la vida tan excitada que has llevado este último tiempo.

»Si vienes. papá tomará un departamento y así estaremos todos mejor.

»La belleza de esta ciudad producirá una gran tranquilidad en tus nervios, y si ahora estás bien te sentirás mejor; como tú dices, podemos ser dos amigos, dos hermanos.

»Te prometo que no te diré nada que te desagrade.

»Compra un billete circular por sesenta días, que sea la vuelta por Zurich y Lucerna, como el mío.

»Contéstame el mismo día que llegues a París.

»Te abraza

AURORA.»

XXIV

EL DOLOR DESPIERTA

Mayo 1907

Han transcurrido dos meses desde que cerré este cuaderno; sus páginas están en blanco, y las de mi vida han sido negras.

¡Ensueños novelescos!, ¡esplendores románticos!, ¡aventura de amor! y una juventud dolorida.

Nada subsiste de mi matrimonio: todo se ha roto, todo ha desaparecido; sólo me queda un dolor persistente que se ha apoderado de mi alma.

Me siento triste, infinitamente triste; nostalgias de felicidad me acompañarán siempre.

En vano pretendo disimular mi sufrimiento; sufro, sufro muchísimo.

* * *

El 11 de abril se fué Enrique de casa.

Yo llegué de Roma, donde estuve acompañando a papá, el día 10, a las diez de la noche.

Esperaba de él una carta de arrepentimiento que tal vez de España volviese; pero no fué así.

Me escribía con indiferencia, y yo, disgustada, le contestaba con mayor indiferencia tal vez que la suya.

La vida que llevó en España fué terrible: trasnochando y divirtiéndose.

Luego se fué al Africa, y cuando volvió a París los amigos lo han perdido por completo.

Durante mi ausencia, he sabido por Melanie que nunca comió en casa y que continuamente estaba acompañado por individuos que tienen la reputación de ser ebrios.

La noche que llegué de Roma me causó una pena inmensa. Su fisonomía revelaba el desorden de su vida, y los ojos, con la mirada sin expresión, parecían cuentas de vidrio, denotando trastorno cerebral.

Le creí en un principio de locura y sufrí horriblemente.

En vano le rogué y traté de que mis palabras le llegasen al corazón; cuando le hablé de su madre, me dijo: «No la conozco; en mí no existen los sentimientos de familia.» Recurrí al amor y le prodigué toda la ternura que sólo el cariño puede inspirar.

Agoté las caricias y agoté mis lágrimas, mas todo fué en vano.

Había momentos en que me estrechaba entre sus brazos, cubriéndome de besos, y cuando ya le creía apaciguado súbitamente se desprendió de mí, como si la idea fija de la separación le dominase u obedeciese a un mandato imperioso.

No estuvo sentado ni un minuto; su agitación era tal que paseaba continuamente; al fin, ya agotadas todas mis energías, y sin fuerzas para resistir más tiempo, me retiré a mi dormitorio.

Momentos después vino a preguntarme si no necesitaba que me desabrochase el vestido, y luego se retiró a su escritorio; por segunda vez volvió a entrar, trayéndome varios cojines y me preguntó si no tenía suficientes almohadones en la cama.

Yo estaba con la *grippe*, y la fiebre me sofocaba; así, tuve que pasar la noche en el aposento sin calefacción, lo que me agravó de tal manera que permanecí doce días seriamente enferma.

La desgracia me persigue; parece que se hubiese encariñado conmigo.

Se fué muy temprano sin verme, y luego, en la tarde, recibí la carta siguiente:

«Mi querida Aurora:

»No debo ocultarte que me marché esta mañana muy impresionado; pero al mismo tiempo te repito que, habiendo ya hecho el propósito de resolver nuestra vida detestable de un modo honroso, es preciso que evitemos toda causa de tristeza y de sacudimiento nervioso; siento que ya mis nervios no están como ayer. En fin, si tú quieres ser digna de tu orgullo y de tus propósitos, todo lo arreglaremos muy bien.

»En el Ritz, en el almuerzo, vi a una de tus amigas New Hause. Anda a verla, lo mismo a las demás amigas tuyas. Diviértete, no te dejes dominar por la melancolía de la soledad, como una niña.

»El día que estemos divorciados cenaremos juntos e iremos al teatro.

»Tu amigo

ENRIQUE.»

* * *

Carta segunda.

Al siguiente día me escribió:

«Mi estimada Aurora:

»Con las veinticuatro horas de soledad que llevo he recobrado mi calma y mi tranquilidad nerviosa. Ayer temí un mal resultado para mi salud moral. Hoy ya estoy tranquilo.

»Gracias a Méndez he encontrado una habitación en un palacio vacío, con un parque de quinientos metros; es un antiguo palacio de los duques de Vendôme, grave y bello, con su aspecto de eternidad florida.

»Me lo han alquilado por un mes. La mujer del guardián me cuida.

»Almorzaré en casa de Méndez a menudo, pues él está solo con su cocinero en una villa vecina.

»Con muchas esperanzas de hacer algo bello he comenzado mi novela. Si resulta, como yo creo, una obra perfec-

ta y bella y tú me lo permites, te la dedicaré a ti, para que la gente vea que, aun divorciados, te guardo amistad. Como soy loco no sé las señas de mi casa: no he visto el nombre de la calle; mañana te las diré, para que me escribas. Si llega algo certificado para mí, firma por mí y guárdalo; mañana mandaré a buscar mis cartas.

»Si has de escribirme cosas tristes, por favor, no lo hagas.

»Estoy en un momento en que mi tranquilidad podría trocarse en una idea de suicidio.

»Ya dos o tres veces, viendo que la vida... No hablemos de eso.

»Mañana, al mandarme mis cartas, pon la tuya en ellas.

»Te saluda con afecto tu amigo

ENRIQUE.

»Martes, seis tarde. (Me vuelvo a mi palacio.)»

* * *

Carta tercera.

Al tercer día de separación, me envió otra.

«Mi querida Aurora:

»Puesto que lo que te molesta es la idea de divorcio, y puesto que temes que mis determinaciones sean causadas por mi nerviosismo, no tengo inconveniente en que nos contentemos con una separación; pero para esto necesito que tú vivas con tu padre o con tu madre; el día que tú vivas sola yo haré lo que me parezca.

»Si esto te parece mejor, la única respuesta que te pido es que tomes el tren para Roma, en seguida.

»En cuanto a vernos, no hablemos de eso antes de unos cuantos meses; tú me escribirás, yo te contestaré, y seremos así amigos.

»Quiero que tu padre apruebe por escrito esto que convenimos. La dedicatoria de mi novela hará ver que te estimo.

»Tú atribuirás a lo que quieras nuestra separación.

»Contéstame dirigiéndome tu carta al «Café Napolitain» o por tu carta entre las otras para mí, que mandaré a buscar.

»Si más tarde te conviene el divorcio, yo estoy siempre a tu disposición.

»Afectuosos saludos de tu amigo

ENRIQUE.»

* * *

Después. con pocos días de intervelo, continúa escribiéndome:

Carta cuarta.

«Mi querida Aurora:

»Me alegro de ver que hemos encontrado un terreno en el que podemos entendernos.

»En el fondo es como si hubiésemos hecho un sueño, malo o bueno; malo más bien.

»Pero no olvides que necesito una carta en que tu padre me diga que considera que el divorcio existe entre nosotros, y que si no lo pide es por respeto al público o a su religión; que tú vuelves a tu casa, como antes. Esto es indispensable para mi tranquilidad moral y para saber que realmente estarás con tu famiilia siempre, pues el día que estés sola yo pediré el divorcio.

»Poco a poco, una amistad suave y serena se establecerá entre nosotros; pero para esto, lo más indispensable es que no nos veamos, por lo menos tres o cuatro meses. Yo estoy dispuesto a no verte.

»Si tu padre quiere tomar realmente el departamento, la cuestión del pago tiene poca importancia; que lo pague, pues; pero esto también necesito saberlo pronto, para arreglarme un domicilio, pues el que tengo es prestado, en casa de un amigo, y no lo ocuparé sino un mes—el

presente y una semana de mayo—; luego necesitaré unos cuantos libros más, mi ropa, etc.

»Así, ponte en comunicación con tu padre y contéstame sobre esto. Mis cartas las haré buscar en la portería cada dos días: los días que vengo a París. En cuanto a los certificados, di a la portera que me los mande. Lo de Berlín no es nada: es un loco que me ofrece un piano y dinero por una condecoración; no le contesto.—*Amitiés.*

ENRIQUE.»

* * *

Carta quinta.

«Mi estimada Aurora:

»En vista de tu carta de ayer, en que me decías que no habías aún escrito a tu papá, yo me decidí en el acto a hacerlo, para decirle lo que pasa. En suma, le digo que he lamentado mucho tu venida y que en el acto me he marchado al campo; le doy mis señas para que me conteste; que espero que él me dé su palabra que tú estarás en Europa con él, y luego te irás con él al Perú, a menos que tu madre venga a vivir contigo: en fin, que estés con tu familia mientras lleves mi nombre. Espero su respuesta.

»Lo de mis cartas está haciendo complicaciones. ¡Dios santo! Como están esas señas en el *Nuevo Mercurio,* allí me escriben todos; no sé qué hacer. Si yo supiera que tu padre toma eso, y por cuánto tiempo, me arreglaría tomando algo para mí, pues por ahora a cada momento me hace falta un libro, un papel... Pero contigo no hay medio de saber nada fijo.

»Así, tú hablas de que tu padre pague el *terme.* El *terme* es el lunes a las doce del día. Como de aquí a entonces ni tu padre habrá pensado en venir ni tú en hablarle de eso, yo hoy escribo a Hernáiz que me mande con qué pagarlo, buscando el dinero si es preciso; el lunes, pues, a las doce del día, hablaré al portero por teléfono y le diré que tengo el dinero del *terme* y que vaya a buscarlo.

»Si tú quieres tomar con tu padre otro departamento,

llévate los muebles que quieras para arreglarlo; a mí, con mi despacho y el comedor, me basta; tú llévate la sala y el dormitorio, si quieres. Pero si han de irse al campo, lo mejor sería el «Hotel Royal», pues les es más cómodo. En fin, en eso no me meto; pero necesito, el 15, saber si debo yo tomar y mandar por mis libros o qué dispones.

»En todo caso, al irte con tu padre al Perú yo tomaré de nuevo, si puedo, el Square Alboni.

E. G. C.

* * *

Carta sexta.

«Mi querida Aurora:

»Después de escribirte ayer, al recibir tu carta sobre las cuestiones que prácticamente nos interesan debo hoy hablarte de otra cosa. En tu carta me dices: primero, que vaya a ver al médico, pues tú conoces mi estado por mi mirada; segundo, que si ese señor me llama, es que tal vez he cometido un acto incorrecto por el estado en que me encuentro.

»Ahora bien, Aurora: una de las razones que hicieron odiosa mi vida común contigo fué esa manía de creer que tú puedes tener una idea más clara de mis cosas que yo mismo. Pero eso se agrava y veo que en tu vanidad burguesa llegas ya hasta a dudar de mi honradez, y eso no debo permitirlo. Así, pues, en lo futuro, como no tienes ningún derecho a hacerlo, te ruego que no abras ningún papel a mi nombre y que no expreses ninguna de tus ideas sobre mí.

»Abandoné a los diez y siete años a mi madre y me escapé a pie, andando nueve días, sin tener con qué comer, para sustraerme a la tiranía de la que examinaba mis actos y quería obligar a someterme a un régimen burgués.

»Hoy, no sólo eso, sino mucho más haría, pues además de que mi espíritu de libertad está más arraigado no le reconozco a nadie el derecho que no pude reconocerle a mi madre.

»Te repito que la carta de tu padre me es indispensable. Necesito saber también si toman ustedes el departamento, para instalarme yo definitivamente en algún sitio.

»Te ruego que no hables de nuestras cosas con la gente; di: «Estamos separados.» Nada más; a nadie le importan las causas.

»Tu salud no me inquieta. Lo que me inquieta es la soledad en que vives. Así, te ruego que, si tu padre no ha de venir pronto, pienses tú en ir, y te prevengo que yo le escribiré el lunes terminantemente, si de aquí a entonces nada has dispuesto o nada te ha dicho él.

»Tal vez me iré a Hamburgo en estos días, puesto que R. me ofrece pagarme el viaje.—Afectuosos saludos.

E.»

* * *

Carta séptima.

«Mi estimada Aurora:

»Puesto que tú lo dispones así, daré *congé;* pero antes necesito que tu padre tome el departamento. Yo, por más que tú me digas, no creo que el General se decida a vivir en él. En caso de que de verdad quieran ustedes quedarse ahí, te ruego me digas cuáles son los muebles que te gustan, para regalártelos; necesito saber esto para ver lo que he de comprar. Mi cama, por ejemplo, no creo que la quieras.

»Mis asuntos de Hamburgo van tan mal, tan mal con eso de la huelga, que no puedo este mes pagar un dinero que debo al joyero. Espero poder.

»Pero cuando la vida va mal nada es de extrañarse. Te ruego me perdones que te hable de esto. Los bronces de Brandó tampoco podré dejártelos, pues el artista me los dió baratos con la condición de que estuvieran a la vista de los artistas amigos míos que pueden hablar de ellos; en fin, tomarás el que más te guste y me darás el otro.

»Voy a buscar un departamento por Montmartre, pero

sin prisa, pues ahora no podría poner ni alfombras, y yo, sin alfombras y baño, prefiero no vivir en ninguna parte y quedarme en el hotel o en casas amigas.

»Tu padre me telegrafió que *tratará* de venir esta semana. Mejor hubiese sido que me contestara por correo a mis preguntas.

»Espero pronto a L. para arreglar mis cosas materiales.

»Amistosamente, tu afectísimo

ENRIQUE.»

* * *

Carta octava.

»Mi querida Aurora:

»Para dar *congé* es necesario el 1.º de julio. Pregúntaselo al portero. Además, eso es inútil.

»Quédate allí, y cuando yo necesite mi casa, déjamela, pues creo que allí estaré bien.

»Lo demás que me dices no me ofende. Si leyeras los periódicos verías que trabajo siempre.

»Tu carta me basta para saber que tu padre acepta nuestra separación. El no escribe; no importa.

»Esta es mi última carta. Pronto te mandaré la llave y buscaré mis cosas.

E. G. C.»

* * *

Carta novena.

«Mi estimada Aurora:

»Al fin recibo una carta buena, juiciosa y suave de ti. Veo con gusto que, en vez de llorar, piensas ya en divertirte. Con sólo pensar así dos días estarás buena y sana.

»El lunes pagaré la nota de Bandelac. Hace bien en hacerse pagar, tratándose de una persona rumbosa como tú.

»Escribí hoy al portero diciéndole que, mientras estés en Europa, ocuparás el departamento con tu padre, y cuando te vayas yo lo tomaré de nuevo. Que tu padre pagará los *termes* (ya sabes que el que se paga mañana es el que comprende de 15 de este mes a 15 de julio próximo). Lo que no es posible es que pongan el recibo a nombre de tu padre. Para eso sería necesario que yo diese *congé* para octubre y que en octubre tu padre hiciera contrato de un año. Además, la hoja de contribuciones que tú me mandaste, y que yo pagué, está a mi nombre. Por otra parte, el departamento me conviene a mí para cuando te vayas al Perú con tu padre. Por lo pronto pienso tomar algo muy pequeño y dejar que mis cartas las manden siempre allí, para no cambiar las señas del *Nuevo Mercurio*.

»Ahora, si tú piensas quedarte con tu padre toda la vida aquí, puedes tomar otro departamento en la misma casa; a mí no me importaría vivir allí: desde que tu padre me haya contestado, tú no existes más que como una amiga para mí.

»Espero el regreso de L. para que se encargue de trasladarme mis libros, mis papeles, mi *bureau*, en una palabra.

»De lo demás ya te he dicho que, si quieres llevarte los muebles de la sala, puedes hacerlo cuando tomes otra casa. Si yo puedo compraré otros; si no, no los necesitaré. Lo que sí puedo conservar es el comedor, por ser indispensable. En cuanto a los muebles del dormitorio, creo que tú los pagaste con tu dinero.

»El lunes, al venir a París, mandaré a buscar mis cartas.

»Deseo que llegue pronto tu hermana, para que tengas compañía, y, sobre todo, deseo que llegue tu padre, para que estés tranquila y todo quede arreglado.

»Te saluda con respetuoso afecto tu amigo

E. G. C.»

* * *

Carta décima.

«Mi querida Aurora:

»Te felicito por la llegada del General y te ruego que, en mi nombre, le presentes mis respetos.

»En cuanto a verlo o hablar con él, me parece completamente inútil. Ya te he dicho que nada hay que hablar. Se trata sencillamente de reparar un error que nos ha hecho sufrir a ambos.

»Tú conoces mi idea, tu padre también. Lo que quiero es, pues, que él me escriba diciéndome que te quedas con él.

»Tu amigo muy respetuosamente afectuoso

ENRIQUE.

»He tomado un departamento amueblado: 5, rue du Général Foy.»

* * *

Abril 1907

Apenas los vértigos que sufre papá le permitieron salir vino a París y se hospedó en mi departamento, que, aunque pequeño, es más cómodo que un hotel, sobre todo para preparar el alimento que necesita.

No acepta el convenio que yo hice con Enrique para vivir separados. No escucha mis razones, y como sus amigos parecen encantados de que me separe del que para ellos sólo es un bohemio, se considera una suerte que pueda desvincularme de un hombre con tantos defectos como los que atribuyen a Enrique. Así, me obliga a pedir el divorcio, que en Francia equivale a la nulidad civil; mas yo, en este caso, me consideraré casada cumpliendo con el precepto religioso en lo que de mí dependa.

Debo ceder y conformarme, pero mi conciencia me dice otra cosa; seguiré los deberes de la Iglesia y *jamás* pensaré en volver a contraer nuevo matrimonio.

Pido el divorcio, y así termina mi vida de casada, que sólo ha durado diez meses.

El amigo de Enrique, L., le traiciona y se ocupa de los trámites legales sirviendo a papá, quien le retribuye su trabajo.

A Enrique no le ha gustado que tome esta decisión, pero como él fué el primero que me habló en este sentido no puede decir ahora lo contrario, y menos oponerse. Me escribe:

«Refiriéndome a tus dos últimas cartas, muy largas y muy llenas de cosas inútiles, te contesto que me es imposible a causa de mi ruinoso contrato con Sopena dejar la casa antes del 1.º de febrero de 1908.

»La conservo, pues, pero tú puedes llevarte mi dormitorio, la vitrina y el escritorio, puesto que te figuras haberlos pagado... Siento que no hayas permitido que se haga lo que pedí al portero.

»Tú, en efecto, tienes derecho a vivir allí, pero el *avoué* te dirá que no otra persona de tu familia. En fin, ésta es cosa sin importancia.

»Si tu *avoué* quiere verme, lo arreglaremos todo. Que me diga la hora y el día; yo iré. Razones, se las daré en el acto. Todo París las conoce.

»Yo te dije que me prestaría a que se te concediese pronto el divorcio. Que el *avoué* haga un *enquête* sobre mi vida actual, y encontrará mil causas de divorcio.

»Mi abogado, para que lo sepa tu *avoué*, es M. B., rue des Saints Pères: es un amigo íntimo mío.

»Lo de la carta no lo entiendo, pero tal vez tú tampoco entiendes lo de emborracharse; hay mujeres que se emborrachan de amor, de tristeza o de ideal.

»Eso es todo.

E.

»P. D.—Ya escrita mi carta anterior recibo tu tarjeta y una carta de Bonefont.

»A tu tarjeta la contesto: Blasco Ibáñez vive: 21, rue de Surenne.

»Un buen traductor es el que me hizo mis libros: Bar-

tez, que vive: Narbonne, 38, rue Lapeyrade. Ese traduce para ganar su vida.

»En cuanto a la carta de Bonefont, me dice que el solo hecho de haber pedido tú misma el divorcio civil, que es una de las instituciones más odiadas por el Vaticano, no sólo te imposibilita para todo recurso de anulación de matrimonio religioso, sino que hasta te pone: «hors l'église d'après la théorie de Pio X».

»Me parece esto muy natural.

»La Iglesia ha pronunciado un anatema terrible contra el divorcio. Pedirlo es caer bajo el anatema.

»Así entre tú y yo. Yo estoy más cerca del alma de Pío X que tú, puesto que yo me contenté con aceptar el divorcio, mientras que tú lo pediste.

»Ya ves, pues: no hay más camino que reírse de la Iglesia.

»Tuyo afectísimo

E. G. C.»

XXV

QUEBRANTOS DEL ALMA

Mayo 1907

La crisis de tristeza que me abatió tanto cuanto grande era mi dolor, va disminuyendo suavemente: lloré mucho, y las lágrimas parece que me hayan consolado.

Ya no siento la desesperación de antes, y aunque siempre sufro, principio a resignarme con mi destino.

Desde que la suerte adversa me arrebató a mi novio Carlos no sé si he vivido o si he soñado un sueño desdichado debatiéndome en las sombras que proyectan mis pesares, ajena a todo deseo, sin otra aspiración que no sea la espera infructuosa de llegar a estar cerca de él, en el mundo espiritual de lo infinito.

He desconocido todas las energías que se requieren para no desesperar en la lucha tenaz de la labor literaria.

Ni siquiera me explico cómo he continuado cumpliendo con algunos compromisos periodísticos, pues me parecía que mi capacidad intelectual iba declinando.

¿La vida al lado de Enrique? No ha sido la mía; he vivido la suya, palpitante de inquietudes, martirizada por inconscientes caprichos. Su talento literario me turbaba al punto de cohibirme y de destruír la poca fe que tengo o la falta de vigor de mi pobre alma, fuertemente sacudida y doblegada por su actividad febril.

Hoy renace para mí una nueva ilusión: la esperanza que cifro de emprender una labor meritoria.

La literatura vuelve a interesarme y leo con gusto. ¡Dios permita que me dure este entusiasmo!

Anoche fuí con papá al teatro; el espectáculo me interesó; me he distraído, y hasta he reído, a pesar de que este desdichado corazón mío siempre llora.

* * *

18 mayo

Yo creía que, dada la ingratitud de Enrique, lo olvidaría; sin embargo, su conducta actual, que significa un retroceso, lejos de disgustarme contra él aumenta mi afliccción.

Si hubiese sido malo conmigo, francamente malo, un perverso, me sería fácil olvidarle, rechazando su recuerdo como si fuese una visión pavorosa; no obstante, me sucede lo contrario, y me inspira gran lástima; ¿tal vez será que ahora, por estar lejos de mí, le quiero más que antes? ¿Es una extravagancia de mi carácter?

Cuando vivía conmigo me fastidiaba, y hoy lo extraño, lo más curioso, es que no le guardo rencor.

Generalmente, cuando un matrimonio se rompe, ambos se creen inocentes y se acrimina el delito de la separación; pero entre nosotros no sucederá lo mismo.

¿Qué podré decir contra Enrique, en el que de igual modo existen bondades supremas y crueldades inauditas?

Creí que el sol de primavera alegraría mi alma, susceptible a las variaciones atmosféricas.

Hoy el sol está hermoso, radiante de esplendor, y yo continúo siempre triste.

* * *

Anoche vino L.; su presencia me recuerda días de felicidad; mejor dicho, de esperanzas de ser feliz, y de ilusiones.

Al verle revive el dolor que permanece oculto en el

fondo de mi alma: pero él, como todos los que me rodean, no lo notan ni comprenden estas sensibilidades de mi alma. ¡Que no pueda sentir como los demás!

* * *

Vuelve L. a pedirme, en nombre de Enrique, el anillo de compromiso, y para el caso se vale de embustes y de mentiras.

Le he dado el anillo a don Crisanto Medina para que se lo envíe a mi suegra a Guatemala, y a Melanie le he dicho que no vuelva a recibir a L.

* * *

Invité a mis amigas las New Hause a tomar el te en el «Ritz», y después me llevaron a dar un paseo por el Bosque: lejos de distraerme, me he sentido más triste que otras veces.

Al volver a casa leo *La Maison du Peché*, pero la lectura no me tranquiliza.

Esta noche tengo el deseo de escribir: la idea de principiar una novela me obsesiona: sólo me detiene el compromiso de un corto artículo que me urge enviar a Madrid...: no importa. Esta noche principio mi novela.

* * *

Enrique, tal vez por no tener a quién fastidiar, se ha propuesto molestar a su tío Tible, quien escribe a papá la siguiente carta:

«Bruselas, mayo 27-1907.
»Señor General don Andrés A. Cáceres.
»Mi General:
»Enrique Gómez Carrillo me ha escrito recientemente

una carta anunciándome su ruptura con Aurora y diciendo al fin... «Todos: mi suegro, mi mujer, su hermana, dicen que tú tienes la culpa de mi divorcio...» Nunca he dado gran importancia a lo que Enrique piensa o dice. La opinión de usted tiene, sin embargo, para mí gran valor.

»Desde el casamiento de Enrique he tenido con él poca correspondencia y le he visto muy de tarde en tarde. Nunca me ha dicho nada de sus cosas domésticas; nunca he hablado de ellas.

»Aún, hoy por hoy, estoy en completa ignorancia de las causas de su divorcio.

»Me gustaría saber, mi General, que usted deja a cada uno la responsabilidad de sus actos; que no cree ni piensa que me haya metido en tales asuntos. ¡Bastantes son mis pecados, ¡Dios mío!, para no deber cargar con los ajenos! Y quisiera, además, que Aurora supiera que siempre tendrá en esta casa amigos, y que si algo hubiera yo podido hacer para hacerlos felices lo habría hecho con toda mi alma, pues la aprecio a ella, y con todo, le quiero a él.

»Usted a su vez crea, mi General, que tengo gusto de decirme su muy atento y respetuoso servidor y amigo

José Tible Machado.»

* * *

Junio 1907

Continúan los trámites de mi divorcio, el que desde luego me será favorable.

Como la ley le prohibe a Enrique dirigirse a mí, le escribe a mi hermana cartas que ella rompe sin enseñármelas. Es una de las personas de mi familia que ha tomado gran interés en que mi divorcio se realice, pero Enrique no lo sabe.

* * *

¡Cuánto me apena la carta de mi suegro! ¡Si hubiesen estado aquí, tal vez...! Me ha escrito:

«Guatemala, 4 mayo 1907.

»Señora Aurora de Gómez Carrillo.—París.

»Mi muy querida nuera:

»Con el detenimiento que corresponde, y con un profundo sentimiento de tristeza, hemos leído en esta su casa la detallada carta de usted, del 11 de abril, y los papeles que usted se sirvió acompañar, y que devuelvo religiosamente, de conformidad con su recomendación.

»Mi familia y yo acogimos con júbilo el casamiento de Enrique, calculando que sería para él una fuente de felicidad; pero no contábamos con su desmedida afición a la vida de soltero, que le impediría soportar la sujeción a que tenía que someterse en su nuevo estado; a lo que se agrega que su carácter se ha agriado y no soporta observaciones contrarias a su modo de pensar.

»Sabiendo yo que no prescindía de los amigos que le llevan a los establecimientos en que se consumen licores fuertes, recomendé varias veces a mi buen amigo Crisanto Medina que procurara apartarlo de tan peligrosa pendiente; pero creo que Crisanto, que sabe complacerme en todo, no se ha atrevido a atender mis indicaciones en este punto por evitarse alguna aspereza de parte de Enrique al sentir este hijo mío mortificado su amor propio.

»Ultimamente hice notar a Enrique que el Presidente y el Ministro de Relaciones habían sabido con desagrado que no dejaba de frecuentar por las noches esos lugares de atmósfera corrompida y, sin embargo, parece que no ha hecho caso alguno de mis advertencias.

»Siento en el alma todo lo que usted ha sufrido: me duelen las expresiones tan duras con que a veces la ha tratado a usted ese muchacho de alma tan buena en lo general, y que, sin esas impetuosidades, sería irreprochable.

»No es exacto que se haya marchado de Guatemala con una peseta en el bolsillo en 1890; llevó dinero sobrado para el viaje y el nombramiento de agregado a la Legación de Guatemala en España, con ciento veinticinco pesos oro mensuales; si bien pasó algunos trabajos después,

cuando perdió ese empleo en el período administrativo del General Reina Barrios; pero cuando Enrique se acalora le pasa lo que a todos nos pasa en esos momentos; es decir, que exagera las cosas y se olvida de la realidad; pero de esto no debemos culparle, como usted comprende.

»El nos escribe, con fecha 14 de abril, y nos dice que ha convenido con usted en una separación, quedando usted en casa de sus padres; creo que es ése el mejor partido que por ahora puede tomarse, mientras más adelante quiera Dios que las cosas se arreglen más favorablemente para ambos, ya que usted le conserva su afecto y él tiene que apreciar las buenas cualidades que adornan a su esposa.

»No extraño lo que usted me dice sobre la funesta influencia que en el ánimo de ese hijo mío ejerce ...; nunca acabaría si me propusiera referir a usted todo el mal que a Enrique ha causado y causa todavía ese su impenitente ...

»Como usted no me indica su dirección le encamino la presente, que es de carácter confidencial, por medio de mi buen amigo Crisanto Medina, y ya sabe usted que todos la queremos y apreciamos en esta su casa, muy especialmente este su suegro afectísimo

A. Gómez Carrillo.

»Como dejo dicho, familiarizado Enrique con la vida de soltero, y amigo incondicional de la libertad sin rectricciones, ha sido dura para él la vida conyugal, no obstante el tino con que usted ha procurado hacérsela llevadera.

»Por otra parte, me inclino a creer que la falta de suficientes recursos para el sostén de su casa ha contribuído a hacerle poco simpático el matrimonio; apenas recién casado ya me manifestó la pena que experimentaba por causa de sus crecidos gastos; como que sus economías, que montaban a ..., según entiendo, fueron consumidas al casarse, y aun quedaron pesando sobre él algunas deudas que todavía no ha cubierto; eso del dinero no nos preocupa mucho en América, pero en Europa es un problema de carácter serio.

»Pienso también que el rudo trabajo intelectual a que

Enrique se entrega, y del que yo he tratado siempre de apartarle, es dañoso a su cuerpo y a su espíritu y va fatigando su entendimiento o su cerebro, con riesgo de gastarle prematuramente, y esto tiene que contribuír a malear su carácter, predisponiéndolo a la contradicción por el más leve motivo.

»Enrique es muy bueno en lo general, y particularmente con su familia; a Ricardo le ayuda con una cuota mensual, y a mi mujer y a mí nos ha remitido dinero muchas veces, habiendo sido menester que le prohibamos esas remesas, que no nos hacen falta y que disminuyen sus fondos.

»En fin, me prometo que el correr el tiempo le hará reflexionar y volver a la vida conyugal, para que tenga mujer que le acompañe y cuide de él con el debido interés; no perdamos, pues, la esperanza en Dios, a quien así le pido de todo corazón. Usted hará, por su parte, lo que le sea posible para llegar a ese resultado.

»Estimo conveniente que no sepa Enrique que yo dirijo a usted esta carta, y así lo digo a Crisanto Medina, encargado de ponerla en manos de usted; pero por este mismo correo comienzo ya a hacerle a Enrique observaciones calculadas para familiarizarlo con la idea de volver algún día a reunirse con usted; Dios lo quiera así, para consuelo de todos.

»Suyo siempre afectísimo.»

«Mi hijita Aurora:

»Aunque usted no me dice nada de sus penas, yo las tomo para mí, porque desde que usted se casó la consideré como mi hija y dí gracias a Dios de que Enrique la hubiera elegido; pero él tiene un carácter tan desgraciado que no es culpable de las barbaridades que ha hecho, porque su corazón es muy bueno.

»Me parece muy bien que no lleguen hasta el divorcio.

»Su mamá la abraza.

»JOSEFINA.»

* * *

Lo curioso es que esta carta es Enrique quien me la envía. ¿Quién se la daría? Melanie me asegura que la portera le entrega a L. toda mi correspondencia.

Enrique, al enviarme esta carta, me escribe:

«Madrid, 13 de septiembre.

»Señora de todo mi respeto:

»Tengo el honor de enviar a usted la adjunta carta, que he abierto por pura distracción, no fijándome bien en el sobre.

»Rogando a usted se sirva perdonar mi distracción, soy su más atento y obediente admirador.

E. Gómez Carrillo.»

* * *

3 octubre 1907

¡Pobre papá! A pesar de no estar del todo bien de salud, ha tenido que ir al Perú por corto tiempo.

Sus partidarios políticos le llaman, pues su presencia es requerida en ésa; no obstante todo lo que le he dicho, no he podido disuadirle para que no haga este viaje.

Debo esperar su vuelta en París, donde estoy con mi hermana.

* * *

Hoy recibo una carta de la señora de Mora. Me dice:

«Mi querida señora amiga:

»Mora ha fallecido esta noche a las ocho de la noche, y heme aquí sola en el mundo. Pobre Mora; se fué al otro mundo sin agonía; ha sufrido hasta el fin.

»Pobres de los que se van, y más pobres las dos que quedan.

»Un abrazo de su amiga que la quiere

Emma.»

Esta noticia me sorprende porque hace pocos días que estuve a ver a Mora y le encontré aliviado; como era hombre de honradez a toda prueba le tomé cariño; su muerte es un alivio a sus dolores y también para su mujer, que debía asistirlo y trabajar al mismo tiempo.

Carrillo no ha ido a verle ni una sola vez durante su enfermedad, pero le ha enviado dinero.

Almuerzo de prisa y voy a Fontenay, donde vive la señora de Mora con su hija.

Me siento sumamente nerviosa; será por el mal tiempo: hace cinco días llueve continuamente.

En casa de Mora encuentro a un amigo de Enrique, español desterrado político, de ideas republicanas y orador temido por la fogosidad de su palabra, que arrastra a las masas.

Después de haber pasado grandes penalidades ha encontrado trabajo en la casa editora de Garnier.

Hablé de Enrique, de nuestra separación..., y la lluvia, con su tristeza gris; el ambiente doloroso de la casa mortuoria, o mis nervios, que estaban más excitados que de costumbre, no sé qué, contribuyó a que no pudiese contener las lágrimas.

* * *

4 octubre 1907

Parece que el destino de mi vida fuese un incesante lamento: he pasado todo el día llorando.

Me llamó por teléfono Bellido, de la casa Garnier, para decirme que Enrique se va a Palestina y que quería despedirse de mí; que fuese al Jardín de las Tullerías, donde me esperaría; como me negase a aceptar la cita insistió en que le permitiese hablar conmigo por teléfono, pues Enrique estaba arrepentido, y si le recibía, de rodillas me pediría perdón.

¡Sólo Dios sabe lo que he sufrido en este instante! ¡La sorpresa y el recuerdo de esa horrible noche de la separación!...

Bellido continuó diciéndome que Enrique estaba escuchando mis palabras al lado del teléfono. Entonces le respondí: «El me dejó enferma y sola en la casa, sin otra compañía que la criada; en vano le supliqué que no diese el escándalo de irse, que viviese como quisiera». Bellido me dijo: «Piense usted que mañana se va y que es un viaje largo», a lo que le repuse: «No se va solo; está bien acompañado; ésas son las mujeres que le convienen, porque están a su nivel. Jamás Enrique sabrá apreciar a una mujer honrada y que se estima. No, no; no quiero verlo ni oírlo; si escucho su voz corto la comunicación.»

Me negué a escucharle, y ansiaba oírle; me negué a recibirle, y me moría por verle. ¡Dios mío! ¡Cuán grande es el desencanto de mi vida!...

No sé cuánto tiempo estuve llorando, de pie, apoyada en la chimenea, hasta que oí la voz de mi buena Melanie, que con las lágrimas en los ojos me decía: «Ya basta, señora; él no lo merece.»

Necesito pensar en todo lo que me ha hecho sufrir para no llamar mañana a Bellido y preguntarle qué me quería decir Enrique.

* * *

Estuve a ver al doctor Demolens, médico y amigo de Enrique: me refirió que una mujer fué a contarle que Enrique había tomado el revólver después de mi negativa por teléfono, intentando matarla.

También supe por el doctor que no emprendía tal viaje y que continuaba en París.

No le doy mayor crédito a esta historia, pero sí creo que pasa un período de peligrosa neurastenia, del cual le será difícil sanar, pues no quiere curarse, al extremo de no haber vuelto a ver al médico.

Este le asustó diciéndole que terminaría con la locura si no se corregía.

* * *

Quisiera leer, pero no puedo; mi imaginación vuela hacia los padres de Enrique al recibir esta carta:

«Guatemala, 14 de agosto de 1907.

»Mi querida Aurora:

»Viene a esta su casa su amable cartita del 19 de julio, y la hemos leído con tristeza mi mujer y yo, porque no podemos conformarnos con el divorcio, y, sin embargo, es un hecho que no tiene ya remedio; nos consolábamos sabiendo que Enrique estaba casado y que encontraba en usted una cariñosa compañera; pero la suerte adversa nos ha traído tan doloroso desengaño.

»Como quiera que sea, mi mujer y yo veremos siempre en usted un miembro querido de la familia, y así se lo hemos manifestado a Enrique, recomendándole a la vez que le guarde a usted siempre las afectuosas consideraciones que le debe.

»Nunca dejamos de encargar a Enrique el buen juicio en su manera de vivir, para que se aleje de malas compañías, y al fin Dios nos lo concederá, en gracia siquiera de las virtudes y oraciones de mi mujer, ya que no por mí, que no soy más que un cristiano a medias aunque siempre hombre honrado y caballero, que es mi único mérito: puedo declararlo con franqueza.

»Conserve usted el anillo de compromiso, y ya nos lo mandará con algún guatemalteco que venga de París, de lo que le daremos a usted aviso a su tiempo. Con nuestros cariñosos recuerdos para su papá y su mamá, soy siempre su suegro afectísimo

A. Gómez Carrillo.

»El buen amigo Crisanto Medina podrá encargarse de enviarnos el anillo con algún guatemalteco que regrese a esta su tierra; en ningún caso por correo, para impedir los riesgos de extravío; ruego a usted que hable sobre ello con Crisanto.»

* * *

1908

A unos parientes de mi hermana se les ha muerto un niño, y el cadáver yace en una habitación del hotel, sin tener quien le vele.

Atraída por esa soledad mortuoria voy a rezar e invocar al espíritu del que acaba de partir.

El niño era bueno, y como los buenos deben reunirse en la vida eterna, mi súplica, que encierra un mensaje espiritual, la confío a esta inocente criatura.

¡Cuán ardientemente deseo que llegue al que fué mi novio Carlos la beatitud con que invoco su recuerdo!

Ahora comprendo que la huella de su amor es imperecedera.

* * *

1908

El juicio del divorcio ha terminado a mi favor.

Enrique lo dejó tramitar sin volver a ocuparse del asunto.

No falta algún pretexto para que me escriba. La carta de hoy dice:

«Señora de todo mi respeto:

»La Compañía del Gas me reclama francos ... del Square Alboni. Hoy mismo envío dicha cantidad. Pero como en 1908 el inquilino no era yo, sino el General Cáceres, ruego a usted se sirva decirle que me haga el favor de mandarme esa pequeña cantidad en un bono de posta o como mejor le parezca.

»Soy de usted, señora, el más atento y obediente servidor, q. b. s. p.,

E. Gómez Carrillo.»

* * *

Carta segunda.

«Señora de todo mi respeto:

»Acuso a usted recibo de su carta del *bon de poste*. El Gas me reclama la factura que envié a usted para saber el número de la cuenta. Le ruego me la mande, y en seguida enviaré a usted el recibo para su papá.

»Del papel que usted me habla no encuentro trazas. Tal vez entre los papeles que dejé en Alemania al abandonar, hace seis meses, mis puestos consulares y diplomáticos, pero ahí no puedo irlo a buscar.

»Ferrer, el del correo de París, me ha escrito una carta telegrama preguntándome si quiero hacer un artículo corto sobre un libro que usted ha publicado.

»Si éste es un deseo de usted, con mucho gusto lo haré. Mi mayor deseo es probar a usted mi admiración literaria y mi aprecio personal.

»Créame usted, señora, su más obediente servidor, que le besa los pies.

GÓMEZ CARRILLO.

»P. D.—No sé de qué libro me habla Ferrer. Yo acabo de publicar uno: *El libro de las mujeres*, y si usted me lo permite, se lo enviaré.»

* * *

La bondad de mis suegros es digna de admiración. Me consuelan las cartas afectuosas que me escriben.

«Guatemala, 24 enero de 1908.

»Mi querida hija Aurora:

»Con particular gusto hemos recibido en esta su casa su cariñosa cartita del 2 de enero, y ya nos hacía falta el saber de usted; la suponíamos en viaje para el Perú, porque una familia venida de Lima a esta ciudad me dijo hace dos o tres semanas que en Lima estaban aguardan-

do a usted y a su papá, y por un periódico de ese país me informé de que el señor General Cáceres regresaba ya a su tierra.

»Mucho sentiría yo que se ausentara usted de París, porque así se aleja la esperanza de una fraternal reconciliación con Enrique, a quien constantemente manifestamos nuestro deseo de que abandone la vida de soltero y vuelva a establecerse en el hogar con usted; en mi carta de esta fecha le hago sobre eso nuevas recomendaciones y le advierto que su divorcio no fué del gusto de este Presidente, lo que me prometo tiene que impresionarle e inclinarle a la reconciliación; Dios nos permitirá que eso se realice algún día: y en cuanto a usted, esté siempre convencida de que la queremos constantemente y la vemos como a persona de la familia; ya se cansará Enrique de la vida que lleva, tan ajena a los dulces goces del hogar y de la familia.

»Enrique nos escribe desde Atenas, y le suponemos ya de regreso en París; a menudo le recomiendo que economice sus buenas entradas pecuniarias y forme un fondo de economías para el porvenir, que es siempre incierto y nebuloso.

»Voy a averiguar si Medina tiene ya el anillo, que debe de haber puesto en sus manos el abogado.

»Ricardo continúa en Málaga, muy acobardado por el frío y combatiendo la dispepsia, de la que no está enteramente libre todavía.

»Soy siempre muy de veras su suegro, que la quiere y aprecia.

A. Gómez Carrillo.»

«Mi hija de mi vida: La abrazo con toda mi alma, y ya sabe que no pierdo la esperanza de que se arregle con Enrique.

»Su afectísima suegra

Josefina.»

XXVI

ROSALES QUE NO FLORECEN

Han transcurrido algunos años desde que me separé de Enrique y estoy nuevamente en París con mi papá.

Paso por el *boulevard* en compañía de dos amigas, y una de ellas me obliga a entrar al café Napolitano, pues quiere conocer a Enrique: no hallo medio de disuadirla: su vehemencia es incontenible.

Aunque me apena volver a verle, a cada instante les digo: «No me importa», mas lo cierto es que siento lo contrario; estoy encantada de que se presente esta ocasión, para que no se le ocurra que yo le busco.

Nos encontramos en la primera sala; al entrar me distingue y se pone muy pálido; luego simula no haberme visto y se sienta a una mesa.

Tengo un momento de duda, sin decidirme por lo que debo hacer; mas el deseo de hablarle es tan poderoso que no tardo en enviarle una tarjeta con el mozo del café, diciéndole que se acerque a mi mesa, porque una de mis amigas desea que lo presente.

He reflexionado que si no le llamo ésta dirá que existe entre nosotros una ruptura absoluta, lo que se puede atribuír a que si se ha separado de mí es porque le he dado motivo.

Es cosa corriente culpar a la mujer de la ruptura del matrimonio.

Enrique estuvo muy atento y nos invitó a comer, con lo que las tres quedamos contentísimas.

¡Suave melancolía reflejaban sus ojos, como en sus mejores días!

A mis amigas casi no les dirigió la palabra, y todo el tiempo me hacía preguntas referentes a lo que yo había hecho, lo que pensaba hacer y a mi familia; yo le respondía interesándome por los suyos.

Estaba tan conmovida, tan enternecida, que había perdido todas mis energías, toda mi voluntad. y si me hubiese dicho «quédate conmigo». tal vez le habría seguido.

Me asombro de cómo pude dominarme: estuve en extremo ceremoniosa, y cuando me dijo «tú» le respondí «usted».

Nos separamos afectuosamente y volví al hotel con mis amigas.

* * *

Un silencio que se prolonga; los meses pasan y no tengo noticias suyas, hasta que me sorprende gratamente la presente carta:

«Mi querida Aurora:

»Santos acaba de decirme que está usted de vuelta de su viaje triunfal por España. Bien venida, y mil felicitaciones.

»Vicenti, «Colombine», muchos otros, me han escrito hablándome de usted con gran simpatía. Ha dejado usted allá la más grata impresión.

»Madame Catulle Mendes sale de casa. Tiene intenciones de hacer unas conferencias en Madrid, y el Embajador le ha dicho que le arreglaría algo en el Ateneo.

»Ella vino a que yo le dijera lo que es el Ateneo, y como en realidad yo no tengo sino la idea de que es una casa de pedantes, nada he podido decirle. Pero usted, que de seguro tiene otras ideas sobre aquel Centro, podría hacerle un gran favor dándole algunas indicaciones.

»Creo que va a fundarse en París un segundo *Mundial*, mejor que el primero. Me han ofrecido la dirección. Si se

hace le hablaré para ver si usted quiere encargarse ahí de una sección fija.

»Con el cariño de siempre, le besa los pies

»Su

ENRIQUE.»

Me invita a comer, acepto, y le pido a una amiga a quien tengo el mayor cariño, Inga Malmstrom, que me acompañe.

Vamos a un nuevo *restaurant* español que yo no conocía, y encontramos a Tible, que también estaba invitado. Aprovechando un instante de ausencia de Enrique, mientras dejaba su abrigo en el guardarropa riendo a carcajadas, me dijo: «Ahora sí creo que el matrimonio es un vínculo indisoluble.»

La comida fué muy alegre: a ello se prestaba el carácter de Inga y de Tible; se bebió *champagne* y buenos vinos, menos yo, que sigo el régimen seco.

Mientras estábamos en la mesa, Enrique me besaba las manos y otras veces me estrechaba por el talle.

Cuando terminamos nos invitó a ir a un *restaurant* en el que, por suerte, el poco público que había no tardó en desaparecer. Enrique estaba como loco y me cubría de besos; no quería disgustarle, y al mismo tiempo deseaba tranquilizarlo; pero, lejos de contestar a mis palabras, parecía ni siquiera escucharlas; se encontraba verdaderamente en un acceso de vehemencia.

Al salir le advertí a Inga que por ningún motivo me dejase sola con Enrique, que se lo pedía seriamente.

Entramos todos en un coche, y se convino que primero se dejaría a Enrique en su casa, por estar inmediata, propuesta que no rechazó.

Las caricias volvieron a repetirse y me pidió que me quedase con él, pero yo no sentía igual deseo ni estaba tan emocionada como la primera vez que le vi después de una ausencia de largos años.

Ya una dura experiencia me había enseñado cuán fugaces son sus delirios de amor, y me negué a seguirle.

XXVII

UN CALVARIO INEVITABLE

1921

Desde 1914 estoy en el Perú; mi papá avanza en edad; ya se encuentra sumamente anciano y debo pensar en que, fatalmente, no puede estar lejano el día en que me quedaré sola.

He perdido a mi idolatrada mamasita, y este horrible dolor, del que jamás podré consolarme, me ha producido un agotamiento nervioso que no logro vencer.

Pasé un año asistiéndola y presenciando la agonía de su vida, sin poder procurarle alivio, hasta que al fin la muerte...

A este dolor, que jamás se puede imaginar sin haberlo sentido, se agrega la excesiva labor a que me he entregado.

He publicado varios libros, fundado varias sociedades y, además, he tenido que dar diversas conferencias; pero lo que me tiene en un estado de postración nerviosa, que me alarma, es la última labor de historia nacional a que me dedico, referente a las memorias de mi padre, que tratan de la guerra que él sostuvo contra Chile, y que se denomina *Campaña de la Breña*, libro que, no obstante comprender las páginas más gloriosas de la historia del Perú, hasta ahora no se había escrito.

Es incalculable lo que he tenido que trabajar revisando archivos, o, mejor dicho, buscando documentos entre

miles de papeles arrumbados en las oficinas del Gobierno.

En fin, es lo cierto que sufro de desgaste nervioso y que ya no puedo más.

* * *

Siguiendo buenos consejos, me decido a intentar la nulidad católica de nuestro matrimonio. «Cuando haya perdido usted a su padre tenga usted presente la ingratitud de las democracias; todo le será más difícil. si no imposible», me dicen mis amigos.

Habiendo encontrado la causa, debido a los errores cometidos por Enrique en cumplir las prescripciones que establece la Iglesia, únicamente por no separarme de papá intenté seguir el juicio de nulidad en Lima, y con este motivo escribí a Enrique, aunque ignorando el lugar en que se encontraba.

Su respuesta fué la siguiente:

Junio 13 de 1921

«París.—10, rue Castellane.

»Muy respetada amiga mía:

»He tenido el honor de recibir las varias copias de su carta de 6 de abril, que me han entregado las Legaciones peruanas. Mi primera intención fué firmar el poder que usted me envía, haciendo salvedades que me indicaba el Cónsul peruano. Pero como para mí basta que usted me pida cualquier cosa para que yo me complazca en hacerlo con la más amplia confianza, seguro de que teniendo usted en cuenta que nuestros nombres estarán siempre unidos para el porvenir, en nada querrá usted empañar el mío, me apresuro a copiar lo que usted me manda y a mandárselo.

»Raquel, en efecto, es muy creyente, pero no le da gran importancia al matrimonio religioso. No obstante, cuando en Buenos Aires le hicieron proposiciones tentadoras para

ir a Lima, contestó que no aceptaba porque creía que podría serle a usted desagradable verme a mí en mi nuevo estado en la ciudad donde usted vive. Así, pues, para ella también será muy buena noticia la de la anulación del lazo que nos unió hace años, y del que yo no hablo sino con respeto.

»Soy de usted el más atento servidor y admirador que le besa los pies,

E. Gómez Carrillo.»

* * *

Ha transcurrido algún tiempo, y se celebra en Lima un mitin de las señoras católicas, en el que tuve actuación preeminente, de lo que se enteró Enrique por el cable o los periódicos y le escribió a mi hermana preguntándole por mí, pues sabía que yo estaba de «Apóstola».

* * *

1922

La curia de Lima se declara impotente; es imposible seguir el juicio de nulidad en el Perú; así, emprendo viaje a Europa.

Como el mal estado de mi salud es apremiante, sólo me detengo en París seis días y me dirijo a Berlín, donde el médico me ordena que vaya a hacer una cura a un *sanatorium*, y después de cumplir con el intervalo de descanso que me han prescripto, paso a otro.

«Llega usted a tiempo—me dice el doctor—; más tarde todo habría sido inútil.»

Apenas mi salud, que ha mejorado notablemente, me lo permite, y siguiendo la indicación del médico, quien me aconseja cambiar de ambiente para despreocuparme de la obsesión de la enfermedad, voy a París y principio a indagar la manera de seguir el juicio de nulidad; antes ne-

cesito hablar con Enrique, y le escribo manifestándole este deseo; me contesta:

«Mi querida Aurora:

»Ya sabía yo por Manuel Ugarte que estaba usted en Europa. También Ventura García Calderón me lo había dicho.

»Yo llego de Niza para pasar aquí unos quince o veinte días.

»Tendré el mayor gusto en verla, y ya sabe que en lo que sea cosa mía me tiene a su entera devoción.

»Yo estoy siempre por la tarde en casa, de las tres a las cinco. Pero cuando usted quiera dígame, y la esperaré a la hora que me indique. O iré donde me diga.

»Su amigo siempre,

ENRIQUE.

»10, rue Castellane.»

Conociendo que, a pesar de sus mejores deseos y de su buena voluntad, olvida las citas, preferí ir a su casa: visita corta, excesiva frialdad y perfecta cortesía.

Me escuchó atentamente, y después de convencerse que ninguna razón sentimental me inducía a pedir la nulidad de nuestro matrimonio, aprobó mi proyecto.

Sólo me llamó la atención el interés con que trató de convencerme de que no permaneciese en París y de que fuese a Niza, donde el clima me sería de gran provecho. Puso tal empeño en demostrármelo que llegué a convencerme de que esta idea o deseo era de aquellos que cuando se arraigan en él y se le contraría es capaz de darlo todo al diablo, y hasta su persona si pudiese.

Como yo debía ir a Roma para pedir consejo al Secretario de Su Santidad, me detuve dos días en Niza, donde vi a Enrique.

Me invitó a almorzar, y al siguiente día a comer, acompañándome a mi hotel después de haber dado un corto paseo por la orilla del mar y de haber poetizado el cielo de Niza con la elegante elocuencia de sus palabras, que tanto han embellecido a la literatura castellana.

El ama de gobierno del General Lara, amigo de papá

desde su juventud, queda en el encargo de tomar un departamento para mí en Niza.

* * *

De Roma vuelvo a París directamente sin haber obtenido ninguna recomendación del Vaticano, la que yo creía necesaria.

Me orientaron sabia y santamente, y al mismo tiempo me dijeron: «Su causa es justa y la curia francesa le hará a usted justicia; preséntese usted, sin abrigar el menor temor, y será atendida.»

Así lo hice, y pude convencerme de la malevolencia que encierra lo propalado por los enemigos de la Iglesia de que con influencias y dinero se obtiene cuanto se quiere.

Puedo, y me place, decir que jamás he sido servida con mayor bondad, con mayor cariño, con mayor solicitud y con mayor justicia. Me presenté diciendo: «Pedí el divorcio, o sea la nulidad civil, porque mi papá lo creyó necesario; pero sin apartarme de mi religión, he cumplido como casada lo que juré ante el altar, y sólo ahora, no ciertamente por satisfacer aspiraciones sentimentales, sino utilitarias, solicito la nulidad de mi matrimonio, para recobrar mi estado civil de soltera.

No saben, los que luchan contra las Ordenes religiosas, el perjuicio que causan a la sociedad, pues así suprimen la bondad que de ellas emana como manantial inagotable.

Pueden alguna vez llegar a cometer abusos, debido a un celo riguroso; pueden exigir la más severa disciplina que mal se aviene con los usos modernos, que aspiran a satisfacer la más amplia libertad en busca de una felicidad ilimitada; pero el bien supremo, el amor y la indulgencia, sólo se encuentran en las almas que han pasado por las reglas austeras que impone la religión.

¿Pensaré así por gratitud?

XXVIII

PRIMAVERA FUGAZ

Recibo una carta de Enrique, quien continúa en Niza:

«Mi querida Aurora:

»Puesto que Santa María te ha pedido artículos para *A B C* o *Blanco y Negro*, creo que les gustaría uno sobre la fiesta colonial que Levillier acaba de dar en Lima.

»Con los trajes que hay en esa ilustración, y lo que dicen esos recortes, hay lo suficiente para hacer una crónica preciosa. Lo que hay que hacer resaltar, dejando un poco en la sombra... es que se trata de una reconstrucción de la vida en tiempos del virreinato, con todo su encanto de vieja España colonial...

»Mil afectos.

GÓMEZ CARRILLO.»

* * *

Carta segunda.

«Mi muy querida Aurora:

»Tu artículo es muy lindo. Envíalo a Santa María y te lo publicará en el acto. Dile que yo te he aconsejado que lo escribas.

»Si escribes a «Colombine», o si ella viene, dile que le estoy muy agradecido por la dedicatoria de su libro último.

»Yo le escribiré en cuanto sepa dónde se halla.

»Me hubiera sido muy grato pasar una hora con el doctor Arciniegas, a quien de lejos conozco. Pero me marcho mañana viernes. No me he quedado hoy sino para asistir a la comida de los «Amis des Lettres Françaises». Salúdale en mi nombre.

»Cuando te decidas a ir a Niza, dímelo. No te ofrezco la hospitalidad de mi casa por lo que diría la gente. Yo estaré allá hasta mediados de julio, a menos que los mosquitos me piquen y me hagan huír.

»Te abraza fraternalmente tu

ENRIQUE.»

* * *

Carta tercera.

«El Mirador.—Chemin de Brancolar, Nice.

»Mi querida Aurora:

»Esto es el Paraíso: un tiempo, un cielo, una alegría fina, suave... Y mientras tanto, en Lima matando estudiantes en nombre de Jesús... Vaya.

»Le he dicho a mi amigo X, que me sirve de *chauffeur,* que hoy, cuando salga, vea un hotel para ti. Dime si te gustaría un lugar con música, cerca del mar, en pleno centro del *chic* veraniego, que es muy discreto; creo que sería lo mejor; y las tarifas de verano son muy económicas; lo mejor me parece un hotel en la Promenade des Anglais, en que por la noche, en el gran jardín que da al mar, hay orquesta, luces venecianas, gente agradable; allí va Manuel Ugarte.

»Lo mejor es que escribas tú misma, pues tienen mucho empeño en todos los hoteles de Niza en atraer gente de París.

»Mañana o pasado te escribiré de nuevo.

»Tuyo afectísimo

ENRIQUE.

»Ugarte cree lo mismo.»

No se equivoca Enrique al indicar al talentoso escritor argentino como un aliciente para que yo vaya a Niza, pues no sólo le admiro por su apostolado americanista, sino que le estimo personalmente por no confundirse con aquellos escritores de los cuales ha dicho Camille Mauclair que «consideran la inmoralidad como un privilegio del talento, cuando al contrario: *génie oblige*».

* * *

Carta cuarta.

«El Mirador.—Chemin de Brancelar. Nice.

»Mi querida Aurora:

»Aquí me tienes, en mi casita de Niza. Llevando la vida apacible de la soledad y del trabajo. Estoy haciendo una novela, de la que estoy muy contento. Si sigue como va, será *très bien*. Debo decirte que estoy en la décima página. No faltan, pues, más que doscientas cuarenta... Pero todo se arreglará si Dios quiere.

»Ayer pasé mi examen de *chauffeur* y obtuve mi diploma, que me da derecho a aplastar a todo el que se atraviese en mi camino.

»Todos los días paso por tu *boulevard* Joseph Garnier y veo las ventanas para tratar de adivinar cuál es tu casa.

»Aquí el tiempo está precioso. No tenemos calor. A veces, a la madrugada, hasta tenemos que cerrar la ventana, por el frío. Y los días son de un esplendor oriental.

»Un abrazo de tu amigo

ENRIQUE.

»Mis respetos a la señora de Arciniegas, que es, no sólo una estatua rubia admirable, sino también, como me lo habías dicho, una mujer de un espíritu superior, con la que se habla de todo.»

* * *

Estoy en mi departamento de Niza; prefiero esperar aquí los trámites del juicio de nulidad hasta el mes en que debo ir a Alemania para hacer la tercera cura que me ha ordenado el médico y en seguida volver al Perú, pues cuento los días que me separan de mi papá.

Sólo tengo instalada mi cama; lo demás son cajas que contienen mis libros, algunos cuadros al óleo que tenía en un depósito de París y que principiaban a deteriorarse. Aquí quedará todo mejor que donde estaba.

Enrique viene a verme en las mañanas. Una tarde que fuí a su casa encontré a Ibels, quien, sin ser oído de Enrique, me preguntó si es cierto que voy a volver a vivir con Enrique, por lo que deduzco que es él quien se lo ha dicho; le respondí, en reserva, que no.

Ibels se encuentra actualmente en «El Mirador», donde está pintando un cuadro.

Enrique me cuenta detalladamente, y con la franqueza que siempre tuvo conmigo, las más intensas páginas de su vida, principalmente en lo que se refiere a las críticas que el público le hace y a lo que de sus amores se cuenta atribuyéndosele lo que carece de verdad.

Según él, las mujeres que han pasado a su lado sólo han significado una compañía contra la soledad, y me enseña su dormitorio, que parece una celda, donde no tiene sino la cama. Como le pregunto si se ha vuelto monje, me responde que casi lo es, porque a esa habitación no ha entrado ninguna mujer.

No lo dudo; aunque no inmediato, hay otro dormitorio que no siempre ocupa Ibels.

Enrique está envejecido, un tanto grueso y despreocupado en su vestido; además, sumamente triste, doblegado por una pesadumbre que se trasluce en el abandono y el caso omiso que hace de los que le rodean.

Yo sabía por algunos de sus amigos que pasaba largas horas en el café, donde tomaba el aperitivo sin hablar con nadie, haciendo abstracción del público, como si estuviese soñando.

Estas tristezas, que yo le conocía, sin duda le acechaban nuevamente, pero con persistencia tenaz y en forma tal que todos las advertían.

Así le encontré una tarde que me invitó a tomar el te. Apoyaba los codos sobre la mesa y en las manos la cabeza; parecía tan absorto y pesaroso que sólo advirtió mi presencia cuando estuve cerca de él, lo que le animó de tal modo que reaccionó alegremente como si despertase de una pesadilla.

Sus ojos rieron al mirarme y pronto mi conversación le animó al punto que no tardó en reír.

Yo estaba vestida con el esmero que acostumbro, y él, al contrario, llamaba la atención por su desaliño; formábamos tal contraste que las miradas de los que estaban próximos a nosotros no tardaron en dirigirse a mí con estupor, el que aumentó al momento de levantarnos, pues hasta las vendedoras parecían asombradas. No obstante, permanecí a su lado, estuve afectuosa y hasta le acaricié las manos, que sin duda no las había vuelto a lavar desde la hora del baño, que siempre se da por las mañanas.

Creo que esa tarde se realizó una de las mejores obras de mi vida.

¿Qué puede importarme el mundo, cuando obedezco a un dictado de mi conciencia?

Le acompañé a cenar en un *restaurant* modesto, en el que estuve complacida porque le trataban con cariño y hasta le preparaban platos de su agrado.

* * *

Un día me habló extensamente de su situación económica, que era holgada; no necesitaba de nada, y aun tenía algunas economías en el Banco. Su único anhelo era que el Consulado de la República Argentina en París se le cambiasen por el de Niza, para no tener la obligación de ir con frecuencia a París.

Luego la conversación versó sobre la malévola calumnia que se relacionaba con la bailarina Mata-Hari, condenada en el célebre proceso de espionaje.

Es sabido que se ha tratado de difamar el nombre de Gómez Carrillo, atribuyéndosele una ruin delación.

Si en algo he encontrado que Enrique sobrepasaba el límite que aconseja, no sólo el buen juicio, sino hasta el sentido común, es la forma con que tolera y hasta fomenta el reclamo literario; porque pretende que, contra más escándalos le achaquen y mayores males se le atribuyan, crece el interés que sus libros despiertan en el público.

Recién llegada del Perú, la primera persona que me habló de esta infamia que principiaba a propalarse, fué un amigo mío: el escritor argentino Alejandro Sux, al que respondí: «Ninguna persona que haya tratado a Enrique podrá dar crédito a semejante absurdo, pues aun admitiendo que fuese un villano, su naturaleza no le permite entrar en combinaciones en las que se necesitan cálculos reposados, citas y pérdida de tiempo.»

De lo que sí lo creería capaz es de lanzar contra sí mismo semejante especie, porque cuando se trata de hacer ruido llega hasta la inconsciencia; y como Sux me objetase asombrado que no acertaba a comprender la utilidad o ventaja que podría haber en todo esto, agregué que pensaría escribir un libro.

Meses después apareció el libro de Mata-Hari, escrito por Enrique; pero cuando habló conmigo sobre esta calumnia fué seriamente, manifestando que le era imposible sustraerse a todo lo que le inventaban y que algunas veces era en forma tal que no admitía ni la rectificación, como acababa de ocurrir con un reportaje publicado en la República Argentina, donde la damnificada contaba que Enrique la había robado de su casa para lanzarla al teatro, y algo más de novela de folletín enteramente en oposición a la verdad.

Enrique tenía tal confianza en mí que no me guardaba secretos, llegando hasta confesarme sus faltas; es verdad que las disculpaba a su manera.

A pesar de que nuestras conversaciones eran francamente amistosas, jamás hicimos alusión a nuestro infortunado matrimonio.

En sus confidencias trataba de disimular lo que creía que hubiese podido ofender a la que había sido su esposa.

Si leyese en el fondo de mi alma se convencería de lo innecesario que le es disimular sus amoríos.

Yo misma me asombro de cómo se ha borrado de mi corazón la novela de amor forjada por la seducción de su talento, y a no ser por la sombra que ha proyectado en mi vida, el dolor que entristeció mis años juveniles, la vería hoy como un libro abandonado cuyas páginas no fueron mías.

* * *

Me obsequió con el primer tomo de *Treinta años de mi vida*, diciéndome que no leyese el segundo por carecer de interés, y agregó que lo había escrito complaciendo exigencias que no pudo evitar, mientras que el anterior tenía el atractivo de la adolescencia que despierta a la vida.

A propósito de este libro le conté el juicio que le había merecido a una señora, quien consideraba como nefasta influencia en el porvenir de Enrique los amores que tuvo con la señora Edda Christense, cuyo marido, el Ministro X., la había dejado en Guatemala.

Se apresuró a contestarme: «Justamente eso no es cierto: esa mujer no ha existido nunca.» En verdad, ya me había chocado y me parecía incomprensible que una mujer como la Edda descrita por Enrique permaneciese en Guatemala mientras que el Ministro venía a Europa, porque precisamente esa clase de mujeres, aunque el marido tenga por obligación que ir a América, se quedan en Europa.

Esta reflexión causó a Enrique extraña sorpresa; para tranquilizarle le dije: «Esto no lo pueden notar sino los que conozcan el ambiente de nuestros pueblos.»

Otra de las inexactitudes de este libro es la exageración con que habla de la pobreza de su familia.

Tengo varias fotografías que me ha dado de sus hermanas, y en ellas, desde niñas, se las ve, no sólo elegantes, sino lujosamente vestidas; además, se casaron con hombres de alta situación social y de fortuna. A mayor abundamiento, el señor don Agustín Gómez Carrillo envió durante largo tiempo un subsidio a unos parientes del Perú.

* * *

Reanudamos una conversación que había tenido el paréntesis de algunos años; se trató de que escribiéramos un libro juntos; el tema no se hizo esperar: *Santa Rosa de Lima* fué cosa convenida.

* * *

Viene a verme una mañana, y muy confundido me anuncia que tiene que irse a París, con lo que resulta que yo me quedo en Niza.

Como no puedo decirle que jamás se me ocurrió contar con su compañía, sonrío; la verdad es que lo mismo me significa un lugar que otro, y después de todo este clima me conviene.

Su ida a París resulta oportuna, porque de continuo necesito que firme algún documento y que haga legalizar otros.

Es una suerte que se encuentre en París el día que han fijado para que preste juramento, porque si falta todo el proceso puede fracasar.

Imagino pretextos para escribirle cada dos o tres días, y así logro que tenga presente lo del juramento.

A mi abogado le ruego que, el mismo día que Enrique debe ir a la Curia, le avise la fecha; pero cuanta precaución tomo me parece poca; así, el día señalado le dirijo un telegrama. Debido, no sólo a todas estas advertencias, sino a su buena voluntad, logré que cumpliese su ofrecimiento; se lo gradezco doblemente porque está enfermo, con un pie hinchado; mas cuando quiere ser bueno o sus nervios se lo permiten, vence todo obstáculo.

* * *

Una inmensa desgracia de familia me causa profundo dolor, por lo mismo que es irreparable, al extremo de no tener otro pensamiento que no sea de ir al Perú.

Enrique me escribe:

«Mi querida Aurora:

»Ya puedes imaginarte la pena con que he leído la noticia de la muerte de tu papá. Tu carta me hace ver que ayer todavía no tenías noticia de esa desgracia.

»Ahora, yo no sé si debo ir o no al Arzobispado, donde estoy citado el martes, a las dos de la tarde. Tú me dirás lo que debo hacer.

»Todo mi afecto fraternal.

ENRIQUE.»

* * *

Vuelvo de París, y sus visitas, aunque siempre muy cortas, se repiten, y termina por proponerme que me vaya a vivir con él, para que escribamos el libro *Santa Rosa*. Le explico el plan del libro y cómo debíamos trabajarlo juntos, y ocurre que, discurriendo sobre este asunto dice: «*Santa Rosa* era una chica loca.» Y como para mí es una santa, al instante me dí cuenta de que jamás lograríamos ponernos de acuerdo, y guardé silencio.

* * *

Mi abogado me escribe que a mi juicio le han dado la preferencia en el turno que le corresponde, comprendiendo que deseo volver al Perú, pues de lo contrario habría tenido que esperar un año.

* * *

Enrique insiste en que vaya a vivir con él.

Está sumamente afectuoso: una armonía tranquila se ha establecido entre nosotros, y su ternura dulcifica el acerbo dolor de mi orfandad.

Una tarde viene en su automóvil y me obliga a salir para que me distraiga del encierro de mi casa.

La delicadeza y contemplaciones con que me trata me recuerdan los romanticismos de su juventud.

Para protegerme contra las sacudidas del automóvil en los virajes violentos del camino de la Cornisa, extiende el brazo y sólo a mi ruego deja esa incómoda actitud.

¿Me ama? Ni a imaginarlo me atrevo. Dudé antes, cuando su vehemencia le hacía vibrar como a una onda de poderosa sonoridad, y ahora, ya pasados los albores exuberantes, el amor parece un amor cansado.

No sé lo que hago, y menos lo que digo; jamás he sentido mayor amargura durante mi existencia.

Mi pensamiento es un arcano en el que no veo una luz capaz de indicarme un derrotero que me conduzca hacia el porvenir.

Y cuando quiero abarcarlo sólo aparece ante mí la oscuridad tenebrosa de mi dolor: ¡el luto! ¿El duelo será eterno?

Enrique continúa con el deseo de que vuelva a vivir con él; me lo pide con un candor exquisito; existe en él tanta espontaneidad, le parece tan natural que volvamos a reunirnos, sin recordar siquiera el largo tiempo de nuestra separación, que no me atrevo a darle una negativa.

Como ahora es bueno y contemplativo conmigo, sólo le observo que debo ir al Perú. Me responde: «Eso no importa, se verá después.»

El estado de mi espíritu es de aquellos en que la desorientación y la falta de voluntad hacen seguir cualquier consejo; así, acepto, por darle gusto; no obstante, continúo activamente los preparativos del viaje.

* * *

Hemos pasado el día cada uno en su casa: él, esperándome, y yo, pensando en ir a la suya.

Ya muy tarde, por lo avanzado de la hora me fué imposible salir. Envié a la criada con una carta excusándome y anunciándole que iría al día siguiente, mas me fué devuelta por la portadora, quien me dijo no haber podido

dar con la casa de Enrique, sin embargo de que las señas eran exactas.

Le escribí nuevamente y esta vez recibió mi misiva temprano.

Me envía estas líneas:

«Que te despierte un beso mío...
»Tu

ENRIQUE.»

Al fin, doblegada por su imperioso deseo, me decido a salir, mas sin darme cuenta de la hora: de tal manera el dolor me absorbe que no tengo noción del tiempo y actúo casi automáticamente.

Principio a subir lentamente el camino de Brancelar y divagando y reviviendo pesares antiguos, que si cupiese mayor dolor en mi corazón lo aumentarían, me extravío en la colina a pesar de conocerla: anochece, y tengo miedo de estar en la senda desierta: sólo se ven los jardines que ocultan las villas, casi todas inhabitadas.

Continúo andando sin rumbo seguro, y al fin encuentro una anciana que me orienta y llego a «El Mirador», convencida de que a esa hora ya no encontraría a Enrique.

Desde la puerta distingo que hay luz en su escritorio y que la ventana está abierta. Toqué el timbre sin suponer que estaba allí, sino más bien que al salir había olvidado apagar la luz, y como nadie respondiese me retiré apresuradamente.

* * *

Carta primera.

«Mi querida Aurora:

»Si el *lunes* tarde viste luz en mi casa, es porque te estaba esperando *solo*.

»Fué entonces, en esa larga soledad, cuando me decidí a ir en busca de ... para defenderme contra la esperanza

de una existencia que durante dos días había sido un sueño para mí.

»Mil gracias por las telas. Será algo tuyo aquí.

»Uno de estos días te escribiré largo.

»Te quiere profundamente

ENRIQUE.»

* * *

Carta segunda.

«Mi querida Aurora:

»Verdaderamente, después de pensar mucho en nuestro proyecto veo que es imposible, y hasta que soy indigno de ello.

»Aun no soy capaz de la menor *sagesse.* Soy tan loco como a los veinte años.

»La vida tranquila, al lado de una mujer como tú, me parecería demasiado seria y sé que no la soportaría largo tiempo.

»¡Qué quieres! Ha sido un *rêve* en el que, con *Santa Rosa,* quedaré muy mal... Pero ya sabes que te conservo mi profunda y antigua amistad.

»Tuyo afectuosamente

ENRIQUE.

»X ha vuelto a «El Mirador»; por eso no te digo que vengas cuando quieras; pero escríbeme.»

XXIX

LA PAZ DEL ALMA

1925

Estoy en el Perú, donde he escrito un libro: *La Ciudad del Sol.* El editor, Rosay, me pregunta si le podría hacer prologar por Gómez Carrillo, a lo que respondo afirmativamente.

Escribo a Enrique, enviándole al mismo tiempo una copia de mi libro. Me contestó el 2 de octubre:

«Mi muy querida Aurora:

»Obedeciendo tus órdenes, he hecho el prólogo... Mejor dicho, he hecho dos prólogos. Uno, que me salió algo largo, lo he enviado a *La Razón,* de Buenos Aires, como artículo, titulado: «Una poética evocación de los esplendores del antiguo Perú, adorando al Sol». Y de ese mismo artículo, reducido, te mando la copia para que le pongas en tu libro. Si quieres, espera a que se publique el de *La Razón.* Aunque es el mismo, pero con más detalles y citas.

»Hoy me marcho a Niza en *auto.* Pondré cuatro días en llegar, pues no llevo prisa y no quiero hacer más de doscientos kilómetros al día. Voy solo. Si quieres que me ocupe de tu casa escríbele a la portera diciéndole que me entregue las llaves. Yo no pienso moverme de Niza en todo el invierno. ¡Esos argentinos, que no quieren cambiarme el Consulado de París, que tengo, por el de Niza! Si fuera yo peruano pediría el Consulado en Niza y abandonaría el argentino. Pero, ¡ay!, no soy más que guatemalteco...

»Tengo muchas ganas de verte. Entretanto, te abrazo desde lejos.

ENRIQUE.

»No me dices si has arreglado tus cosas según tus deseos.

»Mis señas son siempre: «El Mirador».—Chemin de Brancelar, Nice.

»Creo que lo mejor es que esperes que se publique mi artículo en *La Razón*, de Buenos Aires.

»Allí, Levillier debe recibir ese diario.

»Dale un abrazo a Levillier.»

El prólogo de Enrique es el siguiente:

UNA POETICA EVOCACION DE LOS ESPLENDORES DEL ANTIGUO PERU

«Vengo del Cuzco... Mis amigos, que saben que no he salido de París desde hace mucho tiempo, sonríen oyéndome decir esto. Pero es cierto: vengo del Cuzco... Con el alma llena de nostalgias, he orado largo rato en el templo del Sol; me he perdido en el laberinto de callejuelas que rodean el palacio misterioso del gran Rey; he oído, a través de ligeras cortinas que me parecían tejidas en el Egipto de los Faraones, los dulces suspiros de las damas que esperan a sus galanes; he encontrado en una plaza estrecha, cercada de tapias altísimas, a siete brujas que, invocando a Nuestra Señora la Luna, aullaban a la muerte y corrían cual lebreles alrededor de una imagen misteriosa; he hablado con un sacerdote y le he oído recitar los mandamientos de su catecismo, que se reducen a tres santos consejos, a saber: No mientas. No mates. No robes... Y mi guía me ha dicho, contemplando la ciudad y exaltándose cual los profetas de Israel ante los resplandores de Jerusalén:

«¡Ciudad de verdes colinas, de fortalezas arcaicas, de guerreros conquistadores, de peñascos erguidos, de atalayas atrevidas!

»¡Ciudad que tuvo templos y jardines de oro, templos y jardines de plata!

»¡Ciudad encadenada al Sol! Cuando solemnemente se celebró el nacimiento del Príncipe Huáscar, rodearon la plaza principal de gruesa cadena de oro: símbolo de poderío en la tierra y de unión al astro endiosado; aquel oro, sin duda por considerársele sagrado, y para evitar la profanación, fué arrojado a las profundidades del lago Titicaca, grande como un mar suspendido en las alturas andinas.

»¡Cuzco añoso, de leyendas de Arcadia, de ritos fantásticos: para conocer tu historia hay que llegar a ti con la piedad que tiene fe en la blancura de la hostia; en exaltadas maravillas, en el idilio del dios Sol!

»¡Ciudad santa, poema de heroísmos y de virtudes, de ti se aparta el caminante indígena diciendo el credo de la religión del Sol: «No robes, no mientas, no mates», en un triduo que abarca la dignidad humana. Se descubre la cabeza, y desde elevada cumbre la contempla antes de partir como a paloma en la hondonada!»

Porque he tenido un guía, mejor dicho, una guía, una bella dama velada que se hace llamar «Evangelina», y que después de haber saboreado todos los deleites sociales en las cortes europeas se halla refugiada ahora en la ciudad que guarda mezclados, y como fundidos en un halo de tragedia, los recuerdos de los últimos señores aborígenes y los de los primeros virreyes españoles. Y «Evangelina», con su voz apasionada, me ha preguntado:

—¿No es cierto que esto es algo así como una Toledo de América, una ciudad episcopal en la que los altares cristianos se hallan colocados entre los muros de los antiguos templos idólatras? Allí está Santo Domingo el milagroso, que fué antaño un templo del Sol. Yo pienso, cuando lo contemplo, en el Santo Cristo de la Luz, y en Santa María la Blanca, donde aun se ven las huellas de los judíos y de los moros. Y cuando me pierdo por esas callejuelas grises me acuerdo de mis peregrinaciones castellanas y de las tardes en que, volviendo de Zocodover, parecíame ver, en las muchachas que se asomaban a sus celosías, sultanas meras prisioneras en sus harenes. Aquí,

en efecto, las apariencias de remota galantería son muy frecuentes. Basta que una guitarra se queje en la penumbra, y que un grupo de mujeres pase, para que nuestras imaginaciones evoquen a las lindas princesitas de bronce que, envueltas en telas fantásticamente rameadas de oro y de púrpura, encaminábanse todas las mañanas, rutilantes de esmeraldas, hacia los lugares del culto...

Y tal es el prestigio de esos tiempos pasados, que yo también veo lo que «Evangelina» con tanto arte, con tanto amor, nos ofrece en la ingenua imaginería de su libro. Hay allí cuadros que, por lo sencillos, hacen pensar en los primitivos. Y hay perfiles inolvidables, finos, ligeros, que apenas aparecen, pero que luego nos persiguen con su gracia pura. Y hay paisajes de esplendor tropical, que deslumbran. Y hay, sobre todo, vistas de la ciudad ilustre, tomadas a todas horas, en todas las estaciones, que constituyen un álbum digno de inspirar a un Príncipe enamorado de ruinas y de jardines abandonados. ¡Ah!, la belleza patética del vergel rojo, del vergel ensangrentado, del vergel incendiado, que los indios consagraron, en Urubamba, al dios de los Temblores, y que aun parece sacudido por la cólera de la tierra. La dama que nos lleva hasta su entrada nos dice que sólo veremos una flor extraña llamada mucchho, flor que, al deshojarse, produce, con sus diminutos pétalos rojos, una verdadera lluvia de sangre. Y agrega: «Los indios las veneran y las cortan en un día del año para llevarlas al Templo, pues pululan durante la época en que se rememora la Pasión de Jesús. Existe en el Cuzco una efigie en madera del Crucificado, hermosa escultura importada de España, que desde los tiempos de la Colonia se venera con delirante fervor. Es el Señor de los Temblores, al que se le pide, como heredero de Urubamba, que libre a la ciudad de las catástrofes sísmicas, que causan pavor. Constituye este Cristo el amor místico más intenso de los cuzqueños, por las gracias que la sagrada imagen concede: noche y día andan a sus pies los cirios encendidos, al punto que, expuesto a recibir el homenaje del humo perpetuo, el color natural del esmalte se ha transformado en un patinado pardo, sombrío; blanco, amoratado por los golpes y vertiendo la sangre del

martirio vino de España; mas hoy, sometido a la adoración cirial del pueblo, tiene el color indiano. Según el fervor exaltado, este Señor sufre como si fuese un cuerpo humano: al amparo de la oscuridad del altar donde se le venera, lugar sombrío al que no llega la luz hiriente del día, le ven llorar humanizado, con el delirio de las plegarias, y cubrirse de sudor, lo que no parece fabuloso cuando se contempla la expresión extraordinariamente adolorida del divino rostro.»

Todo se convierte en poesía cuando es un poeta quien lo evoca. Donde los arqueólogos sólo ven fechas hipotéticas, «Evangelina» realiza el milagro de la resurrección artística, haciendo que los muros derruídos se alcen de nuevo en el espacio y que la vida de los incas, suntuosa y suave, aparezca ante nuestra vista.

He aquí la casa de Manco Capac, en Colcampata, ya no desierta, ya no hecha escombros, sino sonora de músicas y brillante de dalmáticas. Por sus claustros de piedra pasan reclinadas lánguidamente en sus literas de plumas las nobles favoritas del señor. Los esclavos, ante esas divinas apariciones, se prosternan en hieráticas posturas de adoración que los alfareros han eternizado en el flanco de las huacas... He aquí las termas imperiales, las profundas piscinas cubiertas por el musgo aterciopelado, y más lejos el Baño de la Ñusta, escondido entre los árboles, misterioso tentador en el que las princesitas ondulan sin pensar que, desde las alturas cercanas, los ojos de los cortesanos pueden contemplar sus cuerpos cobrizos que ningún manto vela, y hasta llegar a enamorarse de ellos sin temor de que la diosa Cauillaca, gran adversaria de las profanaciones galantes, los convierta en piedras, lo mismo que al infeliz Cariraya Viracocha... He aquí la casa de Ollantay, el seductor que tanto preocupa aún hoy a las peruanas sensibles. «Me imagino a este joven de alma atormentada y humilde estirpe—dice «Evangelina»—con sueños de grandeza y actitudes de monarca, sufriendo los pesares del amante a quien arrebatan a la mujer amada, rebelándose contra el Emperador, hijo del Sol.» Es realmente una de las más conmovedoras aventuras de amor la de aquel indio de alma caballeresca. Y «Evangelina»

nos la refiere con una gracia casi infantil: «Siendo Ollantay Gobernador militar de Antisuyo—dice—hubo de frecuentar la corte del Inca Pachacutec; así conoció a la Infanta Cussi Cuyllor, de quien se prendó hasta el punto de desear hacerla su esposa, sin pararse en las barreras de la jerarquía.» El gran sacerdote Huillac Iloma, al enterarse de tan sacrílega pretensión, trató de convencer al joven guerrero de que su estirpe no le autorizaba a soñar siquiera en unir su sangre a la de la familia sagrada. ¿Fué este Pontífice el que comunicó al Emperador las locas esperanzas de su súbdito? La historiadora no nos lo dice. Pero el resto del idilio es digno de sus personajes. En el libro de «Evangelina» titulado *La Ciudad del Sol* vemos que la princesa prisionera dió a luz una niña de peregrina belleza mientras su amante, sublevado contra su padre, luchaba por conquistar la corona y el derecho a hacerla su esposa.

La guerra fué tan larga, tan penosa, que al cabo de algunos años el Inca murió sin haber logrado vencer a su rebelde capitán. El gran Yupanqui, heredero del trono, más feliz que su padre, consiguió derrotar a Ollantay. Pero lejos de castigarle con la severidad que merecía, le concedió la mano de su hermana la Infanta Cussi Cuyllor, quien seguía esperando, en su prisión, al elegido de su alma.

No sólo fantasmas de gentiles indios hay en la obra que la eminente escritora peruana consagra al Cuzco. Obsesionada por el doble carácter incaico y castellano de la vieja ciudad, pasa de los santuarios de los adoradores del Sol a los templos de los conquistadores cristianos con la misma gentileza con que los cronistas sevillanos van del Alcázar a la Catedral.

«¡Dos Cuzcos—dice—, dos ciudades unidas, dos ciudades que se abrazan y se oprimen: la española y la incaica! La capital del Imperio del Sol, cíclica, monumental, sirve de base y sostiene como juguete primoroso a la ciudad colonial que ostenta artesonados de Churriguera, balconcitos moriscos, arcos de palacetes, de conventos y de sacristías, zócalos de jaspe, paredes de piedra que encajonan las calles, muros de piedras, dinteles y umbrales de pie-

dra; por cualquier sitio que se vaya, y sea un barrio central o apartado, siempre la piedra nos sorprende con ese encanto que encierra su inercia, su belleza sombría, dulcemente pulida como si fuese muellemente aterciopelada. Las piedras que hoy existen son las mismas que parapetaron a los guerreros del Sol: piedras carcelarias al mismo tiempo que civilizadoras de las tribus conquistadas; piedras que sostuvieron el templo de oro y que ampararon los palacios de los soberbios Incas. Antes de principiar a subir una colina donde Huayna Capac tuvo su Palacio Real, se ve una pared formada por grandes bloques labrados con la facilidad de estucos; sorprenden las culebras de los relieves, las ranas y otros reptiles, fielmente reproducidos para significar el lugar destinado a lo que se llamaría Jardín Zoológico, y que en aquellos tiempos se conocía con el nombre de Amaru-Cancha.»

¿Cuál de esos dos Cuzcos es el que «Evangelina» prefiere? ¿Cuál civilización? ¿La castellana o la india?...

Difícil resulta averiguarlo. Con su generoso entusiasmo de artista impresionable, que lejos de reaccionar contra las sensaciones contradictorias se esfuerza por conciliarlas en su alma, la ilustre escritora va del santuario de los ídolos a la iglesia de los santos animada por la misma llama de fe. Muy en el fondo, muy en el fondo, su espíritu católico no deja de sentir escrúpulos de antigua colegiala del Sagrado Corazón al notar que sus labios murmuran, inconscientemente, las preces solares. Pero su poética naturaleza triunfa de esas inquietudes espirituales y su lirismo acaba siempre por coronar a la imagen legendaria de su patria con suntuosas guirnaldas, en las que se entrelazan amorosamente las rosas de Santa Rosa y los nucchhos Urubamba.»

* * *

Marzo 1926

Le envío a Enrique cuatro líneas avisándole que acabo de llegar del Perú y que estoy sumamente resfriada, sin poder salir del hotel.

Me contesta en seguida, anunciándome su visita para el siguiente día.

Estuvo muy contento al verme, como ocurría siempre después de mis largas ausencias. Para alentarme me dijo: «Mujer, no es nada lo que tienes; me habías alarmado.»

Días después voy a su casa y le participo mi viaje a Niza.

El debe permanecer en París; mi visita fué corta, porque llegaron varios amigos y así la conversación, en presencia de otros, carecía de interés.

Estaba notablemente envejecido, y hasta me pareció con el aspecto de una normalidad burguesa.

Salí convencida de que para mí sólo era un amigo: un amigo del que me sentía un tanto distanciada, y tuve gran satisfacción de que gozase de buena salud, sin aquella tristeza con que en otras ocasiones me había partido el alma.

* * *

Continúo en Niza y sólo sé que se encuentra aquí porque, al volver de una excursión de automóvil, me avisaron que estuvo en casa para decirme que se iba a París y que, deseando verme, me pedía que fuese a «El Mirador» antes del mediodía, hora en que tomaba el tren.

Falté a la cita y ni siquiera le escribí.

Estaba cansada con el paseo del día anterior; además, soy poco matinal. Como deseo ser sincera, interrogando mi conciencia debo decir que, no existiendo razón o motivo alguno que justifique nuestras relaciones, tenía el firme propósito de evitar, en lo sucesivo, todo acercamiento.

* * *

Meses después supe que había enviado una nueva correspondencia a Buenos Aires, en la que se refería a mi libro que prologó. *La Ciudad del Sol.*

* * *

Siempre consideré como un enigma lo que decidió a Enrique a la ruptura matrimonial; las razones que él me daba en sus cartas, o lo que en aquella época decía, jamás llegaron a convencerme.

Fué a Lima el célebre poeta y admirable cantor de Granada, Villaespesa, quien, para las fiestas del Centenario de la Independencia del Perú, escribió un drama cuya lectura solicitó que yo la escuchase; lo que dió lugar a que, desde el primer momento, se estableciese cordial amistad; como es amigo íntimo de Enrique, no pude evitar el preguntarle: «¿Por qué se separó Enrique de mí?» A lo que repuso: «A mí me ha dicho: "A una mujer como Aurora no podía arrastrarla a mi vida, y preferí separarme de ella".»

No obstante, en una de las conversaciones que tuvimos en Niza, la única vez que aludió Enrique a nuestra desunión fué para decirme que no podía resistir que le contrariasen, y agregó: «Desde el día que me dijiste que irías al teatro...» Luego cortó la frase, como evitando un recuerdo penible, y varió el tema.

* * *

Por no encontrar a Enrique evitaba entrar al café Vogade, donde él iba y algunas veces me invitó a tomar el te; pero ocurrió que, al pasar por allí, le vi una tarde que salía acompañado de amigas y de amigos.

Traté de no ser vista, y aun pensé que le hacía falta la compañía de una mujer capaz de procurarle la felicidad que yo no logré darle.

Y en este sentido no me culpo, porque para esto habría necesitado estar dotada de esa divina gracia que singularizó a Santa Rita, la Mártir del matrimonio.

Si es cierto que aspiro al cielo, prefiero el camino de la Cruz seguir la senda del Tabor, dentro de la piedad, del amor y de la indulgencia.

* * *

He arrancado estas páginas aisladas del Diario íntimo de mi vida, que se desliza suavemente en la soledad del alma, y las doy al lector sin reservas, sin falsos pudores, que serían inconducentes. Mostrando dos corazones desnudos que se enlazaron débilmente ante el altar donde se celebra el rito caricioso.

Hoy nada podría agregar que no fuesen desencantos.

Uno de estos corazones ya sólo subsiste dentro de la imperecedera belleza literaria; escondido, disimulado o fingido, pero siempre inquietante en el alma del libro, y el otro aún mira de frente al porvenir, y espera.

¡Alegrías fugaces! ¡Añoranzas persistentes de ensueños! Efímero amor que desapareció entre penumbras temblorosas!

¡Amistad perdurable, galante, bienhechora, que oteas el pasado y triunfas del amor hasta procurar la paz del alma, bendita seas!

¡Dulce evocación, olvido o perdón que el duelo inspira!

¿La muerte de Enrique?

El en París y yo en Niza. Un dolor que revive.

Una angustia que parece escucha los dobles piadosos de difuntos.

Un grito lanzado al cielo. ¡Misericordia, Señor!: que descanse en paz, y una lágrima incontenible.

INDICE

ÍNDICE

		Páginas
Prólogo		7
I.	Alegría sonora	13
II.	Precursoras inquietudes	23
III.	Coqueteos ingenuos	26
IV.	Albores temblorosos	32
V.	¡Felicidad! ¿Dónde estás?	37
VI.	Convulsiones del alma	45
VII.	Azahares azarosos	66
VIII.	Alucinaciones de amor	69
IX.	Turismo insospechable	75
X.	Vagando suavemente	87
XI.	El secreto doloroso	108
XII.	Idilio contemplando el mar	115
XIII.	Japonerías que absorben	121
XIV.	Lourdes, mentido	128
XV.	«Jean Orth»	142
XVI.	Una exposición que resulta expiatoria	147
XVII.	La ciudad temida	162
XVIII.	La visita misteriosa	167
XIX.	Preludios turbadores	177
XX.	Cartas amables	198
XXI.	Desfile de artistas	209
XXII.	Intermitencias angustiosas	216
XXIII.	Ausencia	219

Páginas

XXIV. El dolor despierta..... 241
XXV. Quebrantos del alma..... 254
XXVI. Rosales que no florecen..... 268
XXVII. Un calvario inevitable..... 271
XXVIII. Primavera fugaz..... 276
XXIX. La paz del alma..... 288

864.7
864.7 G63Z C18
a39001 008200290b

PRINTED IN SPAIN